
LINDA STAR
LA
PIONERA
DE LAS
LETRAS

Contenido

LA PIONERA DE LAS LETRAS

Linda Star

1

Lima, Virreinato del Perú.
Enero de 1820.

Gabriela se preparaba para empezar el día mucho antes del amanecer. Le gustaba despertarse con el silencio de la casa y recorrer sus pensamientos tirada sobre la cama hasta dar con una respuesta a tantas preguntas que la mayoría de las veces no servían para nada. Se preguntaba, por ejemplo, qué tenía que hacer para recorrer el mundo y vivir las historias de aventuras que leía en los libros que había leído la noche anterior, y en su cabeza planeaba una y otra vez la forma de escabullirse de sus tareas y obligaciones. Las historias que leía en la biblioteca de su domicilio eran su única vía de escape para una realidad que cada vez le resultaba más ajena.

Echaba de menos a su familia, y al despertar cada mañana imaginaba que su padre y su hermano la llamaban desde la planta inferior de la casa para iniciar una nueva jornada con la mente llena de energías. Solo así era capaz de levantarse de su mullida cama de paja sin sentir miedo a la soledad y el vacío que se abría ante ella.

Y así cada día del resto de su vida.

Gabriela Cervantes de Alarcón cargaba con una fatalidad que la perseguía desde el mismo día de su nacimiento. El peso del apellido había recaído sobre sus hombros a los veinticinco años de edad, y parecía augurarle un futuro brillante, pero también lleno de riesgos y peligros. El fallecimiento de su hermano mayor, Antonio Cervantes de Alarcón, mientras luchaba contra las tropas independentistas en la Fortaleza Real Felipe, había dejado a Gabriela totalmente hundida.

Le resultaba imposible olvidar el momento en el que conoció la noticia. Un joven emisario del ejército había acudido a su domicilio a la hora de la cena, con el rostro cabizbajo y el sombrero entre sus manos. Gabriela supo de inmediato de qué se trataba. Desde ese día no había sido capaz de dejar de llorar. Recordaba con detalle los tiempos felices en los que ella y su hermano solían correr libres por las calles de Lima, las risas y las travesuras que habían compartido desde la infancia. Gabriela sabía que nunca volvería a ser la misma después de haber perdido a la persona a la que más quería en su vida. Seguía sin poder creerlo. Había rezado tanto por su seguridad, confiada en que su hermano volvería pronto a casa, sano y salvo. Pero ahora todo

eso era solo un sueño, una ilusión que se desvanecía en medio de su dolor más profundo.

Las lágrimas brotaron una vez más de sus ojos mientras pensaba en todo lo que habían vivido juntos. Esa alegría que llenaba su hogar había desaparecido en un instante, dejando a Gabriela en la más absoluta soledad, y con una tristeza a la que no era capaz de poner nombre. Lo único que le quedaba de su hermano eran los recuerdos, además de la pequeña imprenta familiar que él había dirigido desde su adolescencia, y en cuyo trabajo Gabriela le ayudaba siempre que podía.

El sonido de los caballos galopando por las piedras de las calles creaba una atmósfera alborotada, mezclada con gritos de vendedores ambulantes, que anunciaban su mercancía con voz ronca. Las calles empedradas de Lima brillaban bajo los rayos del sol, mientras que las fachadas de las casas lucían un colorido impoluto. Los carruajes pasaban ruidosos por las calles, dejando un rastro de polvo tras de sí, mientras que los vendedores ambulantes vociferaban sus ofertas al mismo tiempo que los músicos tocaban sus instrumentos de cuerda en las esquinas. En los mercados, los puestos repletos de frutas frescas y verduras de colores llamativos atraían a los compradores, que, con sus canastas llenas, caminaban por las aceras. Los edificios públicos de estilo colonial dominaban el paisaje urbano, mientras que las casas de los más poderosos criollos relucían en su opulencia y elegancia.

Pero, a pesar de su belleza, el olor a suciedad y los residuos desordenados que se acumulaban en las esquinas de los callejones eran tan fuertes que asaltaban a Gabriela nada más salir de casa. A pesar de la alegre sinfonía de la ciudad, la joven sentía un peligro constante en esa atmósfera: los rateros y ladrones acechaban en cada esquina, esperando a que sus víctimas bajaran la guardia para poder acercarse sigilosamente y robarles sin piedad. Gabriela, como tantos otros limeños, vivía en una ciudad de contradicciones y desigualdades que se reflejaban en su día a día. La metrópoli, mientras tanto, crecía y se expandía a pasos agigantados, lo que a su vez generaba nuevos problemas y desafíos para los habitantes de la capital del virreinato.

Con sus casonas de adobe y amplios balcones señoriales, los salones de baile, las iglesias de estilo colonial y los hombres con sombrero y traje luciendo sus caballos de paso, la ciudad bullía cada mañana con un ambiente único. La gastronomía del mercado del Callao era fruto de una mezcla de la herencia culinaria entre indígenas, negros, mestizos y europeos que habitaban aquella ciudadela tan próspera como temida por muchos. Y es que la convivencia entre distintos grupos sociales no era armónica ni pacífica, más bien se producía un constante choque de intereses

políticos y jerarquías raciales.

Las tensiones entre negros e indígenas eran similares a la que había entre los mestizos —hijos de españoles e indígenas— y los criollos —hijos de españoles nacidos en el virreinato—. Estos últimos deseaban el poder que la corona española aún mantenía en el Perú. Ser hijo de padres españoles pero nacido en el Perú no tenía el mismo valor que nacer en España. Esto causaba frecuentes conflictos en la ciudad, que afectaban a todos de algún modo, incluyendo a Gabriela y a otros muchos residentes de Lima.

Gabriela había heredado de su padre el amor por los libros y la palabra impresa. Rodolfo Cervantes había sido un hombre adelantado a su época, uno de esos hacendados que habían logrado dejar su huella en miles de limeños cuando la capital del virreinato aún no había terminado de construirse a sí misma. Rodolfo le había enseñado el oficio, las técnicas, y los secretos de la imprenta. Pero, sobre todo, le había transmitido la pasión por la lectura y la escritura.

Gabriela disfrutó de una infancia feliz junto a su padre durante los primeros años de su vida. Sin embargo, Rodolfo falleció de un infarto cuando ella tenía doce años. Se decía que había sido por culpa del estrés, del trabajo, de los peligros que acechaban a la ciudad en aquel entonces. Nadie supo el motivo de su muerte, y aunque la joven buscó respuestas por doquier, terminó por aceptar los designios de Dios.

Durante este tiempo juntos su padre la trató siempre como a una igual, como si de un hombre se tratase. Ambos solían sentarse juntos en el amplio patio de la casa con una taza de café para cada uno. Aunque el recipiente de Gabriela era pequeño, ella lo disfrutaba como ninguna, y este elixir de las montañas andinas se convirtió en un hábito que la acompañaría a lo largo de su vida. El aroma del café la llevaba de vuelta a esos momentos en los que solían tener conversaciones interminables sobre cualquier cosa, desde la política del virreinato a las flores que crecían en el jardín. Era natural, entonces, que Gabriela siguiera los pasos de su padre, al que tanto admiraba cuando era niña. Por eso, tras la muerte de su hermano, Gabriela había decidido continuar el negocio familiar que había iniciado su padre y que este había mantenido. Con su modesta herencia y sus contactos, la joven había logrado comprar más maquinaria para aumentar la producción de la imprenta familiar en el centro de Lima. Su empeño en mantener el negocio era tal que destinó sus ahorros a alquilar la segunda planta de un local comercial cerca de la Plaza Mayor, en una zona muy conocida por sus tabernas y casas de apuestas. Se trataba de un barrio, el de Jirón Camaná, que era frecuentado por actores, poetas y gente de la vida nocturna. Allí, con la ayuda de dos aprendices, Gabriela imprimía folletos y panfletos

para comerciantes, artesanos y políticos, sin contar aún a su familia nada de esta secreta extensión de su negocio.

La joven impresora y empresaria delegaba el manejo de la maquinaria a los miembros de su familia, como sus tíos y primos, aunque sabía que todos ellos la rechazaban. Gabriela podía escuchar cada día sus sonoras risas en la planta principal, mezcladas con el ruido de las máquinas y el trasiego de los trabajadores. Y las carcajadas se detenían en cuanto la veían entrar por la puerta cada mañana. Cuando ella intentaba explicar los objetivos de la imprenta, tal y como lo habría hecho su padre, ellos la escuchaban de forma condescendiente y luego tomaban las decisiones que los capataces de la imprenta consideraban adecuadas. Gabriela había tenido que curtir su carácter para hacerles frente, y aunque cada vez se veía más capaz y segura de su valía, aún no se sentía lo suficientemente valiente como para enfrentarse a ellos directamente. Lo más lejos que había llegado fue durante un incidente que se produjo cuando varios ayudantes se negaron a trabajar porque no consideraban apropiado que una mujer hiciera tareas de hombres. En lugar de discutir o imponer su autoridad, Gabriela decidió conseguir a otra joven, una adolescente llamada Marta Julia, para que trabajase con ellos en la imprenta y con ello demostrar que una chica podía hacer lo mismo que ellos. Algunos se llevaron las manos a la cabeza, pero con el paso de los días se habituaron a su presencia y continuaron su trabajo. Una parte de Gabriela le decía que tenía que echar a los disidentes de la imprenta, pues sentía que no le darían más que problemas. Pero su lado más irracional la frenaba. En el fondo, tener a sus primos y tíos a los mandos de la maquinaria era una manera de demostrarse que debía lidiar con todo tipo de personas a lo largo de su vida. Y ella quería demostrarse a sí misma que podía ser tan competente como su padre y llevar el negocio aún más lejos que los hombres de su familia.

Con el paso de los días, Gabriela y sus empleados se fueron conociendo poco a poco mientras trabajaban entre los muros de aquel humilde negocio. Hubo risas, enfados, frustraciones y largas charlas. A ella le importaba conocer a su equipo: sus sueños, expectativas y aspiraciones. Quería ayudarles, siempre y cuando demostrasen ser personas nobles y leales a la causa. Había aprendido los valores de la honestidad y la solidaridad, y estaba dispuesta a perseguirlos. Creía que eso era más importante que ser una adinerada mujer limeña que demostraba su bondad mediante la oración y la adoración a la Virgen y al niño Jesús.

La imprenta era más que un negocio para ella, era un refugio y la mejor manera de comunicarse con su padre, allá donde él estuviese; un mensaje de calma para hacerle saber que todo estaba bien, que ella se mantenía en pie a pesar de su soledad. Gabriela estaba contenta con

la rutina diaria en su nuevo refugio. Se encontró el lugar en malas condiciones y lo reparó junto a sus ayudantes. También los capacitó en el sistema de impresión que había aprendido de su familia para enseñárselo a quienes la acompañaban. Disfrutaba del hecho de formar parte del día a día.

Por este motivo, conforme Gabriela estrechaba la relación con sus empleados, muchos de ellos se sorprendieron, pues no esperaban que alguien se preocupara por ellos de esa forma. De hecho, algunos de los impresores rasos habían desarrollado un sentimiento de resignación y preferían simplemente «seguir adelante» en la vida con el jornal que pudieran conseguir. Gabriela notaba la falta de motivación en sus voces y se dio cuenta de que esa actitud no ayudaba a la prosperidad de su negocio, y por ende de sus empleados. Con el tiempo, el grupo se animó gracias a sus consejos, sus buenas acciones y la ayuda que ella les prestaba. La unión entre los miembros que formaban parte de este proyecto se fortaleció en su deseo de alcanzar el éxito. Cada uno trabajaba con ahínco y se preocupaba por el negocio como si fuera propio. En solo unos meses desde la muerte de su hermano Antonio, Gabriela había logrado ganarse el respeto y afecto de todos.

Pero todo cambió el día en que Gabriela recibió aquella misteriosa visita.

2

Cuando Gabriela abrió la puerta de la imprenta, quedó fascinada por la apariencia de aquel hombre tan magnético. La joven empresaria tenía experiencia en reconocer la posición social de alguien por su apariencia, pues compartía con las demás mujeres de alta sociedad limeña el objetivo de encontrar un esposo adinerado con el que compartir el resto de su vida. Desde muy pequeña, su institutriz la había sometido a un riguroso entrenamiento para usar su belleza y realizar sus deberes como esposa. Aprendió a distinguir entre una mirada compasiva y una respetuosa de los hombres, y también a dar prioridad a su posición social en caso de las discusiones.

Y el perfume de ese hombre llamó su atención de inmediato.

Con una estatura impresionante, su silueta esbelta y atlética se complementaba a la perfección con ese pelo oscuro que enmarcaba su rostro intenso y bien definido. Su barba bien arreglada y su sonrisa encantadora añadían un toque de sofisticación y masculinidad a su atractiva apariencia. Sin embargo, su verdadera belleza radicaba en la confianza que desprendía.

—Mi nombre es Diego Silva y Valverde. Soy abogado, recién graduado en la Universidad de Salamanca. Acabo de llegar desde España.

—Gabriela —balbuceó ella—. Gabriela Cervantes de Alarcón.

—Lo sé —respondió él con una sonrisa.

Gabriela reconoció su apellido de inmediato. Los Silva eran una familia de abogados y escribanos que trabajaban directamente para el virrey. Todos en Lima estaban al corriente de su situación de privilegio hacia la corona. Eran pocos los apellidos de la clase alta, así que entre la población resultaba muy sencillo identificar los más importantes del virreinato, una tarea que la gente solía memorizar rápidamente. Los Silva se encargaban de acreditar las tierras que se compraban y vendían a los españoles por todo el Perú, además de que tenían a decenas de miembros que trabajaban en la administración del tesoro nacional.

Diego utilizó su amabilidad y buenos modales para persuadir a Gabriela, quien aceptó su invitación a dar un paseo por la imprenta. A pesar de ser pequeña y modesta, la empresa tenía una historia digna de ser contada. A medida que avanzaban, Diego saludaba a los empleados como si se estuviese dirigiendo a unos iguales.

Gabriela no pudo evitar sorprenderse ante la actitud del galán, pues en su círculo social las personas solían hacer como si los de la clase obrera no existieran. No obstante, Diego parecía alegrarse de conocer aquella imprenta, y de descubrir que Gabriela era una mujer diferente a las demás. De no haber sido por el ruido de las máquinas, habría podido tener la conversación que quería con ella justo en ese lugar.

—¿Puedo invitarla a un café? —Gritó el, debido al ruido que había entre ellos.

La sonrisa de Gabriela bastó para aceptar la invitación. Algo en ella le decía que ese hombre estaba a punto de cambiar su vida para siempre.

Entraron con paso cuidadoso en el café Cordano, el modesto negocio de una familia de ingleses que había decidido apostar por invertir en la próspera ciudad de Lima. Desde el momento en que Gabriela cruzó la puerta, el aroma a café recién tostado se adhirió a sus sentidos, mientras el sonido de las tazas chocando unas contra otras y las conversaciones animadas creaban una sinfonía única. Los muebles de madera tallada y las lámparas de cristal parecían exudar historia en aquel edificio del siglo XVIII. Esta joya de Lima, con su fachada de piedra tallada a mano y su decoración detallada, dejaba en claro que los dueños del Cordano habían apostado por la calidad y el buen gusto.

Gabriela escudriñó la sala con curiosidad, admirando la decoración londinense que había sido cuidadosamente importada para realzar la elegancia del lugar. Todo estaba cuidadosamente decorado con grecas de madera talladas a mano y muebles de caoba importados directamente desde Inglaterra. El ambiente era tranquilo y acogedor, y solía ser frecuentado por artistas, intelectuales y revolucionarios de la época, lo que lo convertía en un punto de encuentro de mentes brillantes.

Normalmente, Gabriela habría rechazado la invitación, pues que una mujer acompañara a un hombre sin una situación de cortejo no estaba bien visto. Pero en su situación sentía que había ciertos deslices que se podía permitir ahora que estaba a la cabeza de uno de los negocios más prósperos de la ciudad. Uno de esos privilegios era el hecho de tomar un café con quien le viniese en gana, sin importar qué pudiesen decir de ella. Y ese hombre era de los que merecía la pena.

Cuando Diego y Gabriela entraron al café, Diego se adelantó y acomodó la silla para ella antes de sentarse. Aunque ella pensaba que todo esto era exagerado y ridículo, prefirió no decir nada. En su lugar, sintió un hormigueo por todo su cuerpo debido a esa atención excesiva que tantos nervios le producían.

En la parte de atrás, una adolescente esperaba atentamente la señal de los clientes para acercarse. Cuando Diego le hizo la señal, ella se acercó y lo saludó. Resultó ser la hija menor de la familia propietaria del café.

—Un café para mí, por favor.

—Otro para mí —agregó Gabriela.

—¿Desean algo de pan con jamón? Viene con encebollado, y mi papá lo acaba de sacar calentito del horno.

—No gracias —contestaron ambos al unísono.

Una risa incómoda de ambos siguió a la respuesta.

—Tiene futuro este sitio, ¿verdad? —dijo Diego Silva—. ¡Su negocio queda en buenas manos, señor Thomas! —exclamó en voz alta, tratando de alcanzar los oídos del dueño del negocio, que se hallaba de pie tras el mostrador.

—Muchas gracias —respondió Thomas con un español muy mal pronunciado.

El abogado esperó pacientemente a que llegaran los cafés a la mesa. Luego dio un sorbo a su taza, y todos sus sentidos se enfocaron en la joven que tenía frente a él.

—Gabriela… Si me permite, tiene usted un negocio maravilloso, la felicito por ello.

—Gracias.

—Reconozco mi sorpresa, quería poder hablar con el dueño de la «Imprenta Cervantes», pero he conocido la noticia de que su propietario ha muerto.

—Así es, era mi hermano.

— Lo siento mucho.

Se produjo un breve silencio entre ambos, que Diego rompió de inmediato para ir al grano con la cuestión que tanto le interesaba.

—Estoy muy interesado en comprar su negocio. Hace unos días me encontré con algunos hombres de su familia, ellos me dijeron que la imprenta no pasaba por un buen momento, que usted no estaba preparada para dirigir una imprenta con un nombre tan honorable. Yo puedo intentarlo.

Conforme el joven avanzaba en su relato, Gabriela no pudo evitar sonreír ante el comportamiento y las declaraciones de su familia, pues bajo de esos comentarios se escondía el hecho de que la consideraban una señorita indefensa que necesitaba a un hombre para sobrevivir.

—En primer lugar, señor Silva, lamento el comportamiento y la altanería de mis tíos y primos, ellos tienden a ser así con los desconocidos. Y más aún con los hombres de su porte, esos que llevan un apellido histórico para el virreinato.

—No se preocupe, entiendo la situación.

—Ah, ¿sí?

—Bueno… yo también he tenido que enfrentarme a miembros de mi familia con los que desearía no haber intimado nunca. Voy a ser claro con usted —dijo, y echó su cuerpo hacia delante con el fin de dar a la conversación el tono necesario—. El motivo por el que quiero colaborar con su imprenta es que necesito gente con experiencia en el negocio, algo que ustedes ya tienen. Empezar desde cero sería mucho más costoso y arriesgado para mí, ya que hay áreas que desconozco completamente. Un hombre debe ser consciente de sus limitaciones para evitar la desgracia.

—No entiendo, ¿qué es lo que quiere exactamente? —Preguntó ella, aún desconcertada por la extraña conversación que estaban teniendo.

—Con todo respeto, Gabriela. No pretendo quitarle su valioso tiempo. Usted deme el precio que considere justo y véndame la imprenta, le prometo que le daré el mejor uso.

—No está en venta —zanjó ella.

—Disculpe. —Diego sostuvo su brazo con delicadeza antes de dejarla marchar—. Mi intención no es competir con usted. Si quisiera hacer eso, empezaría mi propio negocio. Quiero aprovechar la credibilidad y la trayectoria de su imprenta para una buena causa. Cada habitante de esta ciudad conoce bien el apellido de su familia, los Cervantes, y a qué se dedican. Su padre era una eminencia en el círculo de los intelectuales, su nombre aún sale a relucir cuando de letras se habla. Y yo quiero tomar eso para entrar en los corazones de las personas, si me permite decirlo de forma poética.

—Lamento que haya perdido el tiempo, señor Silva. La imprenta no está, ni estará nunca en venta. Esto no es solo un negocio, es el legado de mi padre y posteriormente de mi hermano. Como verá, se trata de una petición imposible.

En su afán por persuadirla, Diego no se había dado cuenta de su cambio de humor. La belleza de su sonrisa se había desvanecido, y una fruncida en su frente revelaba su desesperación. Gabriela se preguntaba cuántas veces más tendría que soportar esa actitud que ya empezaba a resultar impertinente.

—Piense en las posibilidades, Gabriela. Usted y su familia podrían jubilarse y escapar de todo este caos limeño. Los independentistas están cada vez más cerca de obtener su propósito, no cesan en sus atentados y ataques al fuerte Real Felipe.

—Lo sé, perdí a mi hermano en un ataque de los independentistas al Real Felipe.

—Cierto —se disculpó con un gesto—. Lo siento mucho, no era mi intención insultar la memoria de su hermano. Con más motivos, usted podría marcharse a España antes de que sea tarde. Sé que no es buen momento para invertir, pero estoy dispuesto a tomar el riesgo.

—Si no es buen momento de invertir, ¿qué hace aquí? —Gabriela no podía evitar pensar que se trataba de una patraña, un timo de este tipo que aseguraba ser una persona de negocios. Ya no sabía si creer siquiera que Diego era miembro de la familia Silva.

—Se trata de una cuestión muy personal, Gabriela.

—Vaya, pues si no se explica mejor… Quién puede creer en alguien que está desesperado por comprarme la imprenta en un momento como este.

—Digamos que nací para convivir en el caos, ese mi camino. —Diego no aceptaba un no como respuesta y seguía intentándolo, como un animal salvaje acorralando a su presa. Se comportaba con una insistencia que resultaba desagradable y su actitud comenzaba a molestar a los clientes más cercanos.

Gabriela miraba a Diego con desdén mientras él insistía. Por suerte, ella no pensaba dejarse engañar por su retórica vanidosa y rechazaba todas sus propuestas con firmeza.

—Quizás nacimos para lo mismo —respondió ella finalmente— Lamento decepcionarlo, pero no estamos en venta, y no se moleste en tratar de convencer a mi familia. Como ya le dijeron, yo soy la dueña del negocio, aunque quizás sea difícil de entender para usted y para ellos.

—Sé con quién estoy tratando. La inteligencia y elocuencia con la que ha llevado esta charla es de admirar.

—¿Perdone?

—Discúlpeme. No es que subestime a las mujeres, es solo que no me lo esperaba de alguien que vive en una ciudad tan tradicional como Lima.

—Gracias por el consejo, pero creo que es todo. Y ahora, si me disculpa, tengo muchos asuntos que atender en la imprenta.

Gabriela se puso en pie y se disponía a marcharse cuando él la retuvo una última vez con un gesto casi suplicante.

—Una última pregunta, Gabriela. ¿Por qué tiene un segundo local?

—¿Cómo dice?

—Su tío me dijo que usted había adquirido un segundo edificio en el barrio de Jirón Camaná, una extensión del negocio. Supongo que les debe ir muy bien.

—Mi padre fundó la primera sede y la hizo funcionar a la perfección. Así que este segundo local es una oportunidad personal para mí, pero manteniendo el espíritu de mi padre siempre presente. Mi familia aún no sabe de mis planes concretos para este lugar, así que le pido que no haga comentarios al respecto. Espero anunciarlo cuando sea el momento adecuado.

—No se preocupe, soy una tumba.

—Gracias.

—Por lo que puedo deducir, su familia considera su presencia en esa propiedad como un asunto menor, y no me cabe duda que va a sorprenderlos. Déjeme decirle que su padre no se equivocó en darle a usted el negocio en herencia. Reconozco un líder cuando lo veo.

—No lo hizo. El heredero que eligieron mis padres fue mi hermano. Como le he dicho, él era un respetado comandante del Ejército Real. Él era el orgullo de la familia, yo no soy más que el efecto de las circunstancias, pero le agradezco el cumplido. Y ahora, debo marcharme.

—Lamento la muerte de su hermano, pero no comparto la opinión de su familia. Creo que nuestro señor Jesucristo obra de forma misteriosa, y si las cosas sucedieron de esta manera es porque tiene planes para usted.

Gabriela sonrió, luego hizo una pausa para procesar la misterioso actitud del joven. Diego no dejaba de insistir y tratar de halagarla para convencerla de la venta, y su presencia parecía envolverla en un torbellino de emociones que la dejaba sin aliento y sin saber qué camino tomar. Se trataba de un hombre rico, atractivo y persuasivo, pero su intuición le decía que había algo más detrás de sus encantos. La pasión en sus ojos y la seguridad en sus palabras la dejaban confundida y vulnerable.

—Está bien —dijo ella antes de volver a sentarse—. Voy a confiar en usted, pero primero necesito que me cuente por qué tanto interés en la imprenta. ¿De qué trata ese sueño que le da valentía para invitar a un café a una desconocida?

Diego guardó silencio y respiró hondo, tratando de entender por qué sentía que tenía que hablarle acerca de su sueño. Y de pronto, Gabriela notó cómo las palabras empezaron a salir solas de la boca del joven Silva.

—Quiero crear un periódico popular que en el futuro pudiera llegar a todos los rincones del Perú. Me gustaría contar las noticias de la calle, las luchas sociales, las demandas populares… Quiero ser la voz de los que no la tienen, la voz de los negros e indígenas, de los desamparados, de los que no saben leer ni escribir.

Gabriela escuchaba con atención y, aunque no entendía muy bien del todo cuáles eran sus planes más concretos, su cabeza imaginaba que todo lo que Diego describía estaba sucediendo en su imprenta en ese mismo instante. Así que se animó a preguntar:

—¿Para qué necesitaba la gente común y corriente un periódico? ¿Acaso no tienen ya suficiente con sus penurias diarias? Algo así complicaría más su existencia.

Diego Silva profundizó en el tema. Le relató que un periódico podía ser una herramienta muy poderosa para informar, educar, movilizar a la población, y que alguien que no fuese el virrey debía

hacer algo por todas esas personas.

—La tinta no solo puede estar del lado del culto y del que quiera promocionar una fiesta o negocio en la ciudad. La tinta no tiene límites, y es nuestro deber acabar con eso.

—Vaya —dijo ella, totalmente obnubilada—. No me esperaba una propuesta tan revolucionaria.

—Son tiempos de cambio, Gabriela. Hágame caso, esta ciudad de Lima que conocemos está a punto de cambiar. En poco tiempo todos tendremos los mismos derechos, no habrá esclavos negros trabajando en las plantaciones, ni seremos separados por raza o posición económica. Y si dios quiere, usted y yo estaremos del lado correcto de la historia. ¿Qué me dice?

—¿Está usted en contra de la gestión del virrey, señor Silva? —le interrumpió Gabriela.

De ninguna manera, Dios proteja al virrey y a su familia. Mi intención no alienta rebeldía. Como le dije, la idea es que usted y yo seamos los intermediarios de la realidad nacional, una realidad que veo en el día a día de estas calles. Y estoy seguro de que usted también nota ese descontento. ¿Acaso no le parece un gesto noble?

En ese momento, Diego sacó un pañuelo del bolsillo de su camisa y se secó el sudor de la frente. El ambiente húmedo y denso del café Cordano empezaba a volverse insoportable ahora que había comenzado a hablar sin parar.

—Tiene que ser precavido con ese entusiasmo, señor Silva. No olvide que las paredes tienen ojos y oídos, y la pena por conspiración es la horca.

—¿Me está diciendo que…? —Diego parecía realmente nervioso. Su gesto se contrajo y su torso se puso alerta, como si temiera haber cometido el peor de los errores al hablar con ella.

—No lo digo por mí, pero cualquiera en este café podría tener otras intenciones, empezando por el inglés o su hija. Y por la fama que se ha ganado el ejército del virrey, no me cabe duda de que primero ejecutan y luego se dignan a preguntar.

—¿Cree que se me podría acusar de conspiración? —agregó él.

—Bueno… —Gabriela tenía una opinión muy clara al respecto, pero prefirió suavizarla para no amedrentar aún más al joven abogado que ahora se había encogido en su asiento como si de un sirviente se tratase—. Nunca falta una lengua con el suficiente veneno para arruinarle la carrera a una persona con un chisme. Y no creo que su familia pueda librarse de traicionar al virrey, por muy cercanos que sean sus contactos.

Diego Silva dio un último sorbo a su taza de café. Ni siquiera tenía sed, pero necesitaba liberar de algún modo la tensión ante el escenario que Gabriela le estaba planteando.

—Estamos en Lima, señor Silva —continuó ella—. Haga caso al consejo de una persona que lleva toda su vida aquí.

—Tomaré su consejo, Gabriela. Tiene razón, mi madre siempre decía que en la vida hay que ser valiente, pero sobre todo, precavido. Le aseguro que aprenderé a moverme por esta ciudad.

—Menos mal que no dio usted con un agente del virrey. ¿Se imagina? —Dijo ella entre risas.

—Ya lo creo. Solo espero no haberla asustado, señora Cervantes.

—Señorita —puntualizó ella—, no estoy casada. Créame que de ser ese el caso no estaría aquí tomando café con un extraño.

Diego no pudo evitar sentirse halagado por su respuesta. ¿Acaso eso significaba que ella estaba dispuesta a intimar más con él? Quizá tan solo se había tratado de un error inconsciente por parte de Gabriela, pero ya no podía echarse atrás. Y a juzgar por el gesto de la joven impresora, no parecía que se arrepintiese lo más mínimo de lo que había dicho.

Cuando salieron del café, ambos deambularon en silencio bajo los soportales de los edificios de Gobierno que reinaban en el centro de la ciudad. El rumor de los carruajes tirados por los caballos resonaba en la lejanía, mientras que las casas coloniales se alineaban en ambas aceras, cada una con un balcón de hierro forjado adornado con flores de colores brillantes. El aire fresco del mediodía flotaba alrededor de ellos, mezclado con el aroma a café que desprendían las cafeterías cercanas. El ruido de algunos borrachos y de los perros callejeros interrumpía de vez en cuando el silencio de sus pasos, hasta que ambos se detuvieron por azar frente a una tienda de libros antiguos, la Librería San José, donde permanecieron una eternidad admirando los ejemplares cubiertos de polvo y las encuadernaciones de cuero que ocultaban tras la cristalera. Mientras los observaba, Gabriela no dejaba de meditar en la conversación que había tenido con Diego Silva en el café. No estaba del todo convencida de los planes de Diego, pero la seguridad que había en sus palabras le hacía confiar en que tal vez su idea era tan increíble como posible. El discurso de ese joven abogado, tan idealista e ingenuo, la hacía soñar por un instante en esa realidad que durante tanto tiempo ella había querido transformar. Por primera vez en su vida empezaba a pensar que podía aportar algo más de valor a ese Perú en el que se había criado.

—Mi padre siempre decía que para dirigir una imprenta tenía que aprender defenderme con la pluma, y no con el bolsillo o con las armas.

Diego apartó la vista del escaparate para escucharla con atención, las palabras de Gabriela lo habían dejado completamente eclipsado.

—Creo que nuestro poder va mucho más allá de lo que puede hacer un ejército —respondió él.

—Así es. Por eso quiero que escriba un artículo de prueba —dijo, con un convencimiento total de la decisión que acababa de tomar—. Si cumple con los requisitos, lo imprimiré y distribuiré entre los grupos de debate, en los puestos ambulantes y en los cafés en torno a la Plaza Mayor. Si su pluma era capaz de hablar por usted, tal vez haya esperanza para transmitir la cultura y las ideas ilustradas a la población.

—Acepto el reto.

Y así, Diego Silva se despidió de ella con una sonrisa imborrable, mientras se perdía con paso altanero por las callejuelas.

Gabriela permaneció en silencio unos segundos, observando a esa figura alejarse mientras el sol del mediodía bañaba su espalda. Nunca había sentido una emoción tan profunda como la que le invadía en ese momento. La idea que le había propuesto a ese desconocido era arriesgada, pero también la más original que había concebido. Y aunque había cierta incertidumbre en torno a la aventura que estaban a punto de iniciar, estaba llena de valor y emoción para enfrentar lo que fuera que les esperara al final del camino. Sentía que una gran oportunidad se extendía ante ella, como si el destino le estuviera dando una nueva oportunidad. La idea de llevar a cabo aquel proyecto la hacía sentir viva y llena de propósitos, como si por fin hubiera encontrado su lugar en el mundo. Quería creer que un Perú más próspero era posible, y no iba a permitir que nada ni nadie arruinaran ese sentimiento que se había adueñado de ella por completo.

3

La Revolución de las Togas
Por *Diego Silva y Valverde*

En un llamado urgente a la unión y a la resistencia contra los abusos de los funcionarios españoles, se alza la voz de los oprimidos en busca de justicia. Bajo el peso de togas manchadas por la avaricia y la indolencia, la colonia andina ha sufrido demasiado tiempo en silencio. Pero hoy, con estas palabras, rompemos las cadenas de la sumisión y nos alzamos como testigos de una revolución incipiente.

Los campesinos, trabajadores incansables de esta tierra fértil, han soportado los embates de la explotación sistemática. Sus espaldas dobladas por la carga de impuestos desmedidos, sus lágrimas vertidas por la injusticia desenfrenada, han sido el combustible que alimenta el fuego de nuestra indignación. Es hora de que sus voces sean escuchadas, de que sus derechos sean reconocidos y protegidos. En cada rincón de la colonia, los abusos se entrelazan como una madeja de corrupción. Funcionarios sin escrúpulos se enriquecen a costa del sufrimiento ajeno, apoderándose de los recursos que deberían ser para el beneficio común. Mientras ellos disfrutan de opulencia y poder, el pueblo se hunde en la pobreza y la desesperanza.

Pero este artículo no solo es una denuncia de los males que aquejan nuestra tierra, sino también un llamado a la acción. La revolución no puede ser solo un grito en la oscuridad, sino una llama que ilumine el camino hacia un futuro más justo. Es tiempo de unirnos, de resistir juntos y luchar por la dignidad que nos ha sido arrebatada. Imaginemos una sociedad en la que la justicia sea la norma y no la excepción. Donde los funcionarios se ciñan a su deber de servir al pueblo y no a sus intereses personales. Una colonia en la que cada individuo, sin importar su origen o posición social, tenga igualdad de oportunidades y derechos.

La revolución de las togas es un llamado a la conciencia, a la valentía de levantarse y desafiar el statu quo. Juntos podemos construir un futuro en el que el abuso sea reemplazado por la justicia, la explotación por la solidaridad y la opresión por la libertad. El camino será arduo y lleno de obstáculos, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras se perpetúan las injusticias. Levantemos nuestras voces, unámonos en un clamor colectivo y hagamos de esta

revolución una realidad palpable. La colonia nos necesita, y la historia nos juzgará por nuestra inacción o por nuestra valentía.

¡Que retumbe el eco de la revolución en cada rincón de esta, nuestra tierra!

4

Gabriela leyó el artículo con atención. Era una prosa clara y contundente. Era un llamado a la acción, pero sin caer en la violencia ni en el extremismo. Era una invitación a pensar y a actuar desde cualquier posición en la que estuviese el lector para generar conciencia sobre una sociedad que estaba en plena transición. Sonreía mientras recorría el texto como si las palabras hablaran de una verdad que su corazón reconocía, y sintió después de mucho tiempo que había encontrado un aliado con quien compartir su propósito, una persona con la que expandir el nombre de su familia a todas partes del Perú. Ese manifiesto podía cambiar el virreinato para siempre.

Cuando Diego volvió a presentarse en la Imprenta Cervantes, Gabriela lo invitó a pasar a un pequeño espacio que había acondicionado como despacho. Aquel era el único lugar en el que podía aislarse de los ruidos de la maquinaria. Recorrieron los pasillos oscuros y estrechos esquivando a los trabajadores, las cajas de papel, los frascos de tinta y las piezas de los engranajes oxidados que poblaban las esquinas.

Cada una de las máquinas tenía su propio encanto, desde la prensa de madera que crujía al imprimir los diarios hasta la litografía que permitía imprimir imágenes de gran calidad con un color muy bien logrado. Sus enormes brazos de hierro y su rueda de madera, que giraba amenazadora, permitían imprimir en grandes formatos y en grandes cantidades. También había máquinas para estampar caracteres, que se deslizaban hábilmente por las planchas de metal, dejando huellas precisas y elegantes sobre el papel. Por otra parte, las habitaciones estaban llenas de tinteros y tipos de letra, y mientras las máquinas trabajaban, el olor a tinta y papel se mezclaba en el aire. Pero lo más impresionante sin duda eran las enormes máquinas de vapor que se movían con la fuerza del fuego y la presión del aire, permitiendo imprimir gran cantidad de textos en poco tiempo.

—Me ha encantado su artículo.

—Dios mío, cuánto me alegro —dijo Diego.

—Pero he de hacerle una advertencia. Tenga cuidado con lo que escribe. Como ya le dije, el virrey tiene espías por toda la ciudad de Lima, y esa gente estaría dispuesta a meterlo a usted en la cárcel por unos simples patacones o reales. Créame, no es un buen momento para tener problemas con la corona.

—No se preocupe, soy yo quien respondo por mi pluma.

—Pero si vamos a trabajar juntos, también yo soy responsable de sus palabras —le corrigió Gabriela—. Para ser sincera, muchas de las cosas que leí en su texto me resultaron ajenas. Mi entorno siempre ha ocultado la realidad que usted describe. Pero su artículo me ha abierto los ojos. A veces me cuesta entender la vida en esta ciudad desde mi pedestal.

La familia de Gabriela era una de las más respetadas y acaudaladas de Lima. Su abuelo había sido comerciante de esclavos que traía desde las regiones costeras del África Occidental, y que eran subastados en las plazas y puertos de todo el Perú. En muy poco tiempo había hecho fortuna con la trata de personas. Sin embargo, los hijos no quisieron continuar con el negocio y cedieron su posición en la trata de esclavos a otra familia limeña, y se dedicaron al novedoso negocio de la imprenta, cuyos aires de renovación llegaban desde Europa con ímpetu y fulgor. Así, la familia Cervantes comenzó a amasar una jugosa fortuna con ese próspero negocio. Esto, sumado a las recompensas por los matrimonios concertados con otras familias, provocaba que muchos varones aristocráticos limeños quisieran tener una mujer con su apellido. El abuelo de Gabriela fue de los primeros en entender que el poder estaba en la palabra; quien la controlara tendría una inagotable fuente de influencia en el mundo que estaba por llegar. Por eso fue el primero en apoyar la fundación de la imprenta por parte de sus hijos.

Gabriela volvió en sí de sus recuerdos tras un eterno silencio.

—Señor Silva, ¿puedo confiar en usted?

—Por supuesto.

—¿Es usted un hombre de palabra?

—Le aseguro que es lo más preciado que tengo.

—Bien. Quiero que trabajemos juntos en esta imprenta como un negocio personal. No va a tener el beneficio de mi apellido, sino que tendrá que ganarse la reputación a través de nuestro trabajo. Pero, por supuesto, contará con toda mi experiencia.

Diego Silva y Valverde sabía que no podía negarse a aceptar la oferta. Aunque tenía talento para la escritura, no sabía cómo producir un diario y sabía que ella era la única capaz de resolver cualquier problema.

—Confieso que mi interés era comprar su negocio, pero creo que me ha convencido. Estoy seguro de que usted me llevará a esa cima que tanto estamos deseando.

Ella conocía a la perfección el negocio y él tenía una prosa capaz de convencer al pueblo. Él era el hombre que necesitaba, una voz que la ayudara a expresarse literariamente. Si quería hacer las cosas por su cuenta, Gabriela sabía que su propia familia no era una opción. Desde

ese momento estaba dispuesta a ir un paso más allá por el Perú.

—Encantada de hacer negocios con usted. —Gabriela le estrechó la mano y él la sostuvo con suavidad, como si estuviese acariciando un pañuelo de seda.

Acto seguido, Diego extendió un sobre con dinero, puesto que estaba preparado para una oferta de este tipo.

—No quiero dinero, señor Silva. Su aporte intelectual es suficiente pago.

—Si vamos a ser socios, necesito que reciba ese aporte económico. Quiero ayudar a la causa.

Al principio ella se negó a aceptarlo, pero las palabras de Diego terminaron por convencerla.

—Eso sí, debo dejarle claro que esta unión no tiene nada que ver con la Imprenta Cervantes. Cada uno pone su conocimiento, e imprimiremos los ejemplares en el nuevo local, lejos de las miradas de mi familia y mis empleados. Necesito que eso le quede bien claro, nunca usaremos el apellido de mi familia.

—Por supuesto, y si le parece, yo tengo el nombre que necesitamos: "Urpi". —Un extraño brillo se encendió en los ojos de Diego Silva.

—¿Urpi? No conozco esa palabra

—Significa paloma en quechua. Piénselo bien, Gabriela. Cada diario que se imprima será una paloma que viajará a todas partes del virreinato, llevando el mensaje que tanto deseamos.

¿Qué sabe usted del quechua? —Contestó Gabriela—. Es un idioma de indígenas, no está bien visto en la cultura.

—Tuve una nodriza que me cuidó durante toda mi niñez, se llamaba Mayela. Era una mujer como pocas he conocido. Culta, humilde, llena de historias de las montañas de los Andes. Y era hablante de quechua. Aprendí mucho de su lengua y los mitos incas, hasta que finalmente me dejó para irse con Dios. Ella siempre me hablo del Urpi.

—Que en paz descanse —dijo Gabriela.

—Que en paz descanse —concluyó él.

Gabriela y Diego se encontraban sentados en la sala del despacho. La tensión se podía sentir en el ambiente, ya que el nombre era crucial para la marca y debía ser memorable. Diego se pasaba las manos por el cabello, mientras Gabriela mordía nerviosamente su labio inferior.

—Un diario que volará en todas partes —dijo ella por fin—. Me ha convencido. Lo llamaremos Urpi.

—Y tenemos la bendición de Mayela, que ayudará a Urpi a llegar a todas partes —agregó él con entusiasmo.

Después de brindar con un café muy aguado, Diego se ofreció a acompañar a Gabriela a su casa, pero ella se negó explicando que su

tía se molestaría si la veía llegar con un hombre.

Ya había oscurecido. Ambos se despidieron en medio de la fría noche limeña y Diego se marchó en la dirección contraria, llevando la euforia por bandera ante lo bien que estaba saliendo todo.

Por su parte, Gabriela se marchó pensando en ese hombre al que acababa de conocer hacía solo unos días y que ya había entrado de lleno en su vida. A pesar de que su padre siempre le había dicho que era mejor no confiar demasiado en los desconocidos, Silva parecía ser un buen hombre, excepto por su exagerada consciencia de clase y esa actitud tan feliz y expansiva que la hacía sospechar por momentos. Sin embargo, Gabriela decidió seguir adelante con el plan de todas formas y tantear poco a poco la situación. Tal vez la suerte estaba de su lado y no debía perder esta oportunidad que se le estaba presentando, especialmente porque se sentía una inexperta en el mundo de las letras.

Durante su infancia, aprendió de su padre mucho menos de lo que le hubiese gustado. Debido a la educación que recibió, tuvo que centrar sus esfuerzos en prepararse para el papel de una mujer de su época, lo que hizo que sus propias preferencias fueran relegadas a un segundo plano. Ella siempre había querido aprender a escribir como un hombre, pero nunca se le había permitido. Y su madre también había tenido gran parte de culpa, doña Manuela siempre le pegaba cada vez que la veía con un papel y una pluma tratando de escribir sus historias.

Gabriela y su madre nunca habían tenido una buena relación. De hecho, cuando murió Rodolfo, su marido y padre de la joven, ella volvió a España con sus hermanas. Apenas propuso a su hija que se marchase con ella, pues en el fondo parecía no querer saber nada de su descendencia. Gabriela odiaba recordar todos esos recuerdos traumáticos con su madre, nunca había entendido por qué su madre nunca la había querido o valorado como se suponía que debía haber hecho. ¿Acaso Gabriela le había hecho algo? ¿Tal vez no era digna de llevar el apellido?

A pesar de todo ello, Gabriela siguió adelante tras la muerte de su padre y la marcha de su madre, con la convicción de defender su lugar en un mundo hostil que a veces la rechazaba y otras veces la enaltecía, pero que nunca la dejaba indiferente. En ese momento recordó una frase que le habían enseñado en el colegio las monjas dominicas de Santa Rosa de Lima: “Si quiere desarrollar sus talentos, debe creer en el prójimo”. Y a eso se aferraba la joven impresora, confiaba en ese hombre, sabía que Diego Silva y Valverde era el aliado que necesitaba para encontrar su camino.

5

Eran tiempos de cambio.

Gabriela era incapaz de dormir por las noches, a pesar de que llegaba agotada después de pasar todo el día encerrada entre los ruidos de la imprenta. Y es que el ambiente que se respiraba en todo el virreinato era de absoluta incertidumbre. A simple vista, todo parecía ser un derroche de lujos y opulencia, especialmente en las casas de los criollos que se codeaban con la nobleza española. Gabriela acudía a eventos, cenas y reuniones de gala en las que la tónica siempre era la misma: una sociedad de clases muy diferenciada en la que las personas de su círculo apenas tenían idea de lo que ocurría en las plazas o calles.

Pero las apariencias siempre engañaban. La resistencia se cocía a fuego lento en las reuniones clandestinas en las que se planeaba la libertad de la colonia. Gabriela había asistido también a algún encuentro femenino, uno de esos que se celebraban en el café Manuel o en el Casino de Miradores, en donde las mujeres se reunían en tertulias clandestinas para debatir el futuro de la nación mientras los hombres organizaban grupos guerrilleros en las montañas. Ella asistía como una ciudadana más y nunca abría la boca, pues temía que alguien pudiese reconocerla.

La vida en la ciudad era una mezcla de colores y sonidos: los vendedores ambulantes gritaban sus mercancías mientras elegantes carruajes tirados por caballos pasaban frente a edificios coloniales con balcones de flores. En las casas de las clases altas, sin embargo la música y el baile eran una constante, mientras que en los barrios más pobres, la lucha por la supervivencia y la búsqueda de justicia social eran las preocupaciones principales. Y Gabriela no podía soportar cómo su entorno renegaba de esta otra realidad, todos parecían obnubilados por un sentimiento patrio que se reducía a sus cortijos, sus palacetes y sus óperas. Las cenas de gala, las comitivas del virrey, los actos de opulencia de la alta aristocracia. Ella necesitaba unir ambos mundos.

Por otro lado, gracias a los empleados de su imprenta Gabriela estaba al corriente de que tanto los mestizos como los indígenas se unían cada vez más fieles al movimiento independentista para exigir igualdad y reivindicar sus derechos. En medio de este clima de inestabilidad política, la vida cotidiana de la población era difícil y

precaria. La mayoría de la gente vivía en la pobreza, con escasos recursos y una infraestructura insuficiente. Ya sombra de la colonización española aún se hacía presente, una herida dolorosa en la cultura y la identidad de un pueblo que anhelaba la libertad. Ella era incapaz de huir a su pasado, aunque tampoco quería sentirse culpable por ello. ¿Por qué debía Gabriela responsabilizarse por el pasado esclavista de su abuelo? ¿Acaso no estaba haciendo ella ya lo suficiente para devolver a esas tierras todo lo expoliado?

La culpa, siempre la culpa. Aquel sentimiento que volvía a ella una y otra vez.

Los independentistas le habían arrebatado a su hermano en una de las batallas por impedir la caída del virreinato, y sin embargo, Gabriela sentía que quienes luchaban por la independencia del Perú hacían lo correcto. Por eso cada noche se le hacía eterna a Gabriela entre las sábanas de su habitación. Era incapaz de detener las contradicciones que la asolaban, y se avergonzaba de pensar de ese modo. Echaba de menos a su hermano, lo quería como a ningún otro hombre en este mundo. Pero no podía evitar sentir que había muerto defendiendo al bando equivocado.

6

Lima, Virreinato del Perú.
4 de Junio de 1820.

Gabriela y Silva trabajaron duro durante semanas. Durante los primeros días se dedicaron a dejar panfletos por toda la ciudad en busca de jóvenes que se sumasen a la planilla y se encargaran de ayudarlos a corregir y distribuir el periódico. Se reunían de forma clandestina, y no tardaron en llamarse a sí mismos «Los ilustres de Urpi», en honor a la corriente filosófica que había revolucionado Europa y el norte de América. Todos ellos contribuirían al éxito del negocio, el primer diario impreso por un nuevo virreinato del Perú.

Al principio, a Diego le resultó difícil adaptarse al hecho de que todos en la imprenta tenían una opinión y podían tomar decisiones. Pero con el tiempo no le quedó más remedio que dejarse conquistar por la perspectiva de Gabriela, quien siempre llegaba a la imprenta con una sonrisa para enseñarle cómo funcionaba todo y para ofrecer una visión democrática y diplomática.

Para Gabriela, era muy importante que Diego conociera cada etapa del proceso en lugar de limitarse simplemente a escribir los artículos para Urpi. Ella estaba convencida de que, de esta manera, Diego podía sumergirse en el trabajo y comprender la esencia de los que hacían. El olor del papel, el sonido de la pluma sobre el papel, la tinta fresca... todo ello era parte de la magia del proceso de escritura e impresión. Los días en los que Gabriela se adentraba en las complejas maquinarias de la imprenta, le brillaban los ojos más que nunca. Era una mujer resuelta y decidida, que no se permitía limitaciones. Por eso, no sorprendía que quisiera involucrar a Diego en cada detalle, en cada etapa del proceso de producción de los artículos. Por eso, cada tarde se adentraba en la imprenta y no descansaba hasta que no tenía la certeza de que Diego entendía y se involucraba en cada paso. Diego era su socio, por eso no podía conformarse con que se limitara a escribir. Solo así podían asegurarse de que el producto final destacara y sobresaliera. Estaba dispuesta a enseñarle todo lo que sabía para que juntos lograran un trabajo excepcional.

Y así, después de varios meses lograron establecer un sistema de trabajo que estaba funcionando a la perfección, pero con mucho esfuerzo a sus espaldas. Todos en la imprenta sabían lo que tenían que

hacer sin necesidad de recibir ordenes. Esto sorprendía a Diego cada día porque la forma en la que Gabriela trabajaba y dirigía a sus empleados permitió una mayor flexibilidad y les ayudó a aumentar la productividad.

El diario salió por primera vez a la calle el 4 de junio de 1820.

Al principio, Urpi era un periódico modesto de solo cuatro páginas que se vendía en plazas y parques por dos reales. Pero rápidamente tuvo un gran impacto. Tanto mestizos, criollos como españoles querían conseguir una copia. La gente leía intensamente los artículos escritos por Silva y algunos que había escrito Gabriela con un seudónimo, el de «La Tapada». La joven se había visto obligada a esconderse bajo este nombre por dos motivos. El primero de ellos era que no estaba bien visto que una mujer participara en temas literarios o periodísticos, ya que la visión social sobre la mujer se limitaba a su papel reproductivo y su servicio al marido. Por otro lado, no quería que nadie conociese su identidad ya que podrían asociarla con la imprenta.

Urpi abordaba temas que no se mencionaban en los medios oficiales, como la difícil situación que se vivía día a día en ciudades como Cuzco y Arequipa. La falta de empleo, la pobreza y la opresión que sufrían los indígenas y los descendientes africanos también eran el pan de cada día. Además, Urpi denunciaba la injusticia del sistema colonial, la corrupción de los funcionarios y la ignorancia de los poderosos, y utilizaba el dibujo artístico y el humor como forma de defensa.

El negocio estaba ganando popularidad en la sociedad limeña como una forma de oposición al virrey, disfrazado bajo un tono satírico, y con piezas de literatura y poesía. Y con el paso de las semanas, el diario comenzó a venderse con verdadero fervor. Con una presentación seductora y un enfoque audazmente crítico, rápidamente se convirtió en la publicación favorita de aquellos que anhelaban escapar de sus circunstancias difíciles. La tinta de Diego Silva parecía fluir con una pasión admirable, resaltando las injusticias y proponiendo una solución. No pasó mucho tiempo para que su mensaje llegara a un público más amplio, y pronto la influencia de Urpi se extendió por todo el país.

A pesar de que Gabriela y Diego trabajaban juntos, eran frecuentes las discusiones entre ellos. Gabriela tenía que hacer correcciones de estilo en todos los artículos de Silva para mejorar su presentación, ya que Diego criticaba con dureza y con un lenguaje soez y demasiado punzante. La joven temía que todas esas opiniones negativas de Diego pudieran llegar a oídos del virrey José de La Serna, el hombre más poderoso de Lima, a quien nadie quería despertar de su letargo. A

pesar de las circunstancias, Gabriela tenía miedo de ese hombre y quería evitar problemas con él, por lo que se esforzaba en presentar el trabajo de manera perfecta y tratando de pasar sin llamar la atención de las clases adineradas. Por el momento su plan estaba funcionando a la perfección, Urpi se había convertido en un éxito entre las clases populares, pero los privilegiados apenas conocían la existencia de esta publicación.

Constantemente, Diego intentaba explicar que lo más importante era la verdad sin tapujos para mantener la reputación del diario, pero ella se empeñaba en que no se trataba de evitar la crítica, sino de no hacer por exagerarla.

Una mañana, Gabriela y Diego llegaron temprano a la imprenta, como era costumbre en ellos, para arreglar todos los asuntos antes de que llegaran los empleados. Prepararon café y pan con jamón para comer antes de empezar a trabajar. Apenas había amanecido cuando apareció Marcos, uno de los más fieles repartidores del diario Urpi, un muchacho de apenas veinte años que estudiaba filosofía en el Seminario de los Franciscanos. Sus rasgos eran finos y juveniles, pero su mirada mostraba una madurez más allá de su edad. Vestido con ropas raídas y desgastadas, al chico se le veía pálido y tembloroso, como si hubiese pasado una mala noche.

—¿Qué pasa, Leoncio? —preguntó Gabriela, preocupada—. ¿Qué te trae por aquí?

El muchacho tuvo que contener el aliento antes de lanzarse a hablar.

—La guardia real tiene en la cárcel a los muchachos, mi patrona. Los detuvieron ayer por la noche al salir de la imprenta. Apenas amaneció me vine corriendo para informarle de lo ocurrido.

—¿Cómo se atreven? —Gritó ella con gesto colérico.

—Está bien. —Diego mantenía la templanza, su gesto parecía mucho más calmado ante la gravedad de la situación. Solo Dios sabía lo que podían hacerle a esos muchachos en el calabozo. La confianza entre ambos les había llevado a tutearse, a pesar de que no había una relación íntima entre ellos—. Quédate aquí, Gabriela, los de la Guardia pueden venir en cualquier momento a arrestar al resto del personal. Yo me encargo de esto, voy a hacer que los liberen. Acompáñame, Leoncio.

—De ninguna manera, yo voy con ustedes —le cortó Gabriela.

—Que no, Gabriela. Por favor, hazme caso, debemos proteger a los demás. Soy abogado y sé cómo funciona esto, no deberías involucrarte en esto si no es necesario. Además, si yo estoy aquí pasarán por encima de mí. Pero a ti… nadie te hará nada sabiendo cuál es tu apellido en esta ciudad.

—¿Y qué pasa con tu apellido?

—El mío solo sirve en Madrid —dijo, y se dirigió al muchacho—. Vamos, Leoncio.

Diego y Leoncio se encaminaron hacia la salida de la imprenta. Gabriela tardó un instante en reaccionar antes de dirigirse a ellos de nuevo.

—De acuerdo. Cuando regreses, haz el favor de golpear tres veces mientras gritas mi nombre para que pueda abriros. Conforme lleguen los demás impresores, les informaré de que hoy no se trabaja.

Diego y Leoncio se encaminaron por las calles de Lima en dirección a las cárceles de las afueras. El trayecto, aunque conocido, no dejaba de ser desafiante debido a que debían atravesar las calles abarrotadas de gente y sortear los obstáculos para llegar a tiempo. Los adoquines de piedra que se extendían a sus pies parecían susurrar historias antiguas y secretas, como si su rodar estuviera marcado por los fantasmas de aquellos que antes caminaron por allí. El viento soplaba con fuerza, levantando polvo y hojas secas, como una señal inquietante del oscuro futuro que les esperaba. Diego y Leoncio veían a su alrededor las casas y tiendas amontonadas, el bullicio de la gente y el mercado de frutas y verduras mientras avanzaban. Finalmente, después de un largo rato de camino, divisaron las ominosas paredes de las cárceles en la distancia.

Los rayos mortecinos del sol se colaban entre las retorcidas ramas de los árboles, las mismas que protegían las chabolas del barrio del «Chabuco». Las calles aledañas a la prisión, donde los trotes de las mulas y los carruajes hacían eco, estaban repletas de cobijas a modo de tienda que exhibían productos robados. En una esquina podía verse el rincón de las apuestas clandestinas donde los jugadores desesperados arruinaban a sus contrincantes.

Al fondo, entre la penumbra, destacaba la penitenciaría rodeada de rejas oxidadas y el hedor a sudor y orina que se esparcía por los transeúntes. El lugar era conocido por los peligros que encerraba, los más astutos y valientes deambulaban por sus callejones en busca de nuevas aventuras o de la gloria de ser amigos de los prisioneros encerrados tras sus muros. Era un lugar donde la ley no tenía cabida y donde los códigos de honor y lealtad podían significar la línea entre la vida y la muerte. Los lugareños del Chabuco sabían que, si querían sobrevivir, tenían que mantenerse alejados de las tinieblas de ese lugar, donde los delitos y la oscuridad parecían no tener fin. El aire espeso estaba lleno de olor a podredumbre de los cuerpos que se descomponían en las cárceles, lo que añadía una carga extra de horror y repulsión. Todo parecía tener un tono gris y lúgubre, incluso cuando el sol brillaba, como si una niebla densa nublara el aire. Las sombras se prolongaban más de lo debido, y las personas que se aventuraban allí para visitar a los presos lo hacían con pies de plomo y un miedo

palpable en sus corazones.

En la entrada, Diego Silva se presentó como abogado y pidió ver al capitán de los soldados que estaban custodiando la puerta. Tras un largo tiempo de espera, el más joven lo dejó entrar, pero solo a él, su acompañante debía quedarse a esperar en la calle. Diego aceptó, pidió a Leoncio que fuera a su casa y que no le contara a nadie dónde estaba. Se verían al día siguiente en la imprenta.

Siguiendo la guía del soldado inexpresivo, cuyo arma colgaba sobre su hombro, Diego y el alguacil descendieron las escaleras detrás de una espesa compuerta. Aunque una parte de él quería quitarle el arma y usar la fuerza, optó por la opción más coherente, pues aquel soldado seguía sin mostrar ningún temor aún cuando le daba la espalda.

Al llegar a la zona de prisiones, la humedad bullía entre los presos mientras caminaban por un corredor oscuro. Contemplaba las cámaras de tortura mal iluminadas por las antorchas y pensó que, de haber sido capturado, probablemente habría perdido la cordura. Unos pasos más tarde lo introdujeron en una celda vacía en la que le esperaba sentado el capitán Mendieta.

—Bienvenido, señor Silva. Qué se le ofrece.

—Estoy aquí para representar como abogado a las personas que tiene encarceladas.

—Aquí no tenemos a nadie que a usted le interese, señor Silva. Me disculpará, pero estamos muy ocupados en este momento, si le permití el paso fue solo por cortesía. Entenderá que hay rebeldes por todas partes en esta maldita ciudad y no veo la hora de colgar a algunos en los postes, como antaño.

—Claro que le comprendo —respondió Diego, tratando de que su tono irónico no viese la luz a pesar de que le costaba muchísimo contenerse.

—Al virrey le falta mucha mano dura, ¿me entiende? Si de mí dependiera, tendríamos estas cárceles vacías. —Mendieta hizo un gesto con su dedo en el cuello, un ademán de decapitar a todos los infieles.

—Insisto, Capitán. Le repito que tengo información confiable sobre el paradero de estas personas, sé que están aquí encerrados. Le pido por favor recapacite y me entregue a estas personas, son gente de bien y no han hecho nada malo.

—Mmmmm…

Mendieta se resistía a dar su brazo a torcer.

—Creo que debería ocupar su tiempo capturando a los verdaderos delincuentes.

—¿Disculpe, señor Silva? Usted no me va a venir a decir en qué ocupo mi tiempo. ¿Con quién se cree que está hablando? ¿Acaso le

gustaría probar la cárcel del Chabuco?

—Mi nombre es Diego Silva y Valverde. Soy abogado y como tal no voy a permitir sus amenazas. Soy propietario del diario con el que usted pretende atacar por cargos que desconozco. Uno de mis empleados presenció el momento en que la Guardia del Virrey detuvo a mis trabajadores y los trajo hasta aquí. Le advierto que, si algo les sucediese, tomaré medidas y no descansaré hasta que usted sea sancionado por su negligencia. Tenga presente que mi familia trabaja directamente para el virrey De La Serna, así que le sugiero que verifique con sus superiores con quién está tratando.

El capitán Mendieta no tuvo otra opción que dar su brazo a torcer ante la actitud del abogado. Se puso en pie con pesadumbre, como si le costase un infierno mover cada músculo de su cuerpo.

—Ay, estos españoles… Siempre se creen mejor que nosotros, los criollos. Usted no está hablando con un indio, con un mestizo o con un negro, señor Silva. Le recuerdo que soy la autoridad en esta prisión, así que tráteme con el debido respeto.

—No niego su autoridad, lo único que quiero es que esas personas tengan una defensa como merecen. Tengo derecho a representar a esta gente. Ellos no son revolucionarios, son simples empleados de un diario. Así que en todo caso al que tiene que arrestar es a mí.

—¡Soldado! —Gritó el capitán de inmediato—. ¡Revise si están en el calabozo! ¡Si los encuentra, tráigamelos aquí!

El soldado abandonó la guardia y se alejó al final del pasadizo, perdiéndose en la oscuridad.

El silencio se dejó sentir en medio de los dos. El capitán trataba de distraerse encendiendo un puro con el fuego de la antorcha. Su figura rígida e impecable traje intimidaban a Silva, que estaba bañado en sudor. De no ser por su origen español no habría podido siquiera acercarse a ese hombre; no quería imaginar los abusos que ese capitán Mendieta era capaz de llevar a cabo.

Los españoles tenían una posición superior en el Perú colonial, un derecho de nacimiento que no tenían los criollos, aunque también fuesen hijos de españoles. Así que ese Mendieta, a pesar de haber nacido en el Perú, no podía gozar de los cargos administrativos más elevados del gobierno ú ocupar las esferas más altas de la milicia.

Los minutos pasaron. Diego se acomodó en el frío y duro asiento de la celda mientras se esforzaba por escuchar si alguien se acercaba. El tiempo solo hacía que el corazón empezara a latir más fuerte porque, aunque no quería aceptarlo, las posibilidades de encontrarlos con vida eran muy pocas. Estaba seguro de que el fin de esa detención era darle una lección a Urpi, un puñetazo sobre la mesa con el que frenar cualquier aspiración de denuncia. Querían acabar con su libertad de prensa.

Mientras esperaba, Diego no podía empezar a barajar la idea de dar por terminada la vida del diario. Ni siquiera había imaginado que algo así pudiera suceder. Sentado en ese lugar, empezó a pensar en la posibilidad de un futuro en prisión o, como declaró Gabriela, sentenciado a la horca. Se encontraba sumido en una profunda incertidumbre y miedo que lo consumía a cada segundo. La irresponsabilidad de su estrategia lo había llevado a colocar en peligro la vida de algunos de sus empleados más leales y eficientes. No había nada que pudiera hacer ya para reparar el daño causado, su reputación estaba en juego y sobrevivir a su propia culpa parecía una tarea imposible, si es que aún seguían vivos. El sabor amargo del arrepentimiento inundaba su paladar. ¿Cómo demonios iba a explicárselo a sus familias?

De pronto pudo escuchar unas cadenas arrastrándose desde el fondo del oscuro pasillo hacia la celda en la que él se encontraba. Pero él no se atrevía a ponerse en pie. Solo volvió en sí cuando contó a cuatro hombres y una mujer. Estaban todos, tal y como le había indicado Leoncio esos cinco eran los detenidos, aunque a simple vista presentaban numerosos golpes en el rostro y los brazos, además de que la sangre seca corría por sus cuellos y sus orejas.

Habían sido torturados.

—¡Capitán! ¿No decía usted que las celdas estaban vacías? —Dijo Diego, poniéndose de pie de inmediato con un gesto agresivo.

Su tono sarcástico le costó muy caro, pues el capitán Mendieta se acercó a él con la mirada puesta en sus ojos, y le dio un certero golpe en el estómago que terminó por tumbarlo. Mientras Diego se llevaba las manos a la barriga, el capitán se acercó a su oído y le dijo:

—No trate de colmar mi paciencia, señor Silva. Quizás me arrepienta de lo que acabo de hacer. Y espero que esta detención le haga recapacitar.

—¿A mí? ¿A qué se refiere?

—A quién es nuestro virrey. Tendré muy en cuenta su nombre cuando tenga que transmitirle mis noticias a los superiores. Es usted un vendido, usted más que nadie debería apoyar la causa de nuestra Corona.

—Los tiempos cambian —respondió Diego, aún con la mano en el estómago.

—Lo mismo digo, así que haga el favor de dejar a un lado esos aires de grandeza. El virrey es de los suyos, abogado. No se deje llevar por lo que dicen los negros o los indios. Si esta colonia se declara independiente, ese será su fin, abogado. Recuérdelo.

—Yo solo hago mi trabajo haciendo uso de mi libertad para escribir. No hacemos más que eso.

—Urpi, ¿quién le puso ese nombre? ¿Uno de sus indios? Es

increíble como estas ideas revolucionarias están cambiando todo, ahora ponen nombres de indios —dijo en una visible actitud burlona —. ¿Usted ya sabe que negros e indios se están uniendo a los rebeldes? Se dice que tienen un campamento en el bosque de Baracuy, cerca a las playas del norte, pero no tardaremos en darles caza. Y cuando esto suceda nos ayudaría mucho haciendo un artículo suyo destacando las proezas de su ejército. ¿Puedo contar con usted o tengo que hacerle otra visita?

Las risas del capitán contagiaron a su compañero.

—No le prometo nada, en el diario no nos manejamos así —respondió Diego—. Pero debería usted empezar a entender que las cosas no serán como antes.

—Lárguese de mi vista de una vez —dijo el señor Mendieta.

—En cuanto retire las cadenas de mis empleados.

Los presos guardaban completo silencio. Sus voluntades habían sido destruidas. Ni siquiera podían levantar la mirada después del trauma de aquella detención.

—Una última cosa, abogado. Nosotros siempre ganamos. ¡Soldado! Retire las cadenas —Ordenó el capitán finalmente.

El joven alguacil obedeció y le quitó las cadenas a los apresados, que corrieron a toda prisa hacia donde se encontraba el abogado. Apoyándose uno en el cuerpo del otro, los afectados salieron de ese lugar y se dirigieron a la imprenta. Diego pudo contemplar de cerca las heridas de sus impresores, cuyo estado era mucho peor que como las había visto cuando se encontraban en la celda. Y aunque sabía que no era momento para decir lo que estaba a punto de mencionar, no podía quedarse con la duda:

—Muchachos, lamento mucho lo sucedido. No hemos pensado en ustedes, no hemos protegido sus vidas como merecen, y por esto les pido mil disculpas en nombre del diario. Nuestra intención era hacer algo noble e importante. Pero no a cualquier precio.

Los empleados estaban en silencio, no habían recuperado el aliento todavía. Solo pudieron dar un gesto de aprobación mientras miraban hacia abajo sin despegar la vista del suelo.

—Si me lo permiten, les haré una pregunta sin ánimo de ser molesto. Entiendo que han pasado por momentos difíciles y quiero dejar claro que no tengo ninguna intención de juzgarlos si es que hicieron algo malo ahí adentro.

—Pregunte con confianza, señor —contestó uno de ellos que apenas podía levantar la mirada para hablar.

—¿Ustedes dieron el nombre de Gabriela mientras los interrogaban?

—No —dijeron todos al unísono.

—¿Qué les preguntaron?

—Nos hicieron preguntas acerca de quién más trabajaba en Urpi.

—¿Y qué les dijeron ustedes?

El mismo hombre que se había adelantado tomó el liderazgo del grupo. Se llamaba Servando, y era un veterano impresor que había pasado por varias colonias de América. Era un hombre alto y fornido, con una barba frondosa que le daba un aspecto imponente. Su piel morena estaba marcada por el sol y sus ojos color avellana reflejaban su sabiduría. Cuando hablaba, su voz era tan profunda y cálida que nadie podía resistirse a escucharlo.

—Les dijimos que solo éramos nosotros y usted. Nunca vieron a la señora, así que no dijimos el nombre de ella.

—¿Seguro? Pueden decirme la verdad.

—Se lo juro.

Finalmente, Diego creyó las palabras de Servando. Era imposible que estuviese mintiéndole con ese gesto que había en su mirada.

—Eso que hicieron fue muy valiente, muchachos. Muchas gracias.

Cuando volvieron a casa, tocaron el portón de madera tres veces, como habían acordado previamente. Gabriela gritó el nombre de Diego antes de abrir, y después de que él confirmó su presencia, ella les abrió la puerta.

En cuanto los vio, notó que todos ellos tenían golpes y heridas en la cara. Estaban demacrados. Corrió hacia ellos llorando, pidiendo perdón y disculpándose por su detención. Después de invitarlos a pasar agradeció que estuvieran allí, sanos y salvos, y les aseguró que serían recompensados por todo lo que habían sufrido.

—Si nos permite, señora Gabriela —interrumpió Juan, otro de los muchachos a los que habían detenido—, creo que detenernos ahora, después de todo lo que ha pasado, sería una muy mal noticia para la publicación. Y, si me permite, quisiera que me de la oportunidad de escribir en Urpi.

—No sabía que usted escribía, Juan. Me encantaría leer su trabajo antes de tomar una decisión, si le parece bien.

—Si señora, mi madre tuvo la oportunidad de aprender de su patrona a leer y escribir. Ella me traspasó ese conocimiento. Desde que leí mi primer libro no he parado de mejorar mi técnica. Con los años me resigne a que nadie me daría la oportunidad, pero usted nos abrió las puertas.

—Señora Gabriela —intervinieron los demás, sus voces se entremezclaban unas con otras mientras ella los escuchaba—. Si nos permite opinar, a nosotros nos gustaría que le de una oportunidad a Juan, y si se puede, también quisiéramos continuar en la imprenta. Sentimos que se lo debemos a nuestras madres y padres. El futuro de esta tierra está en juego. Estamos en medio de algo muy grande.

—No sé qué es lo correcto, muchachos, —dijo, secándose las lágrimas—. Tengo que hablarlo con Diego y tomar una decisión, recuerden que es la vida de todos nosotros la que está en juego. Es cierto que tenemos un compromiso con nuestra sociedad, pero el más importante es el que tenemos con la gente que nos ama y espera en casa. Así que ahora, por favor, vayan a descansar. Yo misma les haré llegar el dinero a todos ustedes tan pronto como sea posible. Tómense unos días, y en cuanto se sientan mejor, aquí los espero.

Los empleados se disponían a marcharse cuando ella los chistó una última vez.

—Vayan con precaución, y es mejor no hablar de esto con nadie. No sabemos quién podría estar vigilando nuestras acciones.

Después de que los empleados de la imprenta se hubieron marchado, Gabriela ofreció a Diego un asiento. Ambos estaban sudorosos y cansados, como se podía ver en las ojeras de ambos. A pesar de que una parte de Diego necesitaba contarle todo lo que le había pasado en la celda, en el fondo no se atrevía. Continuó admirando el inusual corte de cabello de Gabriela, ya que la mayoría de mujeres llevaban el pelo largo y el de ella estaba recogido sobre la cabeza. No podía dejar de admirar la belleza única de esa joven. Su atractivo era único, con una mirada intensa en sus ojos oscuros, nariz aguileña y una sonrisa perfecta que resaltaba en sus mejillas hundidas. A veces su piel blanca parecía pálida y otras apagada, pero aun así añadía a su singularidad.

—Diego, ¿qué pasó en los calabozos? —preguntó ella, interrumpiendo el flujo de la imaginación de su socio.

Él no sabía qué responder. Quería dejar atrás lo ocurrido, pero debía volver a esa situación si querían tomar una decisión lógica.

—Es complicado, Gabriela. Al principio, el capitán no quería aceptar que los tenía encerrados en esa cárcel. Sabe dios qué planes que tenían para ellos. Por un momento pensé que no iba a recuperarlos, pero por suerte logré convencerlo. Aunque no todo salió como esperaba…

—¿Qué pasó?...

Diego respiró hondo y se sintió agitado al recordar lo sucedido. Aún no asimilaba haber tenido la valentía de enfrentarse al capitán, y sentía culpa por saber que debería haber hecho caso a Gabriela cuando le pidió que se contuviera. Aunque no lo admitió en ese momento, había captado el mensaje: el Gobierno no quería que escribieran más sobre el virrey la Serna y sus subordinados.

—Si seguimos siendoun diario de oposición, van a ir a por nosotros —dijo finalmente.

Gabriela no podía creerse lo que estaba oyendo. Sus peores presagios se habían cumplido.

—Nosotros no apoyamos al virrey, y mucho menos vamos a escribir un artículo alabando a sus milicias después de lo que han hecho.

—Lo sé, estoy contigo en esto.

—¿Han descubierto quién soy?

—No, descuida.

Pero ella no parecía confiar en sus palabras.

—Si se enteran, estoy perdida. Mi familia no permitirá que siga al frente de la Imprenta Cervantes. Harán lo posible por mandarme a paseo.

—Los muchachos mantuvieron su silencio. Resistieron, a pesar de la tortura y las amenazas de los soldados.

—¿Seguro?

—Bueno… no tardaremos en descubrirlo. Por si acaso, creo que lo mejor es que seamos muy cautos a partir de ahora.

En un arrebato inconsciente, Diego agarró la mano de Gabriela y la miró a los ojos. Y ella no hizo esfuerzo alguno por apartarse de él.

—Todo va a salir bien, ha sido un día difícil y lamento haber causado todo esto por no medir las consecuencias de nuestros actos. Si quieres dejar atrás todo esto, lo entenderé. De todas formas, esto siempre fue más idea mía que tuya, tú nunca lo quisiste.

A Gabriela no le asustaba lo que estaba sucediendo, sino el hecho de enfrentarse a la persona en la que se estaba convirtiendo. Sus acciones iban en contra del bando hegemónico, ese por el que su hermano había perdido la vida en combate. Se sentía una traidora.

—No sé qué decirte.

—No te preocupes, Gabriela. Entiendo cómo te sientes, y lo que viene no va a ser nada fácil.

—Lo sé, pero en ese caso… no se me ocurre otra salida que el cierre de esta imprenta. Tengo que ser honesta, quiero encontrar la manera de mantener Urpi por un lado, y mantener a salvo el negocio familiar. Aunque no me lleve de maravilla con mi familia —dijo, esbozando una leve sonrisa irónica que solo él podía comprender—, el trabajo de todos ellos también está en juego. Y el apellido de mi familia.

El silencio en la imprenta era tan espeso que se podía cortar con un cuchillo. Diego y Gabriela se encontraban sentados en el escritorio, paralizados por la incertidumbre. El tintinear de las máquinas de impresión se había detenido y el sonido de los ratones devorando el papel se hacía presente en el sótano. Ambos se miraron a los ojos, tratando de encontrar una respuesta en las profundidades del alma del otro. El destino de la imprenta estaba en juego y sabían que cualquier decisión que tomaran tendría un gran impacto en sus vidas.

A medida que pasaban los minutos, el corazón de Diego latía con

fuerza mientras intentaba encontrar la forma de salvar su querido negocio. Gabriela, por su parte, fruncía el ceño en busca de una solución. ¿Cerrar la imprenta y admitir la derrota? ¿O luchar contra viento y marea para mantenerla a flote? El silencio se hacía cada vez más insoportable, como si el tiempo se hubiese detenido.

Finalmente, Diego rompió el hielo de forma desesperada:

—¿Confías en mí?

—Por supuesto.

—Pues tengo una idea.

La luz de las velas parpadeaba débilmente en el interior de la imprenta, dando al ambiente una atmósfera misteriosa y acogedora al mismo tiempo. Diego y Gabriela estaban sentados en una mesa de madera, rodeados de pilas de libros y folletos. Afuera, la noche era fría y oscura, pero dentro de la imprenta, el calor de la conversación de los amantes estaba llenando el aire húmedo con el aroma de oportunidades nuevas. Alrededor de ellos, los objetos en la habitación estaban bañados en un resplandor tenue, creando un ambiente mágico. Era una noche mágica, una noche de esperanza en la que Diego y Gabriela estaban planeando su futuro con la imprenta.

—Tenemos que mantener Urpi, solo que dándole otro enfoque, algo que agrade al Gobierno del virrey —dijo él, que ya se había sumido en el espíritu revolucionario.

—Del mismo modo en que hago en la imprenta de mi familia.

—Así es. Y, por otro lado, en secreto, vamos a seguir produciendo un diario de oposición que será totalmente anónimo. Desde ahí vamos a devolver todos los golpes que nos han dado.

—Bueno… —dijo ella con ciertas dudas—. Vamos a necesitar más máquinas para mantener la fachada ante el virrey.

—Por eso no se preocupe, yo aún tengo algo de dinero.

—Y tenemos otro problema —dijo Gabriela—. No puede usted escribir más con su estilo en la versión oficial de Urpi. Sé que es difícil, pero la vida de los empleados es nuestra responsabilidad.

—Lo sé —se lamentó Diego—. Confiemos en que Juan tenga ese talento escondido del que tanto habla. Podemos darle la oportunidad de escribir bajo un seudónimo en la versión secreta de Urpi. Además, quién mejor que él para hablar de las necesidades de su gente. Es un hombre del pueblo.

La luz mortecina emanaba de la débil llama de una vela en la esquina de la habitación, iluminando apenas los rostros de Diego y Gabriela que, con la cabeza inclinada y las manos entrelazadas, parecían sumidos en un mundo aparte. Los sonidos de la calle se filtraban a través de las ventanas, transportando el eco de carruajes y el tintineo de copas en algún salón lejano. Pero allí, en la imprenta,

reinaba un silencio denso, interrumpido solo por el ruido ocasional del papel al deslizarse sobre la mesa y el crujido de las plumas al escribir en él. Los dos estaban absortos en su conversación, que contrastaba con el mundo caótico y vertiginoso fuera de las cuatro paredes de la habitación.

—Qué le parece «Anónimos» —dijo Gabriela con aire eufórico.

—Me gusta.

Ella se sonrojó ante su sonrisa y, como respuesta, él tomó la mano de Gabriela y se la acercó a su piel mientras la miraba a los ojos, como quien busca una respuesta para avanzar hacia los labios.

—Gabriela, si me permite… Estoy sintiendo cosas por usted, y quería saber si es posible…

Pero ella tomó distancia y retiró sus manos de las de él. Acababa de darse cuenta de que iba muy en serio.

—No, no es posible, señor Silva —dijo, al tiempo que volvía a tratarlo de la misma forma cordial y distante—. Por favor, enfóquese en el trabajo. Esto no puede ocurrir entre nosotros.

—No era mi intención ofenderla, pensé que entre nosotros podía haber algo.

—No hay más interés que el de trabajo. Si no lo puede entender, hágamelo saber.

La actitud de Gabriela era tan cortante que Diego no sabía ni como reaccionar ante aquello.

—Le ofrezco mis más sinceras disculpas. No pretendía…

Con la mirada en el suelo, Diego parecía expresar la derrota de un corazón roto. Aunque Gabriela se dio cuenta que quizás había sido demasiado dura, sus palabras no reflejaban lo feliz que se había sentido en el fondo cuando él se acercó a ella. Aunque en algo tenía razón el corazón de Gabriela: no era el momento adecuado.

—Siento haberle hablado así, Diego. No quiero que confundamos las cosas, es necesario que mantengamos la compostura, al menos en esto que apenas empieza… Esperemos a que las cosas mejoren, ahora no puedo pensar en ello.

Silva se sintió esperanzado al escuchar sus palabras. Gabriela estaba confesando el mismo interés que él sentía hacia ella. No estaba loco, ella no la veía como solo una socia comercial. La tensión que habían sentido desapareció de inmediato y él trató de reconducir de nuevo el juego entre ambos.

—Muy bien, Gabriela, tiene razón. Centrémonos en lo importante.

En pocas semanas, Anónimos y Urpi imprimieron sus ejemplares nuevamente. Urpi cambió su enfoque para centrarse en anuncios de comercios locales, eventos, mensajes del virrey, leyes nuevas y actas de fallecimiento. Aunque criticaba ligeramente los sucesos sociales,

había perdido el tono de oposición que lo caracterizaba.

Por el contrario, Anónimos no solo hablaba de la esperanza, de la lucha y la posibilidad de un futuro mejor. Ahora también se centraba en la posibilidad de una independencia pacífica, en la libertad, en la justicia. Publicaba artículos sobre la utopía de que los habitantes del virreinato pudiesen ser dueños de su destino y sus propiedades sin depender de la corona española ni de los intereses de unos pocos.

Tanto Gabriela como Diego querían devolver los golpes.

Y lo estaban consiguiendo con creces.

Semanas después, la familia Cervantes de Alarcón dio un comunicado oficial ante el ayuntamiento en el que anunciaba que se aliaría con el abogado, Diego Silva, para el diario Urpi, una estrategia con la que limpiar su nombre. Y las autoridades limeñas lo vieron con muy buenos ojos, por suerte nadie sospechaba que ella o su familia hubiese estado involucrada desde el comienzo con un intento de prensa opositora.

Juan y Gabriela trabajaban casi veinte horas al día para Anónimos. Producían los periódicos durante la noche, y antes del amanecer, los repartidores recibían las publicaciones que constaban de seis páginas llenas de rabia. Todos los artículos eran anónimos. Estaban escritos con una gran sensibilidad por Juan y Gabriela para reflejar todo lo que veían y sentían desde su perspectiva.

Los ingresos generados por Urpi financiaban Anónimos, pero ahora que debían mantenerse en la más estricta clandestinidad, no podían cobrar por él. La idea era que cualquier persona pudiera acceder a la información y conocer la realidad de la colonia. Era una forma de hacer sentir a la población que no estaba sola, que había alguien «anónimo» vigilando en todo momento.

Las consecuencias no se hicieron esperar. La Guardia Real visitó las instalaciones de la Imprenta Cervantes varias veces para buscar pruebas que demostrasen que ellos eran responsables de la impresión de Anónimos. Sin embargo, estas interacciones no duraron mucho, ya que la familia de Gabriela intervino varias veces en las investigaciones para defender su apellido, pues allí solo se imprimían encargos bajo pedido y el diario Urpi, que en su cambio de línea se había pegado totalmente pegado a los intereses del virrey. Debido a esto, la Guardia Real de la colonia no pudo más que abandonar sus sospechas, descartando cualquier implicación de Urpi en el asunto.

Gabriela se sentía más viva que nunca. Había encontrado su vocación y su propósito en la vida y estaba convencida de que las publicaciones impresas podían provocar una diferencia significativa en el mundo en que vivía. Sin embargo, también era consciente de que el camino que tenía por delante no iba a ser fácil.

Sabía que el virrey no se detendría hasta encontrar el origen de ese

diario.

Sabía que tendría que luchar contra la censura, la persecución, e incluso la cárcel.

La familia de la joven no tenía idea de su participación en Anónimos, pero la deriva que había tomado con la compra de Urpi no les hacía nada de gracia. Según ellos, el mundo de la impresión y los libros eran algo vulgar para una dama. Aunque todos estaban de acuerdo en que Gabriela lo estaba haciendo bien, la idea de que trabajara era vista como algo propio de personas de clase obrera. Para los hombres de la familia —especialmente sus tíos y primos—, lo ideal era que Gabriela buscara a un marido adinerado para mantener la tradición. Ellos, que habían nacido en cuna de oro, que habían estudiado en los mejores colegios y universidades de España, que habían viajado por el mundo, consideraban que Gabriela se había rebajado al populacho al dedicarse a la impresión de panfletos y periódicos. Y su irrupción en la política era la gota que colmaba el vaso.

Pero a pesar de la desaprobación de los Cervantes, Gabriela seguía insistiendo en su plan de crecer con Urpi y su socio comercial, Diego Silva y Valverde. Para ella, luchar por la libertad y la dignidad de un pueblo oprimido era lo correcto y lo más importante. Aunque traicionase el bienestar de su familia, que vivía gracias a los privilegios que les otorgaba el virrey.

Fausto, el primo más joven de Gabriela, comenzó entonces a sugerir ante el resto de la familia que ella estaba teniendo una aventura secreta con este joven español que, aunque tenía cierto dinero, no llegaba a la altura de los Cervantes de Alarcón. Gabriela nunca había estado muy unida a su primo Fausto, y no era difícil adivinar el motivo. Era chico el favorito de la familia, un muchacho alto y delgado, con una piel clara y suave. Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás, dejando al descubierto su rostro afilado y unos ojos azules como el cielo. Era un joven educado y refinado, con maneras exquisitas y una voz cálida y melodiosa. Con apenas veintidós años, ya había demostrado ser un auténtico manipulador, y su estancia en Santiago de Compostela para estudiar Teología no había hecho más que empeorarlo. Su rostro transmitía una sensación de peligro constante. Nadie podía prever cuál sería su siguiente jugada, y eso lo hacía aún más aterrador. Y a pesar de todo, a pesar de lo que Gabriela detestaba a ese «niñato» que a punto estaba de convertirse en sacerdote, algo en Fausto la atraía, algo que ella no podía poner en palabras.

Por suerte, Gabriela no se dejaba amedrentar por bravatas como la de ese chico; al contrario, se dedicó a desmentir las palabras de su primo y a defender su soltería. Y muy orgullosa que estaba de ello.

Sabía que su familia la quería, pero era consciente de que no la entendían. Sus tíos preferían la comodidad antes que tener que preocuparse por la opinión de los demás, pero esto no era algo con lo que ella quisiera vivir. Las mujeres de la familia no se quedaban atrás. Apenas le dirigían la palabra, ocultaban sus impresiones cada vez que ella aparecía, y poco a poco habían ido apartándola de las reuniones que celebraban en el palacete de Santa Justa, situado a las afueras de la ciudad de Lima.

A pesar de las circunstancias ella seguía luchando contra viento y marea, haciendo un enorme esfuerzo para no dejarse consumir por el desdén de su familia. Por alguna razón, Urpi, Anónimos y los empleados de su imprenta le hacían creer que su mente podía seguir viva, algo que no había sentido desde la muerte de su padre. Y quería aferrarse a ese impulso.

Aunque sabía que su familia no tardaría en enfrentarse a ella. Era una guerra ya anunciada.

Una tarde en que Gabriela volvía cansada a casa desde la imprenta, Shumay, la empleada del hogar, le entregó un sobre al que ella no hizo demasiado caso. No era la primera vez que recibía una misiva de su madre, su única familiar directa, que se había marchado a vivir a España y con la que apenas tenía relación.

—Se lo trajo una señora que no quiso dar su nombre, pero insistió en que se lo entregase en mano. Era una *indiecita* como yo, mi señorita Gabriela —dijo Shumay con ese tono de voz tan dulce y a la vez rasgado que había en ella.

—Será de mi madre.

—¿De doña Manuela? Uy, no sé yo. No lo parece.

Vestida con un huipil de colores llamativos, la criada de Gabriela se movía con una gracia natural por la casa de la señora de la alta sociedad. Su pelo negro y reluciente estaba recogido en una trenza larga, y sus manos expertas manejaban los quehaceres con destreza y eficacia. Aunque su origen indígena a veces causaba desprecio entre las clases más altas, Shumay era muy respetada por su inteligencia y capacidad para solucionar problemas. Era una mujer dotada de una fuerza interna que a menudo dejaba atónitos a aquellos que la subestimaban. Su presencia en la casa de los Cervantes de Alarcón era imprescindible

—¿Y de qué se trata? —Preguntó Gabriela.

—No le sabría decir, pero no parecen buenas noticias.

Con delicadeza, tomó el sobre entre sus manos y examinó minuciosamente cada detalle de su diseño. Era de un tamaño mediano, rectangular y estaba elaborado con un papel fino y suave al tacto. La envoltura estaba decorada con hermosas flores rojas, que

irradiaban la belleza y el aroma de la naturaleza. Al girar el sobre, pudo notar que en su dorso estaba sellado con cera y un emblema desconocido.

Pero no le apetecía tener sobresaltos, así que lo dejó sobre la cómoda para abrirlo en otra ocasión y se dirigió a la cocina para tomar un pan con jamón. Estaba exhausta y sentía que le esperaba una noche mágica.

Diego la había invitado a dar un paseo por Barranco, una pequeña ciudad construida en la costa limeña, lejos del caos del centro. Estaba llena de palacios de verano, estatuas y arreglos florales por todas las calles. Ella aceptó entusiasmada. Después de todo, él era el sueño de cualquier mujer y, aunque a veces se negaba a aceptarlo, también empezaba a ser el suyo. Estaba tan enfocada en el paseo y en la posibilidad de dar su primer beso, que pasados unos minutos se olvidó por completo de esa carta que le había entregado su criada.

Sin darse cuenta, Gabriela tomó el sobre y lo depositó dentro de uno de los cajones de su ropa, pues en ese momento solo pensaba en pedir ayuda a Shumay para que la ayudase a escoger qué atuendo llevar para la ocasión con Diego. Para vestirse, abrió su armario y eligió un vestido azul que su madre había mandado hacer años atrás con un modista muy importante que también vestía a la esposa del virrey. A pesar de que nunca lo había usado antes, el vestido le quedaba increíble y se animó a añadir sus mejores joyas y el perfume que tanto le gustaba a Shumay.

Y al verse en el espejo, se sintió muy segura de sí misma.

Ahora que todo empezaba a salir bien, sentía que había llegado el momento de enamorarse.

7

Gabriela permaneció sentada al pie de la cama, con las manos posadas sobre las rodillas. Sin embargo, la emoción por ver a Diego la invadió por dentro. Con cada minuto que pasaba, se fundía con el silencio, hasta que los recuerdos de antaño comenzaron a fluir de vuelta a su mente. Recordó los días en que aguardaba a su padre, sentada con mimo en el sillón del salón principal para marchar juntos al mercado. Allí, les encantaba departir con los tenderos de frutas y carnes. Su progenitor le enseñó que toda persona debía saber cómo preparar su propia comida, pues nunca se sabía cuándo uno tendría que hacerlo. Por eso, era fundamental aprender a reconocer la fruta y la carne de calidad, y nada mejor que el mercado para lograrlo.

«No discutas jamás con el vendedor de comida», solía repetirle su padre, «nadie quiere comprar carne de caballo ni fruta con gusanos».

Los recuerdos de Gabriela la llevaron hasta la hija del hombre que les vendía las frutas. Aquella muchacha, encargada de cobrar a todos los clientes, era muy guapa y hablaba perfectamente el español con ellos, y quechua con su padre. Aquella lengua desconocida que intrigaba a su progenitor. Él era un gran apasionado de la lectura y los idiomas, siempre trataba de leer los libros en su lengua original. Cada vez que podía, se dirigía al puerto de Callao en busca de baratijas dejadas por los navegantes, sobre todo, libros escritos en países que nunca había visitado antes. No importaba cuál fuera el idioma, él los quería tener todos. Gabriela estaba convencida de que su padre había comprado más libros de los que pudo leer. ¿Quién podría leer tanto?

De pronto, Shumay tocó la puerta de la habitación de Gabriela. Y los recuerdos se esfumaron de su mente.

—¿Señorita Gabriela? La espera el señorito Diego en el salón principal.

Después de tanto recordar, por fin tenía la paz que tanto necesitaba.

—Ya voy, dígale que me espere un momento, por favor.

Gabriela comenzó a sentir incertidumbre sobre lo que estaba a punto de ocurrir; sabía que no se trataba de una simple caminata por la localidad de Barranco. Dudó un instante, llegando incluso a considerar la idea de disculparse y volver a su cama, donde su estabilidad mental permanecía segura por haber evitado el amor durante toda su vida.

Al mismo tiempo, el pensamiento de adónde la llevaba esa cita la aterraba. Porque era una cita. No podía imaginar otra cosa que una boda atestada de gente desconocida que la abrazaría y felicitaría, gestos que nunca le habían interesado antes. Para Gabriela, las bodas eran la máxima expresión de la hipocresía limeña. Como conclusión, toda la parafernalia del matrimonio, al que ningún hombre era capaz de renunciar, la estresaba, pero por alguna razón, sabía que lo inevitable estaba a punto de suceder y quería que así fuera.

Se puso en pie, tomó un largo respiro y salió rumbo al salón. Abajo, Diego la esperaba con las manos detrás de la espalda y el cabello perfectamente peinado a un lado. Antes de bajar por las escaleras, ella lo observó por un instante, notando cómo él también estaba ansioso. Al bajar, hicieron contacto visual y solo se sonrieron sin decir palabra alguna hasta que estuvieron cara a cara.

La distancia entre ambos se redujo hasta que Diego pudo apreciar el color de sus ojos; era el verde más hermoso que había visto en todo el Valle de Lima. En ese momento comprendió por qué quería estar en medio de la historia, y no al principio. Ese día, frente a ella, finalmente entendió lo que su padre le había dicho: «Ojalá la vida nos dejara en medio de nuestra historia, justo antes del éxito, y no al principio. Lo más difícil de la vida es empezar, dar el primer paso».

El deseo de Diego de estar en medio de la historia que ni siquiera había comenzado aún se debía a que tenía unas ganas irrefrenables de besar a Gabriela, y tomar su mano mientras caminan por las calles llenas de barro sin tener que atreverse a recurrir al cortejo y a la posibilidad de ser rechazado. Él debía conformarse con que Gabriela le estuviera dedicando un espacio en su ocupada agenda, sabía que una mujer como ella debía esforzarse el doble si quería igualar las habilidades de un hombre; sentía que no había espacio suficiente para el amor. Además, si se atreviera a hacer caso a sus deseos no obtendría nada más que una buena cachetada. Pero Diego no acostumbraba a callar, así que se atrevió a hacerle un cumplido, con la mirada clavada en sus ojos.

—Si me permite, Gabriela, está más hermosa de lo habitual.

—Gracias, Diego. Usted también es un hombre apuesto, seguro que tenía a muchas mujeres interesadas por usted en España.

A pesar de que habían compartido mucho tiempo juntos en la imprenta, lo de ese día era muy distinto. Por primera vez solo importaban ellos, y no el trabajo o los peligros de enfrentarse al poder del virrey. Diego pudo apreciar que el semblante en ella no era el mismo; al contrario, su actitud era mucho mejor. Había cierta predisposición a pasar un buen momento y su forma de dirigirse a él era un jugueteo que le daba su autorización para acercarse más a ella.

—Bueno, Gabriela. Si está lista, podemos subir al carruaje.

—Estoy más que lista —respondió ella con una sonrisa.

Diego se adelantó para abrir la puerta de la casa y su acompañante salió detrás de él. El cochero, que aguardaba quieto como un soldado al lado de los caballos, les abrió la portezuela del carruaje al verlos. Gabriela no había visto muchos carruajes como aquellos en Lima; solo las personas más cercanas al Virrey tenían la novedad europea en coches. Pero Diego era español, y eso se notaba en cada uno de sus gestos. Gabriela llegó a la conclusión de que este carruaje era uno de esos de los que tanto se hablaba en los cafés. Se trataba de un elegantísimo carruaje de techo descapotable que se adaptaba en caso de lluvia o calor. Tenía cuatro cómodos asientos, cuatro ruedas y era tirado por seis briosos y hermosos caballos blancos, sin contar la elegancia del traje del cochero. El cochero era un zambo de traje elegante y modales de señorito, aunque se notaba que los años pesaban sobre él. El asiento del cochero tenía dos asientos más disponibles para llevar a la guardia que contrataba la familia de Diego Silva y Valverde cuando estos tenían que hacer largos viajes fuera de Lima.

Al ver al cochero, Gabriela se dio cuenta de que, aunque ella tenía más dinero, la familia de Diego tenía mucho en común con la casta colonial del Perú. Ya fuese porque estaban muy cerca del Virrey, o porque en España también eran una familia lo suficientemente importante como para conservar las apariencias en esta parte del mundo, el caso es que Diego no aparentaba nada en sus acciones.

La carrocería tenía tallados rostros de ángeles, y las ventanas eran de las pocas que traían vidrios en las puertas. Los asientos eran de seda, y Gabriela pudo sentir un verdadero placer al acariciarlos, aunque estaban excesivamente perfumados, lo que le desagradó un poco. Le pareció insólito que la familia de Diego pudiera concederse tal opulencia. Él era un apasionado de los cálculos, por lo que Gabriela concluyó que, sin duda alguna, debían contar con una herencia de la conquista, como la mayoría de españoles de clase alta que vivían en el Perú.

Casi todos los miembros del reino comparaban su vida con las herencias o trabajaban directamente para la Corona. El acceso a ciertos privilegios se restringía solo a los españoles o a los que eran muy cercanos al gobierno. No obstante, la familia de Gabriela, a pesar de su fortuna y de la importancia de su apellido en el Perú, no gozaba de los mismos privilegios, ya que ellos eran criollos.

Su poder terminaba en esa línea imaginaria, pero a la vez tan certera.

De camino a Barranco, Gabriela no pudo evitar pensar en cómo le agradaría gastarle una broma a su tío Manuel cuando lo viera de

nuevo, ya que este había hecho numerosos comentarios acerca de que Diego solo estaba interesado en la fortuna. Del mismo modo que Fausto y el resto de primos de Gabriela, todos se sumaban a la contienda siempre que podían. «El pobre españolito debería estar agradecido de trabajar con semejante mujer. Pero mi alma, ¿será amor a usted o a sus bienes?»

La verdad era que su tío, como muchos otros en Perú, sentía cierto resquemor hacia los españoles, y mayor era su afrenta si estos demostraban tener menos dinero que ellos. Cuando salía a relucir esta situación de poder, nunca había fin en los comentarios de su tío Manuel. Mientras Gabriela meditaba en silencio sobre el asunto, el carruaje se adentró en el camino que les conducía hasta la localidad de Barranco.

—¡Vamos, Martín! —Exclamó Diego con un grito.

Martín escupió dos veces y chasqueó el látigo.

Los caballos relincharon y emprendieron el galope a toda velocidad. En el camino, Gabriela notó que la carroza casi no vibraba, ni siquiera con la velocidad a la que iban. Al principio, Diego y Gabriela se sumieron en el paisaje que se desplegaba ante ellos, admirando el cielo dorado y rojizo que se teñía con la puesta del sol al atardecer. Las montañas se recortaban en la distancia, imponentes y majestuosas. Sin embargo, el silencio se interrumpió repentinamente con una simple pregunta:

—¿Qué tal su día? —preguntó el chófer a Gabriela.

Ella rió, sorprendida por la pregunta, pero agradecida por la oportunidad de charlar con él en medio de la agitación del viaje.

—Bien, inquieta con estos vaivenes.

—Es normal, señorita. Aquí el sendero es irregular, pero este carro lo aguanta todo, créame.

El sendero por el que viajaban en su carruaje desde Lima a Barranco era uno de los más hermosos y pintorescos de toda la región. La brisa fresca soplaba suavemente acariciando sus rostros y despejando sus mentes de cualquier preocupación. A ambos lados del camino se erigían imponentes mansiones coloniales con sus techos de tejas rojas y blancas paredes, un testimonio perdurable de la historia de la región. Pequeñas tiendas y restaurantes se alineaban también a lo largo de la ruta, ofreciendo a los viajeros un refugio y descanso en su largo trayecto. El sol de la tarde se filtraba a través de los árboles de eucalipto, creando un ambiente tranquilo y relajante que invitaba a la reflexión. El carruaje se tambaleaba a través de los caminos de piedra y polvo que se abrían paso en medio del exuberante paisaje, lleno de vida y color.

Los carruajes circulaban en los adoquinados caminos y la luz dorada de la tarde iluminaba sus rostros con un halo de nostalgia. Era

un paseo silencioso, de dos personas que apenas hablaban, atónitas ante la belleza de la hora que empezaba a desvanecerse. Los vendedores ambulantes ofrecían rosas, y Diego había acumulado un ramo de múltiples colores en pocos minutos. Era un camino largo y agotador, pero el destino final hacia el que se dirigían daba cuenta de que cada momento de ese maravilloso viaje valiera la pena. Especialmente porque estaban juntos.

—No tiene que comprarme todas las flores, Diego —le pidió Gabriela.

—Es lo mínimo que se merece.

Gabriela sonrió y le agradeció el cortejo, aunque no le hacía demasiada gracia sentir que Diego estaba comprando su amor de esa forma. De pronto, notó que Diego le tomaba la mano.

—¿Confía en mí?

Ella no supo que contestar, ya era demasiado para ella tener la mano de Diego pegada a la suya, con una decena de personas mirándolos a su paso.

—La pregunta es, ¿se puede confiar en usted, Diego Silva y Valverde?

—Por supuesto.

—Entonces… Sí, confío en usted, caballero.

Cuando llegaron a Barranco él sostuvo su mano y la llevó hacia una callejuela en medio de dos mansiones. Ambos caminaron en completo silencio hacia llegar al final de una calle sin salida. Había una puerta, y él tocó tres veces después de lanzar un melodioso silbido. Gabriela no pudo evitar ponerse nerviosa, pero no se atrevía a preguntar hacia dónde se dirigían.

—Me dijo que confiaba en mí —puntualizó él.

Un hombre salió y saludó a Diego, haciéndole un gesto para que entrase. Gabriela se dio cuenta de que habían entrado en un lugar secreto y clandestino. Una vez en el interior, se dio cuenta de que se trataba del local de una peña. Había mesas de madera por todo el gran salón, y el fondo de la estancia lo presidía un improvisado escenario en el que una grupo de música criolla ponía a bailar a una decena de jóvenes al ritmo de la guitarra española y el cajón.

Los candelabros de cristal eran deslumbrantes y las paredes de terciopelo rojo estaban cubiertas de pinturas excepcionales. La gente bailaba al ritmo de una orquesta en vivo mientras sostenían elegantes copas de champán. El olor a perfume dulce y humo de tabaco llenaba el aire, dándole una atmósfera intensa al lugar. Diego y Gabriela se mezclaron entre la multitud, experimentando su frescura juvenil y deseando probar todo lo que el club les ofrecía. Una voz tan rasgada como el anís animaba a todos a bailar, y las botellas de pisco salían de la barra como el pan recién caliente.

—En este espacio solo pueden entrar personas de espíritu libre, y las mujeres de la época aquí no son juzgadas por su comportamiento —dijo Diego.

Gabriela estaba obnubilada. No podía dejar de asombrarse, nunca antes había imaginado el hecho de entrar en un sitio como ese y verse tan acogida de inmediato. Tenía la impresión de haber visitado ese lugar un centenar de veces. Se sentía como en casa.

Sin pedir permiso, Diego llevó a Gabriela al centro de la pista de baile. Gabriela se sentía en un lugar mágico, en el que todo parecía permitido. Las paredes estaban cubiertas de papel tapiz floreado y el techo se veía como un cielo estrellado. Ambos se entregaron a los movimientos del vals sonando en la guitarra criolla, un zambo de 100 kilos sentado sobre un cajón entonaba una canción famosa canción.

Cuando la música se detuvo, Diego y Gabriela salieron hacia una pequeña terraza. Era un lugar tranquilo, rodeado de arbustos y flores. Afuera, la luz de la luna y farolas iluminaban las casonas y parques, mientras ellos se encontraban solos, en un momento mágico y perfecto, lidiando con muchas emociones al mismo tiempo. Ambos se sentían libres y felices por cómo transcurrían sus vidas.

Fue entonces cuando, animado por la luz de la luna cayendo sobre sus hombros, Diego dio un paso al frente y se puso frente a ella. Acto seguido, besó a Gabriela suavemente, y quiso detener el tiempo en ese instante. Los dos se miraron a los ojos, contentos por lo que acababa de pasar y en ese momento, supieron que ese era el inicio de algo especial, ambos juntaron sus manos y a partir de ahí no se soltaron. Era el comienzo de una historia de amor que esperaban perdure en el tiempo.

Después del beso, ambos se sentaron en un banco de la terraza, envueltos por el aroma de las flores. La luna se había puesto por completo, y las estrellas comenzaban a brillar en el cielo nocturno. Hablaron de sus vidas, de sus sueños, y de los momentos que habían compartido juntos. Diego le confesó a Gabriela que había terminado de enamorarse, desde el momento en que la vio bajar por las escaleras, con ese elegante vestido. Y Gabriela confesó que había sentido lo mismo cuando lo vio parado en el salón, con ese peinado de niño bueno, y su elegancia y porte distinguido.

Después de un rato, Diego y Gabriela, se pusieron de pie para regresar a la ciudad. Se despidieron con otro beso, más apasionado que el anterior, y se prometieron volver a encontrarse muy pronto. Diego ayudó a Gabriela a subir a la carroza y le dio un último beso en la mano, mientras los caballos relinchaban y se disponían a partir.

En el camino de regreso, no se soltaron las manos, pero mantuvieron la compostura, hablaron de lo emocionante que seria que trabajasen juntos. Ella le pidió que las muestras de afecto las dejen

fuera del oficio, porque uno nunca sabe cuando alguien la puede estar mirando. Y lo menos que quería era ser noticia.

Gabriela le pidió bajar sola del carruaje, no sin antes explicarle que era mejor no darle material de burla a la familia, y que además él ya había hecho mucho por ella ese día. Luego se quedó mirando cómo se alejaba la carroza, con una sonrisa en el rostro y el corazón latiendo con fuerza. Sabía que había encontrado a su alma gemela, a alguien que la amaba tal como era, sin juzgarla por las costumbres de la época. Y se prometió a sí misma que pondría todo de su parte para que las cosas funcionasen.

Gabriela subió las escaleras sin hacer ruido, no quería que los empleados de la casa adviertan su llegada, aunque lógicamente era muy tarde para eso, todos se habían juntado con café en mano, a esperar su llegada, lógicamente las habilidades de camuflaje era tales que ella nunca se dio cuenta de que ya todos podían ver su cara de felicidad dibujada en su rostro. Al estar sola en su habitación, con la luz de una pequeña vela iluminando el ambiente. El silencio de la noche la envolvía, y solo se escuchaba el suave murmullo del viento. Se sentía nerviosa, ansiosa, emocionada. Mañana sería otro gran día, el día en que se volvería a ver en la imprenta con Diego, mientras su imaginación volaba no podía evitar hacer una autocrítica, era la típica mujer enamorada e intensa que ella criticaba, pero no le daba vergüenza, al contrario, estaba muy orgullosa de su nueva vida.

Se sentó en su cama y cerró los ojos, recordando cada momento que había compartido con él. Cada palabra, cada gesto, cada mirada. Se emocionó al pensar en el primer beso que habían compartido. En el perfume de las flores que rodeaban el lugar, en el suave roce de su piel contra la suya. Pero también se sintió nerviosa al pensar en lo que vendría después, pero ella a comparación de Diego, planeaba disfrutar de estar al principio de la historia, y ni en su peor pesadilla se imaginaría querer estar al medio al final.

Gabriela se levantó de la cama y caminó hacia la ventana, donde pudo ver las estrellas brillando en el cielo oscuro. Se sintió reconfortada al ver que el universo seguía su curso, que el mundo no se detenía por sus miedos e inseguridades. Se prometió a sí misma que sería valiente, que enfrentaría el futuro con la frente en alto y el corazón en la mano.

Se acostó de nuevo en la cama, cerró los ojos, y se durmió con una sonrisa en los labios, soñando con el hombre que amaba y con la promesa de que le regale un nuevo día como el que acababa de vivir.

8

Sin embargo, las cosas no tardaron en cambiar.

Al día siguiente, la imprenta parecía que les daría un día agitado. Gabriela se sentía agotada después de haber revisado una y otra vez cada una de las páginas que iban a ser impresas al día siguiente. La tensión se sentía en el ambiente, y no solo por el trabajo que se había acumulado, sino también por el extraño comportamiento que Diego tenía desde esa misma mañana y que no la dejaba tranquila.

Desde el momento en que había entrado a la imprenta, Gabriela notó que algo andaba mal. Diego estaba más callado de lo usual, con la mirada perdida y distraído con cualquier cosa que no tuviera que ver con el trabajo. Era como si toda esa ilusión que había traído el día anterior en su cara, se hubiese perdido al amanecer. Por otro lado, los demás empleados también habían notado la extraña actitud del socio, y cuchicheaban entre ellos en un intento por descifrar qué estaba sucediendo. Barajaron muchas hipótesis, como la impresión de que Gabriela y Diego habían tenido una fuerte discusión por quién debía llevar las riendas del periódico.

Gabriela intentaba concentrarse en el trabajo, pero su mente divagaba una y otra vez hacia los pensamientos de Diego, que recorría los pasillos y revisaba la maquinaria como si de un inspector se tratase. ¿Qué podría estar pasando por su cabeza? ¿Acaso se había arrepentido de sus sentimientos hacia ella? La joven se mordió el labio inferior, pensativa, tratando de ahogar la oleada de emociones que la invadían, pero solo consiguió incrementar la ansiedad en sí misma.

De repente, cuando estaban a punto de cerrar, el hombre se levantó de su silla y salió de la imprenta sin decir una palabra. Gabriela lo siguió con la mirada, preguntándose si debería seguirlo o dejarlo solo. Todo aquello era nuevo para ella y no sabía qué comportamiento debía adoptar al respecto. Finalmente decidió darle su espacio por el momento, pero su mente no dejaba de preguntarse qué es lo que había sucedido para que Diego estuviera tan distraído y extrañamente distante.

O cabreado.

Los minutos se hicieron horas y la tensión en el ambiente se hizo más fuerte. Finalmente, Diego regresó a la imprenta, con una sonrisa en los labios y una flor en la mano. Gabriela sentía que su corazón latía con fuerza en su pecho al verlo entrar de nuevo al local con esa

flor, ese acto solo aumentaba el misterio acerca de su comportamiento. Para ese entonces ya dudaba incluso de que ese detalle fuera para ella.

Los demás empleados volvieron a sus labores, mientras que Diego se acercó a Gabriela con la flor en su mano.

—Te traje esto —le dijo Diego, ofreciéndole la flor.

Gabriela tomó la flor con cuidado, sin saber qué decir. Se sintió agradecida y confundida a la vez. ¿Por qué le había traído una flor? ¿Era acaso un gesto romántico o simplemente una disculpa por su comportamiento?

—Gracias, Diego —dijo, intentando sonreír a pesar de los nervios —. Es muy bonita.

Diego sonrió de nuevo y se acercó un poco más a ella. Gabriela sintió el calor de su cuerpo y el aroma de su perfume. Se sintió perdida en sus ojos otra vez, y todo lo demás desapareció. Diego tomó su mano y la besó suavemente en los nudillos.

—Eres una mujer increíble, Gabriela —le dijo Diego, con una mirada intensa—. No sé qué haría sin ti.

Gabriela se quedó sin palabras. Diego se acercó más a ella, y antes de que pudiera reaccionar, le dio un suave beso en los labios. A pesar de saber que las demostraciones de afecto estaban mal vistas, ella confiaba en la discreción de las personas a su alrededor. Aun así, le aterrorizaba la idea de que la vieran dando muestras de cariño. Poco después Diego volvió al trabajo y Gabriela dejó que todos salieran a comer algo a la plaza para distraerse del trabajo, lo que le permitió disfrutar del momento sin miedos o preocupaciones.

No quería sentirse observada.

Horas después, Diego la observaba mientras ella trabajaba en su escritorio. Admiraba la concentración y habilidad con la que esta coordinaba la imprenta. No podía resistirse a su belleza y su inteligencia, y sentía la necesidad de estar cerca de ella. Le preocupaba lo que le estaba ocurriendo, y temía que esto pudiese afectar a su relación con ella. Así que decidió acercarse de nuevo a su puesto con actitud cariñosa.

—Gabriela, ¿te gustaría dar un paseo por la plaza esta tarde? —preguntó él con una sonrisa.

Ella levantó la vista de su trabajo y se encontró con los ojos oscuros y profundos de Diego. Su corazón latía con fuerza, argumento suficiente para saber que debía aceptar la invitación.

Cerraron la imprenta y salieron a la calle, sintiendo la frescura del aire de la tarde en sus rostros. Juntos caminaron por la ciudad y se detuvieron a admirar la catedral y la reciente construcción del Palacio Municipal, una versión más pequeña de la casa de La Serna. Flores de

todos los colores adornaban sus nuevos balcones pintados de verde. La gente caminaba a su alrededor, murmurando en voz baja, pero Diego y Gabriela estaban perdidos en su propio mundo, hablando de cualquier cosa y reían como dos niños.

Finalmente, llegaron a la Plaza de Armas después de un eterno paseo en el que se detuvieron a admirar también la majestuosa Catedral y el Palacio de Gobierno. Resultaba digno de admiración para Gabriela descubrir la ciudad de Lima junto a ese hombre. Aquella siempre había sido su casa, y ahora sin embargo sentía que estaba creando un nuevo significado para cada uno de esos rincones.

El sol estaba a punto de ponerse, y el cielo se estaba llenando de tonos dorados y rosados. Diego tomó la mano de Gabriela con ternura y la llevó a un banco en la plaza. Se sentaron, observando la puesta que marcaba el fin del día. Los pájaros cantaban y la brisa soplaba suavemente, creando un ambiente mágico y romántico.

—¿Crees que podremos tener un futuro juntos? —Preguntó él.

—Me encantaría, Diego. Cuánto me alegro del día en que apareciste por la puerta de la imprenta.

—Hemos creado algo muy bonito.

—Y confío en que nos queda lo mejor.

Se sonrieron en silencio. Gabriela soñaba con cambiar la realidad de su tierra. Y hacerlo junto al hombre por el que tantas cosas estaba sintiendo hacía que se sintiese en una verdadera nube.

Pero los peligros estaban a punto de llegar.

9

Al día siguiente, Mientras Gabriela revisaba las últimas páginas del diario que estaba a punto de salir a la calle, vio cómo Diego recibía unas cartas. Decidió no darle importancia, pero no pudo evitar quedarse sorprendida al descubrir que él no le había dicho nada al respecto. Si había recibido esas misivas en la imprenta, debía de tratarse de algo relacionado con el trabajo.

Sin embargo, cuando intentó tantearle sobre ellas, notó que la actitud de Diego Silva se volvía algo nerviosa, compungida, como si tuviese algo que ocultar. Los asuntos no cuadraban. ¿Sería esta la razón de su actitud el otro día? ¿Debía hacer caso a su familia sobre las advertencias que le habían lanzado sobre él?

Gabriela lo dejó estar e intentó apartar esos malos pensamientos de su mente, sabía que amaba a Diego y confiaba en él. Pero algo mantenía viva la inquietud. Pasó la mañana entera dando vueltas a la cuestión. Si le estaba ocultando algo, desde luego no veía el motivo para hacerlo y tampoco qué trataba de mantener en secreto. La imprenta iba mejor que nunca, los proyectos no hacían sino crecer y el público admiraba su trabajo.

En ese momento, unos visitantes importantes entraron en la imprenta con la intención de hacer negocios con ellos. Se trataba de los señores Aldaba y Corrales, dos terratenientes dedicados al cultivo y exportación de la caña de azúcar desde el virreinato para su exportación a Europa, quienes habían acudido a la imprenta para imprimir unos folletos con los que promocionar sus empresas.

Mientras los visitantes observaban las instalaciones, Gabriela notó que Diego se alejaba cada cierto tiempo de los dos hombres, seguía nervioso y daba la impresión de que necesitaba volver a su mesa para responder esas cartas que parecían de gran importancia. A pesar de que intentaba no pensar en ello, Gabriela no pudo evitar sentir una punzada de preocupación.

¿Qué demonios estaría pasando por la cabeza de Diego?

La llegada de los visitantes los mantuvo ocupados durante un largo rato, pero cuando finalmente se marcharon, Gabriela no pudo resistirse y le preguntó a Diego sobre las cartas. Tomó asiento junto a su escritorio y vio cómo él las apartaba de su vista.

—¿Qué ocurre?

—Nada —respondió él.

—De verdad, ¿te encuentras bien?

Con sus gestos él intentaba desviar el tema, pero Gabriela insistió en saber qué era eso que tan turbado lo tenía.

—He recibido una oferta del virrey para que trabaje a su servicio.

—¿Qué? ¿Después de todo lo que estamos haciendo?

—No te preocupes, voy a rechazarla de inmediato.

—Entonces, ¿por qué estás tan preocupado?

Diego dudó un instante, pero finalmente se aventuró a confesarle algo que le había erizado la piel.

—Porque sé que esto no es bueno para nosotros.

—Ya veo. —Por una parte, Gabriela se sintió aliviada al saber que todo estaba en orden, sentía admiración por la integridad y el compromiso de Diego y estaba segura de que no había en toda Lima no había dos hombres como él, capaces de decir que no aun hombre tan poderoso. Y no solo eso, sino resistir la tentación del poder y el dinero. Sin embargo, su compañero tenía toda la razón. Si después de todo el éxito que estaban teniendo rechazaban la oferta del virrey De La Serna, esto no haría sino sospechar a la cúpula dirigente del virreinato.

Nadie podía negarse a trabajar con el hombre más poderoso del Perú.

Esa misma noche, mientras se preparaba para dormir, Gabriela pensó en la lealtad de Diego con sus ideales y se sintió más enamorada que nunca, agradecía que un hombre como él hubiese aparecido en su vida. Pero una constante preocupación rondaba su cabeza sin parar, y algo en su mente la mantenía inquieta mientras daba vueltas en su cama de sábanas de seda. ¿Qué pasaría si la oferta del virrey volvía a presentarse? ¿Podría Diego resistir la tentación una vez más?

¿Tal vez debían aceptarla para no levantar sospechas?

Al día siguiente, Gabriela se encontraba sumida en un mar de pensamientos agobiantes que la mantenían en constante estado de estrés. Con el sudor en la frente, se esforzaba en los quehaceres de su imprenta para sacar adelante el negocio que había heredado con tanto ímpetu y ahínco. El sonido de las prensas, el trajín de la ciudad, el ir y venir de los clientes y el ruido de los carruajes no hacían sino aumentar su ya de por sí elevado nivel de ansiedad. Estaba sentada en su escritorio, absorta en su trabajo diario de revisar las galeras de texto, específicamente los cuentos que escribía Diego para la publicación de un intento de novela por fascículos que querían estrenar en Urpi.

Se trataba de una idea formada por un capítulo por semana, una idea mucho más realista en comparación con las mentiras del zodiaco que los falsos brujos vendían como el pan caliente en la plaza Central.

Ella estaba segura de que si alguien podía ver el futuro lo usaría para algo más útil que estar adivinándoles algo a cualquier persona. Sabía que esa novela por entregas sería todo un éxito y, a pesar del tiempo que le llevaba revisarla, sentía que merecía la pena.

En ese momento Juan, uno de los impresores, entró con mucha prisa. Se le notaba aún más estresado que la propia dueña de la Imprenta Cervantes.

—Señorita Gabriela, lo siento por molestarla, pero quería contarle algo —dijo el joven, con una mirada ansiosa en sus ojos.

—¿Qué sucede, Juan? —preguntó Gabriela.

Juan dudó un instante antes de lanzarse a hablar. Se acercó aún más a ella para transmitirle sus preocupaciones.

—Esta mañana vi al patrón entrar a una casa de apuestas en la calle de los Mercaderes, esa en la que se gastan el dinero los de la aristocracia española —dijo él en voz baja, mirando a su alrededor como si temiera que alguien pudiera escucharlos más allá de las paredes del despacho—. No sé si debería decirlo, pero me pareció extraño, ya que no es la primera vez que lo veo hacerlo. Tenía una actitud muy extraña, como si estuviese bebido o algo por el estilo. Como si no me conociera.

Gabriela sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, sentía su corazón latir con fuerza y sus manos temblaban al escuchar la alarmante noticia de que Diego había sido visto entrando a ese lugar inmundo y del que tantas leyendas se contaban. Su mente se llenaba de imágenes perturbadoras: la picardía mientras perdía una gran cantidad de dinero, la agonía de no saber si volvería a casa sano y salvo.

En el corazón de Lima se contaba una historia terrorífica sobre esa casa de juego a la que solo los más pudientes tenían acceso. Decía que la casa estaba encantada por los espíritus de todos aquellos que habían perdido su fortuna en sus salas, y que su dueño, el extravagante señor don Esteban, era en realidad un brujo capaz de conjurar espíritus malignos. Los rumores de apuestas ilegales y magia negra se habían expandido rápidamente en la sociedad limeña, haciendo que muchos se preguntaran si en realidad valía la pena el riesgo de perder todo su patrimonio en esa mítica casa de juego. Los más afortunados salían de allí con grandes sumas de dinero, pero la mayoría reconocían que nunca se habían sentido tan aterrorizados como en sus oscuras salas, alimentando así la leyenda. Muchas familias se habían roto por completo después de que los patriarcas lo perdiesen todo en su interior.

¿Qué estaba haciendo Diego en una casa de apuestas? ¿Podría estar jugando su fortuna allí? ¿O podría haber encontrado consuelo en los brazos de otra mujer? Cualquiera de las posibilidades era una daga en el corazón para Gabriela, sin saber la verdad se sentía desangrar.

Leyendas aparte, las casas de apuestas eran conocidas por recibir a hombres de mal vivir y por ser un lugar donde hombres casados iban a saciar sus apetitos sexuales. Además de eso, edificios como aquel eran características por su olor a sudor y tabaco que impregnaban a cualquiera que pasara frente a la puerta.

Gabriela trató de mantener la calma, recordándose a sí misma que debía confiar en él. Pero no pudo evitar que la duda se adueñara de su mente. No podía creer que el hombre al que amaba con todo su corazón, pudiera engañarla de esa manera.

—Gracias por decírmelo, Juan —dijo finalmente Gabriela, tratando de ocultar su visible preocupación—. No te preocupes, yo me ocuparé de esto cuanto antes, pero no creo que debamos alarmarnos más de lo necesario.

—A la orden, mi señora.

Cuando Juan se marchó, Gabriela se quedó sola en la imprenta, preguntándose qué debía hacer al respecto, pues no quería parecer una mujer celosa o controladora con su pareja. ¿Debía confrontar con él los rumores que le habían llegado? ¿O simplemente debía fingir que no sabía nada?

Las horas transcurrieron lentamente mientras Gabriela luchaba con sus emociones, tratando de encontrar una respuesta. Caminaba impaciente de un lado a otro y fue incapaz de concentrarse en todo el día. Se dio cuenta de que este constante temor le estaba impidiendo avanzar en su trabajo, su tarea diaria en la que pasaba largas horas entre hilos y telas. Sabía que el amor podía llevarla a lugares increíbles, pero también se dio cuenta de que debía encontrar el equilibrio si quería lograr sus objetivos profesionales y personales.

Finalmente tomó la decisión de que hablaría con Diego esa noche, acudiría a su domicilio para salir de dudas de una vez. Sin embargo, antes de confrontarlo se prometió tener mucho cuidado con las palabras que iba a utilizar, pues lo último que quería era ofenderlo sin tener siquiera pruebas para ello. Pero al tiempo que se preparaba para salir de la imprenta no podía quitarse la sensación de que algo estaba mal en toda esa preocupación. Reconoció en sí misma una predisposición forzada para no pensar en él. Si tenía esa charla con él, ¿cómo afectaría a su futuro juntos? Tal vez Diego solo quería visitar ese lugar para liberarse de la tensión y el estrés de la imprenta.

Decidió dejarlo estar.

Gabriela recordó que había sido convocada por su familia a una cena formal en el comedor de la mansión familiar. Era una de esas ocasiones en las que la ostentación de riqueza y estatus era palpable en cada detalle, y aunque quisiera no quería ausentarse, especialmente para no quedar mal con sus tías.

La mansión familiar era un auténtico derroche de opulencia y sofisticación. En su comedor, resaltaba un magnífico candelabro que colgaba del centro del techo y que iluminaba la habitación con un gran brillo a través de las velas que contenía. La mesa principal, cubierta con una elegante mantelería y rodeada de sillas ornamentales, ya estaba dispuesta para la cena formal que sus tías habían preparado para esa noche. Sobre ella destacaban las finas vajillas de porcelana, los cubiertos bañados en oro y las copas de cristal tallado. A un lado se situaba un mueble de madera tallada que contenía una variada selección de licores y dulces exquisitos limeños.

Al llegar, en el recibidor, Gabriela se miró en el espejo mientras se colocaba el último adorno floral en el peinado. El motivo de la cena era la visita de un tío lejano, don Méndez, un comerciante del que nadie sabía demasiado y que se dedicaba al comercio entre el virreinato y los territorios del Caribe.

Gabriela recorrió su mano por las cortinas de seda color carmesí, que estaban descorridas y dejaban pasar la suave luz de las lámparas de araña, que brillaban sobre la enorme mesa de madera tallada a mano. El servicio de porcelana fina había sido cuidadosamente dispuesto por los sirvientes, junto con las copas de cristal grabado. En el centro de la mesa, un exquisito arreglo floral ocupaba un lugar privilegiado, inundando el ambiente con su aroma. El fuego crepitaba en la chimenea, creando una atmósfera de calidez y elegancia.

Cuando los invitados comenzaron a llegar, Gabriela saludó a todo el mundo, aparentando que todo estaba bien con ellos y que le apetecía muchísimo acudir a ese acto. Tías, tíos, primos, primas, y un abrazo especial a don Méndez, que no pudo evitar derrochar la mitad de la cena contando todas y cada una de sus batallas.

La cena se desarrolló con normalidad. Pero todo cambió cuando, al llegar al plato principal, uno de sus tíos, Jacinto, quien había bebido más de la cuenta, la señaló con un dedo acusador.

—¿No es cierto que te han visto muy seguido con ese Silva?—preguntó, escupiendo cada palabra con un tono de desprecio, todavía no había terminado de tragar el pedazo de carne que se había metido a la boca—. ¿Acaso no sabes lo que dicen de él?

—Pues no, Jacinto.

—Pero si se ve a leguas de distancia. Y ya te lo había dicho antes, pero por si no te quedó claro, no está de más volvértelo a repetir. No es más que un oportunista que quiere sacar provecho de tu fortuna. Si de verdad te respeta, se casará contigo y no se dejará de hacer invitaciones a solas a una mujer como tú sin estar casada.

Jacinto era un hombre con una apariencia imponente y una arrogancia fuera de lo común. Sus rasgos faciales eran afilados y marcados, resaltando su desprecio hacia aquellos que consideraba por

debajo de él. A pesar de vivir de las rentas del apellido, su envidia por aquellos que tenían más que él era evidente, manifestándose en comentarios hirientes o envidiando descaradamente a aquellos que poseían algo que él no. Tenía una expresión adusta en el rostro, y siempre lucía el mejor atuendo y las joyas más ostentosas, como símbolo de su posición, pero también como una forma de demostrar que nadie era más importante que él.

Aunque alardeara de sus contactos y su influencia en la sociedad limeña, para Gabriela, Jacinto en realidad no era más que un parásito. Sin embargo, a pesar de su falta de talento o habilidad, seguía creyendo que los demás le debían algo, y eso hacía que su presencia, como un báculo o una amenaza, fuera imposible de ignorar.

—¿Perdón? Te aseguro que Diego vale mucho más de lo que crees.

—Mira, Gabriela. Si nadie te dice nada es por quién eres, pero no dudes que la gente ya está hablando de ti en cada rincón de Lima. Si tu padre viviera, jamás habría imaginado que nuestro apellido sería la comidilla de todas las tabernas del virreinato. —Sus labios apretados por el disgusto, los ojos fríos como una piedra y la nariz respingona. Como si percibiera un hedor insoportable, Jacinto parecía haber nacido para despreciar y humillar a los que no eran de su misma clase social.

El comedor se quedó en silencio, pues ni siquiera don Méndez fue capaz de intervenir en dicha contienda. Gabriela se sintió incómoda y acorralada, sabía que su familia nunca había aceptado una relación con Diego, pero tampoco podía permitir que la desacreditaran de esa manera. Así que, en lugar de levantarse de la mesa, tomó aire y se dirigió a él con firmeza.

—Mi vida personal es mi asunto, y no es necesario que la comentes en público. Tengo derecho a tomar mis propias decisiones.

—¡Tus decisiones nos afectan a todos! ¡Tenemos el mismo apellido!

—Y el apellido vale tanto por lo que hizo mi padre.

Su tío Jacinto balbuceó algo que Gabriela no acertó a comprender.

—Mira —insistió ella—, si hay algo que sé es que Diego es una persona respetuosa, y el día que me demuestre lo contrario os lo haré saber.

Su tío abrió la boca para replicar, pero Gabriela lo interrumpió de nuevo.

—Y no quiero ni una palabra más sobre esto. Si alguien quiere seguir cuestionando mi juicio, deberá hacerlo en mi ausencia, de otro modo, créanme que esto no va terminar nada bien.

—Se le salió el indio a esta —dijo su tía Martha.

—¡Cállate mujer, que estoy hablando yo! —La cortó Jacinto.

—¡Un respeto! —Gritó Gabriela, tratando de defender a su tía.

El tío Jacinto le lanzó una mirada fulminante a Martha, su esposa,

y posteriormente a Gabriela. Tras un incómodo silencio, la joven empresaria no aguantó más y, con un gesto de desdén, dejó la mesa y se marchó del comedor en el que se hallaba sentada toda su familia.

El silencio fue total hasta que el sonido de sus tacones dejó de escucharse mientras se alejaba por los pasillos de la mansión.

A la mañana siguiente, Diego apareció en la imprenta con una expresión de preocupación en su rostro. Sin miramientos, se acercó a Gabriela para contarle lo que sucedía.

—Ayer de madrugada me visitó tu tío.

—¿Manuel?

—No, Jacinto.

—Me exigió que te desposara para así dejar de deshonrar el apellido, o que me marchase de una vez por todas de tu vida. Me amenazó.

El rostro de Diego reflejaba una tensión que se dejaba entrever en su mandíbula y en las arrugas que se formaban alrededor de sus ojos. Cada vez que pensaba en el encuentro de la noche anterior, un escalofrío recorría su espina dorsal y sus dientes se apretaban con más fuerza. Pero no podía permitirse dudar: si tanto la amaba, sabía que tenía que proteger a Gabriela y hacer lo que estuviera en su mano para salir adelante. Aunque ello implicase tener que cumplir las voluntades de un imbécil como ese tal Jacinto.

—Honrar mi apellido o sacarme del negocio —respondió Gabriela, totalmente devastada—. No soporto a mi familia. Son unos parásitos, todos quieren vivir del trabajo de mi padre y de mi abuelo.

Después se quedó en silencio, tratando de pensar qué hacer. Pero no dejó que la preocupación le dominara. Estaba decidida a enfrentarse a cualquier obstáculo que se interpusiera entre ella y Diego Silva. Así que, con una mirada férrea, le dijo sin dudar que esa no era la manera de resolver las cosas y que ella no estaba dispuesta a ser comprometida sin su consentimiento. Además de que imaginaba que él no había aceptado ninguna oferta de su tío.

—Gracias por tu respuesta, Gabriela.

—Te quiero.

Diego la besó discretamente para no llamar la atención de los empleados. Él estaba de acuerdo en que no podía simplemente casarse con ella por presión familiar, pero al mismo tiempo, se preguntaba si podría lidiar con las consecuencias de rechazar la «oferta» del tío Jacinto, pues no quería tener que enfrentarse a una situación parecida en el futuro. Tras la amarga conversación, ambos se sumergieron en el trabajo de la imprenta y acordaron olvidar este tema por el momento.

Aunque sabían que aquel enfrentamiento volvería a llamar a su puerta.

10

Días después, Gabriela se encontraba en su escritorio tratando de ordenar sus documentos, cuando recibió una misteriosa carta. Se la dejó un niño que solía pasearse alrededor de la imprenta junto a su grupo de amigos para ver si conseguía algún trabajo esporádico de repartidor. El sol ardía en el cielo de Lima cada vez que aquel niño indigente vagaba por las calles empedradas en busca de algo con lo que ganarse la vida. Con descalzos pies y ropajes raídos, sus ojos oscuros reflejaban la tristeza de su vida de pobreza y desamparo.

—No tengo trabajo para darte, mi niño —le dijo ella al ver que este volvía a presentarse de nuevo.

—No vengo por eso —respondió él. Antes de entregarle la carta, el niño le miró con cierto temor, como si se tratase de una advertencia —. Me la dio un hombre que llevaba un sombrero negro, y me pidió que se la entregara expresamente a la señora Gabriela Cervantes a cambio de unas monedas.

Ella aceptó la misiva, aunque no pudo evitar temer que se tratase de una amenaza de algún tipo, no eran pocos los enemigos que ya se habían ganado.

Con una curiosidad mezclada con aquel temor al que no sabía dar respuesta, Gabriela rompió el sello, y leyó el contenido de la misiva. En él se le indicaba un lugar específico y un momento para reunirse en secreto. La carta estaba escrita con una caligrafía elegante y un lenguaje florido que sugería un propósito más allá de una simple cita, pero no la firmaba nadie.

Aun así, Gabriela decidió arriesgarse y acudir al encuentro. Aunque tenía miedo de asistir sola, algo en su interior le decía que debía hacerlo, pues de lo contrario los problemas seguirían creciendo. Quizá se trataba de alguien del Gobierno del virreinato, o algún miembro de su familia. Gabriela no habría asistido a una cita como esa de no ser por la preocupación que tenía por Diego y los empleados de su imprenta. Los sucesos acontecidos a la fecha habían sembrado en ella una semilla de ansiedad e inseguridad que empezaban a tomar el control de sus decisiones. Prefería saber a qué se enfrentaba antes que quedarse en la ignorancia. No le importaba el precio que tuviese que pagar.

El lugar de la cita era una plaza poco concurrida en el corazón de

la ciudad. El emplazamiento en cuestión era conocido por ser un sitio de reunión para jugadores de ajedrez que pasaban las horas apostando para ver quién era el mejor limeño. Las partidas se sucedían una tras otra, con los ojos puestos en el tablero y las monedas tintineando en los bolsillos. Con algunos espectadores ocasionales que se detenían a admirar el talento de los contendientes, los escasos transeúntes se apresuraban por las adoquinadas calles sin percatarse del bullicio que se gestaba en aquel lugar. Pero la verdadera emoción se sentía en el aire, en cada sacudida de cabeza, en cada suspiro y movimiento calculado. También se decía que entre ellos se colaba algún conspirador de la incipiente revolución que se gestaba en el país. Pero eso era otra historia.

Por el momento, la atención estaba centrada en los peones y las torres.

Para la cita, Gabriela se vistió muy tapada, tal y como le había solicitado el remitente de la carta, pues el objetivo era que ella pudiese mantener su anonimato, además de que debía servir a su interlocutor misterioso para saber dónde debía sentarse.

La plaza estaba llena de hombres concentrados en el juego y otros esperando su turno. Algunas mujeres paseaban con sus maridos mientras otras se sentaban en los bancos a descansar, y varias de las alpacas de los agricultores se encontraban agazapadas a un poste. No pasó mucho tiempo hasta que un hombre se acercó a ella. Era un hombre viejo, de aspecto descuidado y que vestía un triste ropaje de campesino. Se sentó junto a ella y le habló en voz baja, con un tono que no auguraba nada bueno.

—Tengo información que será de su interés, señorita.

—Usted dirá.

—¿Puedo confiar en usted? —Preguntó él—. La información podría ser utilizada en su contra si cae en las manos equivocadas, y si usted no la compra se la venderé a otra persona.

Antes de que Gabriela preguntase quién lo enviaba, el hombre le dejó claro que él solo era un intermediario, por lo que si ella quería saber quién estaba detrás de todo, estaría perdiendo el tiempo. Así que ella lo escuchó cautelosamente, aunque no sabía muy bien qué pensar de las palabras de aquel extraño. Tuvo la impresión de ese señor ya tenía mucha experiencia tratando con gente como ella.

El hombre le ofreció un precio por la información, una cantidad significativa de cincuenta reales.

—¿Cómo sé que no va a estafarme?

—No tiene manera de saberlo, más allá de la palabra de un anciano.

Gabriela dudó por un momento, pero decidió aceptar la oferta. Pagó al hombre y este le dijo que la información llegaría pronto a sus

manos.

—¿Cómo? ¡No! ¡Me prometió que me daría esa información!

—Pero no le dije cuándo, señorita.

El anciano se marchó de la plaza sin despedirse. Gabriela se quedó completamente desconcertada, pero no quería montar un espectáculo en medio de la calle y sentía que debía confiar en la palabra del señor.

Gabriela regresó a su imprenta con la cabeza hecha un lío. No dejaba de barajar la idea de que se trataba de una estafa, y en el fondo deseaba que así fuese, pues de lo contrario significaba que alguien sabía más sobre ella de lo que le hubiera gustado. ¿Quién era ese hombre? ¿Era un espía del Virrey, o de algún otro enemigo?

Por el momento decidió mantener aquel encuentro en secreto para reflexionar sobre el peligroso juego en el que sentía que se estaba involucrando. La cita secreta le había hecho entender que debía tener cuidado con aquellos que la rodeaban, y que su seguridad y la de la Imprenta Cervantes tal vez estaba en peligro.

11

Días más tarde, Gabriela y Diego terminaban de imprimir un nuevo ejemplar del diario Anónimos. Ella estaba emocionada porque después de mucho pensarlo y trabajarlo, por fin ambos publicarían el artículo de su empleado, Juan. El texto en cuestión era una crítica a los mestizos, todos esos jóvenes que se habían olvidado de sus antepasados, renegando de sus orígenes y creyéndose más españoles que el propio virrey La Serna. Y es que para Gabriela había un gran problema de fondo en la idiosincrasia del Perú. En la rica y diversa historia de la colonia surgía una dolorosa paradoja: aquellos mestizos que deberían haber sido el puente entre dos mundos, parecían haber olvidado su verdadera esencia. Habían dejado de lado la herencia de sus antepasados en su afán de adoptar una identidad nueva, lo más lejana posible del mundo indígena que existía en aquella tierra antes de la llegada de los conquistadores.

Hacía solo unas generaciones, los mestizos eran símbolo de la mezcla cultural y racial que caracterizaba a la tierra de Gabriela. Ella los veía como el resultado de un encuentro entre esos dos mundos, la fusión de lo indígena y lo europeo. Sin embargo, en su afán por ascender socialmente y ser aceptados por la élite dominante, muchos de ellos negaban absolutamente su propio origen. Este desprecio por la herencia indígena era un triste reflejo de una sociedad que cada vez se avergonzaba más de su propia identidad. Los mestizos habían adoptado la mentalidad colonial que tanto intentaban inculcarles los españoles. Gracias a la propaganda, los textos y las prerrogativas de la iglesia y del Gobierno, muchos habían ido poco a poco rechazando sus tradiciones, costumbres, e incluso su lengua materna. En lugar de enorgullecerse de su diversidad y valorar las contribuciones culturales que esto traía consigo, los mestizos habían optado por emular a los colonizadores, olvidando que su sangre también corría por las venas de los campesinos, de los artesanos y de los indígenas que luchan por su supervivencia en las tierras más recónditas de nuestra colonia. Todos estos elementos se hallaban dentro del extenso texto, cuya conclusión era tajante y certera:

…No podemos ignorar que la memoria histórica es fundamental para comprender nuestra identidad y construir una sociedad más inclusiva. Los mestizos tienen una responsabilidad histórica de reivindicar su legado y

honrar a aquellos que lucharon por su libertad y dignidad. Es hora de recordar y reconocer la riqueza de nuestras raíces mestizas, de abrazar nuestra diversidad y de trabajar juntos para construir un futuro en el que todas las culturas sean valoradas y respetadas.

La negación de la herencia mestiza es un acto de traición hacia nuestros propios ancestros, quienes resistieron y sobrevivieron a la opresión colonial. No podemos permitir que el peso de la historia se desvanezca en el olvido, debemos asumir nuestra responsabilidad y reconciliarnos con nuestras raíces.

Hacemos un llamado a los mestizos para que despierten de este letargo, vuelvan a vincularse con su herencia y se conviertan en verdaderos guardianes de nuestra diversidad cultural. No podemos permitir que el legado de nuestros antepasados sea borrado por la sombra de la colonización.

El texto resumía el sentir de Gabriela, motivo por el que la joven estaba orgullosa. Sin embargo, a pesar de la alegría que le producía la publicación de Anónimos, no podía dejar de pensar en la carta que la había llevado al anciano y por la que había pagado para obtener una información que no hacía sino demorarse. Ella esperaba que estuviese relacionada con el Gobierno del Virrey, y era tal su desesperación e interés que cada día intentaba terminar el trabajo cuando para ir corriendo a las instalaciones y revisar el correo postal.

Lo que ella no sabía era que la información que había comprado tenía que ver con Diego, su socio, y también el hombre al que ella tanto amaba.

Esa noche, el mismo niño que rondaba las oficinas de la Imprenta Cervantes se acercó a las instalaciones secretas en las que se imprimía Anónimos. El pequeño entró en el edificio con paso sigiloso, portando una carta y una mirada temerosa.

—Buenas noches, señora.

Gabriela se quedó pasmada, ya que nadie debía conocer la ubicación en la que se hacía ese diario revolucionario llamado Anónimos, ya que, de descubrirse, podía costarles la vida.

—Cómo llegaste aquí, niño —preguntó Gabriela.

—Me dijeron que tenía que dejar algo, y yo viene a traerlo, nada más —dijo el niño mientras le extendía la carta.

En ese momento Diego se adelantó, interponiéndose entre Gabriela y el niño.

—¿Qué haces? —Preguntó ella.

—¿Para quién es esto? —El gesto de Diego era preocupante, se había puesto nervioso de inmediato.

—Me dijeron que era para ella —balbuceó el pequeño.

—Pues es un error. Y además, este no es lugar para niños, así que

sal de aquí, muchacho que estamos trabajando.

Diego escondió el sobre en su bolsillo a toda prisa al tiempo que echaba al pequeño. Cuando este se marchó, con el rabo entre las piernas, Silva se disculpó de inmediato con Gabriela y salió de la imprenta en dirección a la plaza de Armas.

—Espera —dijo ella.

Pero él no se detuvo.

—Ahora vuelvo.

El socio de Gabriela corrió a la calle antes de revisar el sobre. La carta no tenía destinatario, pero él temía de qué podía tratarse. No pudo esperar y la abrió en plena calle, y conforme leía comenzó a sudar ante lo sorprendido que estaba al leer que contenía información comprometida sobre él mismo y sus acciones.

La carta decía que Diego Silva y Valverde había estado recibiendo dinero del gobierno para promover y promocionar positivamente al ejército real y al Virrey en las páginas de Anónimos, además de que ya era considerado un aliado del Gobierno entre las más altas esferas de la casta política.

Diego guardó la carta y decidió no entregársela a Gabriela. Sentía miedo por no saber quién podía ser capaz de querer arruinarlo contándole lo que estaba haciendo a la mujer que amaba. Sabía que su relación estaba en juego y tenía que salir de ese hoyo en el que estaba. Había caído en la avaricia y había estado engañando a Gabriela, sí, pero solo para hacerle creer que de vez en cuando era necesario adular al enemigo. Pero no quería que ella supiera la verdad y se sintiera traicionada, debía haber otra manera de quitarse esa responsabilidad.

A su regreso a la imprenta, Gabriela notó que Diego parecía aún más incómodo y nervioso después de salir a dar aquel repentino paseo. Quería preguntarle por la carta, pero tuvo la impresión de que no podía hablar de ello. Diego llevaba las riendas de Anónimos, y se suponía que debía confiar en él. Así que Gabriela decidió optar por una estrategia ingenua, pensó que era simplemente el estrés de tener que gestionar dos imprentas y luchar contra el gobierno del Virrey mientras cuidaba las apariencias.

Eran demasiadas cosas para él.

Seguro que solo era eso.

Por su parte, Diego sabía que tendría que tomar una decisión difícil tarde o temprano: seguir recibiendo dinero del Gobierno o confesar la verdad a Gabriela y arriesgar su relación y su negocio. En algún momento debía elegir un camino, pero sabía que por el momento debía callar sus verdaderas intenciones.

Solo esperaba que no fuese demasiado tarde.

12

Al día siguiente, el sol se asomaba por encima de los edificios coloniales de Lima, y las calles estaban llenas de gente que se apresuraban por llegar a sus trabajos y negocios.

Entre ellos se encontraba Diego Silva, caminando por el centro de la ciudad, perdido en sus pensamientos, mientras se dirigía hacia la casa del Capitán Gamboa. Desde hace varios meses, Gamboa había sido su fuente principal de ingresos, pagándole generosas sumas de dinero a cambio de que él escribiera artículos favorables al Gobierno y al Ejército.

La noche anterior no pudo conciliar el sueño, la sensación de culpa tenía sus nervios en jaque, por lo que estaba decidido a anular el trato y no seguir poniéndose en riesgo. No quería seguir mintiéndole a su amada Gabriela. Sabía que ella había dejado su zona de confort, para despreciar junto a él al gobierno y al ejército, y no podría soportar la idea de que él estuviera escribiendo artículos a sus espaldas para apoyarlos.

Finalmente, Diego llegó a la casa del general. Gamboa era un hombre robusto y de aspecto imponente, con una sonrisa hecha de dientes postizos que siempre parecía esconder algo.

—Diego, mi querido amigo —dijo Gamboa mientras le extendía su áspera mano y lo invitaba a pasar—. ¿Cómo estás? ¿Listo para escribir otro gran artículo para nosotros?

Soltó una carcajada, pero Silva no le siguió el juego.

—Disculpa la broma. Estos muchachos de ahora, en mis tiempos habría hecho lo mismo que tú por un par de reales. Estás en el lado correcto de la historia.

Diego se sentía incómodo mientras seguía a Gamboa hacia su despacho. Las estanterías estaban llenas de libros y mapas que colgaban de las paredes, con su escritorio cubierto de papeles y cartas de carácter militar.

—General, tengo que hablarle de algo importante —dijo Diego con una voz temblorosa—. No creo que pueda seguir escribiendo artículos para usted. Verá, quiero empezar una relación con Gabriela y no deseo que ella se vea afectada por esto. De todas maneras, creo que hemos colaborado lo suficiente y mi trabajo ha sido justo. Espero sepa entenderlo.

El Capitán frunció el ceño y se volvió serio al instante.

—No es así, Diego. Yo te he tratado como a un amigo, y tú me estás fallando en medio de una campaña que tenemos muy importante —dijo él en tono amenazante—. Si no cumples con tu parte del trato, tendremos un problema.

—Por favor, capitán. Sé que esos eran nuestros planes al inicio, pero las cosas han cambiado. Estoy enamorado de ella.

—Mira, *Dieguito*. No me vengas con tonterías, una mujer no te va a decir a ti qué hacer. Un hombre tiene que proveer y aumentar la riqueza familiar. Y más aún cuando nos estamos jugando que esos independentistas no entren en el Gobierno. Sabes tan bien como yo que quieren arrebatarnos todo lo que tenemos en el Perú.

—Lo siento general, pero es complicado para mí.

—De acuerdo, en ese caso te lo pondré aún más fácil. Recuerda que tengo información sobre ti que podría ser muy perjudicial si sale a la luz.

Diego se quedó sin aliento. Sabía que el General tenía muchas pruebas que podían acabar con su carrera si decidía utilizarlas en su contra.

—General, por favor, no haga esto —suplicó—. No puedo seguir mintiendo a la persona que amo. ¿No hay alguna otra forma de solucionar esto? Quizás si le devuelvo todo su dinero, mire que a usted le vendría más que bien, ¿eh? Sáqueme de este problema y el dinero es suyo. Hasta la última moneda.

Gamboa se dedicó a pensarlo durante unos segundos, y luego sonrió con malicia.

—Diego, a mí solo me importa el honor, así que déjalo así. De hecho, creo que mereces una recompensa como es debida. Te ofrezco un carruaje nuevo, quinientos reales y un esclavo para ti y tu familia si sigues escribiendo artículos para nosotros. Y te prometo que, si sigues trabajando tan duro como hasta ahora, jamás revelaré la información que tengo sobre ti. La historia te recordará con los honores de tu apellido.

Silva se sintió tentado por la oferta del General, pero al mismo tiempo sabía que estaba poniendo en peligro su relación con Gabriela. Y empezaba a sentir vergüenza por tan solo dudarlo.

—No puedo —balbuceó.

—No puedes rechazar esta oferta, Diego. Es una vez en la vida, el virrey está pagando cantidades absurdas con tal de ganar la guerra en contra de los rebeldes. Y yo quiero lo mismo. Si no es por mí, al menos hazlo por España. De hecho, si crees que no puedes publicar tantos artículos, al menos ayúdanos a mantener esa tibieza, no podemos permitir que las cosas se nos vayan de las manos. Eres el hombre que puede domar esa imprenta. Piénsalo esta noche.

Diego asintió. La oferta era tan jugosa que hacía solo unos meses la

habría aceptado sin dudarlo. Pero la llegada de Gabriela a su corazón estaba poniendo patas arriba todo su mundo.

Y sus ideales.

13

Gabriela caminaba por la plaza de Armas, disfrutando del aire fresco de la tarde. La ciudad estaba en pleno auge, con su imponente arquitectura llena de tallados, amplios balcones y lujosas carrozas circulando, y la majestuosa catedral que se alzaba en el centro de la plaza. La joven llevaba consigo un cesto de mimbre que contenía los ingredientes necesarios para preparar un pastel para Diego. Iba a ser el primer pastel que Gabriela prepararía para él, aunque también el primero que prepararía en su vida.

Y necesitaba que fuese perfecto.

Mientras deambulaba, un hombre al que ella no reconoció le entregó un ejemplar de Urpi, y al leerlo, ella se dio cuenta de que en la primera página había un artículo a favor de la corona. «¿Otra vez?», pensó. Sí, le había prometido a Diego seguir esa estrategia durante algunos días, al menos hasta que se calmaran las cosas. Pero no podían continuar esa tónica equidistante que no les llevaba a ningún lado.

No pudo evitar sentirse fastidiada, y se preguntó si su odio hacia la Guardia Real era justificado. Porque, si hasta el propio Diego lo hacía sin quejarse, tal vez ella estaba siendo caprichosa al ponerse de ese modo con el virrey. Es verdad que Anónimos ya cumplía su propósito, pero ella sentía que no era suficiente. Debían seguir golpeando, de su información dependía que el pueblo se levantase en armas.

Comenzó a cuestionarse una vez más su posición en el conflicto entre los independentistas y la corona. Y volvió a recordar a su hermano, su querido hermano. El pobre joven había muerto en la famosa Batalla del Real Felipe, en ese duelo contra los independentistas. Él habría sido el dueño de la imprenta y el líder de la familia de no haber ocurrido tal estupidez de la guerra, pero su muerte los dejó en un estado de shock y sin un liderazgo claro en la familia. Y Gabriela sentía que la colonia corría la misma suerte. No pudo evitar sentir rencor hacia la Guardia Real, ya que ella consideraba que su hermano había muerto por una causa sin sentido, la defensa de un régimen que no le hacía bien a nadie. El descontento en el virreinato era un hecho cada vez más evidente, los limeños no se sentían conformes con la administración del virrey y pedían un cambio a Madrid. Todo ello mientras los más radicales independentistas querían tomar el control por la fuerza. Sin embargo,

al reflexionar sobre su situación, se preguntó una vez más si tal vez ahora estaba dispuesta a reconsiderar sus posturas, así como a dejar atrás el resentimiento que había mantenido durante tanto tiempo hacia el sinsentido de las guerras.

El sol estaba en lo alto, y la brisa que soplaba le daba un toque fresco al ambiente.

Gabriela se dejaba llevar por la calle sumida en estos pensamientos, y volvió a pensar en Diego, el hombre que amaba, y en cómo este tenía una actitud tan cambiante con ella y la imprenta. Tal vez así eran todos los hombres, pero ella no estaba dispuesta a permitirlo.

Recordaba con claridad esos días en los que Diego escribía con furia sobre la opresión y el sufrimiento de los negros e indígenas. Su pluma ardiente reflejaba su indignación y su deseo de justicia, y Gabriela lo admiraba por ello. Pero ahora, pese a que habían venido tiempos mejores, ella echaba de menos que él mantuviese ese lado suyo sin apagarse. Se dio cuenta de que su escritura ya no era tan pasional, y sus críticas al gobierno y la corona habían perdido fuerza y hasta se escribían halagos disfrazados de objetividad. Al principio ella lo había atribuido a un cambio de enfoque en su trabajo, pero ahora se preguntaba si había algo más detrás de ese cambio.

Gabriela también recordaba cómo era Diego al principio de todo. Ya habían pasado varios meses desde que se conocieron, y eran pocas las veces en las que él aceptaba ser un moderado en su perspectiva política. Pero en el últimos dos meses eso parecía ya no ser un problema. Antes, él insistía en mantener sus ataques al gobierno, aunque fuera a costa de su propia seguridad. Era un idealista, un soñador que creía que el mundo podía ser mejor.

En ese momento supo que debía hablar con él cuanto antes. Necesitaba preguntarle por qué había cambiado, y si realmente estaba dispuesto a perder su esencia. Tal vez se había acomodado al ver que las cosas iban bien. Sabía que sería una situación incómoda, pero debía hacerlo por el bien de los dos, no podían dejar de lado su lucha. De inmediato rompió el hilo de sus pensamientos y se apuró para volver a casa, tenía una cena familiar y, aunque al principio se había negado, sus tías le prometieron que tendrían controlado a Jacinto, y que no volvería a producirse un suceso similar al de la última vez.

Cuando llegó a casa, sin embargo, se encontró con un escenario muy diferente al esperado. Se trataba de una verdadera encerrona.

Sus tíos, tías y primos aguardaban a su llegada. Todos parecían muy serios y apenados por lo que estaba sucediendo. Gabriela no sabía exactamente qué estaba pasando, pero sabía que algo malo estaba por venir al fijarse en sus rostros y en que no había ninguna

cena organizada aquella noche para todos.

Entonces, su tío Jacinto tomó la palabra y comenzó a hablar en tono grave y serio.

—Gabriela, querida sobrina, quiero pedirte perdón en nombre de toda la familia por lo que hemos hecho, por lo que he hecho, pero es que todos piensan como yo y no lo dicen.

—¿Es eso cierto?

—Sí. Ya sabes que tengo mi carácter. Sabemos que nos hemos entrometido en tu vida y en tu relación con Diego, y eso no está bien. Pero quiero que sepas que lo hemos hecho porque te queremos y solo buscamos lo mejor para ti. Yo tan solo he sido el portavoz de esta contienda.

Esta vez fue su tío Manuel el que intervino.

—Lamentablemente tengo que recordarte que tu tío nunca se equivoca, y por eso te hemos citado aquí esta noche.

Gabriela frunció el ceño y miró fijamente a su alrededor, las miradas silenciosas de sus tías también la examinaban.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que ha pasado?

Manuel suspiró profundamente y continuó hablando.

—Contratamos a un detective para que investigara a Diego. Y descubrimos algo que nos dejó muy preocupados.

Gabriela estaba cada vez más confundida y preocupada.

—¿Qué descubrieron? ¿Qué pasa con Diego?

Manuel sacó un sobre de su bolsillo y se lo entregó a Gabriela.

—Lee esto, sobrina. Es una carta que encontramos en la habitación de Diego. Después te lo explicaré todo.

Gabriela abrió el sobre y comenzó a leer la carta con manos temblorosas.

En ella se le pedía a Diego que publicara un artículo a favor del gobierno y se le ofrecía dinero a cambio. La carta tenía una lista de temas específicos que debía desarrollar a lo largo del tiempo, pero daba cuenta de que había una vinculación directa entre el abogado Silva y el virrey De La Serna.

Ella no podía creer lo que estaba leyendo. ¿Diego había estado escribiendo artículos a favor del gobierno? ¿Por dinero?

Manuel tomó la palabra de nuevo para calmar sus ánimos.

—Lo siento mucho, Gabriela. Diego ha estado mintiéndote todo este tiempo. Ha estado aceptando dinero a cambio de publicar artículos a favor del gobierno. Y eso no es todo. También descubrimos que ha estafado a mucha gente en España. Les prometió que los llenaría de oro, que él mismo haría una expedición para encontrar tesoros incas, pero hasta la fecha no ha cumplido su promesa. Dejó a mucha gente endeudada y arruinada en España, y con ese dinero sucio pretende desposarte.

Gabriela estaba en shock.

—¡Mientes!

—No, sobrina.

Toda su familia compartía la misma opinión. Todos estaban allí para ayudarla.

Y en el fondo ella sabía que tenían razón. Todas las piezas se juntaron en su cabeza, cada extraño comportamiento por parte de su amado, cada mirada nerviosa, cada gesto sin respuesta. «¿Cómo pudiste hacer esto, Diego? ¿Cómo pudiste engañarme de esta manera?», pensaba sin parar.

Manuel tomó su mano y la apretó suavemente.

—Lo siento mucho, pero teníamos que decírtelo. No queremos que sigas involucrada con alguien que te miente y te engaña.

Gabriela se levantó de un salto y comenzó a caminar de un lado a otro, con los ojos llenos de lágrimas. Estaba enojada y triste al mismo tiempo.

—¿Cómo pudo Diego hacerme esto? ¿Cómo pudo traicionar mi confianza de esta manera?

Finalmente, se detuvo frente a su tío y lo miró fijamente a los ojos.

—Gracias por decírmelo, tío. No sé qué voy a hacer ahora, pero sé que no quiero seguir con él, así que pueden estar tranquilos.

La familia de Gabriela asintió con solemnidad sin decir una palabra. La apoyarían, pasase lo que pasase.

Ella se dirigió a su dormitorio y pasó toda la noche llorando. Odiaba haberse enamorado, y maldecía cada segundo que le había regalado a ese hombre que no la merecía.

14

Gabriela estaba pasando por el momento más difícil de su vida. Después de recibir tan funesta noticia, supo que necesitaba alejarse de todo y pasar algún tiempo sola. Permaneció unos días en casa, y Diego, que estaba preocupado por su ausencia en la imprenta, decidió hacerle una visita tras varios días sin saber de ella.

Shumay, la criada de Gabriela, la avisó de que él se hallaba esperándola en el salón principal. Al bajar, la joven no podía expresar ningún tipo de emoción, era como si sus sueños se hubiesen apagado para siempre. Solo fue capaz de hacerle una pregunta:

—¿Es verdad que te vendiste a La Serna?

Diego no supo responder, pero después de muchas dudas negó con la cabeza.

Ella se quedó de pie, mirándolo a los ojos.

—¿Seguro?

—Te lo prometo, no me he vendido a nadie.

Pero la mirada de Diego no decía lo mismo, sus ojos no resultaban convincentes y la culpa se filtraba a través de cada poro de su piel.

—¿Me crees?

—Sí, pero ahora tienes que marcharte.

—¿Por qué?

—Vete. Necesito estar sola.

Silva se marchó con la cabeza hecha un lío. Trató de insistir por saber qué ocurría, pero Shumay terminó echándolo de la mansión bajo amenazas de llamar a los tíos de Gabriela.

Esa misma noche, la joven decidió hacer un viaje a la hacienda Tambo, una finca de naranjas que era propiedad de su familia y estaba situada a las afueras de Lima. Se escapó sin decir nada a nadie, pues necesitaba huir del mundo.

La hacienda Tambo era un lugar tranquilo, rodeado de exuberante vegetación y con el aire fresco de las montañas. Gabriela se instaló en una pequeña casa que había sido construida para todos los trabajadores, pues no quería hospedarse sintiendo el caos de los empleados de la casa principal.

Al llegar pidió que no le diesen más atenciones que las que ella solicitara, y que en la medida de lo posible no se acercaran al lugar en el que ella se encontraba. A pesar de que se sentía tan triste como tras la muerte de su hermano, el ambiente sereno y la belleza natural de la

hacienda le ayudaron poco a poco a encontrar la paz que tanto necesitaba.

En la hacienda Tambo, Gabriela se tomó el tiempo necesario para procesar su dolor y su tristeza. Pasaba sus días caminando por los campos de naranjas, disfrutando del sol y de la brisa fresca de la montaña. También se sentaba a leer y a escribir en su diario, reflexionando sobre su vida y su futuro. No habló con Diego durante todo el tiempo que estuvo allí escondida. Sabía que necesitaba tiempo para sí misma antes de enfrentar la situación con él. Se sentía abrumada por sus emociones y por la perspectiva de su familia, y no estaba segura de cómo abordar el tema con él. ¿Acaso debía creer a su amado?

En los días que pasó en la hacienda, Gabriela se permitió llorar y sentir el dolor que necesitaba sanar. Recordó momentos felices de su infancia, cuando jugaba en los campos de naranjas con su hermano y su padre. También pensó en el futuro que había imaginado con Diego, y en cómo las cosas habían cambiado tan repentinamente sin siquiera darle tiempo para imaginar el desagradable presente ante el que se encontraba. Sin embargo, en el fondo le alegraba la idea de que las cosas entre ella y él no hubieran ido a más, como por ejemplo con una boda o con hijos de por medio. Si no, el dolor hubiese sido aún más grande. Poco a poco Gabriela empezó a sentirse mejor. El tiempo le había dado la oportunidad de sanar y de encontrar la fuerza necesaria para enfrentar la situación con Diego. Tomó una hoja de papel y una pluma.

Había tomado una decisión y estaba lista para escribirle.

Diego recibió la carta con alegría al ver el nombre del remitente, y aunque la ausencia de Gabriela ya suponía un problema, estaba muy feliz por volverse a comunicar con ella. Ella lo invitaba a un encuentro en Barranco, ese lugar tan especial para ambos, por lo que él pensó que todo apuntaba a una inmediata reconciliación.

Gabriela llegó primero al lugar. Aguardaba nerviosa mientras esperaba a Diego en el banco del parque. Mientras lo esperaba, podía contemplar esa terraza en la que había sido la mujer más feliz del mundo. Después del tiempo que había pasado en la finca y todos los recuerdos que atravesaban su mente, no estaba segura de cómo llevaría la conversación.

Lo que si sabía era que debía cerrar ese capítulo de su vida cuando antes y seguir adelante.

Diego apareció, sonriendo ampliamente al ver a Gabriela sentada en ese lugar tan familiar para ellos. No podía estar más feliz de verla después de todo el tiempo que había pasado. A medida que ambos se acercaban el uno al otro, empezaron a recordar en silencio todos los

momentos felices que habían compartido juntos; en la imprenta, en las calles de Lima, en las noches sin fin.

—Hola.

—Hola.

Ambos se miraron a los ojos, tratando de leer lo que el otro estaba pensando. Pero todavía había mucho por hablar, mucho por procesar, y mucho por entender. Tuvieron una charla tan banal como rutinaria, pero a medida que la conversación avanzaba y las preguntas formales quedaban ya respondidas, el asunto entre ambos comenzó a tornarse cada vez más tenso. Gabriela hablaba con franqueza sobre sus sentimientos y preocupaciones respecto al negocio; al principio tocó el tema de forma ligera, pero fue suficiente para que él sintiese que no entendía la profundidad de sus palabras, todas aquellas frases cargadas de enojo que llevaba entre líneas.

Diego sabía que Gabriela no estaba bien, pero no podía comprender la gravedad del asunto. Y, aunque había tratado de cubrir cada detalle para que ella no se enterara de nada de lo que hacía a sus espaldas, no pudo evitar pensar que algo había salido mal. ¿Qué sabía Gabriela? ¿Acaso estaba al tanto, más allá de los rumores?

—¿Cómo pudiste mentirme de esa manera? —dijo ella con voz temblorosa—. ¿Cómo pudiste decirme que eras una cosa cuando en realidad eras otra completamente diferente?

Él comenzó a sentir el miedo apoderarse de él.

—Puedo explicártelo. Creo que ha habido un error… —Diego intentaba defenderse, pero sus palabras parecían vacías de sentido.

Gabriela podía ver en sus ojos que estaba mintiendo, y eso solo la enfurecía más.

—No puedo creer que haya estado a punto de caer en tus mentiras una vez más. ¿De verdad pensaste que te había creído cuando viniste a mi casa el otro día? —continuó Gabriela, con un tono cada vez más enfadado—. ¿Crees que soy tan ingenua como para no darme cuenta de lo que eres?

—¿Qué soy?

—¡Eres un mentiroso, Diego!

—Te amo —dijo él.

—¡Embustero!

Después de esto, Gabriela por fin le dijo que era un vendido, y que habría imaginado la clase de persona que era.

Al principio, Diego se mantuvo firme en su posición de negación, y aunque sentía el dolor de la situación, no quería dejar que eso lo dominara. Pero al sentir la negación constante por su parte, ella supo que tenía que seguir adelante con su empeño, no podía permitir que el amor que había sentido por Diego la alejara de la verdad.

El sol empezaba a ocultarse. El viento soplaba con fuerza, haciendo

que las hojas de los árboles cayeran sobre sus cabezas.

Gabriela miraba a Diego con desprecio, mientras él intentaba justificar sus mentiras.

—¿Crees que soy tonta? ¿Crees que no sé que me estás utilizando como una salida financiera? Nunca me hablaste de tus deudas en España, y luego intentas convencerme de que no soy solo eso para ti. ¡No puedo creer que haya sido tan estúpida!

—Eso no es cierto del todo, me, me… —Diego intentó darle la excusa de que estaba siendo amenazado y que había tenido que mentir para protegerse.

Pero Gabriela no estaba dispuesta a escucharlo. No quería seguir involucrada con alguien así.

—Se acabó —sentenció ella.

Diego se quedó en silencio. Sabía que había metido la pata, pero no quería perder a Gabriela bajo ningún concepto.

—A pesar de mi pasado y de los líos que he tenido en Europa, nunca te he visto como una salida a sus problemas. Pero quién soy yo para evitar que estés convencida de eso.

—Eres un manipulador, Silva.

—Nunca te haría daño, te lo juro.

—Puedo ver en tus ojos que estás mintiendo —continuó Gabriela —. No puedo soportar verte así. Lo mejor para ambos es que esto no avance más. Piensa en un último número para que puedas marcharte de Urpi y de Anónimos. Tu pluma no tiene el derecho a ser la voz de nadie. No puedo seguir siendo socia de alguien que no tiene integridad.

—Por favor…

—Déjalo de una vez. Se acabó.

Gabriela se puso de pie y se alejó, dejando a Diego solo en medio de un precioso atardecer. El joven se sentía desolado y arrepentido, pero sabía que era su culpa. Había perdido lo más valioso que tenía, y no había nada que pudiera hacer para recuperarlo.

El viento seguía soplando, llevándose consigo los pensamientos de Diego. Él se quedó allí, quieto, sumido en su tristeza, consciente de que había desperdiciado la oportunidad de limpiar las manchas de su pasado. Supo entonces que no podía hacer nada para salvar la situación, había perdido a la mujer que amaba por sus propias mentiras y engaños.

Y la tristeza se volvió aún más desoladora para Gabriela.

Días después, la joven impresora continuaba yendo a todas partes con lágrimas en los ojos y una gran sensación de melancolía en su corazón. Recordaba la conversación que había tenido con Diego antes de separarse. Estaba segura de que había tomado la decisión correcta, y que había puesto su integridad por encima de sus sentimientos.

Sin embargo, también sabía que no iba a arrepentirse de nada de lo que había hecho, porque las lágrimas que salían de su rostro no eran por la ausencia de Diego, sino por la liberación que sentía al estar en paz consigo misma.

15

Lima, Virreinato del Perú.
30 de Julio de 1820.

Gabriela estaba sentada en su habitación, mirando a través de la ventana mientras el sol se ponía lentamente en el horizonte. Afuera, la ciudad resplandecía al calor del verano, y en las afueras aún se vislumbraba ese valle tan virgen que las lluvias solían regar constantemente.

Mientras devolvía la mirada hacia el interior de su recámara, recordó el pasado que había dejado tan atrás. Abrió sus cajoneras para cambiarse de ropa, y en ese momento encontró la misteriosa carta que su criada, Shumay, le había dejado tiempo atrás, algo que ella había olvidado por completo. En medio del alboroto de su cita con Diego, Gabriela la había dejado dentro de un cajón de ropa.

Cuando la abrió, descubrió que el remitente era de una señora llamada María Roca Yupanqui.

El apellido era muy reconocido en la colonia, pues era de uso exclusivo para todas aquellas personas que tenían en su sangre el legado incaico y, en la mayoría de casos, trabajaban como recaudadores de impuestos para la Corona en sus respectivas provincias.

Al abrir el sobre no pudo evitar sentir cierta angustia. La idea de que la información que contenía podía estar relacionada con Diego la aterraba, pero no quería saber nada más acerca de posibles secretos, así que fuese lo que fuese, estaba dispuesta a enfrentarse a la verdad. La carta tenía muchas faltas ortográficas, pero pudo entenderla sin demasiadas dificultades.

En ella, la mujer dejaba muy claro que era una entrañable amiga de su padre, y que él mismo le había indicado que la buscara si algún día necesitaba algo. Indicaba también que, aunque no quería molestarla, María Roca Yupanqui no tenía más opción que recurrir a Gabriela Cervantes de Alarcón. Por último, en la carta también le suplicaba que bajo ningún concepto le contase a nadie sobre esta correspondencia.

Gabriela se quedó de piedra mientras la leía. La afirmación de que esa mujer era una vieja amiga de su padre, así como la petición que le hacía acerca de guardarle el secreto le carcomía la cabeza por dentro.

¿Cómo era posible que nunca antes hubiese oído hablar de ella?

Gabriela no podía evitar sentir cierta emoción por conocer a alguien que había conocido a su padre y que tan bien hablaba de él, así que Gabriela decidió ir a ver a esa desconocida María Roca Yupanqui a la dirección que se indicaba en la carta.

Gabriela se vistió con lo primero que encontró en el armario. Luego pidió a Shumay que avisara al cochero, y salió de su mansión dispuesta a encontrarse con esa mujer.

Sabía que llegaba algo tarde, pero tal vez merecía la pena acercarse a ella.

La vivienda en cuestión estaba situada en un antiguo barrio limeño ubicado lejos de las nuevas e imponentes mansiones del centro de Lima. Se llamaba Lince, y era un distrito popular y con mucha historia, habitado mayoritariamente por mestizos e indígenas, famoso por sus innumerables quintas, donde todos los vecinos compartían una sección de baños y un solo espacio de lavandería. Durante esos últimos años, las viviendas de Lince habían inspirado numerosas canciones y agrupaciones, por lo que a sus callejuelas se las conocía como los callejones «de un solo caño».

Conforme el carruaje se adentró en el distrito de Lince, las miradas siguieron su carro como si se tratara de una revelación de la virgen María. Gabriela, sorprendida por la escena, corrió un poco más la cortina de la ventana de su lado derecho y pudo ver como los niños correteaban tras ella y gritaban «que viva el virrey». Sin duda, se notaba que se encontraba en un barrio popular, pues todo el distrito creía que el virrey o alguien de su entorno viajaba en el interior de aquel transporte tan lujoso. No pudo evitar pensar en la razón que tenían aquellos niños. Ella era una mujer tan acaudalada que formaba parte del mundo del virrey, por más que desde su imprenta estuviese tratando de cambiar las cosas. Gabriela sabía que nunca podría ser una más entre ellos, pues esa gente vivía sin un apellido, tenía que ganarse el pan cada día y en el fondo sabía que, si se producía la ansiada independencia, todos seguirían viéndola del mismo modo.

Al llegar a la dirección que le indicaba la carta, Gabriela se percató de que unas niñas jugaban en la puerta de acceso a la quinta. Otra pequeña saltaba a la cuerda que otras dos sostenían. Las demás cantaban y aplaudían una canción al ritmo de los saltos, mientras la canción se hacía más intensa, también lo hacía el esfuerzo de la saltadora, para alcanzar velocidades imposibles con cada salto de canción. Al verla bajar del carruaje, todas dejaron de cantar y saltar y corrieron a tocar su vestido y los guantes blancos que traía se llenaron de manchas con forma de manos pequeñas. Y Gabriela aprovechó la conmoción para acercarse a ellas.

—¿Saben dónde se encuentra la señora María Roca?

Después de pensarlo, las niñas la llevaron hasta su puerta. Justo en ese momento la invadió un extraño sentimiento de pavor, como si estuviese a punto de acceder a algo prohibido que no debía descubrir. No entendía a qué se debían sus dudas, pero la tenían muy desconcertada.

Mientras Gabriela reunía el valor para golpear en la madera pudo comprobar que al fondo del jardín había un hombre dándose un baño con medio cuerpo en el interior del lavadero. Fue en ese momento cuando recordó las canciones que hablaban sobre estas quintas, y cuando el hombro notó que ella lo observaba, se tapó rápidamente, como si estuviese haciendo algo malo.

Ella apartó la mirada, avergonzada, y se dispuso a tocar con fuerza la puerta. Era la madera más dura que jamás había tocado. Después de unos instantes de espera pudo escuchar unos pasos que se acercaban a la entrada.

Cuando la mujer le abrió, Gabriela pudo notar los años en las arrugas de su rostro, y sobretodo en sus pequeñas manos, que hablaban aún más de su edad. En su espalda ya empezaba a formarse una curva que estaba segura la haría más y más pequeña con el pasar del tiempo.

La anciana se quedó mirándola en silencio durante unos segundos, como si estuviese tratando de reconocer a la joven que la observaba. Luego la invitó a pasar con un gesto y le señaló un banco de madera, situado al lado de la mesa del jardín.

Gabriela tomó asiento sin saber qué decir.

—Qué gusto verla, señorita Cervantes. Disculpe por tan poco, mi casa es humilde pero bien limpiecita, y como usted comprenderá, una mujer como yo no puede estar en su casa sin ganarse problemas.

—No se preocupe, por Dios. Nada de humilde, todo hogar es hermoso si guarda la historia de una misma.

—Ay, qué bonito habla, señorita, ¿le fue muy difícil encontrarme?

—La verdad que no, doña María. Nuestro cochero conoce Lima de pies a cabeza, así que no tuve problema, perdóneme usted más bien porque he venido con las manos vacías.

María le sonrió.

Y entonces, ambas comenzaron a hablar. Mientras charlaban acerca de temas tan nimios como que era la primera vez que Gabriela visitaba aquel distrito, María comenzó a hablarle acerca del padre de la joven y de su relación con ella.

—Verá usted, Gabriela, su padre en paz descanse era una eminencia, pero, sobre todo, era un hombre de un corazón gigante.

—Lo sé, cuánto me alegro de que usted también lo hubiese conocido.

—Él fue un gran amigo para mí. Su padre pertenecía a la más alta alcurnia, pero era muy querido en barrios como este. Un hombre muy respetuoso. Y respetado.

—Muchas gracias por sus palabras, doña María. Cada día me resulta más increíble ver cómo mi padre me sigue sorprendiendo aún después de haber fallecido. Pero me gustaría saber qué es lo que necesita de mí, le confieso que desde que leí su carta no he dejado de pensar en la razón de esta intriga.

—Necesito su ayuda.

—Vaya —dijo Gabriela, un tanto desconcertada.

—Antes de nada quiero que le quede muy claro que su padre fue muy generoso en vida, conmigo y con mucha gente. A nosotros nos dio un lugar donde vivir, por ejemplo; esta casa en la que ahora estamos sentados, me la compró su padre. Fíjese qué bonito tengo el jardín.

Gabriela no entendía nada. ¿Por qué demonios había comprado su padre esa casa? ¿De qué conocía a esa mujer?

—El municipio no quiere reconocerme como dueña de la casa ya que estaba inscrita a nombre de su padre, a pesar de que él me prometió que no tenía que preocuparme de nada. Ahora ha surgido ese problema, y por eso al ver que las negociaciones iban de mal en peor, no tengo otra opción que pedir su ayuda. La alcaldía de Lima quiere construir un parque y está comprando propiedades a los habitantes de varias quintas de los alrededores.

—Vaya.

—Si el propietario no tiene título o no se hace presente, el precio pasa a carácter de expropiación en beneficio de la ciudad, y este es mi caso. Quieren echarme sin darme un solo real.

—Entiendo —mintió Gabriela, pues cada segundo se quedaba aún más desconcertada.

—Y, por favor, no le cuente a nadie acerca de su visita.

—Por supuesto. Una pregunta, ¿de qué conoce a mi padre?

—Digamos que… siempre fue un buen amigo. No solo mío, también de muchos otros en este distrito del Lince.

Gabriela hizo un esfuerzo por comprender a María, y aunque todavía se mostraba incrédula respecto a esos terrenos de los cuáles no tenía idea, decidió ponerse de su lado. La mujer parecía tener un buen corazón, y su forma de expresarse no albergaba segundas intenciones. De eso estaba segura.

—Está bien, la ayudaré. Si es verdad que esa casa la compró mi padre, hay una manera de hacer el traspaso de la propiedad a su nombre. Y además me aseguraré de que reciba usted todo el dinero correspondiente.

—Ay, mi niña —gritó, tan agradecida que no pudo evitar lanzarse

en sus brazos—, usted tiene el mismo corazón de su padre. Mire que sin conocerme y decide ayudar a esta vieja…

—No diga eso señora. Lo que es suyo se defiende.

16

Al día siguiente Gabriela se puso en contacto con un abogado para asegurarse de que todo el proceso fuese legal. Después de varias reuniones y papeleos con el municipio, finalmente logró recuperar la propiedad de María, y no solo eso, también consiguió asegurar la titularidad de todos los terrenos a nombre de los beneficiados por su padre.

Tras ello, Gabriela se aseguró personalmente de que la anciana tuviera una negociación justa con el virreinato, pues los urbanistas tenían planes para demoler ese lugar. Y cuando al Gobierno se le metía algo entre ceja y ceja, no había nada que pudiese detenerlos. Así funcionaba el tan ansiado progreso arquitectónico de la colonia del Perú, la hija favorita de España.

Gabriela regresó de visita a la casa de María. Cuando llegó, la anciana la recibió con una sonrisa y la invitó a sentarse en una pequeña mesa en la sala de estar. Se excusó un momento y, a los pocos minutos, la señora Yupanqui volvió con un plato de patatas bañadas en una deliciosa salsa amarilla y una jarra de chicha morada.

—Muchas gracias, María. ¿Qué es esto?

—¿Eso? Son *papas a la huancaína*. Es una crema hecha de ajos, cebolla morada, y ají amarillo. Pero pruebe, pruebe, señorita.

Mientras Gabriela degustaba la comida, María comenzó a hablar sobre sus raíces indígenas, y cómo cuando era niña solía usar las manos en lugar de cubiertos, algo que la joven impresora no había hecho nunca en su vida. Gabriela sintió de inmediato una conexión con la tierra del Perú que nunca antes había vivido. La gastronomía variaba mucho entre clases sociales, y platos como aquel solo eran consumidos por las clases más populares. La «papa» era para los pobres, mientras que las familias como los Cervantes solían comer las mejores carnes o pescados de la región.

—Son cosas de los tiempos de ahorita, ¿verdad?

—Pues sí, doña María, los tiempos están cambiando para todos.

María continuó relatándole historias sobre los dioses Incas y acerca de la importancia de la madre naturaleza para toda la cultura andina. Gabriela escuchaba con atención. Se sentía fascinada por aquellas historias, pero sobretodo, por lo feliz que la veía mientras se explicaba. Caía la luz del día, y entre tantos edificios de adobe ni siquiera se podía contemplar en el horizonte la montaña plagada de

flores de Amancaes, tan típicas de la zona. La imponente figura del palacio de verano del Virrey eclipsaba todo el valle.

La anciana continuó explicándole las diferencias entre las costumbres de la gente de la ciudad y las tradiciones que había heredado de sus antepasados incas.

—Disculpe la pregunta, doña María, pero ¿usted cómo sabe qué desciende de los incas? Que yo sepa, en el Perú existían muchas etnias y culturas, y los incas eran una casta política que sometió a los otros grupos presentes en todo el territorio del virreinato del Perú y La Plata.

—Mis apellidos Roca Yupanqui, como le habrán contado, solo pueden ser usados por los descendientes directos de los incas. En algún momento mi familia tuvo un buen acuerdo con los conquistadores, pues los hombres tenían cargos de caciques y propiedades, pero mi abuelo se levantó en armas contra el rey y nos lo quitaron todo. Y así volvimos a la calle, como todos los demás. Pero discúlpeme, señorita Cervantes, que no le he preguntado, ¿de verdad quiere que le siga hablando de mi pasado?

Gabriela no pudo negarse y asintió con entusiasmo, pues a pesar de que tenía muchas cosas que hacer sentía una extraña curiosidad por aprender más sobre la cultura y las costumbres indígenas.

La señora Roca se puso entonces de pie y prosiguió su relato con una voz suave, pero llena de emoción. La pasión que había en su rostro era unánime.

—Pues fíjese, hay una festividad que se celebra en honor a la Pachamama, la diosa de la tierra y la fertilidad. Es una de las festividades más importantes de nuestro pueblo.

Gabriela nunca había oído hablar de esta diosa y de muchas otras costumbres propias de los Andes. Las diferencias sociales entre ellas hacían que, pese a su cercanía en la ciudad de Lima, ambas tuviesen costumbres y una identidad totalmente distinta. Gabriela atendía a su relato mientras la señora se explayaba entre gestos sobre la ceremonia.

—Durante la celebración se hacen ofrendas a la Pachamama y se le da las gracias por la fertilidad de la tierra y la abundancia de la cosecha —explicó—. Ese día, además, todas nos ponemos nuestras mejores ropas y bebemos la «chicha de jora».

—¿Y qué es esa chicha? —intervino Gabriela.

—Es como la cerveza que beben los españoles y los de su clase, solo que mucho más rica. Debería probarla, un día se la prepararé.

María también le habló de los platos típicos de la región andina y la invitó a visitarla otro día para enseñarle todas esas piezas de la cultura y la gastronomía tan desconocidas para Gabriela. Mientras, la joven impresora pensaba en cómo todo eso podría servirle para sus

diarios. Era una manera ideal de acercarse a la gente del pueblo.

Después de la comida, la señora Yupanqui sacó algunos objetos que tenía en su hogar y le explicó a Gabriela el significado detrás de cada uno. La anciana estaba orgullosa de su herencia y de las costumbres que había heredado de sus antepasados, y Gabriela podía sentir la necesidad que esta tenía de compartir tiempo con alguien. La soledad podía ser muy mala compañera.

Lejos de sentirse incómoda, la joven se sentía muy feliz de hacerle compañía, pues en el fondo también le hacía sentir que compartía tiempo con su madre, con quien ya llevaba una larga temporada sin hablar debido a que ella se encontraba en España. A decir verdad, la relación entre Gabriela y doña Teresa de Alarcón nunca había sido demasiado cercana, ni siquiera cordial. La joven extrañaba el cariño y el calor de una figura maternal, y una parte de ella sentía que María podía formar parte de ese mundo que le faltaba.

Después de varias horas de conversación, Gabriela se despidió de María y prometió volver pronto para seguir aprendiendo y probar ese guiso al que le había hecho semejante publicidad. En el camino de regreso a casa, pensaba sin cesar en todas las historias que había escuchado y se sentía cada vez más agradecida por haberla conocido. Le hacía falta sentir ese calor después de tantas desgracias. Y todo ello gracias a su padre.

Días más tarde las mejoras se dejaban ver en Gabriela. La aparición de María hizo que esta se sintiera llena de energía y motivación para continuar con su proyecto de la imprenta encubierta, ese diario llamado Anónimos que no pensaba dejar de lado a ningún precio. Aunque había dejado de supervisar la producción de los panfletos y documentos subversivos después de la traición de Diego Silva, ahora sentía que debía retomar el control y hacer que Anónimos siguiera operando y, sobre todo, sacarle su mejor versión.

Aunque al principio Gabriela pensó seriamente en cerrar totalmente Anónimos y dejar todo ese estrés que le generaba una labor como esa, en todo el tiempo que había pasado había construido una relación muy fuerte con el pueblo peruano al ser la única voz que le hacía algún tipo de oposición a De La Serna. Gabriela sabía que su presencia en el diario ya no sería un secreto, pues intuía que ese abogado español le habría hablado al virrey de sus acciones en el diario. Pero no le importaba. Por fin tenía motivos para ir de frente en sus ideales. Anónimos era una forma de indirecta de dejarle claro a Diego que ella podía hacerlo sin su ayuda.

Salió a dar una vuelta por el parque cercano a la imprenta y su mente se llenó de recuerdos acerca de todos las dificultades a las que se había enfrentado. Pensaba en los retos que había tenido que

superar para mantener la imprenta en secreto y a salvo de las autoridades españolas, pero también en la importancia de su trabajo y en la necesidad de que la gente tuviera acceso a información que no estaba disponible para todas las personas.

Gabriela recordó las palabras de María sobre las costumbres indígenas y la sabiduría de los antiguos incas. No dejaba de meditar acerca de cómo su trabajo en la imprenta también podía ser una forma de preservar la cultura y la identidad de su pueblo. Conocer ese mundo y reconocerse como una mujer valiente en una sociedad representada por hombres la hacía sentirse más comprometida que nunca con su proyecto y con la causa de la libertad y la justicia.

Quizás, gracias a su ayuda, algún día Lima sería una ciudad más justa.

No es que se considerara a sí misma ser una mujer incapaz de dejarse doblegar, pero al pensar en sus compañeros de la imprenta y en la importancia de su labor, lograba determinar que hacía lo correcto.

Después de su paseo se dirigió a las instalaciones para trabajar en el diario Urpi. Se trataba de una mañana atareada, pues ella se pasó buena parte del tiempo supervisando la edición del periódico que habían creado como fachada. Sin embargo, cada vez que tenía un momento su mente dedicaba todas sus energías para revisar la producción de los artículos que serían distribuidos en Anónimos. En uno de estos escritos se relataba cómo en la provincia de Chincha, una región muy cercana a Lima en la que se encontraba la mayor concentración de esclavos negros trabajando en viñedos y minas, se había organizado una fuga. Este motín terminó con todos los patrones de la cooperativa colgados en la plaza del pueblo. Hasta el momento, la Guardia Real no había logrado capturar a ningún esclavo de entre estos cimarrones, por lo que era probable que se hubiesen unido a los independentistas.

Alguien se acercó a ella en ese instante, esquivando las máquinas que había en el edificio. Era un niño y llevaba un mensaje en la mano.

—Los empleados me han dejado pasar —dijo con timidez.

Gabriela lo reconoció de inmediato, era el mismo que le había entregado la carta de parte de aquel informante anónimo hacía semanas. Aquella había sido la carta más importante de su vida, pues sabía que era el mensaje que había intentado revelarle la verdadera identidad del abogado español, Diego Silva.

El niño le entregó el mensaje y se alejó corriendo antes de que Gabriela pudiera decirle algo. La nota decía: “Creemos que ya estás lista para servirle a la patria. Nos veremos personalmente cuando sea el momento”.

Sintió una profunda intriga. Sabía que el mensaje venía de alguien

que no traería nada bueno a su vida, aunque por el estilo aséptico y directo, Gabriela tenía una ligera sospecha de que esa carta procedía de la autoría de algún grupo subversivo universitario. Estos jóvenes, que en su mayoría se reunían de forma regular y en secreto para organizarse, solían tener un gran peso en las revueltas en los núcleos culturales de Lima. Gabriela estaba al tanto de sus acciones debido a que solían colaborar con su imprenta. Todos estaban en el mismo barco, solo que estos jóvenes idealistas abogaban por la lucha armada y se pasaban el día en los cafés discutiendo filosóficamente cuál sería el mejor sistema de Gobierno en Perú desde el día en que cayese el virreinato.

Decidió guardar el mensaje en un lugar seguro y continuar trabajando en la edición, mientras reflexionaba sobre lo que este mensaje y sus emisores podrían estar planeando. Estaba lista para enfrentar cualquier desafío que se presentara en el camino. La colonia bullía entre protestas y disturbios.

Ella solo debía esperar a que llegase el momento.

Recibió otro mensaje días más tarde con las indicaciones correspondientes.

La cita sería en el café Palacio de Concierto y la carta era bien clara. No podía faltar bajo ningún concepto, pues se trataba de algo muy importante y su ausencia penalizaría su lealtad de por vida. El lugar de la cita era un famoso café limeño, por no decir el más popular, y era frecuentado por todo tipo de escritores progresistas, poetas y políticos de la época. Era un lugar lleno de vida y movimiento, y al parecer, también era un sitio propicio para secretos y conspiraciones.

Al llegar al café, Gabriela dejó su abrigo en la recepción, y se acercó a la barra, tal y como le decían las indicaciones. Ella debía llevar el cabello recogido y un broche dorado en el cabello. Al tomar asiento en una butaca alta, pidió un café largo filtrado y se dedicó a esperar mientras observaba a su alrededor.

La brisa fresca se filtraba a través de las ventanas talladas a mano del majestuoso café. Las paredes altas de piedra de esta histórica edificación eran imponentes, mientras que el aroma a café recién tostado y el sonido del piano que emanaba del primer piso creaban un ambiente acogedor y elegante. La decoración sofisticada, con estucos y muebles dorados, hacía que el lugar tuviera un aire de nobleza. Los camareros vestidos con uniformes se movían entre las mesas ofreciendo exquisitos pasteles y finas bebidas calientes. Gabriela sentía que aquel era un lugar en el que podía disfrutarse una conversación agradable o una lectura reposada, pero también de reuniones secretas o encuentros románticos bajo la luz de las velas.

Era el lugar perfecto para lo que estaba a punto de suceder.

Los diez minutos que esperó se le hicieron eternos, pues no dejaba de mirar el movimiento del reloj gigante traído de París que descansaba sobre la barra.

De pronto, un camarero se acercó a ella y le indicó que la acompañara. Gabriela se puso de pie, y siguió al muchacho, que se dirigió hacia la cocina y, conforme iba avanzando, los olores y el ruido de la vajilla y las ollas chocando en el metal del fogón confirmaban en dónde se encontraba.

Al entrar sintió el calor de los caldos cocinándose y el sudor de los cocineros que sudaban. Ella se desplazaba como un fantasma entre los concentrados trabajadores, y pudo visualizar una puerta que parecía llevar a un cuarto de almacenamiento. Al acceder por una compuerta comprobó que no se trataba de un almacén, pues tras ella se abría camino un pasillo largo y oscuro.

Ambos entraron en él, ella tras el hombre bajo una total oscuridad hasta que el camarero sacó de su bolsillo una cerilla y una vela que logró encender tras varios intentos. Ambos siguieron el camino, mientras se escuchaba una gran cantidad de ratas que saltaban tras ella

Al traspasar una segunda puerta, Gabriela llegó a una habitación con una gran mesa redonda en el centro. Alrededor de ella se encontraban sentados varios hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes, bebiendo café y conversando animadamente por el alcohol que circulaba alrededor de toda la mesa. A la cabeza de todos ellos había un hombre de aproximadamente unos cuarenta años. Tenía la barba más grande que ella hubiese visto, y se notaba que le gustaba sentirse el líder de la reunión.

Por último, Gabriela se presentó ante el hombre de la barba y le entregó la clave que le habían enviado en la carta: “Libertad”.

En ese momento todos los presentes se pusieron rápidamente en pie y la saludaron con sumo respeto. Gabriela se sintió intimidada, pero a la vez emocionada por formar parte del encuentro. No esperaba esa acogida tan cálida como misteriosa.

El líder fue el último en ponerse en pie, después de sus subordinados.

—Mucho gusto en conocerla, señorita Cervantes. Nos han hablado mucho de usted.

—Qué bien sienta ver la cara al misterio.

—Créame, esa cara aún no la ha visto —respondió él.

El gran hombre dio un paso al costado, y tras la pared que formaba su cuerpo emergió un chico mucho más pequeño de anteojos grandes y barbas negras y tupidas que parecía una graciosa versión miniatura de aquel gigante.

—Bienvenida, Gabriela. Yo soy el líder de esta agrupación —dijo el pequeño.

Ella no pudo evitar sentirse sorprendida ante aquella estampa.

—No hay problema, señor —dijo Gabriela sin poder creerse aún que era él quien estaba a cargo de ese extraño grupo clandestino.

—Tome asiento, por favor.

De pronto, uno de los hombres le dio le cedió el asiento a Gabriela. El pequeño hombre hizo un cálculo rápido y saltó hasta la silla que antes ocupaba el gigante.

—¿Sabe usted por qué está aquí?

—No, pero me muero de la curiosidad.

Él sonrió.

—Mi nombre es Luis De La Puente.

En medio de la oscuridad, el halo de misterio que envolvía a Luis De La Puente era palpable para todos los allí presentes. Luis, aun con su impecable traje, parecía estar ocultando algo detrás de su mirada penetrante y su postura firme. Gabriela, por su parte, no podía evitar sentir que algo estaba a punto de ocurrir, algo que cambiaría sus vidas para siempre.

Luis le explicó que se trataba de un grupo de patriotas que luchaban por la independencia del país, y que ella había sido seleccionada para colaborar con ellos. La tenían en su lista de posibles compatriotas desde hacía mucho tiempo, pero habían llegado a la conclusión de que no estaba lista al descubrir que, pese a que ella luchaba contra el Virrey, en su imprenta tenía un jugoso trato con ese abogado español, Diego Silva y Valverde. Solo ahora les quedaba claro que ella no tenía nada que ver con ese hombre.

Gabriela escuchaba atentamente cómo Luis empezó a relatarle su antigua relación con Diego. El joven español y De La Puente se conocían a raíz de sus familias. Ella le habló de su padre, el señor Cervantes, de su abuelo, de sus tíos Manuel y Jacinto y de cómo cada vez se sentía más sola en la imprenta. Aunque estaba algo asustada, sabía que era la oportunidad perfecta para luchar por su país.

Durante la reunión se discutieron varios temas, como la necesidad de difundir más información y la importancia de tener una red de apoyo confiable. Y con apoyo confiable se referían a poner a disposición de la causa, la influencia y la imprenta de Gabriela. Ella se mantuvo atenta, sin decir una sola palabra de afirmación o negación. Luis le dijo que lo pensara con detenimiento y que, por favor, mantuviese su discreción para proteger a las personas que acababa de conocer, además de preservar la ubicación de su guarida.

Al terminar, el líder, quien prefería ser tratado como Luis, la despidió con amabilidad y le aseguró que se volverían a ver. Gabriela

salió del café por la puerta trasera y con la sensación de haber dado un paso importante en su vida, aunque literalmente no hubiese concretado nada aún. Era una sensación extraña, pues sabía que tenía enormes desafíos por delante, y ella estaba dispuesta a enfrentarlos sin importar el precio a pagar.

En la casa familiar, Gabriela permaneció sentada en el jardín disfrutando de una buena lectura y del aire fresco que traía la brisa. Descansaba sentada en la terraza, mirando hacia el horizonte con una expresión pensativa en su rostro. El reciente encuentro que había tenido seguía atormentándola con sus consecuencias impredecibles. Mientras su mano acariciaba el borde de su vestido, recordó cada detalle de la reunión. La mirada furtiva de ese tal Luis y ese aura de misterio que había en el ambiente. Todo esto la llenaba de incertidumbre y preocupación.

No estaba segura de las consecuencias, y había percibido un tono de urgencia en la voz de los hombres que se reunieron con ella. Por eso, no podía evitar sentir una sensación de amenaza en el aire. Los planes que tenía para su futuro parecían estar pendiendo de un hilo. Gabriela sabía que su vida podía cambiar en un instante y que su camino no estaba aún totalmente trazado.

En ese momento su tío Manuel apareció corriendo en el jardín con una expresión de preocupación en su rostro que solo él podría explicar.

—¿Qué pasa, tío? ¿Por qué estás tan agitado? —preguntó Gabriela, al tiempo que se ponía de pie para recibirlo.

—Han atacado la comandancia de Lima.

—¿A quién te refieres?

—Estos *cholos* de mierda, carajo —respondió él con una voz angustiada.

—Explícate mejor, porque tus insultos no me dicen nada.

—A los independentistas o, como ellos se hacen llamar, los patriotas. Los *cholos* esos se han tomado la justicia por su cuenta y han empezado a disparar a los guardias. Pura sangre de indio, carajo.

—¿Ya les dieron captura? —Preguntó ella, quien al mismo tiempo trataba de ocultar su preocupación por lo ocurrido.

—El ejército real los ha capturado a todos, están a punto de ser fusilados en la plaza.

Gabriela se quedó helada. ¿Y si los hombres que había conocido en el café estaban involucrados en este ataque?

—¿Quieres venir conmigo a ver cómo les dan su merecido a esos vagos? —preguntó su tío, tirando de su brazo.

Pero Gabriela seguía paralizada.

Por un lado, no quería perderse saber quiénes eran esos rebeldes que recibirían su castigo en medio de todo el gentío. Pero, por otro

lado, no sabía si quería estar involucrada en todo eso que estaba a punto de presenciar.

Finalmente, decidió acompañar a su tío a la plaza. Dejó su libro sobre el banco del jardín y corrió al carruaje que ya los estaba esperando por fuera de la mansión.

—¡A toda velocidad, zambo! —gritó su tío al tiempo que el carruaje se encaminaba a toda prisa hacia el centro de Lima.

El sol iluminaba la plaza central, haciéndola parecer aún más desolada ante la espera de todos aquellos prisioneros que iban a ser fusilados. La multitud reunida allí murmuraba entre sí, creando una atmósfera densa de temor y anticipación. Cuando llegaron, vieron a los soldados preparando el pelotón de fusilamiento.

Gabriela se quedó en silencio, observando cómo los prisioneros eran llevados uno por uno frente a la pared. Unos pocos valientes trataban de acercarse más a la plataforma de ejecución, tal vez para presenciar el triste espectáculo con más detalle, o quizás por pura curiosidad. Pero los soldados españoles les impedían el paso, con sus bayonetas elevadas hacia el cielo, brillando como amenazas en el calor.

Desde las ventanas de los edificios circundantes, algunas mujeres observaban en silencio, con lágrimas en los ojos. Por un momento, todos los ojos de la plaza se volvieron hacia los condenados, quienes caminaban serenamente hacia su destino final, con la cabeza alta y la dignidad intacta. Era difícil no sentir una punzante emoción en el pecho ante aquella escena de injusticia y sacrificio humano. De pronto, uno de ellos miró directamente a los ojos de Gabriela, y ella sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Mientras, cientos de personas suplicaban por una muerte cruel al ritmo de los tambores de la guardia.

Silencio.

La plaza se quedó conmocionada después del brutal fusilamiento. El lugar parecía haber perdido su colorido bullicio de otros días. En su lugar, un espectáculo de crueldad yacía en el centro de la explanada. Los cuerpos de aquellos que habían osado desafiar la autoridad española se mantenían tiesos, como un recordatorio de la brutalidad del poder colonial. La sangre aún manchaba el suelo, y el olor a pólvora se mezclaba con el lamento de los pocos sobrevivientes.

Gabriela, testigo de esta masacre, se encontraba en un estado de absoluta parálisis. Su mente no era capaz de asimilar la crueldad que acababa de presenciar. Las lágrimas corrían por su rostro, su corazón latía con fuerza dentro del pecho y su alma se encontraba devastada. Nunca había visto tal violencia antes. Todos aquellos días de lucha, de manifestaciones, de anhelar la libertad, arrasado en un solo instante.

Cuando la ejecución terminó, ella se despidió de su tío con gesto

plomizo, pero él se marchó con unos amigos para comer y tomar cerveza en la plaza. Gabriela solo tenía ganas de vomitar, de esconderse en su recámara y olvidarse de lo que había presenciado.

Para ella, ya nada volvería a ser igual.

17

Lo que Gabriela no sabía era que, horas antes de la ejecución, su tío Manuel había recibido una noticia de sus informantes. Según decían, se había visto a Gabriela relacionada con un grupo subversivo universitario, unos muchachos que no estaban a favor del virrey y estaban preparando la manera de hacer «algo por el país». Aunque su informante le había asegurado que no eran más que un grupo de privilegiados jugando a la rebelión, Manuel no podía evitar sentirse preocupado por su sobrina, por lo que decidió ir a la Comandancia de Lima en busca de información.

Al llegar se encontró con la noticia de que los rebeldes que habían atacado la comandancia ya habían sido capturados. No solo eso, sino que además eran el grupo de personas con los que Gabriela se había reunido. Todo estaba patas arriba en el edificio policial, mientras los agentes discutían si era mejor mandarlos al Real Felipe o ejecutarlos frente al pueblo a modo de ejemplo y escarmiento. Fue entonces cuando Manuel solicitó visitar a los prisioneros en sus celdas con el fin de intentar obtener más información sobre la posible implicación de su sobrina en estos asuntos.

Manuel se adentró en la sección de los calabozos, atravesando los oscuros pasillos, repletos de olores nauseabundos y gritos de dolor. La sala en la que estaban las celdas era húmeda y oscura, con una pequeña ventana que apenas dejaba pasar un poco de luz. Al llegar a las jaulas, su tío Manuel pudo notar que los prisioneros estaban en pésimas condiciones, con la ropa destrozada y cubiertos de moretones y heridas sangrantes. «Han sido torturados, ¿tendrán algo que ver con Gabriela?», pensó. Manuel le pidió al soldado de la Guardia Real que custodiaba la celda que lo ayudase a interrogarlos a cambio de unos reales, y este aceptó sin siquiera preguntar la cantidad del soborno.

Las celdas tenían una única pila en el centro para que los prisioneros pudieran hacer sus necesidades. Las paredes de adobe estaban cubiertas de hongos y las cadenas que sujetaban a los reos a las paredes estaban oxidadas por el paso del tiempo y las malas condiciones higiénicas.

Al verlo entrar, los prisioneros reconocieron a Manuel y se levantaron de inmediato, como si hubieran visto al diablo. Los detenidos sabían que el tío de Gabriela era un famoso opositor que luchaba contra los subversivos. Y todos sabían que pagaba muy bien

por la información que se le entregaba acerca de los movimientos de estos independentistas.

Con paso decidido, Manuel se acercó aún más cerca de ellos y los miró fijamente a los ojos. El soldado permaneció al fondo de la celda, con su vara de castigo en mano por si tenía que intervenir.

—¿Quiénes son ustedes y qué pretendían con el ataque a la comandancia? —preguntó Manuel en tono amenazante.

Los prisioneros permanecieron en silencio, solo se escuchaba el eco de los gritos de otros presos provenientes de las otras jaulas.

—¿Acaso creen que podrán salir de aquí sin antes dar una explicación? —continuó, elevando el tono de voz.

Por fin, uno de los prisioneros se atrevió a hablar.

—Nosotros no hemos hecho nada malo, solo queríamos defender nuestra patria y liberarla de la opresión del virrey —balbuceó, con la boca llena de sangre—. Además, quién se cree que es usted para pedir explicaciones. Usted no es más que un peón del Gobierno.

Acto seguido, el preso le escupió en la cara con el último aliento de su cuerpo.

Manuel frunció el ceño y le devolvió el gesto con una bofetada que terminó tirándolo al suelo.

—¡Dime algo, carajo! ¡Indio de mierda! —gritó Manuel.

—¿Qué pasa, señor Manuel? ¿Tiene miedo de algo? —Preguntó el prisionero mientras le sonreía de forma maliciosa—. ¿Cree que no sé que vamos a morir? No pienso decir nada, y mis compatriotas tampoco.

El comentario de aquel prisionero le hizo pensar en los rumores que había escuchado en la ciudad de Lima sobre la posible simpatía de Gabriela hacia los rebeldes. No tenían miedo de nada, estaban dispuestos a dar su vida por la causa. Pero, lejos de rendirse, Manuel continuó intentándolo por todos los medios.

—¿Y quiénes son sus líderes? ¿Quiénes les han incitado a cometer semejante locura? —preguntó Manuel, con una mueca de desprecio en su rostro.

Los prisioneros se mantuvieron en silencio. Sabían que cualquier respuesta podía significar un buen garrotazo del soldado, pero no les importaba.

Manuel, enfurecido, ordenó al soldado que golpeara a los prisioneros con su vara.

El soldado avanzó hacia los prisioneros con su rostro curtido por los años de experiencia.

La celda estaba en silencio, solo se oía el incesante arrastre de sus botas militares sobre el suelo de piedra. Sin mediar palabra, alzó la vara y la dejó caer con fuerza sobre los hombros del primer prisionero. El sonido del impacto resonó en la desnuda habitación, mientras el

hombre gemía de dolor. El soldado no se detuvo y continuó golpeándolos uno tras otro, con una precisión implacable en los puntos más dolorosos de sus cuerpos.

Los prisioneros temblaban ante el soldado. Su silencio era la única forma de protegerse de los golpes despiadados que podía recibir en cualquier momento. Pero el soldado estaba decidido a obtener información de ellos por cualquier medio necesario. Así que comenzó a golpearlos con una fuerza implacable, sin importarle el dolor que les causaba.

—¡Más fuerte! —Gritó Manuel con el fin de alimentar sus acciones.

Cada golpe resonaba en la celda, enviando ondas de dolor a través de los cuerpos de los prisioneros. Sus gritos llenaban el aire, mezclándose con el sonido sordo de la vara golpeando sus cuerpos. Era una tortura implacable que parecía no tener fin, y los prisioneros sabían que la única forma de escapar de ella era hablando, incluso si eso significaba traicionar a sus compañeros.

Los reos trataron de resistirse manteniendo la mente fría, pero no pudieron soportar el dolor y finalmente empezaron a confesar todo lo que sabían.

—No sabemos nada, se lo juro —dijo entre jadeos uno de los prisioneros, al tiempo que los otros asentían en señal de acuerdo.

—Nosotros no sabemos nada, señor, Él dice la verdad. Por favor, trabajamos por nuestra cuenta, no tenemos nada que ver con los independentistas. Si eso es lo que busca, no hay ningún tipo de conexión entre nosotros y ellos.

Manuel, decepcionado por no haber obtenido la información que buscaba, ordenó al soldado que cesara los golpes y se retiró de las celdas.

Los prisioneros yacían en el suelo, con sus cuerpos retorcidos y casi sin aliento. La tortura había sido brutal, cruenta e inhumana. Sus miembros estaban magullados y quebrados; algunos incluso habían perdido un ojo o parte de su rostro debido a los golpes que habían recibido. El dolor era tan intenso que podrían haber muerto en cualquier momento, pero todavía respiraban, sufriendo en silencio por el hecho de que la muerte aún no les había liberado de su miseria.

Y sin embargo, Manuel no había conseguido lo que quería.

Mientras caminaba hacia la calle, había una idea que no dejaba de rumiar su mente. Estaba seguro de que Gabriela estaba metida en algún grupo. Quizás no en ese, pero sí con alguno de esos independentistas. Solo así se explicaban sus acciones en la imprenta, su discreción y sus discursos en las cenas familiares.

Antes de marcharse de la Comandancia de Lima le dio un generoso pago al Oficial a cargo.

—Lo mejor para Lima es que aprendan lo que les pasa a los

enemigos de España —sentenció Manuel, después de hacerle la entrega del soborno.

—Que así sea —respondió el Oficial.

18

Gabriela se encontraba temblando en el interior del carruaje mientras su tío Manuel guardaba silencio y la observaba de reojo. El hombre dudaba si debía dirigirle la palabra, había estado implicado en la ejecución de la plaza, aunque ella todavía no lo sabía. Después de muchas dudas, Manuel miró a su sobrina y vio la preocupación en su rostro.

—¿Qué pasa, Gabriela? ¿Todo bien?

Ella asintió, pero no pudo ocultar sus emociones, y mucho menos lo que estaba a punto de decir.

—Tengo miedo de que me involucren en algo que no he hecho, tío.

Manuel frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Tengo miedo de que alguien pueda pensar que estoy involucrada con los revolucionarios independentistas —dijo Gabriela, con un rostro consumido por el pavor—. ¿Cómo sabes que esos jóvenes son los que atacaron la comandancia?

—Se sabe.

—No sé, ahora la Guardia es capaz de culpar a cualquier solo por un ascenso. Yo no tengo nada que ver con ellos, pero después de lo que acaba de pasar, tengo miedo de que alguien pueda pensar lo contrario.

Manuel la miró fijamente, evaluándola, extrañado ante la necesidad que ella tenía de justificar sus actos.

—¿Tienes algo que decirme, Gabriela? ¿Algo que quieras contarme?

—No.

—Entonces, ¿de qué carajos estás hablando?

Ella negó con la cabeza, pero el miedo cada vez la asaltaba más. Su corazón latía desbocado, su mente se nublaba y su lengua temblaba. Había algo en los ojos de su tío, algo inquisitivo y penetrante, que lograba perforar la fachada de Gabriela y exponer sus miedos más profundos. Ella sabía que si él descubría la verdad, todo estaría perdido y sus planes se desmoronarían. Tenía que tener cuidado en todo momento, ocultando sus pensamientos y emociones, y asegurándose de que su secreto permaneciera en la sombra.

—No, tío, no tengo nada que decir. Solo quiero volver a casa y olvidar todo esto.

Manuel decidió no presionarla más. Aunque estaba preocupado por su sobrina, sabía que no podía forzarla a confiar en él. Gabriela era una joven inteligente y decidida. Estaba seguro de que la joven necesitaba tomar sus propias decisiones cuando estuviese lista.

El carruaje continuó su camino por las calles empedradas.

Gabriela se acurrucó en el asiento, tratando de alejar de su mente las imágenes de la ejecución. El sol comenzaba a ponerse en el horizonte, y los rayos de luz dorada entraban por las ventanas. Desde el interior todo se veía bañado por un tono amarillo dorado que hacía resplandecer todo a su alrededor. Las fachadas de las casas parecían resurgir del pasado, con sus balcones repletos de flores de colores y sus techos rojos de tejas, como si quisieran hablarle a la joven. Las puertas de las casas se abrían para recibir a las visitas, las señoras se paseaban con sus mejores galas, y los hombres se dirigían hacia los teatros y las tabernas, listos para disfrutar de una noche de conversación, música y juegos.

Como si nada hubiese ocurrido esa misma tarde.

En ese momento, su tío Manuel decidió que había llegado el momento de hablar.

—Gabriela, quiero decirte algo. Sé que a veces he sido duro contigo, pero siempre ha sido porque quiero lo mejor para ti. Eres mi sobrina y siempre te he querido como si fueras mi propia hija.

Ella lo miró con sorpresa. No esperaba una muestra de afecto de su tío.

Pero, como era lógico, él solo quería una confesión por su parte.

—Quiero que sepas que siempre puedes confiar en mí —continuó Manuel—. Si tienes algún problema o si necesitas ayuda, no dudes en decírmelo. Estoy aquí para ayudarte, siempre lo he estado.

Gabriela sentía estar hablando con otra persona. Había pasado tanto tiempo sin sentir la cercanía de su familia que las palabras de Manuel la conmovieron profundamente. Sabía que su tío era un hombre duro y temido, pero en ese momento lo veía con otros ojos.

—Gracias, tío —dijo Gabriela, sintiendo las lágrimas en sus ojos—. No sabes cuánto lo aprecio.

Sin embargo, decidió volver la vista a la ventana y permaneció en silencio.

Al llegar a casa, Gabriela se quitó el vestido y tomó un largo baño. Se sentía sucia y nerviosa ante la incertidumbre que se abría ante ella. No podía olvidar las caras de esos jóvenes, había visto cómo sus rostros perdían la vida frente a sus ojos.

La imagen de aquellos cuerpos tirados en el suelo, inertes y sin vida, no dejaba de perseguirla. El miedo y el dolor se habían apoderado de su corazón, pero también un sentimiento de rabia e

impotencia. Ahora veía el mundo con otros ojos. Respiró profundamente y se prometió a sí misma que, de alguna manera, iba a honrar la memoria de aquellos chicos. Estaba traumatizada, pero su espíritu rebelde no se dejaría aplastar tan fácilmente.

Aquellos jóvenes de su misma edad habían sido fusilados en público como si fueran delincuentes comunes. Pero no lo eran. Al contrario, habían defendido con valentía la misma causa en la que ella creía con todo su corazón: la independencia del Perú.

Después de un largo rato salió de la tina y se sentó al pie de la cama de su habitación, tratando de mantener la calma que había recuperado. ¿Qué debía hacer?

19

Manuel se encontraba en su dormitorio, reordenando la charla que había tenido con Gabriela en el carruaje de vuelta a casa. Recordaba cómo le había hecho creer que estaba preocupado por ella y que quería ayudarla a salir de la situación en la que se encontraba. No pudo evitar sonreír al ver lo fácil que había sido engañarla. Tenía la corazonada de que por fin todo sería suyo, como siempre había tenido que ser. Su sobrina era una mujer y nunca había estado preparada para dirigir esa empresa.

Él era la solución que le hacía falta a la Imprenta Cervantes.

El tío Manuel sabía que, para lograr su objetivo, necesitaba que Gabriela confiara en él por completo. Había sido fácil convencerla de que era muy peligroso coquetear con la revolución. Ahora sabía que su verdadero desafío pasaba por ganarse su confianza y convencerla de que le cediera los poderes.

Y él estaba seguro de que lo lograría.

Estaba orgulloso de su labor, no podía evitarlo y sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que las acciones de Gabriela se destapasen por sí solas. Para despejarse, se cambió la camisa de lino, tomó el carruaje y salió en dirección a su burdel favorito en el Callao. Si había un lugar que le gustaba más que los restaurantes limeños, ese era el burdel de Margarita.

El aroma a rosas y perfumes exóticos inundaba las habitaciones, mientras el sonido de la música en vivo daba vida a las noches de lujuria. Era allí donde Manuel se perdía entre las mujeres más hermosas y exóticas de la ciudad. Sentía que ellas lo esperaban ansiosas y dispuestas a satisfacer todos sus deseos a cambio de unos cuantos pesos. En el centro de la habitación había una gran mesa adornada con botellas de licor y ricos manjares. Manuel se sentía como en casa, rodeado de hermosas mujeres y sintiendo todo el lujo y la opulencia que tan bien merecía. El burdel de Margarita era un secreto a voces en la colonia, pero no había hombre que se resistiera a su encanto.

Una vez en el interior, Manuel se sentía el centro de atención comprando bebidas para todos y pagando las cuentas de los clientes. Era el huésped perfecto, pues todos estaban encantados de aceptar su generosidad. Conforme pasaban las horas Manuel derrochaba su opulencia mientras se pasaba con su borrachera, hablando en voz alta

y riendo histéricamente.

—Miren a todas estas mujeres —dijo, señalando a las prostitutas que descansaban en las piernas de sus clientes—. ¡Están aquí para complacernos y satisfacernos, y quién piense lo contrario que me lo diga de una buena vez, carajo! ¡Que seguro que es un invertido!

Los clientes rieron y brindaron con sus copas, tratando de mantener los humos de Manuel. Sabían que el poder y la riqueza de ese hombre les traía una gran fiesta asegurada que con suerte se podría extender un par de horas más, por lo que siempre hacían lo que fuera necesario para mantenerlo feliz.

20

Mientras tanto, Gabriela caminaba por las calles del centro. Su cuerpo estaba cubierto por una larga y pesada capa que se extendía desde su cabeza hasta sus pies. Su piel, blanca y suave, contrastaba con el oscuro vestido que la cubría, disfrutaba sintiéndose protegida bajo el anonimato. De repente, un joven apuesto con un sombrero de ala ancha y un chaleco de colores brillantes se acercó a ella, sosteniendo un girasol en su mano mientras entonaba un precioso poema y liberaba panfletos. Él se detuvo ante ella.

Y le susurró unas palabras muy cerca del oído.

—Patria o muerte.

Ella sonrió, admirando la belleza del joven. Se trataba de un pasacalle de actores que promocionaba una obra que estaba por estrenarse.

—Patria. — Después de responderle, Gabriela sintió que algo se movía dentro de ella, una energía nueva y fresca que la hacía sentir más viva que nunca. Parecía como si el chico estuviera hablándole en clave.

—Ven a verme cuando quieras —dijo, mientras se marchaba.

Ella observó el panfleto y le dio las gracias. Cuando le vio marcharse, Gabriela se levantó y continuó caminando, llevando consigo la imagen del joven y la sensación de que algo nuevo se había despertado en ella.

El actor se llamaba Marcos Camacho. Era un hombre de estatura promedio, atlético y bien formado. Su cabello negro y rizado caía en mechones sobre su frente, y sus ojos oscuros parecían siempre centelleantes y llenos de vida. Tenía una sonrisa contagiosa y un aire de seguridad en sí mismo que hacía que la gente se sintiera cómoda a su alrededor. Marcos era un apasionado del teatro y pasaba la mayor parte de su tiempo actuando o escribiendo guiones para sus compañeros de sala. También era un ávido lector y siempre tenía un libro en su bolsillo, ya fuera una obra de teatro clásica o los artículos de Urpi.

A diferencia de muchos hombres de su época, Marcos no se conformaba con las ideas y los valores que se le habían inculcado desde la infancia. En lugar de ello, cuestionaba todo lo que le rodeaba y siempre estaba en busca de nuevas ideas y formas de pensar. Era un defensor de la libertad y la justicia, y luchaba por los derechos de los

más desfavorecidos a través del teatro.

Gabriela no sabía mucho sobre él, pero su apariencia y el poema que este acababa de recitar en la calle la habían dejado con una fuerte impresión. No sabía cómo ni cuándo volvería a verle, pero sentía una extraña sensación de que sus caminos se cruzarían de nuevo.

La joven continuó con su paseo, dejándose llevar por su vestido oscuro y su mantilla cubriéndole el rostro, como si estuviese de luto. No pudo evitar seguir los pasos del muchacho, así que se acercó al teatro en el que se presentaba la obra del apuesto actor.

El edificio se alzaba majestuoso, con sus columnas altas y su fachada blanca y elegante. La multitud de gente que se congregaba a su entrada otorgaba una emoción singular al aire que se respiraba a su alrededor. Las puertas de madera talladas se abrían para dar la bienvenida a los ansiosos espectadores, ansiosos por disfrutar de una noche de arte en este impresionante teatro. Gabriela se acercó con cautela, temerosa de no encontrar entrada para ver a aquel hombre del que hablaba toda la ciudad.

En la cartelera, el nombre de Marcos Camacho empapelaba todas las paredes del edificio.

Accedió al edificio con el corazón a punto de salirse de su pecho, presa de una extraña ilusión que hacía mucho que no sentía. Pero en el interior del patio de butacas, su rostro se cruzó con el de Diego Silva, quien también trataba de encontrar su asiento. Diego, al ver la mirada de Gabriela, también se quedó observándola, tratando de descifrar quién se escondía tras ese velo negro.

No fue capaz de decirle nada, pues sentía que no había nada que decir. Gabriela se sentía muy incómoda ante su presencia, y se preguntó si tal vez no había hecho bien al acudir a la obra de teatro en solitario en lugar de quedarse trabajando en la imprenta.

Menos mal que no había huido.

La obra resultó ser magnífica. Gabriela se dejó llevar por la trama y por la actuación del joven Marcos Camacho. Minutos después del inicio, la joven se sentía emocionada y conmovida por lo que veía en el escenario que ni siquiera se acordaba ya de Diego. La representación era una clara crítica al virrey. El estilo era el mismo que ella empleaba en Anónimos, solo que esta vez empleando las licencias artísticas que solo el teatro y la música se podían permitir.

Después de la obra, Gabriela permaneció unos minutos por fuera de la puerta trasera del teatro para esperar a que el joven actor saliera. Cuando Marcos apareció, ella se acercó a él y lo felicitó por la puesta en escena.

—Enhorabuena.

El joven actor la reconoció de inmediato como la mujer a la que había entregado el girasol.

—Nunca olvido un rostro como el suyo. —Marcos estaba sorprendido por verla de nuevo.

Gabriela enmudeció. Se sentía cohibida ante su imponente presencia, pero trataba de mantener la compostura.

—Ha sido una obra magnífica.

—Gracias, señorita.

—Gabriela, puede llamarme Gabriela.

—Yo soy Marcos Camacho.

—Lo sé —respondió ella mientras señalaba los carteles del teatro —. Su nombre ocupa todas las paredes.

Ambos se rieron, incómodos.

Después de unos minutos de conversación, Gabriela se despidió del actor y volvió a casa, pues no quería abusar de su confianza. Se sentía confundida por su repentina presencia en la obra, no se había imaginado acabar la noche de esa forma cuando salió de la imprenta. Había pasado tan buena tarde que ni siquiera recordaba que se había encontrado con Diego, tampoco lo había visto salir del edificio. Desde luego, aquello era una buena señal, pues significaba que lo había olvidado por completo.

21

Bajo el calor del fuego nocturno, Diego Silva estaba sentado en una popular taberna del Centro de Lima, rodeado de botellas vacías de aguardiente e impregnado por el olor a tabaco. Tenía la cara apoyada contra la mesa, intentando no perder el conocimiento. Con la poca conciencia que aún le quedaba, deseaba estar en su cama, sumergido en el calor de la chimenea. Los «amigos» que había conocido esa noche ya lo habían abandonado, siempre lo acompañaban hasta el momento en el que se terminaban el pisco, el tabaco, y la cerveza.

Así era su nueva vida. Desde el día en que Gabriela había decidido terminar su relación con él, sus propósitos habían ido cuesta abajo. Se había vuelto un recurrente bebedor y ya no se molestaba en ocultarlo, era famoso en todas las tabernas y se había convertido en el foco de las burlas de toda la aristocracia. Ahora, Diego Silva y Valverde era visto como la maldición de su prestigiosa familia, que desde el cambio de aires de ese joven abogado, habían optado por dejar de presentarse en sociedad para evitar las preguntas acerca de él. Además, le habían quitado totalmente su apoyo económico y suplicaban que volviese pronto a casa cada vez que este se escapaba para beber. Era común encontrar a Diego tirado en alguna esquina hasta que las moscas y los rayos del sol lo despertaban al mediodía.

Pero a pesar de su caída en desgracia y de la vergüenza que representaba, el apellido de Diego Silva todavía tenía algo de valor para los más poderosos de Lima. Como miembro de la aristocracia, el joven abogado podía moverse en los círculos adecuados y escuchar las conversaciones de los demás sin que nadie lo sospechara. Esa era otra de las ventajas de ser español. Podía ser un borracho o un ladrón, y eso nunca era motivo suficiente para ser expulsado del círculo al que pertenecía por su nacimiento. Aunque Diego era objeto de burla silenciosa, nadie se atrevía a decírselo nunca a la cara.

Y así fue como Silva se convirtió poco a poco en informante a tiempo completo para la Guardia Real, a cambio de unas monedas que no le hacían falta y de la promesa de algún puesto en el poder de la administración. El deber de Diego era convertirse en los oídos del virrey para entregar a los subversivos que pudiese identificar. Pero no solo debía buscar peces gordos, también tenía que delatar a los propagadores de chismes, ladrones comunes, o miembros de grupos emergentes. Todo tipo de información era bien recibida por parte de

la Guardia, pues la colonia se hallaba en un momento de tensión y revueltas en el que el Gobierno pendía de un hilo.

Diego sabía que lo que estaba haciendo era peligroso. De hecho, bastante se había arriesgado en su negocio con Gabriela haciéndose pasar por un revolucionario independentista. Pero el alcohol lo había dejado sin voluntad.

El amor por esa mujer le había pasado factura. Solo podía pensar en ella y en la última vez que la vio marcharse para siempre, dejándolo solo y sin propósitos que perseguir. A pesar de su melancolía, Diego fantaseaba constantemente con la idea de que algún día podría arreglar las cosas con ella. Tal vez, con un golpe de suerte, lograría recuperar su historia. El problema era que no sabía cómo acceder de nuevo a su corazón, y en las últimas semanas solo había conseguido acabar más involucrado en ese mundo sin honor.

Así que bebió otro trago de su copa y se dejó caer en la silla de la taberna, una noche más, sumido en la tristeza y la soledad. Ya no tenía nada por lo que vivir, excepto por su servicio a la Guardia Real. Aunque a decir verdad, cada día que pasaba sentía menos el motivo de su participación en una contienda que ni siquiera ya comprendía.

De pronto, un personaje entró en la taberna maloliente en la que él estaba. Se trataba de un comandante de la Guardia, vestía un uniforme oscuro, decorado con galones dorados y una espada al costado. Era un hombre de estatura imponente, de ojos fríos y penetrantes. Al entrar, el caballero se dio cuenta que Diego se hallaba sentado en una mesa al fondo del local, como si no quisiera que nadie le reconociese. Diego Silva lucía un atuendo desaliñado y sucio, con manchas de alcohol en la camisa y el pantalón. La taberna era una especie oficina para él, allí recibía a todos sus informantes y a las personas a las que él informaba. Si alguien requería un servicio por su parte, aquel era el lugar en el que encontrarlo.

—Señor Silva, necesito su ayuda —dijo el capitán, mientras le ofrecía un trago de aguardiente.

—¿Qué tipo de ayuda? —Diego lanzó un nuevo trago y esbozó una mueca de satisfacción.

—Necesito información sobre los movimientos de los insurgentes, sobre los que están a favor del virrey y los que están en contra.

—¿Y esa urgencia?

—Las cosas se están poniendo feas en otras ciudades del virreinato, y tememos que los disturbios puedan llegar nuevamente a Lima. Y sé que usted, por su posición en la aristocracia limeña, tiene acceso a esa información.

—Algo podré conseguir, supongo. —Apenas era capaz de mantener los ojos abiertos por culpa del alcohol.

—Pero no es solo eso lo que estoy buscando —insistió el misterioso

caballero—. Su mayor reto es ubicar a los líderes de los independentistas, esos son los peces gordos.

Diego se sintió halagado por el reto que le había otorgado el capitán, así como por la oportunidad de hacer dinero fácil y de ganar puntos de cara a un puesto de poder en la Abogacía del virreinato.

—¿A quién necesita exactamente?

—Usted lo sabe mejor que yo —sentenció el hombre.

Diego dudó, pues no quería arriesgarse a ser descubierto y perder definitivamente su posición privilegiada en la sociedad. Si le descubrían, o si el virreinato caía, tal y como se venía rumoreando, se convertiría en un paria absoluto.

—Lo siento, señor, pero ya no me meto en esos asuntos.

—¿Qué? ¿Qué está diciendo?

—Yo soy un hombre de negocios —respondió Diego con una falsa sonrisa.

—¿Me está usted diciendo que no?

—Bueno, puedo hacerlo siempre que haya una buena paga. —De forma inconsciente, Diego agachó la cabeza cuando el caballero le obligó a recordar de nuevo a Gabriela.

El capitán le entregó trescientos reales en un pequeño saco de monedas que puso sobre la mesa, al tiempo que miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie les veía llevar a cabo la transacción.

—Me perdonará usted —dijo Diego—, pero me parece muy poco dinero para lo que se me solicita desde el Gobierno. —Sostuvo el saco para comprobar el peso y, efectivamente, no se equivocaba.

—¿Qué le parece si además de eso yo le doy una parte de lo incautado en el puerto del Callao?

—Vaya, ahora sí nos estamos entendiendo.

—Y si usted llega a ser tan útil como espero, usted podría llegar a ser uno de mis hombres de confianza, con ese puesto que tanto está deseando. ¿Qué me dice?

Diego estaba tentado, pero también tenía miedo a ser descubierto. Una cosa era delatar a pequeños de principiantes y otra ir a por los líderes de los independentistas.

—No lo sé, señor. Tengo una reputación que cuidar —dudó, mientras jugaba nerviosamente con su vaso.

—¿Qué demonios está hablando? Usted no tiene ya nada que perder aquí, no es más que un borracho. —El capitán le ofreció otro trago y lo miró fijamente a los ojos antes de seguir—. Piénselo bien, señor Silva. Si acepta mi oferta, no se arrepentirá.

Diego se encontraba en una encrucijada. El soldado frente a él le estaba haciendo una oferta demasiado tentadora para rechazarla, pero en el fondo de su corazón sabía que no podía tomarla sin arriesgar algo mucho más preciado: Gabriela. Las dudas le acechaban, como un

enjambre de abejas ansiosas por picarle. ¿Sería capaz de convivir con la culpa si ponía en peligro a la mujer que amaba? ¿Podría llevar a cabo la tarea que le estaban encomendando sin perder su alma en el proceso?

La luz de la llama titilaba en la pared de la taberna, bañando el rostro de Diego en una luz amarillenta mientras meditaba sobre estas palabras del caballero. Su corazón latía fuerte en su pecho.

Era una apuesta arriesgada.

Así que, tras pensarlo unos instantes, asintió con la cabeza y aceptó la oferta del capitán. A partir de ese momento, se convertiría en el verdugo que debía encontrar a las cabezas de la Revolución.

22

Gabriela se despertó temprano esa mañana, lista para enfrentarse a otro día de trabajo en la imprenta. La habitación era oscura y fría, pero Gabriela no dejó que eso la desanimara; su pasión por los libros y la tipografía la motivaba a seguir adelante. Después de vestirse adecuadamente para el trabajo, bajó a la imprenta, donde la maquinaria ya empezaba a funcionar.

El ambiente ya era frenético. La fragancia de la tinta y el sonido de las prensas hacían que el lugar cobrara vida. Comenzó su tarea de revisar las últimas de un libro recién impreso cuando un mensajero llamó a la puerta. Era una invitación para asistir a una reunión con los líderes independentistas. Aunque su curiosidad la tentaba para asistir, no pudo evitar recordar la muerte de su hermano en la lucha por la independencia y el fusilamiento de aquellos pobres subversivos en la plaza.

Se sintió paralizada por el miedo, y decidió enviar a uno de sus empleados al café para que cancelase su cita. Esta vez no podría asistir, necesitaba tiempo.

Una vez enviado el mensaje, dedicó todo su tiempo y sus energías a Urpi, así como a la impresión de folletos y afiches para la causa. El negocio «oficial» iba viento en popa y las ganancias eran más que suficientes para mantenerla y ayudar a su familia. Lo que más le sorprendía a Gabriela era que, a pesar de que había descubierto que Diego era un infiltrado del virreinato, este no hubiese delatado que ella era la que imprimía el diario Anónimos. Tal vez ese joven abogado no era tan malo como ella creía. Eso sí, para curarse en salud, ese jornal de oposición se había dejado de imprimir hacía varias semanas, pues no quería tentar aún más a la suerte. Urpi era el único medio que seguía funcionando con normalidad, pero los leales trabajadores de Anónimos empezaban a impacientarse al sentir que su labor por la causa estaba perdiéndose.

A su lado, la mayoría de los trabajadores estaban concentrados en sus tareas, algunos moviendo los rodillos de tinta y otros ajustando los caracteres móviles. Gabriela se movía de una prensa a otra, supervisando el trabajo y asegurándose de que todo estuviera en orden. Los muros de la imprenta estaban cubiertos de carteles que anunciaban las últimas noticias, eventos y productos. A pesar de la tensión que se respiraba aquellos días, ella se sentía agradecida por

tener ese trabajo que tanto amaba. El negocio iba tal y como ella esperaba y su familia no tenía reproche alguno que hacerle. Había logrado levantar el negocio ella sola, sin recibir la plata del virrey, y sin la necesidad de tirar de la fama de la imprenta familiar.

Pero Gabriela no podía evitar sentirse inquieta y preocupada por la situación política en el Perú. El ambiente que se respiraba en las calles limeñas era que la independencia era inevitable y que el país estaba en un punto de inflexión en su historia. A pesar de sus miedos, sabía que tenía que seguir adelante y hacer lo que pudiera para ayudar a su país, pero por ahora, desde donde estaba, prefería mantener un perfil bajo para no contribuir más a la guerra o a los ajusticiamientos.

Esa tarde, Gabriela partió en su carruaje a través de las calles empedradas en dirección al cementerio. Llevaba consigo un ramo de flores frescas y un pañuelo para limpiar las lápidas de su hermano y de su padre. El sol se ocultaba tras las montañas, dando paso a una tarde fría y sombría.

Después de un largo trayecto, por fin llegó al cementerio. El lugar estaba cercado por una verja de hierro, y la entrada era una puerta de madera antigua que chirriaba al abrirse. Gabriela se sintió invadida por una sensación de tristeza y melancolía.

El cementerio tan solo acogía a los ciudadanos de la clase alta. Estaba lleno de tumbas de piedra, algunas con hermosos adornos tallados en ellas. Gabriela caminaba lentamente, leyendo los nombres y fechas en las lápidas, hasta que finalmente encontró la tumba de su hermano. Estaba decorada con flores marchitas y algunas velas apagadas. «¿Quién habrá colocado esas flores?», pensó. Luego se arrodilló frente a la tumba y colocó las flores en el suelo. Observó el traje de capitán que su hermano vestía el día de su muerte, y que se hallaba colocado también junto a la lápida. Era un traje elegante, con detalles dorados y botones relucientes. Su hermano se veía imponente y valiente así vestido, una muerte por la patria española.

Las lágrimas empezaron a caer por las mejillas de Gabriela mientras recordaba a su hermano. Se sentía sola y vulnerable. Él había sido su compañero, su apoyo y protector, y ahora estaba muerto, víctima de una lucha que no era suya. ¿De verdad tenía sentido aquel enfrentamiento por la independencia? ¿Acaso merecía la pena luchar por la Corona Española?

El viento soplaba fuerte, agitando las hojas de los árboles y haciendo sonar las campanas de una iglesia cercana. Gabriela cerró los ojos y susurró algunas palabras para su hermano, prometiendo mantener su memoria viva y la integridad de la familia. Finalmente se levantó y se alejó de la tumba, con el corazón lleno de dolor y tristeza. El cementerio estaba ahora vacío y oscuro, pero Gabriela sabía que su hermano siempre estaría con ella, guiándola y protegiéndola allá



donde estuviera.

23

Fortaleza del Real Felipe, Lima.
Noviembre de 1819.

El aire estaba cargado de tensión.

Los corazones y las mentes estaban divididos entre los partidarios del Virrey De La Serna y aquellos que anhelaban la independencia del Perú. Una lucha interna que se libraba sin descanso en las calles de la ciudad. Pero todo cambió cuando las tropas patriotas lideradas por don José de San Martín llegaron a Lima. La batalla por la independencia del Perú no tardó en desatarse, y el escenario elegido fue el Real Felipe, una imponente fortaleza que se alzaba imponente en el puerto del Callao. Una batalla encarnizada en la que las armas chocaban con estrépito, las banderas ondeaban al viento y los hombres peleaban por lo que creían justo.

Antonio, el hermano de Gabriela, uno de los Capitanes más respetados de la Guardia Real, lideraba a su grupo de soldados desde el puerto de El Callao. Los independentistas se acercaban cada vez más al fuerte, buscando tomarlo para controlar el puerto. El Capitán de la Guardia, con su uniforme azul y dorado, estaba armado con una espada y un mosquete. Sus soldados estaban armados con bayonetas. El fuerte quedaba rodeado por una muralla y en su interior se encontraban los cañones listos para proteger a los soldados de cualquier ataque.

Los independentistas avanzaban en dos grupos desde diferentes direcciones hacia el fuerte. En el barco que los transportaba, los independentistas corrían con una gran cantidad de hombres. El fuerte había sido preparado con trincheras y barricadas, pero los independentistas estaban decididos a tomarlo a cualquier precio. Sabían que morirían por su tierra.

La batalla se desató con el sonido de los cañones disparando desde ambas partes. La pólvora inundó el aire y la visibilidad disminuyó. Los soldados reales disparaban desde las murallas, mientras los independentistas avanzaban con determinación. El sonido de los mosquetes y las espadas chocando llenó el aire, junto con los gritos de los heridos y los que morían en la batalla.

Antonio Cervantes organizaba y coordinaba valientemente a sus hombres liderando la defensa del fuerte. La adrenalina corría por sus

venas mientras luchaba con su espada, defendiéndose de los ataques de los independentistas. A su alrededor, los soldados de ambos bandos caían heridos o muertos.

El campo de batalla se llenó de gritos y lamentos, de gritos de victoria y de dolor. Los gritos de los soldados resonaban por las calles empedradas, rebotando en las fachadas de los edificios. El sonido de los cañones retumbaba en el Real Felipe, sede del virrey español, donde los patriotas luchaban contra las tropas de ocupación. La lucha fue encarnizada, con los combatientes enfrentados cuerpo a cuerpo, luchando por cada pulgada de terreno. La poesía de aquella lucha se encontraba en los pequeños detalles de quienes que se aferraban a sus ideales por la libertad de la colonia.

La lluvia arreciaba, el viento aullaba y la sangre se mezclaba con el barro, dejando un tapete inquietante en el suelo. Los cuerpos yacían inertes en el suelo, y los gritos desgarradores de los heridos se mezclaban con el sonido de la lluvia que caía impasible sobre el campo de batalla. El dinero, las promesas y las lisonjas se olvidaron en aquel momento, y solo quedó la cruda realidad de la muerte.

El fuerte resistió los ataques durante horas, mientras la batalla se intensificaba. La sensación de tensión y miedo se palpaba en el ambiente. El olor a pólvora era abrumador y el humo de los cañones dificultaba la visibilidad. Los cañones disparaban continuamente, causando explosiones y destruyendo partes de las murallas. Antonio Cervantes se quedó de pie, con su uniforme lleno de sangre y polvo, mirando el campo de batalla. Las emociones y el dolor lo invadían mientras veía los cuerpos de sus compañeros caídos. La tristeza y la sensación de pérdida eran unánimes. La batalla había dejado una marca en él y en todos los que habían participado en ella.

El capitán Cervantes de Alarcón estaba furioso, pues parecía que los independentistas se estaban acercando cada vez más al Real Felipe. Él luchaba con todo lo que tenía cuando, de repente, un estruendo sacudió el fuerte. Una bomba estalló cerca de él, dejando un gran agujero en el suelo y emitiendo un denso humo negro. Antonio se desorientó por un momento, pero rápidamente se puso de pie. Miró alrededor, tratando de encontrar a sus hombres, pero vio que muchos de ellos estaban muertos o heridos. En ese momento, su determinación se convirtió en una obsesión: no dejaría que los independentistas tomaran el Real Felipe.

Agarrando su espada y su pistola, el capitán Antonio decidió ponerse al frente de la lucha. Corrió hacia la brecha en la pared del fuerte, saltando por encima de los escombros. Allí, se enfrentó a varios independentistas, disparando su pistola y balanceando su espada con ferocidad.

En medio de la lucha, una nueva bomba forjada con hierro fundido

y rellena de pólvora cayó muy cerca de él. Antonio fue arrojado al suelo por la explosión, pero se levantó rápidamente, tosiendo y cubierto de polvo. Miró alrededor y se dio cuenta de que no había nadie más cerca de él. Muchos de sus soldados daban su último aliento viendo como su capitán luchaba como un fantasma entre el cegador polvo que inundaba el ambiente.

El capitán se dio cuenta de que estaba solo, pero no le importaba. Él seguía luchando, resistiendo, no iba a abandonar su posición. Tomó su espada con ambas manos, se irguió y gritó desafiante a los independentistas.

Pero en ese mismo instante, otra bomba cayó del cielo. Y Antonio no pudo esquivarla. La bomba lo alcanzó de lleno, arrancándole una pierna y dejándolo gravemente herido. Cayó al suelo, pero incluso así se aferraba a su espada en buscado del honor del que tanto le habían hablado en su formación como soldado.

Mientras las balas silbaban y los cañones rugían, Antonio se debatía en su lecho, herido de muerte al tratar de defender una causa en la que, ahora, no estaba seguro de creer. Mientras los tambores de la marcha militar sonaban en la calle, él se preguntaba si esa guerra, absurda y sangrienta, era realmente necesaria. ¿Merecía la pena arriesgar tantas vidas por un ideal que quizá nunca se materializaría? Su pensamiento se oscurecía cada vez más con el pasar de los minutos, entendiendo que, al final, la guerra siempre tenía un resultado inesperado. Mientras yacía allí, con el sonido de la batalla aun retumbando en sus oídos, Cervantes sabía que su hora había llegado. No sentía miedo, solo dolor y un intenso orgullo por haber luchado hasta el final.

Cerró los ojos, y en ese instante sintió que el peso del mundo se le venía encima. Una sensación de frío lo invadió. Luego, pensó en su hermana, Gabriela, hasta que todo se volvió oscuro y dejó de sentir el latido de su corazón.

Por suerte para su contienda, los independentistas se rindieron después de horas de luchas en vano. A pesar de su fallecimiento, el Capitán de la Guardia Real, don Antonio Cervantes de Alarcón había liderado con coraje y valentía a los suyos y había logrado proteger el fuerte de ser tomado por los independentistas.

24

El camerino de Marcos Camacho estaba empapado en la oscuridad, solo iluminado por la tenue luz de una vela. Su sombrío y solitario espacio se encontraba en el teatro más grande de Lima, el centro de su carrera como actor. Sin embargo, a pesar de tener todo lo que podría desear: fama, dinero, mujeres, se sentía vacío y sin propósito.

Marcos salió al exterior para tomar el aire puro. Se quedó observando al cielo en un momento de introspección bajo la luz de las estrellas, sentado en la ventana del camerino del teatro. Estaba sumido entre un laberinto de interrogantes que acosaban su mente. Se cuestionaba a sí mismo cada una de sus decisiones, mientras las sombras de la incertidumbre danzaban a su alrededor. A lo largo de su vida había disfrutado de la compañía de numerosas mujeres, pero ninguna había conseguido colmar por completo su corazón. Anhelaba fervientemente encontrar a alguien que no solo compartiera sus intereses y su dedicación, sino que también pudiera corresponder a su amor con la misma intensidad.

Deseaba con ardor hallar a esa mujer excepcional, una que no se conformara con la simpleza de la existencia, sino que abrazara un sentido de propósito y trascendencia. Entre suspiros, la pregunta resonaba en su interior: ¿Dónde se ocultaba aquella persona anhelada, esa mujer que tanto tiempo había estado buscando? En la inmensidad del mundo, parecía perdido, como un navegante solitario en un mar de dudas y desafíos. Las estrellas lo observaban desde lo alto, sin ofrecerle respuestas claras a sus dilemas. Marcos sabía que no podía esperar a que esa persona apareciera de la nada. Tenía que salir y buscarla, pero no sabía por dónde empezar. Se sentía perdido y solo.

Y no dejaba de pensar en Gabriela Cervantes desde el día en que la había conocido.

De repente, alguien llamó a la puerta del camerino. Marcos se dirigió al interior y tomó asiento frente al espejo, tratando de fingir que no se hallaba meditando en el balcón.

—Adelante —dijo Marcos, sin apartar la vista del espejo.

La puerta se abrió y apareció el director de la obra.

—¡Magnífico! —dijo el director con entusiasmo—. Has sido el alma de la obra. Los aplausos no han dejado de sonar desde que se abrió el telón.

—Gracias, director —respondió él, agradecido, pero aún con su

mente en otro lugar, en ese rincón de la soledad de su camerino.

—¿Estás bien? ¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó el director, que había notado de inmediato la expresión de preocupación en el rostro del joven actor.

—No, gracias, estoy bien —dijo Marcos, tratando de disimular su angustia.

—Bueno, ya sabes que aquí estoy para lo que necesites.

El director se despidió y cerró la puerta, pues sentía que el joven quería estar a solas.

Marcos Camacho se quedó solo de nuevo, mirándose al espejo. Se sentía atrapado en su propia vida, en la rutina de la soledad. «Tal vez debería tomarme un descanso», pensó. «Podría irme a otro lugar y empezar de nuevo. Pero, ¿a dónde ir? ¿Qué puedo hacer?». La mente de Marcos seguía llena de preguntas. Sabía que no podía seguir viviendo así. Tenía que encontrar su camino y su propósito en la vida, aunque no sabía cómo.

En la quietud de su camerino, el peso de su soledad era abrumador. Mientras luchaba por encontrar su lugar en el mundo, la tristeza se asentó en su corazón. ¿Cómo podría llenar el vacío que sentía? ¿Cómo encontrar un mayor significado en su vida más allá de los aplausos del público y la adoración vacía?

25

María Roca Yupanqui estaba en su pequeña casa, rodeada por los sonidos tranquilos de la tarde. Había estado limpiando todo el día, y ahora se encontraba sentada en su sala de estar, mirando un cajón de su cómoda. Con un suspiro, se puso de pie y lo abrió.

Dentro había una colección de prendas de vestir para bebés. Una manta suave de color rosa, unos calcetines blancos, un vestido con estampado de flores y una pequeña chaqueta de lana. Los tomó en sus manos con cuidado, y comenzó a desdoblarlos uno por uno. Mientras doblaba la ropa, su mente se llenó de recuerdos de hacía muchos años. Recuerdos de una niña pequeña, su propia hija, que una vez llenó su casa con risas y llantos. Una hija a la que había amado más que a nada en el mundo, pero que había desaparecido sin dejar rastro.

María había guardado estos recuerdos en secreto durante años, incluso de su esposo y de sus amigos cercanos. Había pasado tanto tiempo que casi había olvidado cómo se sentía tener alguien con quién hablar, hasta que conoció a Gabriela.

Esa joven que había entrado en su vida de manera inesperada y había llenado un vacío que María ni siquiera sabía que existía. La presencia de Gabriela la hacía sentir completa de nuevo, como si su hija nunca se hubiera ido.

Pero María también sabía que tenía que ser cautelosa. No quería que esta descubriera su secreto, no quería que se enterara de que había tenido una hija que nunca había conocido. Así que continuó doblando la ropa de bebé en silencio, guardando sus pensamientos y sentimientos para sí misma. Finalmente, cerró el cajón y se sentó otra vez junto al taburete que había en una esquina de su alcoba. Mirando por la ventana pensaba en lo afortunada que se sentía de tener a Gabriela de nuevo en su vida, aunque no pudiera decirle la verdad sobre su pasado. Para María Roca Yupanqui, la joven era una segunda oportunidad, la ocasión de tener una hija de nuevo y de hacerlo bien esta vez. Y no pudo evitar recordar la última vez que la había visto, siendo Gabriela una niña.

La invadió una tristeza tan abrumadora que ni las décadas habían conseguido reparar.

Años atrás, María Roca Yupanqui se escondía detrás de uno de los grandes árboles del parque frente a la casa de la familiar de Gabriela. Era una tarde soleada y los pájaros cantaban alegremente en el bosque

cercano. Desde su escondite, María observaba al padre de Gabriela, Rodolfo Cervantes, jugando con ella en el jardín. De repente, un carruaje se detuvo frente a la casa y el padre de Gabriela levantó a su hija y la colocó en el carruaje. María observó cómo Gabriela saludaba alegremente desde la ventana del carruaje.

María no pudo evitar sentir una punzada de tristeza al ver la felicidad del padre e hija. Recordó lo difícil que era criar a un niño sola, especialmente en un mundo donde las mujeres no tenían muchas oportunidades. Suspiró y se alejó del árbol, con la intención de volver a su propia casa.

Pero justo cuando el padre se disponía a subir a la carroza, el padre de Gabriela la vio. María se quedó pasmada al establecer contacto visual con él y trató de esconderse, pero fue demasiado tarde. Rodolfo se acercó a ella y le preguntó si se encontraba bien, si María quería acompañarlos al paseo que iban a dar. Se conocían, pero María Yupanqui fingía no querer conocer al señor Cervantes después del encuentro que habían tenido tiempo atrás. Así que negó con la cabeza, tratando de ocultar su rostro mientras se alejaba, dejando que las lágrimas fluyeran en silencio por sus mejillas. Desde ese día en adelante, María trató de no dejarse llevar por la tristeza y siguió adelante con su vida, siempre recordando a la pequeña Gabriela y preguntándose cómo estaría viviendo ella.

Por fin, la vida había vuelto a darle la oportunidad de cambiar las cosas.

26

Gabriela entró al café Palacio de Concierto con cierto nerviosismo. No se trataba de una visita social, sino de una importante reunión con los líderes independentistas. Había sido invitada a asistir varias veces y, aunque no sabía exactamente qué era lo que le iban a pedir, estaba segura de que no sería una reunión para conocerse. El lugar estaba lleno de gente elegante, vestida de traje, y se notaba un ambiente de celebración en todo el local.

Ella observó el ambiente con detenimiento por segunda vez. Había mesas con comida y bebida en todos lados, y la gente hablaba en voz alta mientras se movían de un lado a otro. En ese momento, Gabriela se dio cuenta de que alguien la estaba observando. Cuando volvió la cabeza se encontró con la mirada de un joven apuesto que la miraba fijamente. Ella no lo conocía, pero le resultaba familiar de alguna manera. Ella se sonrojó y desvió la mirada, pero seguía sintiendo su mirada sobre ella. Esa fue la señal para que un hombre de mediana edad se acercara a Gabriela. Era uno de los que estaban presentes en la reunión pasada.

—Señorita Gabriela, bienvenida. Gracias por venir —dijo con una amable sonrisa—. Permítame presentarle a algunos de nuestros miembros.

—Buenas, un placer acudir a este nuevo encuentro.

Gabriela siguió al hombre, tratando de parecer calmada, pero los nervios la consumían. Después de un paseo por el interior de los pasillos reservados para el personal, finalmente llegaron al mismo lugar atravesando el gran pasillo secreto. En esta ocasión, sin embargo otro hombre acompañaba en la cabecera de la mesa al hombrecito.

—Señorita, es un placer conocerla. Soy el General Valdivia —dijo el hombre con una voz grave.

—El placer es mío, General —respondió Gabriela, tratando de mantener la compostura. De inmediato pudo notar que el hombre no era de Lima, sino que su acento parecía proceder del sur, probablemente del virreinato de la Plata. Era un hombre del General San Martín.

El General Valdivia se destacaba por su porte y presencia imponente. Con su estatura de más de seis pies, y su espalda recta como una flecha, parecía irradiar una fuerza sobrenatural. Su cabello oscuro ligeramente ondulado enmarcaba su rostro afilado y noble.

Pero lo que realmente capturaba la atención de todos eran sus ojos, oscuros y penetrantes como dos joyas de ónix. Con su uniforme perfectamente planchado y sus botas brillando como el sol, el General Valdivia no era solo un líder militar, sino también un símbolo de elegancia y poderío.

Pero su apariencia no era lo único que lo distinguía del resto. Su mirada penetrante y su voz firme eran señal de un carácter fuerte e inquebrantable que inspiraba confianza en sus subordinados. En efecto, para Gabriela quedaba constancia con tan solo un vistazo de que el General Valdivia era un líder nato, un estratega astuto e implacable que no dudaría en tomar decisiones difíciles si era necesario.

El general la introdujo a los demás miembros del grupo, todos ellos hombres importantes y respetados. Gabriela escuchaba atentamente mientras hablaban de política y de la situación del país haciendo de cuenta que ella estaba al tanto de todo, aunque se mantuviera sin intervenir en la charla. Finalmente, el hombrecito le habló directamente a ella.

—Señorita, estamos aquí porque creemos que usted puede ayudarnos —dijo el pequeño infante.

—Disculpe, hasta ahora no he podido saber su nombre.

—No lo conoce porque no es necesario. Además, estoy seguro que podrá reconocerme fácilmente entre tantos gigantes. Pero no se confunda, soy del tamaño de lo que veo y no de lo que soy. En fin, al punto. —Hizo una pausa para sopesar sus palabras—. Nos han llegado rumores de que su diario, Anónimos, es leído por muchas personas influyentes en la sociedad. No solo de la clase popular, sino de todos aquellos que están hartos de lo que está ocurriendo en el Perú. Creemos que, si publicamos algunos de nuestros artículos en su diario, podríamos llegar a mucha más gente y hacer que nuestra causa sea conocida. Evidentemente, usted no podrá modificar esas piezas ya que necesitamos que el mensaje llegue lo más claro posible.

Gabriela se sorprendió ante la propuesta, especialmente por la aclaración del pequeño hombre de que no podría intervenir en qué se publicaba y en qué no.

—¿Así que quieren llevar a cabo la Revolución por su cuenta?

—¿Cómo dice?

—Sí. Por supuesto, yo estaría encantada de ayudar en lo que pueda —respondió Gabriela—, pero me gustaría tener el control de mi propia empresa.

—Gabriela, esto no se trata de un juego de poder, sino de seguir el plan para lograr objetivos. Por eso necesitamos saber si está con nosotros o no. Lo antes posible.

—¿Todo esto es porque soy mujer, mi señor?

—Gabriela, me extraña su pregunta. Afortunadamente, nuestra causa tiene un gran número de mujeres en sus filas ocupando puestos de riesgo.

—Pues no conozco a ninguna.

—¿Está con nosotros o no? —Insistió el hombrecito de muy mala gana.

Ella dudó un instante, pero luego se dio cuenta de que ellos eran el mal menor para su tierra.

—Estoy con ustedes.

—Excelente —dijo el general Valdivia con una grata sonrisa—. Es muy bueno saber que podemos contar con su ayuda. No se arrepentirá. El nuevo territorio saldrá renovado con mujeres como usted.

Mientras hablaban, Valdivia interrumpió la reunión para recibir a alguien que acababa de llegar. En el momento en que lo vio, Gabriela bajó la mirada. Se trataba de Marcos Camacho, el exitoso actor al que había conocido en el teatro de Lima y con el que había pasado una de las mejores noches que podía recordar. De repente, la invadió una tensión y una vergüenza que era incapaz de explicar.

Marcos saludó a todos los miembros y cuándo llegó al lugar en el que estaba ella, le extendió su mano con cierta sorpresa y extrañamiento. El actor no pudo evitar quedarse observándola en silencio durante unos segundos.

—Hola.

—Hola —respondió ella.

—Disculpe, ¿nos hemos conocido antes? —Preguntó él tratando de sonar desinteresado.

Gabriela quería responderle afirmativamente, pero no sabía si debía guardar las formas con respecto a la reunión. Tal vez el resto de independentistas no estaban al corriente de su éxito como actor. Aún así, decidió lanzarse al vacío.

—Así es, señor Camacho. Fui a verle al teatro. Antes de eso, usted me regaló una flor en la plaza del Cerrito.

Él esbozó una mueca de sorpresa que resultó convincente para ella. No quería que Gabriela creyese que la había reconocido al instante, prefería mantener el misterio y el enigma en torno a su figura. Aunque se moría de ganas de estar a solas con ella.

—Puedes tutearme —dijo él.

Después de la reunión, Gabriela y el actor se encontraron en el patio del café para charlar. Marcos le confesó que estaba sorprendido por su determinación y valentía. Le habían hablado de ella en las reuniones previas y no podía sino enorgullecerse ante la relevancia que estaba tomando su participación en la causa.

—Gracias por el halago —dijo ella—. Espero que consigamos

nuestro propósito antes de que la sangre siga derramándose por las calles.

—Dios te oiga, Gabriela.

Marcos notó la mirada intrigante de Gabriela, se sentía cada ve más atraído por su curiosidad y astucia. Ambos siguieron hablando durante horas frente a sus tazas de café, y se dieron cuenta de que tenían mucho en común. Él estaba interesado en la política y en la independencia para crear un cambio radical en el Perú, mientras que Gabriela era una apasionada defensora de la libertad de expresión y la justicia. Y ambos defendían la cultura como impulsor del progreso.

La noche transcurrió entre risas y una conversación que se volvía más profunda conforme se vaciaba el café Palacio de Concierto. Gabriela y Marcos se dieron cuenta de que tenían una conexión especial, y era evidente que se sentían atraídos el uno por el otro. La reunión llegó a su fin cuando los camareros comenzaron a recoger las butacas para fregar el suelo.

Esa fue la señal que obligó a Gabriela a despedirse de él.

Pero prometieron volver a encontrarse.

La joven impresora deambulaba en silencio por las desiertas calles de Lima. La noche lloraba el primer rocío y el olor del mar se filtraba entre los adoquines. No dejaba de pensar en lo excitante que había sido la reunión, así como en la ilusión de poder contribuir a la lucha por la libertad. También pensaba en Marcos, en su sonrisa, en sus ojos y en la conexión que habían tenido esa noche en el café.

Esa noche se sumió entre fantasías y sueños por un futuro que se presentaba tan prometedor como ilusionante.

A la mañana siguiente, Marcos se presentó de improviso en su casa. Aunque quería negarlo, se sentía nervioso mientras fumaba su tabaco. Llevaba consigo un paquete de documentos importantes que debía entregarle.

Gabriela abrió la puerta y se quedó completamente pálida.

—Marcos, qué sorpresa tan agradable. ¿Qué te trae por aquí?

—Buenos días —dijo él, totalmente avergonzado—. Tengo unos papeles para ti. Quería asegurarme de que los recibieras personalmente. También te he traído unas flores.

Ella no sabía qué responder, así que tomó el paquete con los documentos y lo examinó con cuidado.

—Gracias, supongo —dijo con una sonrisa.

—Solo estoy haciendo mi parte. Cualquier ayuda es poca.

Pero ambos sabían lo que ocurría. Marcos había buscado cualquier excusa para ser él quien entregase los documentos a la joven. Pero ninguno se atrevía a romper con aquella fantasía.

Mientras Gabriela revisaba los documentos, Marcos aprovechó la

oportunidad para observarla con detenimiento. Era aún más hermosa de lo que recordaba, con su cabello recogido y sus ojos brillantes que desprendían inteligencia. No podía dejar de sentirse atraído por ella.

—Todo parece estar en orden —dijo ella, sonriendo mientras levantaba la vista de los papeles que acababa de leer—. Gracias de nuevo, Marcos. Y gracias también por las flores.

—No hay de qué. Quería asegurarme de que todo estuviera en orden. ¿Quieres pasar?

—¿De verdad?

La pregunta dejó a Gabriela un tanto desconcertada. ¿Tal vez había sido demasiado osada al invitarlo a la vivienda familiar?

—Claro que sí, estás invitado.

—Muchas gracias.

—Dame un momento, voy a dejar esto a mi habitación y regreso enseguida. Espérame en el jardín.

—Por supuesto.

Marcos tomó asiento en un banco que había junto a la fuente del patio, no podía apartar la mente de la ilusión que le producía la invitación, así como el hecho de que a ella le hubiesen agradado las flores. Mientras esperaba a Gabriela, examinó desde el exterior el lujoso salón que tenía su familia a través de la ventana. Se notaba que aquella era la clásica decoración de una familia de la alta aristocracia, oro por todas partes y una opulencia que en nada se parecía a la que buscaban los independentistas.

Cuando ella regresó al jardín, la conversación con Marcos se alargó durante un largo rato gracias a que las tías de Gabriela habían salido al mercado. Aprovechando la ausencia de su familia, ambos charlaron sobre el movimiento independentista y sobre los desafíos a los que se enfrentaban. De forma inconsciente ambos sentían que la conversación fluía, como si se conociesen desde hacía mucho tiempo. Pasaron las horas bajo el sol del jardín hasta que Manuel y Jacinto aparecieron junto a ellos, extrañados al verla con aquel desconocido.

—Hola, tíos. Este es Marcos Camacho, un famoso actor de teatro.

—Un placer —dijo el joven actor, a quien los tíos de Gabriela le imponían mucho respeto.

Los dos hombres apenas levantaron la mirada y lo observaron con desprecio antes de introducirse en la casa. Se notaba que la visita del actor no les hacía ninguna gracia.

Marcos buscó la complicidad en el rostro de Gabriela, totalmente desconcertado.

—Será mejor que me marche —dijo él.

—Siento este recibimiento, son un poco… especiales.

—No te preocupes.

Marcos se despidió de Gabriela, prometiendo volver a encontrarse

pronto con ella.

De vuelta al interior de la casa, la joven se acercó a sus tíos, pero ninguno de los dos parecía tener nada que decirle.

—¿Todo bien? —Preguntó, nerviosa.

—Tú sabrás —dijo Manuel.

—Él es actor.

—Ya lo sabemos. —El vacío fue la única respuesta que le profesaron después de aquello.

Gabriela se quedó de piedra ante una estampa que sus tías no hicieron sino replicar. ¿Por qué nadie aceptaba sus relaciones amorosas? ¿Acaso ese Marcos tampoco era trigo limpio? ¿O tal vez se debía a sus ideas progresistas?

Esa noche, Gabriela se encontraba tumbada sobre su cama, pero era incapaz de dormir. Aunque su encuentro con Marcos Camacho había sido mágico e ilusionante, no podía evitar pensar en que sentía que estaba traicionando a su familia. Todos le estaban haciendo el vacío en casa y nadie le decía el motivo.

Entre el sueño y la vigilia, Gabriela comenzó a dejarse llevar por las pesadillas. Se veía a sí misma en un lugar oscuro y aterrador. Se dio cuenta de que estaba rodeada por su padre y su hermano, quienes sostenían sendos cuchillos ensangrentados en sus manos. En un acto terrorífico, Gabriela vio cómo su padre y su hermano la acuchillaban sin piedad, mientras ella gritaba sin aliento. El dolor era insoportable y, mientras se desangraba lentamente, sentía una profunda sensación de abandono.

Se despertó sobresaltada y empapada en sudor.

Estaba llorando y temblando de miedo.

Se llevó las manos al pecho, intentando tranquilizar su respiración acelerada. Se incorporó en la cama, tratando de recuperar su compostura. Sabía que necesitaba hablar con alguien sobre todos los miedos que la asaltaban, pero no sabía a quién podía acudir. Se sentía sola en un océano, en un vacío en el que su familia buscaba la forma de hundirla.

Estaba segura de que nadie en esa casa la quería.

Pero a pesar de todo, Gabriela estaba decidida a enfrentar sus miedos.

27

El salón de Baile del Callao estaba lleno de aristócratas que llegaban sin cesar en sus carruajes adornados con finas telas y flores. Había decenas de mestizos con trajes elegantes y sombreros de copa, y entre el gentío también se podía descubrir a algunos indígenas y esclavos que trabajaban en la comida y la bebida.

Gabriela llevaba un elegante vestido blanco con encajes y perlas que resaltaba su belleza. No estaba de humor, pero sabía que no podía faltar a invitaciones como aquella si quería mantener la compostura y el peso de su apellido. Deambulaba entre saludos cordiales al resto de jóvenes cuando Marcos Camacho se acercó a ella con una sonrisa.

—Señorita, cuánto me alegra verla aquí esta noche. Debo decir que su belleza supera incluso la de las flores que adornan esta sala.

—Dios mío, nunca me habían dicho algo tan atrevido. Yo también me alegro de verte —sonrió—. ¿Qué tal te ha ido en tus últimas funciones? He leído en la prensa que estás en la cima del oficio de actor.

—No le hagas caso a la prensa, ya sabes que a veces exagera para vender más ejemplares.

—Pero tú has ocupado varias portadas.

—Espero no pasar de moda —dijo él, dejando clara su falsa modestia.

—Ay, no sabía yo que eras tan gracioso.

—Bueno, entonces esta noche me concederás un baile, ¿verdad?

—¿Por qué no? A eso he venido, supongo.

—¿No pensabas acudir a este baile tan divertido? —Preguntó él en tono irónico.

—Odio estos eventos protocolarios, prefiero divertirme bebiendo cerveza en la imprenta. No se lo digas a nadie. —Gabriela le regaló una mirada tan atrevida que era evidente que sonaba a invitación.

Pero mientras hablaban, un hombre se acercó tambaleándose a ellos.

Se trataba de Diego Silva, y era incapaz de ocultar su borrachera.

—¡Mira quién está aquí! La señorita Gabriela Cervantes, la joya de Lima. ¿O debería decir, la joya intacta de Lima?

El actor frunció el ceño.

—¿Lo conoces? —Le preguntó a Gabriela.

—Por desgracia, sí.

La irrupción de Diego había acabado por completo con el intercambio de piropos entre Marcos y la joven.

—¿Y tiene un nuevo novio mi Gabriela? —Insistió Diego en actitud burlona.

—¿Qué quiere decir con eso, señor? Sea hombre y salgamos de aquí a aclarar el tema.

—¿Acaso no lo sabes? Gabriela es una dama casta, una virgen intocable, una santa. Esos labios no los ha tocado nadie, ni siquiera los hombres más ricos y poderosos de Lima han podido conquistarla, así que no se haga ilusiones, *jovenzuelo*.

Presa de la indignación Gabriela se preparaba para abofetear a Diego cuando el joven actor se adelantó y le dio un puñetazo en la cara que impacto de lleno. El abogado cayó inmediatamente al suelo como un peso muerto y las personas a su alrededor empezaron a acercase a ellos. Diego se puso en pie de inmediato, en guardia, y se abalanzó sobre Marcos. El resto de invitados se abrieron para disfrutar de la pelea, mientras los dos hombres se enzarzaban en una lucha encarnizada en la que Gabriela era la única que trataba de pedir ayuda para separarlos.

—¡Deténganse, esto no lleva a ninguna parte! —gritaba sin parar —. ¡Por favor!

Finalmente los dos hombres cedieron en su afán por lastimarse y se separaron cuando los camareros del salón de baile corrieron hacia ellos. Marcos se sacudió el pantalón, se disculpó por su comportamiento con la joven y se retiró del lugar.

Gabriela se quedó pálida. Estaba cabreada, disgustada y avergonzada. ¿Cómo se había atrevido Diego a irrumpir de esa forma después de lo que le había hecho con la imprenta?

Salió al exterior para tomar el aire. No tenía ganas de hablar con nadie, pero no le quedó más remedio que acercarse a Marcos Camacho al ver que este se hallaba apoyado contra un pilar del edificio, con gesto melancólico.

—Gracias por defenderme.

—Lo siento, he perdido la compostura —dijo él con el rostro cabizbajo.

—No es tu culpa. ¿Te encuentras mejor?

Ella se fijó en que él tenía el rostro magullado por los golpes, Diego le había hecho una pequeña herida en la mejilla.

—No debí haber permitido que esto sucediera —se lamentó Gabriela, al tiempo que acariciaba el rastro de sangre del rostro del actor.

—Gabriela, me importas mucho —dijo, tomando su mano.

—Vaya, no sé qué… —Ella comenzó a temblar. Aquella era la misma sensación que había vivido cuando estaba enamorada de Diego

—. Lo siento, ya hablaremos después, Marcos.

Se marchó sin despedirse. Estaba nerviosa, desconcertada. No estaba segura de lo que quería, no estaba segura de si estaba preparada para volver a enamorarse.

Lo que ella no sabía era que el tiempo se le agotaba.

28

Esa noche, al llegar a casa, Gabriela se sentó en su escritorio y tomó una pluma y un papel para escribir una carta a su madre, que se había marchado a vivir a España. El dormitorio estaba en completo silencio, salvo por el sonido del deslizar de la tinta mientras ella escribía con fluidez.

Querida madre,

Espero que esta carta te encuentre bien en España. Extraño mucho tu presencia y tu guía en mi vida. Me hace falta tu consejo y apoyo en estos tiempos difíciles. La verdad es que me siento muy sola. Aunque tengo amigos y la empresa anda muy bien, no es lo mismo que tener a mi familia cerca. Me siento aislada y me cuesta mucho adaptarme a la vida en el Perú. Hay muchas diferencias culturales y sociales que me hacen sentir incómoda y fuera de lugar. A veces me pregunto si tomé la decisión correcta al quedarme aquí. La lealtad hacia la tarea de hacerme cargo del negocio familiar me mantiene fuerte, pero también siento un gran dolor al estar lejos de ti. Me siento atrapada entre dos mundos y no sé cómo seguir adelante. Querida madre, necesito tu ayuda y tu amor ahora más que nunca.

Por favor, escríbeme pronto y dime que vendrás a verme.

Con todo mi amor, Gabriela.

Dobló la carta con cuidado y la selló con cera. Luego se la entregó a Shumay para que la llevara al correo a la mañana siguiente. Después de desahogarse, Gabriela se sentó en su cama y suspiró profundamente. Nunca había tenido una buena relación con su madre, doña Manuela, pero se sentía tan sola que no veía otra forma de escapar de la celda en la que se hallaba. Sus tíos la odiaban, sus tías también, y sentía que todos en aquella ciudad la desdeñaban. Siempre había necesitado el cariño y el calor de una madre que no había hecho más que criarla con mano dura y a base de violencia e insultos. Pero era su madre, necesitaba un apoyo como el de Manuela.

Sabía que la espera de la respuesta sería muy larga, solo esperaba que su madre pudiera ofrecerle un poco de consuelo y apoyo en estos tiempos difíciles. Aunque no contaba con que esta volviese a por ella. En el fondo, Gabriela sentía que Manuela nunca la había querido.

Sabía que no podía contar con su madre en esos momentos de

dificultad.

«Pero no todo está perdido», se dijo a sí misma. A pesar de todo tenía su empresa y un propósito del que estaba convencida. Se levantó de la cama en plena noche y se acercó a la ventana para observar la ciudad que la había acogido durante tantos años. La ciudad de su padre. «Tengo que hacer esto por mí misma», pensó. «No necesito la aprobación de nadie más. Soy fuerte y tengo mi propia voluntad. Seguiré adelante, no importa lo que pase».

Con un suspiro, Gabriela se alejó de la ventana y se dirigió hacia el salón. Avisó al cochero y se dirigió a la imprenta en plena noche, lista para trabajar sin cesar.

Lista para los desafíos que se avecinaban.

29

El trabajo se le acumulaba en la imprenta.

Durante los días siguientes Gabriela apenas tenía tiempo para pasar por casa. Dedicaba todas sus jornadas a ultimar el trabajo, pues llevar los diarios Urpi y Anónimos en solitario le exigían un gran esfuerzo. Apenas se había cruzado con su familia, pues ella se marchaba de casa al amanecer y volvía casi a medianoche.

La noticia llamó a la puerta de su dormitorio el día menos pensado. Gabriela se encontraba en su recámara, repasando el calendario y la lista de tareas pendientes que tenía que completar para las próximas semanas En ese momento su tío Manuel entró corriendo en la habitación, visiblemente emocionado.

—Gabriela, tienes que venir conmigo ahora mismo.

—¿Qué ocurre?

—Mira la carta que ha llegado —dijo él, al tiempo que le extendía un documento de carácter oficial que ella no acertaba a creer.

—¡Qué hiciste Gabriela! ¿Hay algo que me quieras contar?

—¿Qué? ¿Qué ocurre? ¡No entiendo nada!

—El virrey De La Serna quiere verte ya mismo.

—¿A mí?

—¡Léela!

Ella dedicó un instante a revisarla con detenimiento. En efecto, se trataba de una notificación oficial del Gobierno.

—Niña, no quiero sorpresas, necesito que me digas ahora lo que sea que tengas que decir para saber si vamos a verlo o si debemos escapar de Lima. ¿Has hecho algo?

—¡Qué cosas dices, tío! Yo no tengo nada que ocultar —mintió Gabriela, que ya empezaba a sudar del miedo que le provocaba la situación.

Conforme lo pensaba, la joven empezó a sentir una sensación de miedo en su estómago. ¿Se trataba de ella? ¿O tal vez era algo relacionado con Manuel? Gabriela sabía que su tío siempre había estado involucrado en asuntos turbios, pero no estaba segura de si él había arrastrado su nombre en ellos también.

Manuel notó la expresión de miedo en la cara de Gabriela y trató de tranquilizarla.

—No te preocupes, sobrina. No hay nada de qué preocuparse. Seguro que el virrey solo quiere hablar con nosotros por nuestro

apellido.

Gabriela se puso una capa negra sobre su vestido y salió de su casa junto a su tío. Se dirigieron al palacio del Virrey, donde Gabriela conocería al famoso la Serna por primera vez, el hombre más importante del virreinato del Perú. Ese señor era la representación de la misma España en este lado del mundo.

Un enviado de Dios.

El Palacio era una estructura de piedra y madera de tres pisos con balcones de hierro forjado y ventanas con celosías. Su fachada estaba adornada con estatuas de la corona española y escudos de armas. En la entrada principal había un gran arco de medio punto que daba acceso a un patio interior, en el que se encontraban los jardines y una fuente Central.

Gabriela no pudo evitar sentirse impresionada por la grandeza del Palacio del Virrey y la importancia que representaba. Durante siglos, aquella había sido la residencia de uno de los hombres más poderosos de América, el centro del poder político y social en Lima.

Al entrar en el Palacio de Gobierno, el Virrey se hallaba sentado en su majestuosa silla de mando, rodeado de sus consejeros, algo que daba aún más oficialidad a aquel encuentro. Gabriela se fijó en su atuendo elegante y su cabello bien arreglado, como todos los virreyes que habían pasado por la ciudad, De La Serna usaba una peluca blanca que resaltaba su piel blanca como la leche. Su rostro era serio y tenía una expresión de autoridad en sus ojos.

Al acceder al encuentro, Gabriela y su tío Manuel se acercaron y se inclinaron en señal de respeto, como correspondían los modales. De La Serna se levantó de su silla y se acercó a Gabriela, como si estuviese examinando a un animal desconocido y exótico. Por su parte, Manuel había retrocedido unos pasos conforme el virrey se acercaba a ellos.

El pavor entre los Cervantes era evidente.

—Señorita Gabriela, he oído hablar mucho de usted —dijo en voz baja, con su rostro inmutable ante las circunstancias—. Su padre fue un gran hombre, un caballero digno de la ciudad de los reyes, y me han dicho que usted está haciendo un gran trabajo en la empresa familiar. La Imprenta Cervantes, ¿me equivoco?

Gabriela se sintió aliviada al escuchar sus palabras y trató de responder con cortesía.

—Gracias, su excelencia, por sus amables palabras. Tanto mi tío, aquí presente, como mi padre, han dejado muy en alto nuestro apellido.

—No, mis halagos son solo para su padre. Y su tío Manuel bien sabe por qué se lo digo. —De La Serna la estudió por un momento antes de proseguir—. Me gustaría hablar con usted sobre algunos

asuntos relacionados con su empresa. Sé que legalmente está a la cabeza de la imprenta, sin ofender el orgullo de don Manuel —dijo, mientras miraba al tío de Gabriela en actitud burlona—. Sé que usted también está muy involucrado, pero necesito asegurarme de que todos los miembros estén de acuerdo con los que le voy a pedir a la joven, no quisiera tener ningún problema similar como el que tuvieron con ese abogado español, don Diego Silva y Valverde.

Gabriela lo miró con curiosidad, sin entender bien a qué se refería.

—Muy bien, ¿de qué se trata, señor?

—Estoy buscando a alguien que se encargue de publicitar mi campaña política a través del diario familiar, pues debido al auge de los independentistas, mi aprobación en Lima está por los suelos. Y aquí necesitamos tomar el vuelo otra vez para asegurar una gestión que perdure en el tiempo.

—Vaya, no sé qué decir.

—Creo que es usted la persona ideal para hacerlo, usted sabe lo que quiere leer la gente. Créame, su familia se verá muy bien recompensada por este trabajo, Gabriela.

Ella se quedó perpleja ante la propuesta. Aquella una desgracia para su familia. Decir que no al virrey era lo mismo que estar en contra de sus ideales.

—Debo pensarlo, señor —le respondió.

—¿Cómo dice?

En ese momento, su tío Manuel intervino, se acercó a ella con una mirada de desaprobación y le susurró al oído.

—¿Qué demonios estás haciendo, Gabriela? ¿Acaso no te das cuenta de que esto podría poner en peligro a nuestra familia?

—No me gustan los secretos —exclamó el virrey al ver que estaban tratando de dejarle fuera de la conversación.

Excúsenos, su majestad —agregó Manuel al tiempo que agachaba la cabeza.

Gabriela quería negarse, odiaba tanto a ese hombre como a sus ideales.

—Tenga en cuenta, Gabriela, que no acepto un no por respuesta. Su familia se beneficiará si aceptara mi oferta. Créame, es mejor tenerme a su lado.

Gabriela se quedó en silencio, tratando de decidir qué hacer. Finalmente se armó de valor y firmeza.

—Lo pensaré, señor. Tenga en cuenta que mi familia siempre ha sido un ejemplo para toda la ciudad, solo le pido un poco de tiempo.

—Eso es justo lo que no tenemos, jovencita. —De La Serna meditó un instante sus palabras antes de ablandarse ante ella—. Bueno, estaré aquí esperándola. Eso sí, más le vale darme una certeza lo antes posible.

Gabriela y su tío salieron del Palacio Virreinal en dirección a la avenida principal de Lima. A medida que andaba, la joven iba sintiendo el peso de la decisión que tenía que tomar. No pudo evitar fijarse una última vez en el edificio, esa estructura colonial imponente y majestuosa que se alzaba sobre el centro de la ciudad. Tanta opulencia y pulcritud en contraste con el caos y la desigualdad que se respiraba en la Plaza de Armas.

—Necesito estar sola —le dijo a su tío—, necesito pensar.

—Gabriela…

—Por favor.

Él accedió y se marchó. Manuel sabía que si la agobiaba más de lo estresada que ya estaba solo conseguiría hacerle tomar una mala decisión.

Cuando se quedó a solas, Gabriela se detuvo en medio de la plaza tratando de ordenar sus pensamientos. La independencia de Perú parecía estar cada vez más cerca y cada vez eran más las personas de su entorno que tomaban partido en el conflicto que se avecinaba, ya fuera hacia un bando o hacia el otro. Para ella, la decisión que tenía que tomar se veía afectada por la colaboración que había pactado con los independentistas, pero también por las amenazas que se cernían sobre su familia y su empresa.

La imprenta que había levantado su difunto padre.

Horas después, Gabriela decidió solicitar una reunión con los independentistas. No tenía más opción que contarles la verdad. Al fin y al cabo, ellos tenían que entender que debía separarse como integrante de la causa.

Tras mucha insistencia logró reunirse con el hombrecito en una sesión de urgencia en el café Palacio de Concierto. A Gabriela le sudaban el cuerpo y las manos. Sentía que las antorchas que iluminaban la sala parecían quemarla bajo la tenue luz que la interrogaba. Ella le explicó la propuesta del Virrey y el conflicto en su cabeza; se debatía entre su lealtad a la causa independentista y la necesidad de proteger a su familia de alguna represalia del virrey De La Serna.

—Entiendo tu situación, Gabriela. Sabemos que la familia es importante, pero también lo es nuestra lucha por la independencia, y ya teníamos un plan en plena marcha.

—Por favor, créame, yo quiero ayudarles.

—Entonces… Déjame pensar, quizás haya una solución que beneficie a ambas partes.

El hombrecito se acomodó los lentes. Una gota de sudor se desprendía de sus patillas, la misma que atajó con el pañuelo que llevaba en la camisa.

Gabriela le daba vueltas a la idea de una supuesta solución de la que el hombre hablaba, solo que ella no veía la salida. Si se quedaba con ellos corría el riesgo de ser atrapada por los espías del virrey y pondría en riesgo a toda su familia y la operación.

—Lo que te propongo, querida Gabriela, es lo siguiente: acepta la oferta del Virrey. Tienes que mantenerte cerca de él y hacernos saber cada paso que él quiera dar.

—¿Cómo?

—Si estás cerca de su entorno podrás conocer sus planes y movimientos militares, y así podremos estar un paso adelante en la lucha por la independencia. Tú mejor que nadie sabes que aquel que controla la información es el que tiene todas las de ganar.

Gabriela se sentía abrumada ante aquella idea. En primer lugar porque no esperaba un cambio tan repentino de planes. Pero a eso debía sumar que ahora su tío Manuel estaría en medio de aquel asunto y tendría más de un ojo observándola. Continuar con ellos significaba darle la espalda a su familia. ¿Y si el virrey la descubría? Estaba segura de que todos los Cervantes acabarían ajusticiados en la plaza, del mismo modo en que ella había presenciado a los pobres universitarios. ¿Cómo iba a ser capaz de mentirle al Virrey sin amedrentarse?

—Sé que es difícil lo que te estoy pidiendo, Gabriela. Entiendo la gravedad de tu caso, y voy a entender si finalmente no puedes lidiar con esto, pero que te quede claro… —El hombre meditó su discurso para tratar de parecer más diplomático con ella—. Lo que estás haciendo no tiene que ver con la traición.

—Es precisamente de lo que se trata —le corrigió ella.

—No. Esta es una oportunidad para hacer algo grande por nuestra causa. Estoy seguro de que si aceptas, podrás ayudarnos de una forma muy valiosa. Estaremos a tu lado apoyándote en todo momento. No olvides que el virrey tiene espías en todos los rincones de esta ciudad, pero nosotros también.

Después de escuchar la propuesta, Gabriela se quedó en silencio unos segundos, tratando de procesar todo lo que acababa de escuchar, evaluando todos los posibles finales para su historia. Sabía que, sin darse cuenta, ya se había metido de lleno en el fango. Así que finalmente levantó la mirada, dispuesta a enfrentarse al virrey.

—Nunca he sido espía, y no tengo idea de cómo hacerlo —dijo con voz temblorosa.

El líder de los independentistas se acercó a ella y le puso una mano en el hombro, era incapaz de ocultar su gratitud.

—Gabriela, estamos hablando de una oportunidad única con el menor derramamiento de sangre. Y no tienes que hacer nada que te haga sentir en peligro. Cíñete a hacer lo que te he pedido. Quiero que

estés cerca del Virrey, que te dediques a observar sus movimientos. Si descubres algo interesante, nos lo cuentas.

—Entiendo lo que dices, pero ¿cómo puedo hacerlo sin levantar sospechas? El Virrey no es nuevo en esta tierra, sospechará de mí si empiezo a hacerle preguntas o a seguir sus movimientos —dijo ella con visible preocupación.

El líder de los independentistas sonrió.

—Eso es algo que podemos ayudarte a resolver. Tenemos personas experimentadas que pueden enseñarte lo que necesitas para pasar desapercibida. Sabemos que el virrey es un hombre que intimida a cualquiera. Simplemente, haz lo que siempre has hecho: fingir que estás de acuerdo con él. Actúa con naturalidad, dile que si a todo lo que te pida.

—Qué fácil parece —respondió en tono irónico.

—Pues sí. Y si algo sale mal, no te preocupes, estaremos ahí para y protegeros, a ti y a tu familia. Créeme, somos capaces de responder ante cualquier ataque. Eres una de los nuestros.

Gabriela asintió de nuevo, esta vez con un poco más de confianza sobre sus hombros. Sabía que no iba a ser fácil, pero también sabía que no podía quedarse de brazos cruzados mientras su tierra se debatía en una guerra.

Sin más que decir, se despidió de su líder y abandonó el café.

Al salir a la calle, sin embargo, Gabriela cruzó la esquina de la calle y notó que había un hombre observándola, oculto entre la penumbra. Parecía un chico joven y estaba descansando en la columna de un soportal. Al pasar por su lado, Gabriela se dejó invadir por un fuerte olor a alcohol y, cuando fijó la mirada en él, rápidamente se dio cuenta de que se trataba de Diego Silva. Llevaba la ropa sucia y desgastada, y las moscas revoloteaban a su alrededor. En ese momento, y por un breve instante, a Gabriela le resultó abrumador confirmar lo que tanto decía la gente de su entorno. Diego se había convertido en un alcohólico que no tenía a dónde ir.

Arrastrada por la lástima que sentía, Gabriela se acercó más y él trató de ayudarlo a ponerse en pie, pero él la empujó bruscamente.

—¿Qué quieres de mí? ¿Acaso no te bastó con haberme arruinado la vida? —Dijo Diego, quien, a pesar de fingir sorpresa, parecía estar esperando a que ella saliese a la calle.

—Siento mucho escuchar eso de tu boca, pero esa nunca fue mi intención. No es así como pasaron las cosas. Es el alcohol quién habla por ti.

—Claro que no, tú nunca tienes la intención de hacer nada malo, no haces nada malo, ¿acaso me diste la oportunidad de cambiar las cosas? Te olvidaste de quién te enamoraste.

—Diego, ¿por qué sigues haciendo esto? ¿Por qué no tratas de cambiar tu vida? Yo he seguido adelante y tú también puedes hacerlo. El tiempo lo cura todo.

—¿Cambiar mi vida? ¿Cómo quieres que haga eso? ¿Acaso eres ciega? Me lo jugué todo por ti, porque te amaba.

—Y me traicionaste.

—Me disculpé contigo, Gabriela. Quería seguir contigo, tú y yo pudimos haber hecho grandes cosas juntos.

—Mira, creo que lo mejor es que sigas tu camino.

—No me des consejos, Gabriela. Yo sé lo que hago y cómo lo hago. Y además, te advierto que tengas cuidado con el virrey, no es un hombre que se deje engañar fácilmente.

—¿Qué has dicho?

—Yo también sé algunas cosas —dijo Diego, quien de repente había adoptado una actitud misteriosa hacia ella.

—Explícame qué demonios estás insinuando.

—Solo te estoy dando un consejo, Gabriela. No te metas en asuntos que no te corresponden. Y menos aún, no trates de espiar al virrey. Lo que hacíamos en Anónimos fue… No te lo voy a permitir nunca más, ¿sabes? Esa fue mi idea. Y nunca te he traicionado.

—Sé que no vas a hacerlo —sentenció ella—, porque en el fondo eres una buena persona. O al menos eso es lo que quiero creer.

—Tal vez te lleves una sorpresa.

Acto seguido, Diego solo se despidió de ella con una mirada fría y se alejó tambaleándose.

Gabriela tragó saliva tras el encuentro. ¿Qué demonios sabía él sobre su situación? ¿Acaso alguien más lo sabía? ¿De qué estaba tratando de advertirle? ¿Tal vez se trataba de una trampa del virrey?

30

La desidia se apoderaba de Gabriela conforme pasaban los días.

Su corazón latía preocupado y desilusionado después del encuentro que había tenido con Diego. Por más que creía haberlo olvidado, no podía ocultar su tristeza por la forma en que las cosas habían terminado con Diego. En el fondo, temía sentir aún un amor profundo por él, a pesar de la distancia que los separaba después de su ruptura.

Mientras trabajaba sin descanso en su imprenta, no podía dejar de pensar en él. Cada centímetro que recorría por los pasillos, cada documento que imprimía. Todo era un recordatorio constante de su amor perdido y de los ratos que había pasado allí con él. Su mente estaba llena de recuerdos y emociones, y su corazón estaba lleno de un dolor profundo. Aunque tratara de mantenerse ocupada, en sus pensamientos sólo había espacio para Diego, un hombre que, sentía, la había dejado marcada para siempre.

Y aunque él ya no estaba, Gabriela continuaba con la labor que ambos habían iniciado con Anónimos. Se encontraba revisando los últimos ejemplares del diario cuando escuchó la voz de Diego a sus espaldas. Al principio pensó que se trataba de su imaginación, pero entonces él le acarició el hombro. No pudo ocultar su sorpresa cuando notó que él estaba limpio, bien vestido y que llevaba un ramo de flores en la mano. A pesar de que se sintió un poco herida por el encuentro pasado, lo miró aliviada al descubrir que él no estaba borracho.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que tal vez podríamos hablar —respondió Diego, ofreciéndole un ramo de flores.

Gabriela frunció el ceño, las tomó y las colocó en un jarrón con agua. Por un instante aquellas flores llenaron de vida la imprenta, así como los sentimientos de Gabriela.

—Perdóname por todo lo que te hice, Gabriela. Por la pelea en el baile con tu amigo, los insultos, y por las palabras que te dije ese día que me encontraste en la calle. Estaba avergonzado y no supe gestionarlo. No quería hacerte daño, o más bien sí quería, quería que sientas el dolor que yo sentí, pero no estaba hablando desde la razón, sino desde mi rabia.

Diego estaba a punto de romper a llorar.

Gabriela se acomodó en la mesa para prestarle toda su atención y

su cariño. A lo lejos, todos los empleados que habían visto la entrada de Diego en la Imprenta Cervantes sonrieron al ver que ambos estaban charlando de nuevo.

—Lo siento, no encontraba la salida a esta melancolía que siento.

Gabriela suspiró, al tiempo que observaba una vez más las flores. Eran preciosas, rosas y claveles que desprendían un aroma que inundaba el espacio de frescor.

—Lo sé, Diego. Gracias por haber decidido venir de esta forma tan… diplomática. Yo ya no te guardo ningún rencor. Al contrario, creo que podemos llevarnos bien.

Él esbozó una sonrisa esperanzada.

—¿Sabes? No quiero que te pase lo mismo que a mí.

—¿A qué te refieres?

—No sé… —dudó—, temo que ahora que estás dentro del Gobierno… Sea todo más complicado para ti.

Gabriela se quedó en silencio, reflexionando con visible desconcierto sobre las palabras de Diego.

—¿Qué sabes de mí?

—Todo. Y te advierto como amigo, trabajar para el virrey no es nada fácil. Te lo digo por experiencia propia. —Diego había adoptado un tono muy serio—. Ten cuidado.

Ella trató de fingir que no le afectaba el comentario, pero era incapaz. Sabía que él tenía razón, pero aun así no podía evitar sentir que estaba atrapada en una situación que él no iba a ser capaz de comprender.

—¿Qué me recomiendas, Diego? —preguntó, finalmente.

—Que te alejes de todo esto. De la política, del virrey, de todo. Temo que te conviertas en lo que yo me convertí. O peor, que esto acabe pasándote factura.

—¿En qué sentido?

—Estás jugando en dos bandos que se odian a muerte. Creo que deberías dejar esta imprenta ahora que tienes a De La Serna detrás tuyo —dijo él.

—¿Y abandonar Urpi? Hay mucha gente involucrada en el proyecto, somos una familia. —Gabriela era incapaz de ocultar su preocupación.

—Sí.

Ella se derrumbó por completo ante sus advertencias.

—Lo siento, Diego. Gracias por tus consejos, pero este es mi camino.

Ella le invitó a salir del edificio, pero él se detuvo de nuevo en medio del pasillo, rodeado por el vaivén de los empleados.

—Escucha, no sé el qué, pero algo se me va a ocurrir. Lo importante es que estés a salvo.

—Te lo agradezco, pero…

—Por favor —la cortó Diego con una sonrisa. Después la miró fijamente, sus ojos desesperados reflejaban el arrepentimiento que sentía en su corazón—. Lo siento mucho, Gabriela, nunca debí haber hecho lo que hice. Lo arruiné todo, y no sé cómo arreglarlo otra vez. Pero quiero enmendarlo, quiero protegerte.

Gabriela lo miró con tristeza.

—Yo no necesito que me protejas, Diego. Y no sé si quiero dejar que arregles nada. Y tampoco sé si quiero tu ayuda de nuevo. Créeme que la aprecio, pero ya me hiciste mucho daño, no sé si podré volver a confiar en ti de nuevo.

Diego observó la imprenta por un momento. Tantos recuerdos en un espacio tan pequeño, tantas ilusiones que habían construido juntos.

—Entiendo cómo te sientes Gabriela, pero por favor escúchame. —Diego agachó la cabeza y suspiró antes de continuar—. Como ya debes saber, he estado trabajando para el ejército del virrey todo este tiempo y sé algunas cosas que podrían interesarte. Hace meses ayudé a capturar a varios jóvenes independentistas y les di información crucial sobre estrategias de ataque.

Gabriela lo miró con incredulidad.

—¿A dónde quieres llegar? Ya sé que trabajas para el virrey, Diego, y ya sé lo que les hacen antes de matarlos. Esos torturadores…

—Es el procedimiento —dijo Diego, como si tratase de justificarte.

—¿De qué vas? —Gabriela no pudo evitar elevar el tono de voz—. Entiendo que te hayas vendido por unas monedas, pero de ahí a defender sus abusos… Tú eras un rebelde, un hombre culto.

Diego fijó su mirada en los ojos de Gabriela.

—No tenía opción.

—Siempre hay opción.

—No, el virrey no acepta un no por respuesta.

Se hizo un breve silencio entre ambos. El trabajo en la imprenta continuaba a sus espaldas, pero entre ellos acababa de crearse un nuevo muro que parecía imposible de franquear.

—Tienes razón —dijo él—. Me he equivocado. Después de lo que pasó contigo en el baile, me di cuenta de que no podía seguir viviendo así, arriesgando mi vida de esta manera, viviendo lo que otros me decían que tenía que hacer. Te he perdido, yo solo quiero dejar esto y volver al derecho, que es lo que de verdad me apasiona.

Gabriela asintió lentamente, tratando de procesar toda la información. Estaba convencida de que todavía había algo que él no acertaba a decirle.

—¿Por qué has venido? Te presentas aquí después de tanto tiempo, te disculpas con un ramo de flores y me pides… No sé ni lo que quieres.

Diego se encontraba sumido en la duda más abrumadora de su vida. La confesión que debía hacerle a Gabriela era de una gravedad y peligrosidad que lo mantenía en vilo. Su mente revoloteaba entre los riesgos y peligros que implicaba la confesión que debía hacerle a Gabriela. Sabía que las consecuencias podrían ser catastróficas, pero también era consciente de que era necesario hablar. No podía permitirse el lujo de perderla, pero tampoco podía mantener ese secreto oculto por más tiempo. Sabía que su conciencia y su amor por Gabriela eran los únicos motivos que lo empujaban a dar el paso decisivo. Así pues, con el corazón en un hilo y la frente perlada de sudor, Diego decidió que era momento de hablar.

—Tu tío Manuel.

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? ¿Sabes algo de él?

—Así es —se lamentó.

Diego se acercó un poco más a ella y le susurró en voz baja.

—Manuel está involucrado en todo esto, Gabriela. Él estuvo presente en la ejecución de los independentistas en la plaza, y se aseguró de que esos jóvenes acabasen encontrándose con la muerte. Tu tío es un hombre peligroso, más allá de sus negocios. Es un degenerado, Gabriela, el alma de bares y burdeles. Y si llegara a enterarse de que estás empezando a actuar en contra del virrey, te delataría sin dudarlo. Estoy seguro.

Gabriela se quedó atónita tras recibir la noticia. Su mente se sumió en un torbellino de pensamientos, incapaz de asimilar toda la información que acababa de escuchar. Su corazón latía con fuerza en su pecho, mientras intentaba procesar cada palabra que había salido de los labios de su amado.

Diego permanecía a su lado, con la mirada baja y la tristeza impregnada en su rostro. El silencio reinó durante unos minutos, hasta que Gabriela encontró las fuerzas para hablar.

—¿Qué puedo hacer?

—Intentaré ayudarte —sentenció Diego. Luego le tomó delicadamente la mano—. Hay muchas cosas que no comprendemos en esta vida, pero no voy a dejarte sola en un momento como este.

Gabriela asintió con tristeza. Todo lo que creía conocer sobre su familia y su lugar en el mundo parecía desmoronarse frente a ella. Pero se armó de coraje y decidió enfrentar la situación con determinación.

Era el momento de tomar las riendas de su destino y forjar su propio camino en el mundo.

—Está bien —dijo ella— Pero no pienso dar un paso atrás.

31

A la mañana siguiente, Gabriela entró en la pequeña habitación situada en la parte trasera de la imprenta, donde los miembros del diario Anónimos se reunían para planear y discutir los próximos pasos de la publicación.

Con una cerradura de hierro oxidado, la puerta se abría con un chirrido que anunciaba la llegada del viento nocturno. Dentro se respiraba un silencio oscuro e inquietante, interrumpido únicamente por el sonido de la vieja prensa manual que trabajaba incansablemente.

La habitación estaba iluminada por una única vela que titilaba en un rincón, y su luz creaba sombras donde se apilaban resmas de papel y botellas de tinta. Daba miedo estar allí, pero era en aquel lugar clandestino donde se cocinaba la verdad que el diario Anónimos tenía que contar, a cualquier precio. A simple vista, parecía un espacio oscuro y mórbido, pero al pasar las telas que cubrían la entrada, se revelaba un mundo completamente diferente. En este espacio subterráneo, todo giraba alrededor de la impresión y la producción del diario. Un viejo prensado ocupaba el centro de la habitación, rodeado de estantes llenos de tipos de imprenta. El olor a tinta fresca y papel invadía cada rincón, mientras un grupo de hombres, con la mirada concentrada, trabajaban con destreza y agilidad.

Gabriela se acercó a la mesa en la que algunos de ellos estaban sentados y todos se pusieron de pie para recibirla. La habitación estaba llena de humo de tabaco y el olor a tinta fresca se mezclaba con el sudor y la ansiedad de los hombres que allí se encontraban. Ella tenía un mal presentimiento y debía advertirles a sus muchachos que tomasen precauciones al respecto.

—Buenas tardes, chicos —dijo Gabriela con una sonrisa amistosa, aunque sus ojos reflejaban la preocupación que sentía—. Quiero hablar con ustedes acerca de algo importante.

Los hombres se miraron entre sí con preocupación, conscientes de que cualquier noticia que viniera de la mujer que ahora estaba frente a ellos podría ser muy importante y peligrosa a la vez.

—Estamos llegando a un punto crítico en nuestra lucha por la independencia. El virrey podría estar comenzando a sospechar de nosotros y no podemos permitir que nos descubra. Es por eso que a partir de ahora debemos ser muy discretos con nuestros movimientos,

no podemos confiar en nadie que no sea de confianza —dijo en un tono tan serio como apesadumbrado—. Confío en todos ustedes.

Los hombres asintieron en silencio. Pero el ambiente se tornó aún más tenso cuando ella continuó su relato.

—También quiero pedirles que no revelen la ubicación de esta imprenta a nadie, incluso a aquellos a quienes consideramos aliados. El virrey y sus espías están a la orden del día y cualquier indicio de nuestro paradero podría ser fatal para nuestra causa. A los repartidores les llevaremos los diarios en mano y se los entregaremos en la plaza a partir de ahora. Aún así, les ruego que de ser capturado cualquiera de ustedes, den mi nombre, no se molesten en cubrirme. ¡Y es una orden!

Los hombres se miraron, desconcertados, y comenzaron a hablar entre sí en voz baja, discutiendo la importancia de mantener la discreción y lo que esto significaría para el futuro de la independencia. Gabriela observaba la conversación en silencio.

—Comprendemos la importancia de lo que nos dices, Gabriela,— dijo uno de los miembros del diario, el más veterano de la contienda que hacía las veces de líder—. Nos aseguraremos de que nuestra presencia aquí sea desconocida para todos, incluso para aquellos en los que confiamos.

Gabriela asintió con agradecimiento. Sabía que no podía confiar en nadie más que en su pequeño grupo de hombres leales para llevar a cabo la tarea. Los próximos días serían cruciales para su causa, pues se avecinaban nuevas revueltas y levantamientos. Y ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para asegurar la victoria.

Esa noche, Diego estaba esperando por fuera del teatro, en una esquina, mientras observaba a la multitud salir tras la función. Su mirada se posó en el joven actor, Marcos Camacho, que salía del lugar acompañado por algunos amigos. Diego se acercó rápidamente a él, tomándolo del brazo con fuerza.

¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó el actor, asustado por la mirada fría y amenazante de Diego.

Quiero que cuides a Gabriela —dijo, apretando su brazo con más fuerza—. No quiero que le pase nada malo por culpa de ustedes. Y si algo le sucede, tú y tus amigos serán los responsables.

Marcos intentó soltarse de la mano de Diego, pero este lo mantuvo agarrado con

—No sé de qué estás hablando, no tenemos nada que ver con tus asuntos —respondió Marcos, tratando de mantener la calma.

—No me importa si tienes algo que ver o no —dijo Diego, acercando su rostro al del actor—. Si algo le sucede a Gabriela, yo sé a quién buscar, y no tendrás ninguna posibilidad de escapar.

El actor tragó saliva, sintiendo el sudor frío en su frente.

—Tú eres el borracho.

—Era. Te estoy amenazando, soy amigo del virrey y puedo hacer que todo tu mundo caiga si le digo que estás con los independentistas.

—Está bien, está bien… —dijo él finalmente, tratando de liberarse del agarre de Diego.

—Me alegro que lo entiendas —respondió Diego, soltándolo finalmente—. Y recuerda, cualquier cosa que le suceda a Gabriela, serás tú el responsable.

Marcos asintió con la cabeza, tratando de alejarse lo más rápido posible de sus amenazas.

Diego lo observó alejarse con una sonrisa satisfecha en su rostro, sintiendo que había logrado su cometido.

Se marchó, dando un eterno paseo por las calles del barrio del Corral.

La mirada de Diego estaba fija en el horizonte mientras su mente se consumía en una mezcla de miedo y deseo. Diego se encontraba en un dilema complicado. Por un lado, su corazón anhelaba estar junto a Gabriela, la mujer que había robado su alma. Por otro, su deber hacia la protección de la ciudad como hombre del virrey. Se había visto obligado a amenazar a ese actor para proteger a Gabriela de los peligros que acechaban en Lima por culpa del virrey, pero la verdad es que el peso de sus propias emociones también pesaba sobre él.

Diego suspiró, sabiendo que no tenía otra opción que seguir adelante con su plan. Sin embargo, sabía que debía mantener la compostura y su fría determinación para que ella no corriera peligro alguno. Debía separarlos, pues no podía evitar sentirse celoso y posesivo. En medio de toda esa confusión, su lealtad y amor hacia Gabriela era más fuerte.

Diego sabía que debía actuar con cautela para que su misión no fallara y, al mismo tiempo, para no perder a la mujer que con tanto fervor amaba. Haría cualquier cosa para protegerla, incluso si eso significaba poner en riesgo su propia vida.

Gabriela estaba sentada en su habitación, mirando por la ventana y evocando la memoria de su hermano. Recordaba los días en que él era el Capitán de la Guardia Real Española. Cada vez que regresaba a casa, Antonio lo hacía vistiendo su imponente uniforme de gala. Gabriela lo veía con nitidez, con su casaca azul oscuro con botones dorados, pantalones a juego y su gorro con plumas. Era un hombre alto y apuesto, con una sonrisa que llenaba de alegría la casa en la que vivían. Recordaba cómo jugaba con ella y la cargaba en hombros cuando era adolescente, haciendo que ella se sintiera como la persona más importante del mundo. Era un hermano amoroso y protector,

siempre dispuesto a escucharla y aconsejarla en cualquier cosa que necesitara.

Gabriela siempre había sido más cercana a su padre y a su hermano que a su madre. Cuando su hermano partió a la guerra, ella se quedó destrozada. Esperaba ansiosamente sus cartas y noticias, aunque eran cada vez más escasas. A veces se preguntaba qué hubiera sido de él si no hubiera ido a morir a esa maldita contienda. Quizás estaría casado y tendría hijos, pero todo eso eran meras especulaciones. La realidad era que su hermano había muerto en el cumplimiento de su deber como soldado.

Una guerra que no tenía ningún sentido.

Gabriela suspiró y se secó una lágrima. Sabía que nunca podría olvidar a su hermano, pero trataba de aferrarse a los buenos recuerdos que tenía de él. Él siempre estaría en su corazón, y eso era lo único que importaba.

Después de recordarlo, Gabriela entró a la habitación que Antonio solía ocupar años atrás y comenzó a buscar entre varios artículos. Entre tantas cosas, encontró su traje de capitán. Era increíble lo bien que se había conservado a pesar de que había muerto en combate, tan solo tenía algunas roturas y telas desgajadas. Pero al seguir rebuscando entre la ropa, encontró algo que no esperaba ver. Se trataba de un montón de cartas de una mujer desconocida dirigidas a su padre. Gabriela las leyó y todas tenían el mismo mensaje: "Por favor, necesito hablar contigo. Es urgente".

Se queda perpleja. ¿Quién era esta mujer y qué quería de su padre?

Recordaba que Rodolfo siempre había sido un hombre muy reservado, y nunca había hablado con su familia sobre su vida personal. ¿Podría ser que esta mujer estuviera relacionada con su muerte? ¿O tal vez había sido una parte secreta de su vida que nunca había compartido? Sintió un nudo en el estómago al pensar en las posibilidades, y se prometió a sí misma investigar más sobre esa mujer. Tal vez era el momento de descubrir la verdad sobre su pasado.

Salió de casa con la cabeza llena de delirios por las cartas. Y en ese momento se dio de bruces con su tío Manuel en plena calle. Él la detuvo y le pidió hablar en el salón de la casa. Gabriela sabía que la conversación no iba a ser agradable. Una vez volvieron al salón, Manuel comenzó a hablar.

—El virrey no puede esperar más, Gabriela —dijo él con impaciencia—. No podemos permitir que los insurgentes nos arrebaten lo que es nuestro. No esperes a que él mismo te mande a la Guardia. Actúa antes de que sea demasiado tarde.

Gabriela intentó calmarse antes de responder.

—Todavía lo estoy pensando, tío —dijo ella—. No puedo tomar la

decisión así como así. Necesito tiempo para reflexionar.

Manuel frunció el ceño.

—¿Qué hay que pensar? Esos independentistas son unos traidores a la Corona, deben ser detenidos. Es tu deber ayudar al virrey.

Pero Gabriela no estaba de acuerdo, y por primera vez no tenía intención alguna de dejarse amedrentar.

—Mi deber es con la verdad y la justicia, tío. No puedo simplemente hacer lo que me piden sin pensar en las consecuencias.

Manuel se impacientaba cada vez más.

—¿Consecuencias? No hay nada que temer si estás haciendo lo correcto. Pero si sigues retrasando esto, las cosas pueden empeorar. Piénsalo bien.

La conversación se intensificó y Manuel comenzó a elevar aún más la voz.

—¿Qué pasa contigo, Gabriela? ¿Por qué actúas como una «india de mierda»? Deberías estar orgullosa de nuestra herencia española y apoyar al virrey.

—Tengo que pensar —balbuceó ella.

—¡Es que no hay nada que pensar!

Gabriela se mantuvo firme, a pesar de la reprimenda.

—No me ofende ser india, tío. Prefiero ser una india a ser como usted, violento y cegado por su orgullo español. Ya sé que estuviste involucrado en la ejecución de aquellos insurgentes en la plaza. Sé que trabajas para el virrey desde hace mucho.

—¿Qué demonios importa la vida de unos indios? ¡No te metas en donde no te llaman!

—Esta tierra es de todos —sentenció ella.

—Pero qué dices…

Manuel no pudo aguantar más la conversación. Se levantó y salió furioso del salón, dando un portazo.

Gabriela se quedó en el salón, triste y frustrada por la discusión con su tío. Sabía que él era un hombre duro y arrogante, pero nunca creyó que estaría tan de acuerdo en aplicar la violencia más cruel para reprimir a los insurgentes. Minutos después volvió a salir de su casa hecha un mar de lágrimas.

Se disponía a subir al carruaje cuando se encontró con la señora María Roca Yupanqui, quien la esperaba con una vianda de comida en la mano.

—Para ti, mi querida.

Gabriela agradeció el gesto de la señora y la invitó a subir con ella a la carroza, pero ella declinó amablemente la oferta.

—Mejor caminemos un poco, mi niña —dijo la señora Roca, ofreciéndole su brazo.

Gabriela aceptó y juntas empezaron una travesía sin rumbo a

través de la acera.

Mientras andaban, la señora Roca le hablaba sobre la belleza de la ciudad y acerca de los cambios que había notado en los últimos años. Gabriela apenas la escuchaba, pues estaba distraída con sus propios pensamientos y sentimientos. Eran demasiadas las preocupaciones que la asaltaban en estos últimos meses.

Pero con el paso de la tarde, Gabriela comenzó a distraerse. Poco a poco se percató de lo contenta que se sentía de estar con la señora Roca. Ese simple gesto de llevarle comida para charlar la había hecho sentir mucho mejor. Todo cambió cuando el carruaje de la familia Cervantes las alcanzó en medio de un parque.

—Disculpe, señorita Gabriela —dijo el cochero—, no debería pasear por aquí.

—No se preocupe. Estoy bien.

—Es una orden de su familia —insistió el muchacho, quien se notaba incómodo por tener que hablarle de esa forma.

Gabriela estaba a punto de montar en cólera, pero decidió dejarlo estar por el momento. No quería tener un nuevo enfrentamiento con esa familia que cada vez le resultaba más ajena. Le ofreció a la señora Roca acercarla hasta su casa y esta aceptó.

El cochero bajó entonces de su puesto y les abrió la puerta del carruaje. Ambas subieron, y se dejaron llevar por el paisaje al tiempo que retomaban su conversación sobre temas triviales, mecidas por los suaves traqueteos que producía el piso empedrado.

A pesar de estar rodeadas por la belleza colonial de la ciudad, sus atentos ojos disfrutaban de las risas y chismes, las dos mujeres compartían historias de los últimos eventos de Lima. Nada de política ni de guerras, solo anécdotas detalladas de quién llevó qué vestido y quién asistió a qué cena. La conversación era amena y fluida, haciendo olvidar a las dos amigas el constante calor que los envolvía. Mientras el carruaje avanzaba, el sol jugaba a esconderse detrás de las nubes, iluminando brevemente el rostro de las dos mujeres, mostrando la felicidad de su amistad.

Cuando llegaron a la casa de la señora Roca, Gabriela se bajó del carruaje y agradeció de nuevo el gesto de la comida que le había preparado. María le dio un abrazo antes de despedirse.

—Cualquier cosa que necesite, estoy aquí para ayudar.

—Gracias, María.

Gabriela se sintió reconfortada y agradecida por la amistad de la señora Roca, y se prometió a sí misma no olvidar su gesto bondadoso y visitarla más a menudo.

Su padre nunca se equivocaba al iniciar una relación. Y María era una gran persona.

32

La tarde era de una calidez inusual, pero no había nada que el calor del sol pudiera hacer para calmar los ánimos de la familia de Gabriela. Después de varios días de conversaciones tensas y llenas de reproches, era hora de que los miembros de la familia se reunieran para discutir el futuro de Gabriela. Su familia estaba muy preocupada por el rumbo que estaba tomando la joven. Por ello, bajo las órdenes de Manuel y Jacinto, todos los tíos, tías y primos de la joven decidieron reunirse sin su presencia para hablar del futuro y de la incertidumbre que había en Lima en esos momentos. Todos temían que Gabriela estuviese poniendo en riesgo el apellido de todos.

La reunión tuvo lugar en la imponente sala de estar de la residencia. A excepción de la joven, todos los miembros de la familia estaba sentada alrededor de una gran mesa de caoba mientras se discutía el destino de Gabriela.

—Creo que deberíamos apartar a Gabriela antes de que lo arruine todo —comenzó Manuel.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó su esposa.

—Ella no está capacitada para dirigir la empresa. Si seguimos confiando en ella, nos llevará a la ruina.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó otra de las tías de Gabriela.

—Debemos encontrar a alguien que pueda dirigir la imprenta —respondió Manuel—. Alguien con experiencia y conocimiento del negocio.

—Pero ¿no podemos darle una oportunidad a Gabriela? —preguntó otra de las tías.

—¿Más de lo que ya le hemos permitido? ¿Una oportunidad para qué? No podemos permitir que eso suceda.

Cada uno tenía una opinión distinta sobre qué debería hacerse, y el debate se prolongó durante horas. Las últimas semanas habían sido aún difíciles debido a su comportamiento rebelde. Los rumores decían que se relacionaba con grupos de hombres de dudosa reputación. Uno a uno, los miembros de la familia compartieron sus preocupaciones, recordando historias sobre su conducta y debatiendo sobre su futuro en la empresa.

—Además —agregó otra tía—, ¿qué podemos esperar de alguien que tiene alma de india y apoya a los independentistas? Me

perdonarán, pero es lo que se dice por ahí. Y ella no ha hecho sino confirmarlo dejando plantado al mismísimo virrey.

Finalmente, todos estuvieron de acuerdo en que Gabriela no era la persona adecuada para dirigir la imprenta.

Tenían que echarla fuese como fuese.

Por su bien.

33

Gabriela estaba tumbada en su cama cuando un sirviente entró apresuradamente.

—Señorita, ¡han atacado el Palacio Virreinal!

—¿Cómo? —Dijo ella, al tiempo que se incorporaba.

—Los independentistas han incendiado los accesos y han dejado mensaje amenazantes para el Virrey —anunció el sirviente, aún temblando por la noticia.

Gabriela dejó caer el libro que tenía junto a ella, con una expresión de miedo en su rostro. Sabía que las tensiones entre los independentistas y el Virrey habían ido en aumento, pero nunca imaginó que llegarían al punto de atacar el Palacio Presidencial tan rápido.

—¿Y sabes qué mensaje dejaron? —preguntó ella, tratando de mantener la calma.

—Tus días están contados, la Serna —respondió el sirviente— y dispararon a los soldados custodios a matar. ¡Estamos en guerra, estamos en guerra!

—Tranquilo, tranquilo.

Gabriela intentaba mantener la calma. Sabía que la situación era peligrosa, y tal vez lo más sensato sería huir por si se complicaban aún más las cosas. Pero no podía, ya estaba en medio de aquella causa y solo quedaba seguir para adelante. Su imprenta debía continuar con los diarios para avivar aún más la llama. Así que Gabriela decidió que había llegado el momento adecuado para hacer un movimiento audaz. Si su tío y su familia estaban dispuestos a trabajar con el virrey, tal vez podrían ayudarle a resolver la situación.

—Mande a buscar a mi tío Manuel —dijo Gabriela al sirviente—. Necesito hablar con él sobre un asunto muy importante.

—A la orden.

Poco después su tío apareció en la habitación, mirando a Gabriela con gesto de preocupación.

—Y ese milagro de que me estés llamando ahora, ¿a qué se debe? Ya te enteraste del ataque al palacio, ¿no? Ahora quieres que tu tío te acompañe a reafirmar el lado en el que estás.

Gabriela asintió.

—No, Manuel. Pero creo que es hora de que hagamos un trato. El Virrey necesita nuestra ayuda, y estoy dispuesta a trabajar con él para

resolver esta situación.

Su tío pareció sorprendido.

—Pero, Gabriela. ¿Estás segura? Tuviste tu oportunidad, y la desaprovechaste. Tu forma de pensar cómo funcionan las cosas es un tanto peligrosa. Después de lo sucedido, sería mejor que te alejes de todo esto. Podrías considerar ir a España por un tiempo para estar con tu madre. Ten en cuenta que la ciudad ya no es segura. Y menos para ti.

Gabriela no pudo evitar sentir que su tío se había referido a ella con cierto desdén.

—¿Insinúas algo?

—No —mintió él.

Está bien, pero no —zanjó Gabriela con determinación—. No puedo simplemente huir de lo que está pasando, como si fuera culpable de algo malo. Yo me quedo aquí.

—Es que… quizás sí eres culpable.

—No en mi conciencia.

Su tío pareció impresionado por la valentía de su sobrina.

—Está bien, si eso es lo que quieres, allá tú. Pero asegúrate de tener cuidado. Iré contigo a la gobernación para que tú misma te encargues de hablar con él.

Gabriela sonrió y asintió.

—Gracias, tío. Pero quiero que sepa que puedo manejar esto sola. Sólo te llamé para avisarte, por una mera formalidad.

Su tío suspiró y asintió, consciente de que no podría persuadir a Gabriela para que cambiara de opinión. La joven se puso su capa y se dirigió hacia la sede de Gobernación, decidida a colaborar con el virrey.

A su manera.

Gabriela avanzaba por las tumultuosas calles de Lima, sintiendo el miedo apoderarse de ella. Era una traidora a la patria, pero no tenía otra opción que seguir adelante. El trayecto hacia el Palacio del virrey era incierto y peligroso, rodeada de manifestantes y revueltas cada vez más frecuentes. Con su corazón latiendo con fuerza y el sudor frío en su frente, Gabriela se aferraba a la esperanza de que su destino final no la decepcionara. Las imágenes de la multitud que abarrotaba las vías cada vez que se giraba la hacían temblar. Sin embargo, con fortaleza, la joven avanzaba, empeñada en cumplir con su cometido.

La joven sentía el miedo latente en el ambiente y temía cada ruido que se escuchaba a su alrededor. A pesar de las miradas acusadoras que recibía por, ella se esforzaba por mantener su compostura y seguir adelante con su misión. La tensión se palpaba en el ambiente, mientras ella avanzaba entre barricadas y hogueras quemándose en las

calles. El miedo la embargaba, pero su determinación no flaqueaba, pues el destino de su amada ciudad estaba en juego.

Con el corazón latiendo a mil por hora, la joven finalmente llegó a la majestuosa entrada del Palacio del Virrey, ocultando con habilidad los documentos que podrían cambiar el rumbo de la historia. En ese momento supo que el futuro de su amado Perú estaba en sus manos y que se enfrentaba al mayor desafío de su vida.

Una vez dentro, Gabriela fue guiada por un mayordomo con uniforme impecable a través de un pasillo largo y elegante, con paredes cubiertas de pinturas y tapices. Llegaron a una sala de espera decorada con muebles de madera fina y alfombras tejidas a mano. La atmósfera era solemne y tensa, y Gabriela se sintió pequeña e insignificante en aquel lugar. Incluso las puertas y ventanas estaban elaboradas con madera y cristales de colores y formas impresionantes. Todo en el palacio exudaba el lujo opulento de aquel presente.

Después de unos minutos, un asistente del virrey la llevó a la oficina del mandatario. Era una habitación amplia y luminosa, con un escritorio de caoba en el centro, rodeado por sillas de terciopelo y varias estanterías llenas de libros y papeles. Los techos de altura inimaginable estaban decorados con murales de artistas renombrados, que representaban escenas de la historia del país. Los muebles de madera tallada y dorada a mano eran una maravilla en sí mismos, con detalles que dejaban sin aliento a cualquiera.

El virrey, vestido con su uniforme de gala, estaba sentado detrás del escritorio, revisando unos documentos. De lejos, daba la impresión de ser un hombre que no enfrentaba ningún miedo. Por la pulcritud de su vestimenta y la forma en que se movía, daba cuenta de que era un verdadero líder. Se notaba que era un hombre que debía tomar cientos de decisiones importantes en segundos, confiando la mayoría de sus razones en su forma de percibir el mundo. Y esa característica era la que lo había llevado a ocupar este puesto, aunque todo apuntaba a que estaba perdiéndolo poco a poco. Pero todas estas vicisitudes parecían pertenecer a otro hombre, y no a ese tótem de aspecto intocable que dirigía la colonia desde su escritorio.

Gabriela se acercó a él con paso firme, tratando de ocultar sus nervios.

—Excelentísimo Señor, gracias por recibirme en esta audiencia extraordinaria —dijo ella con voz suave y algo temblorosa.

El virrey la miró con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—¿De qué se trata, señorita Cervantes de Alarcón? Yo pensé que ya se había olvidado de la charla que tuvimos. —Su tono era frío y distante, pero Gabriela no quiso dejarse amedrentar y tomó aire antes de hablar de nuevo.

—Señor Virrey, he venido a decirle que acepto su propuesta. Estoy

dispuesta a trabajar para usted y para la corona, para hacer la campaña que usted me encargue.

—¿De verdad?

—Así es. Quiero lo mejor para la Corona.

—Vaya, pues sí ha tardado en decidirse.

—Lo he reflexionado y creo que es mi deber como ciudadana y miembro de la nobleza. Quiero apoyar a nuestra corona en estos tiempos difíciles. Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para asegurar la estabilidad y la prosperidad de nuestra patria. —Gabriela se defendía con plena convicción, tratando de que no se notasen sus nervios por lo que estaba haciendo.

El virrey la observó durante unos segundos más, meditó un instante en silencio antes de sonreírle de forma pícara y asentir con la cabeza.

—Ha tomado una gran decisión.

Y ella respiró aliviada.

—Muy bien, señorita. Espero que cumplas con tus promesas y trabajes con diligencia y lealtad.

—Por supuesto, Excelentísimo Señor. Puede contar conmigo.

El virrey le extendió la mano y Gabriela le devolvió el gesto con respeto y gratitud. Sus manos temblaban de emoción y nerviosismo.

Mientras cruzaba el majestuoso umbral para salir de la residencia del virrey, Gabriela sentía que su corazón latía con fuerza. Los siguientes acontecimientos serían el inicio de una aventura emocionante y peligrosa, capaz de poner en riesgo su vida y su lealtad.

El destino la había llevado a ser una espía al servicio del movimiento independentista.

A partir de ese momento, su destino estaba ligado al de la corona y al de su país. Sabía que era una responsabilidad enorme mantener esa doble vida, pero también una oportunidad única para dejar su huella en la historia.

34

Gabriela llegó a la reunión con los independentistas que iba a celebrarse en un pequeño salón de café en el centro de la ciudad, El Bazar de Conchita. La decoración era modesta, con sillas de madera y una mesa en el centro con algunos papeles y documentos. En un rincón había una estufa encendida que proporcionaba calor en la fría noche. Se respiraba un ambiente cálido y acogedor. Un halo de luz tenue proveniente de las lámparas de aceite iluminaba las mesas de madera de caoba finamente talladas y las sillas de terciopelo granate donde los comensales se sentaban para disfrutar de su aromático café recién hecho y exquisitos dulces que Conchita, la dueña, preparaba con esmero.

Los muros estaban decorados con cuadros de la flora y fauna de la región y un piano de cola, donde a veces Conchita tocaba, adornaba la esquina del salón. Los sonidos de las tertulias y risas de los clientes llenaban el ambiente, y los aromas exóticos de especias y frutas impregnaban el aire. El Bazar de Conchita, era el lugar ideal para aquellos que buscaban un remanso de paz entre la bulliciosa vida cotidiana de la ciudad. El aroma a café recién molido y la música en vivo creaban el ambiente perfecto para desconectar y disfrutar de un buen libro o una conversación animada con amigos. Pero, sin lugar a dudas, lo que realmente convertía a El Bazar de Conchita en un lugar único era su discreción, pues Conchita era fiel defensora de la causa y Gabriela sabía que podía confiar en ella. A partir de ese momento debía andarse con mucho cuidado para tener sus encuentros si no quería que el virrey la descubriese.

Los independentistas se encontraban sentados alrededor de una mesa escondida en la trastienda. Andaban discutiendo en voz baja cuando Gabriela se acercó a ellos. Habían estado trabajando en secreto durante las últimas semanas y por fin tenían una reunión en condiciones.

—¿Qué noticias tienes para nosotros, Gabriela? —preguntó uno de los líderes.

—El virrey ha movilizado a sus tropas para encontrar a los responsables del atentado en el Palacio Virreinal —respondió ella sin miramientos—. Por ahora no tengo más información, pero seguiré trabajando en ello.

Marcos Camacho también estaba presente en la reunión y se

dirigió a Gabriela sin perder un segundo.

—¿Y cómo podemos ayudarte? —preguntó él.

—Agradezco tu disposición, pero es mejor que trabaje yo sola. Podríamos poner en peligro la operación.

—Pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras tú estás en peligro —insistió el actor.

—Aprecio tus deseos, pero debemos ser cautelosos —insistió Gabriela—. Primero tenemos que esperar para ver cómo se desarrollan las cosas, luego decidiremos qué hacer.

El grupo de los independentistas asintió en silencio, todos eran conscientes de que Gabriela tenía razón. La situación era peligrosa y cualquier error podría tener graves consecuencias.

—Debemos mantenernos unidos y trabajar juntos —continuó Gabriela—. Si logramos infiltrarnos en el círculo cercano del virrey, podremos obtener información valiosa que nos permita luchar de manera más certera y acabar de una vez por todas con el Gobierno.

Los independentistas asintieron y entonces comenzaron a discutir planes para llevar a cabo la infiltración. Gabriela se retiró en silencio, consciente de que ahora tenía una tarea difícil por delante.

Debía regresar a la imprenta de Anónimos, mantenerse en secreto y trabajar desde allí con cautela para lograr su objetivo de liberar a su país de la opresión. Y el diario era la mecha que debía encender al resto del pueblo.

35

A la mañana siguiente, Gabriela volvió a solicitar una audiencia con el virrey. Según le había dicho, era tal su implicación en la causa que quería discutir con él la estrategia para frenar el movimiento independentista a través del diario Urpi, la coartada de su empresa, un diario que cada vez emitía menos ejemplares y solo se distribuía en los kioscos cercanos al Palacio para no llamar la atención de los gobernantes.

En ese momento, un capitán del Ejército Real irrumpió en la sala con un informe urgente.

—Mi señor, hemos descubierto la ubicación de una reunión de independentistas en el café Palacio de Concierto para esta noche. Hemos planeado una emboscada y atacaremos en breve, de esta no se salvan, se lo aseguro.

Gabriela contuvo la respiración, ese era el lugar que siempre habían usado para reunirse. Y no solo eso, sino que ella misma había acordado acudir esa noche con el grupo de independentistas.

De inmediato, el virrey se levantó de su asiento y ordenó a sus hombres que preparasen a la tropas limeñas para el ataque.

—No quiero que haya piedad con ellos, vamos a acabar con todos. Merecen la muerte —sentenció el virrey con el rostro encolerizado.

Cuando el capitán se marchó, De La Serna volvió a acercarse a ella.

—Gabriela, ¿estás bien? —preguntó el virrey al notar su preocupación.

—Sí, sí, Es solo… tengo un poco de dolor de estómago —respondió ella rápidamente, tratando de ocultar su nerviosismo—. Les deseo mucho éxito en el golpe de hoy.

El virrey sonrió con orgullo.

—¿Sabes? Hemos tenido este tipo de revueltas en otras colonias. Si no se atajan a tiempo, podrían llegar a ser muy problemáticas. Debemos cortar por lo sano, Gabriela. Y tú deberías hacer lo mismo en tu diario.

—En eso estoy —dijo ella con una fingida sonrisa.

Tan pronto como la reunión terminó, Gabriela se apresuró a salir y se dirigió al teatro para avisar a Marcos Camacho, él era su contacto más cercano con los independentistas y sabía que gracias a él podría dar el mensaje a tiempo al resto. Dudaba si debía alertarlos o si, por el contrario, lo más lógico era mantener la boca cerrada y dejar que los

matasen. Entre sus manos tenía una información valiosa que podría poner en peligro su tapadera. Había llegado la hora de la verdad y Gabriela se debatía entre la lealtad y el miedo, pues ella era la única presente en el despacho del virrey cuando se le informó de aquel encuentro.

Tras muchas dudas, Gabriela finalmente decidió hablar con Marcos.

Esperó a que este llegara al camerino y, sin siquiera saludarlo, le transmitió la información.

—¿Es fiable?

—Y tanto. Lo ha dicho el propio virrey.

Marcos Camacho se excusó con el director del teatro y corrió a avisar a sus compañeros. Mientras lo veía marcharse, Gabriela se quedó sola, nerviosa y preocupada, apoyada en las paredes del camerino.

Empezaba a temer por su vida.

36

Uno de los mensajeros del virrey despertó a Gabriela a la mañana siguiente. La joven había decidido irse pronto a la cama para no pensar en lo que podría haber ocurrido en el café Palacio de Concierto. El joven asistente del Gobierno le dijo que debía acudir al Palacio Nacional con carácter de urgencia.

Aunque no sabía exactamente lo que estaba sucediendo, ella sabía que seguro tendría que ver con el golpe de la noche anterior, así que se vistió rápidamente y salió de su casa en dirección a su encuentro. En el camino, el soldado que la escoltaba le informó de que el operativo contra los independentistas había fracasado, lo que la puso aún más nerviosa. ¿La habían descubierto? ¿Iban a ajusticiarla? No podía dejar de pensar en las consecuencias, pero hizo enormes esfuerzos por mantener la calma.

En el palacio fue escoltada por un oficial hasta la sala en la que se encontraba el Virrey De La Serna. Gabriela se sintió inquieta al entrar, no sabía lo que le esperaba y los ánimos entre sus subordinados eran de nerviosismo y tensión. Lo veía en sus rostros.

El virrey estaba a lo lejos, sentado en su trono, rodeado por sus consejeros y oficiales de alto rango, con quienes no dejaba de hablar. Gabriela se acercó a él, se inclinó en señal de respeto y esperó a que el hombre le hablara.

—Gabriela, el operativo en contra de los independentistas ha fracasado —anunció—, pero ahora es tu tarea difundir la noticia de que ha sido un éxito.

—¿Cómo? ¿Qué puedo decir yo?

—Necesitamos mantener la moral alta en la ciudadanía y no permitir que la idea de una rebelión tome fuerza.

Gabriela asintió en silencio, sorprendida por la noticia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mis hombres entraron en el café, hubo quince bajas entre los clientes. El problema es que ninguno de ellos era de los independentistas.

Gabriela no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Han muerto personas inocentes?

—Sí —se lamentó el virrey—, daños colaterales. —El hombre parecía afectado por lo ocurrido.

Y la joven estaba pálida, pero se obligó a mantener la compostura

y a no dejar que la preocupación se notara en su rostro.

—Por supuesto, mi señor —respondió ella con voz firme—. Haré lo que sea necesario para mantener la estabilidad y la tranquilidad en la ciudad.

El Virrey le dedicó una sonrisa aprobatoria.

—Me alegra oír eso, Gabriela. Sé que puedo confiar en tu lealtad y habilidades para llevar a cabo esta tarea con éxito. Y no te preocupes, se te darán todos los recursos necesarios para hacerlo.

Gabriela tragó saliva, algo más aliviada. Pero no podía dejar en todas las personas inocentes que habían fallecido por un chivatazo.

—Gracias, mi señor — dijo ella con gratitud—. No le defraudaré. Se inclinó de nuevo en señal de respeto y salió de la sala, lista para cumplir con su nueva tarea.

Cuando Gabriela llegó a su despacho en la imprenta, descubrió que había una carta sobre la mesa. Miró a su alrededor, pero los empleados seguían trabajando. Hasta que uno de los más jóvenes se dirigió a ella con timidez.

—No sabemos quién la ha traído.

—¿Cómo?

—Ya estaba allí cuando llegamos esta mañana.

Gabriela se preocupó al instante. Abrió la carta y leyó de forma apresurada: “La señora María Roca Yupanqui está muy enferma y pide su presencia. Por favor, venga lo antes posible”.

No podía ser. Ni siquiera había tenido tiempo de sentarse o de organizar a los trabajadores para el encargo del virrey, pero no podía dejar pasar esa nota. Dejó todo lo que estaba haciendo y se apresuró a vestirse para ir a visitar a la señora. Sabía que ella había sido una figura importante en la vida de su padre y que ella lo había apoyado en momentos difíciles. Además, Gabriela sentía una profunda gratitud hacia la señora Roca Yupanqui por haber sido una amiga cercana —a pesar de la brevedad en su amistad— y una confidente en momentos difíciles.

Cuando llegó a la casa de la señora, se sorprendió al encontrarla en su cama, pálida y débil. La señora María Roca le sonrió débilmente y le tomó la mano con fuerza.

—Mi querida Gabriela, gracias por venir tan rápido. He estado esperando tu visita.

—¿Cómo está usted, señora? —preguntó Gabriela, preocupada.

—No estoy bien, mi querida, no estoy bien. Pero quería verte.

Mientras se saludaban, un curandero le administró algunos remedios caseros para aliviar sus síntomas. Gabriela tomó asiento en una silla al lado de la cama, observando cómo la señora Roca luchaba por recuperar el aliento.

La habitación estaba en silencio, salvo por el ruido de la respiración entrecortada de la señora Roca Yupanqui. Después de un instante de silencio, la señora Roca abrió los ojos y miró a Gabriela con una debilidad que parecía a punto de desvanecerla.

—Gracias por estar aquí. Necesito que me prometas algo.

—Lo que sea, señora —respondió Gabriela.

—Prométeme que no dejarás que mi secreto se pierda conmigo. Es algo importante, algo que puede cambiar las cosas para siempre.

—Le prometo que su secreto no se perderá con usted. Pero ahora debe descansar, señora. Necesita reposo para curarse.

La señora Roca asintió y cerró los ojos, tratando de encontrar un poco de paz en su dolor.

Gabriela se quedó sentada a su lado durante horas, asegurándose de que la mujer estuviera cómoda en su descanso. Mientras la observaba, la joven no dejó de pensar en cómo había cambiado su vida en solo unos meses. La situación en el Perú era crítica, al igual que su vida amorosa, su imprenta, la relación con su familia. Por no hablar de que se había convertido en una espía directa contra los intereses del virrey. Temía por su futuro, pero estaba dispuesta a luchar por su amada tierra. Por la tierra de María Roca.

La señora se despertó horas después, tenía mejor cara y le pidió a Gabriela que se acercara aún más a su lado.

—Hay algo que debes saber —dijo en voz baja—. No soy quien crees que soy.

Gabriela se sorprendió por las palabras de la señora y le pidió que se explicara.

—Yo fui parte de la resistencia contra los españoles durante las últimas revoluciones indígenas, y cuando la guerra terminó, decidí seguir luchando por mi pueblo desde las sombras. He estado ayudando a los independentistas desde entonces.

—¿Qué?

—Así es, me he pasado años dándoles información.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque quiero que continúes con lo que estás haciendo —dijo la señora Roca—. Asegúrate de que la causa de la independencia nunca muera. Sé que estás con ellos, mi niña. Y prométeme que harás todo lo posible para ayudar a la gente de este lugar. El Perú es nuestro.

Gabriela seguía desconcertada. Tomó la mano de la señora Roca y se acercó a ella con determinación.

—Le prometo que continuaré con su legado.

La señora Roca sonrió débilmente y cerró los ojos, consciente de que su secreto estaba ahora en buenas manos.

La joven permaneció allí un poco más de tiempo, vigilando el sueño de la señora Roca hasta que finalmente ella también cayó en un

sueño profundo. Luego se levantó, horas después, en plena noche.

Antes de marcharse dejó una nota en la que le prometió que volver a visitarla al día siguiente.

Se fue con el corazón pesado. Sabía que la vida de la señora Roca Yupanqui pendía de un hilo, pero Gabriela estaba decidida a continuar con su labor.

Definitivamente, la vida no dejaba de sorprenderla.

37

Al día siguiente, Gabriela llegó temprano a la casa de María Roca. La encontró sentada en una silla, con una sonrisa en su rostro. Parecía mucho mejor que la última vez que la había visto el día anterior.

—Buenos días, mi niña —dijo la señora Roca con una voz algo débil.

—Buenos días, señora —respondió Gabriela—. ¿Cómo se siente hoy?

—Mucho mejor —dijo la señora Roca—. Ay, no sé qué habría sido de mí sin tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Con esta casa.

—Ah, no se preocupe. Es un placer ayudar a alguien como usted. —Gabriela se sentó a su lado y le tomó la mano—. Me alegro de haber podido ayudarla, usted es muy importante para mí. ¿Hay algo en particular que necesite? Después de lo que me contó ayer…

Se hizo un breve silencio, como si María Roca Yupanqui tuviese que procesar lo que le había contado a la joven el día anterior. Finalmente asintió con la cabeza.

—Hay algo que necesito decirte —dijo, con una expresión seria en su rostro—. Se trata de algo que he guardado en mi corazón por mucho tiempo. Más del que me habría gustado.

Gabriela frunció el ceño.

—¿Qué es lo que quiere decir, señora María? ¿Más secretos aún? No sé si estoy preparada —dijo, mientras soltaba una risa tan nerviosa como cómplice con la señora.

María Roca respiró profundamente antes de hablar.

—Yo soy… yo soy tu madre. —Acto seguido, la mujer rompió a llorar.

—¿Qué?

Gabriela se quedó sin aliento.

—¿Qué... qué quieres decir? —preguntó la joven impresora con absoluta incredulidad.

Entonces, la señora Roca procedió a explicarle su confesión en medio del llanto.

—Cuando yo era joven conocí a un hombre en el mercado de Arequipa. Le encantaba ir de compras. Era un hombre bueno y honesto, y ese hombre era su padre, don Rodolfo Cervantes. No sé si

recuerdas que él vivió allí una temporada.

—Sí, pero fue antes de nacer yo… —Conforme se explicaba, Gabriela se dio cuenta de que aquello tenía sentido. No daba crédito.

—Quiero que sepas que él nunca me faltó el respeto, ni a mí ni a su madre —continuó María—. Él trató de divorciarse, pero su familia siempre se opuso y le obligó a mantener las apariencias. Nuestra relación continuó, pero cuando me quedé embarazada de ti, me obligaron a entregarte a tu padre bajo amenaza. Y yo no podía soportar la idea de estar separada de ti, así que lo seguí a Lima y me hice pasar por una sirvienta para estar cerca de ti.

—No… no puedo creerlo —dijo Gabriela en voz baja—, esto es demasiado para mí.

—Es la verdad, mi niña —dijo la señora Roca—. Siempre te he amado y he deseado estar cerca de ti, pero nunca pude decirte la verdad por miedo a cómo reaccionarías. Tenía miedo de que tus tíos o tus primos intentasen quitarte lo que siempre te ha pertenecido. Pero ahora que estoy enferma no quiero llevarme este secreto a la tumba ni estar viéndote desde lejos como siempre hice.

—¿Me seguías?

—He seguido tus pasos cada día de tu vida, querida hija. Quiero que sepas que nunca tuve otra opción que dejarte con él. Yo era una revolucionaria, una india, Si tu familia me denunciaba, no solo iban a fusilarme, sino también harían lo propio con padre. Necesitaba que supieses la verdad, mi niña.

Gabriela se quedó en silencio procesando la información. Sentada en el porche de la vivienda, la joven sentía que miles de palabras sin sentido llenaban su cabeza, como si de un enjambre de abejas en busca de miel se tratase. Su corazón se tambaleó al darse cuenta de que todo lo que había creído era una mentira. Trató de asimilar la idea, pero todo parecía demasiado irreal. ¿Cómo podía ser posible que su madre biológica nunca hubiera tratado de encontrarla o cuidarla? Mientras su mente se debatía en múltiples direcciones, Gabriela se sintió decepcionada por no poder ver más allá de lo que acababa de descubrir. Su vida había cambiado para siempre, y ahora tenía que ajustarse a esa nueva realidad.

Finalmente, la joven tomó la mano de la señora Roca.

—Gracias por decírmelo, señora —dijo, con lágrimas en los ojos—. Es mucho para procesar, pero estoy agradecida por saber la verdad.

La señora Roca sonrió débilmente.

—Eso es todo lo que necesitaba decirte, mi querida. Ahora, ¿podrías ayudarme a levantarme? Quiero darte un abrazo.

Gabriela ayudó a la señora a levantarse y se abrazaron con fuerza, con sus lágrimas brotando en el silencio de la mañana.

Desde ese día, la joven se comprometió a visitar a la señora Roca

más a menudo, cuidándola y consolándola mientras esta luchaba contra su enfermedad. Y aunque la verdad de su paternidad le resultaba muy difícil de aceptar, Gabriela sabía que había encontrado a su verdadera madre en la señora Roca, una mujer valiente y amorosa que había estado con ella en espíritu desde siempre. Por fin ahora entendía por qué su madre siempre la había tratado con tal desdén y falta de apego, del mismo modo en que habían hecho sus tíos.

El carruaje se balanceaba de un lado a otro mientras Gabriela se encontraba sumida en sus pensamientos. Los recuerdos de su infancia empezaron a surgir y a cobrar un nuevo significado en su mente. Se preguntaba cómo su padre pudo haber ocultado esa verdad durante tanto tiempo, pues nunca se lo había dicho o insinuado.

También se preguntaba cómo iba a enfrentar la noticia de quién era su madre con el paso de los días. La angustia y la tristeza la invadían, haciéndola sentir como si el mundo se estuviera desmoronando a su alrededor. Y no solo eso, los insultos que recibía de su tío Manuel, por fin cobraban más fuerza en su interior. Era cierto que ella una mestiza, su familia lo había sabido durante todo este tiempo.

Gabriela cerró los ojos y dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas, incapaz de contener el dolor que sentía. Durante años había sentido un vacío en su interior, como si algo estuviera faltando en su vida, y ahora entendía que era el conocimiento de su verdadera historia y origen.

Finalmente, el carruaje se detuvo frente a su casa después de un largo viaje por las calles de Lima, cada vez más sombrías y peligrosas desde que habían comenzado las revueltas. Al descender del carro, la joven secó sus lágrimas y se preparó para enfrentarse a la nueva realidad. Sabía que tenía que averiguar más sobre su madre, pero no tenía idea por dónde empezar.

Cuando entró en casa fue recibida por su tío Manuel, quien de inmediato percibió las lágrimas en sus ojos y su mirada llorosa. Tal vez le había ocurrido algo con el virrey, o quizás en la imprenta. Así que decidió acercarse a ella para saber qué le había sucedido.

Y Gabriela, incapaz de contener su dolor, estaba a punto de contarle todo lo que sabía. No aguantaba más todas las mentiras con las que había crecido.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —preguntó Gabriela, con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo pudiste ocultarme la verdad sobre mi madre todo este tiempo?

Manuel esbozó una mueca de desconcierto. Había estado esperando a que las palabras saliesen de su boca, pero no sabía que se

trataba de algo tan grave.

—Ay, Dios mío.

—¿Es por eso que todos me odian aquí, en esta casa? ¿Es por mi sangre indígena?

—Tuvimos que ocultártelo, sobrina, no nos correspondía —respondió Manuel, intentando justificar sus acciones— No podíamos permitir que se supiera que una indígena había dado a luz a una Cervantes de Alarcón. Entiéndeme, Gabriela. Tu padre lo habría negado y habrías sido rechazada por toda la sociedad. Y sin embargo, te hemos criado como si fueras una más de nosotros.

—¿Qué? ¡Tenía derecho saber la verdad! —Le espetó Gabriela con voz temblorosa—. Tenía derecho a conocer mi historia, mi origen.

—Sí, lo sé, lo siento —dijo Manuel, acercándose aún más a ella para consolarla—. Pero espero que puedas entender que lo hicimos por tu bien, por tu protección.

—Eso no te da derecho a decidir por mí.

Gabriela lo apartó de sí con un gesto brusco.

—Tenía derecho a tomar mis propias decisiones, a saber la verdad sobre mi familia.

Manuel intentó acercarse de nuevo, pero ella lo detuvo con desdén.

—No quiero hablar contigo ahora —dijo ella, con la voz entrecortada—. Necesito tiempo para procesar todo esto. Si antes no te soportaba, mucho menos voy a hacerlo ahora.

—Pero, sobrina…

—No. No finjas que te importa lo que una india como yo pueda sentir.

—Gabriela…

—¡Déjame sola!

Manuel se retiró, dejando a Gabriela sumida en sus pensamientos y emociones.

Por un lado, la joven se alegraba de haber descubierto por fin la verdad sobre su madre, además de que ahora conocía mejor a su difunto padre. Pero, por otro lado, estaba furiosa con su familia por haberle ocultado la razón de su rechazo durante tanto tiempo. Necesitaba tiempo para procesar todo lo que acababa de descubrir y decidir qué hacer al respecto.

Salió a dar un paseo por la plaza. Caminaba bajo la luz del sol observando a los indígenas que vendían sus productos y hablaban entre ellos en su lengua materna. De repente, sintió una conexión más profunda con ellos. De alguna manera, ahora sabía que ella pertenecía a sus orígenes. No pudo evitar sentir cierto pudor por su reflexión, pero se alegraba de formar parte de todos ellos. Su madre era indígena y había sido rechazada por la familia de su padre debido a eso. Sintió

un fuerte dolor en su corazón por todas las veces que permitió el abuso de su familia a indígenas y negros.

Gabriela se preguntaba cómo habría sido la vida de su madre todos estos años, una mujer que había sido marginada por su origen étnico. Pensó en todas las veces que había pasado por la plaza sin mirar a los indígenas a los ojos, tal y como le decían sus tíos. Había pasado buena parte de su vida sin pensar en sus vidas y en sus historias, creyendo que el trabajo que hacía en Anónimos era suficiente para aportar su grano de arena.

De repente, Gabriela comenzó a sentir que la causa independentista tenía ahora más sentido para ella. Todas las dudas que en su momento había sentido se esfumaron de un plumazo, así como el miedo.

Ahora era una cuestión personal.

Ahora el dolor de la opresión que la Corona ejercía también recaía sobre ella.

Gabriela supo entonces que tenía que hacer algo algo más al respecto. No podía sentarse a esperar a ver cómo la gente era incapaz de lidiar con su sufrimiento. Tenía que luchar por esa causa que creía justa, defender los derechos de aquellos que no tenían voz de otra manera.

Volvió a casa y guardó en sacos de cáñamo algunas de sus cosas. Luego se dirigió a la Plaza Mayor. Llevaba consigo ropa, comida, y otros objetos que había conseguido en la bodega de la mansión familiar. Al llegar a la plaza, se sintió abrumada por la cantidad de gente que había allí. Hombres, mujeres y niños de todas las edades hacían cola; algunos eran enfermos, otros eran pobres y necesitados que se reunían a su alrededor.

Gabriela comenzó a distribuir la ropa y la comida. La gente se acercaba tímidamente, agradecida por lo que ella estaba haciendo. La joven les sonreía con amabilidad, les preguntaba cómo estaban y les ofrecía alguna palabra de aliento. Poco a poco se fue corriendo la voz en la plaza de que había una mujer que estaba haciendo caridad en la plaza, y los congraciados comenzaron a referirse a ella como «La bonita».

Con el paso de los días Gabriela ya era un personaje popular en la ciudad. Cada vez que iba a la plaza, la gente se acercaba a saludarla y a darle las gracias por su limosna. Los comerciantes le daban descuentos en la ropa y la comida que compraba para luego donarla, y algunos le ofrecían algo de dinero para ayudarla en su labor. Pero Gabriela no lo estaba haciendo para ganar popularidad o reconocimiento. Lo hacía porque sentía que era lo correcto, y porque quería hacer algo para ayudar a aquellos que más lo necesitaban. Había visto la pobreza en su propia madre, y había conocido la

injusticia en la ciudad. Quería hacer algo para cambiarlo, aunque fuera en la pequeña parcela de su mundo. Y así, poco a poco, se fue ganando el respeto y la admiración de la gente que vivía en el centro de la ciudad. «La Bonita» se había convertido en un ejemplo a seguir.

38

Días después Gabriela llegó a la casa de su madre, lista para darle una sorpresa.

Había estado buscando una nueva casa para ella. Un hogar más grande y situado en un barrio más cómodo, lejos de su casa familiar. Gabriela quería que su madre y ella se mudaran juntas.

Necesitaba empezar de cero.

La señora Roca estaba cosiendo un paño, sentada en su modesto salón, cuando Gabriela entró emocionada.

—Madre, tengo una sorpresa para ti —anunció Gabriela con una sonrisa—. He comprado una casa nueva para nosotras. Ya no tendrás que vivir en ese lugar por más tiempo.

La señora Roca se quedó boquiabierta.

—¿Qué estás diciendo, hija? ¿Para nosotras?

—Sí, madre. Ya no quiero vivir en la casa familiar, y pensé que sería maravilloso mudarnos juntas a una nueva casa y empezar una nueva etapa juntas.

La señora Roca no pudo contener las lágrimas mientras abrazaba a su hija.

—Eres tan buena conmigo, hija. ¿Cómo puedo agradecértelo?

—No hay nada que agradecer, madre. Solo quiero estar contigo y cuidarte —respondió Gabriela con ternura.

Gabriela estaba dejando a un lado sus obligaciones profesionales, pero no le importaba. Por primera vez en mucho tiempo sentía que tenía algo a lo que atarse. Amaba su imprenta, sí, pero no quería seguir jugándose la vida cada día por culpa de los intereses políticos de otros. Sus empleados continuarían imprimiendo el diario Anónimos, pero ella había delegado el trabajo en el capataz para centrarse en estas tareas.

Necesitaba alejarse del ruido y del caos de la Revolución.

La madre de Gabriela se preparó y ambas subieron al carruaje para conocer su nueva casa. María estaba emocionada por comenzar una nueva vida, y Gabriela estaba muy contenta por poder dedicarle a ella cada momento. Quería aprovecharla al máximo.

Llegaron a su nueva casa, situada en el centro de la ciudad. La vivienda era de estilo colonial, modesta, con grandes columnas y una fachada blanca. La entrada estaba adornada con un enrejado de hierro forjado, y al abrir la puerta principal, se encontraban con un hermoso

patio, lleno de luz, color y vida. Las paredes blancas y las flores que pendían de las macetas de terracota daban cuenta de la virtud y el buen gusto de Gabriela al comprar esta casa. La cocina tenía una enorme mesa de madera rústica donde los invitados podrían reunirse para disfrutar de los exquisitos platos de la gastronomía peruana.

Al entrar en la casa, además, se podía respirar una aire de tradición y historia, ya que conservaba muchos de los detalles originales de las casas de la época, como los suelos de baldosa de barro y los techos altos con vigas de madera. En el interior, la casa estaba decorada con muebles sencillos y elegantes, que daban al espacio un ambiente acogedor y cálido. El comedor estaba conectado a la sala por una puerta arqueada, y daba paso a una cocina con techos altos y paredes de adobe. Al fondo de la casa se encontraba el dormitorio principal, con una cama grande y cómoda y una ventana por donde entraba la luz del sol. Gabriela estaba segura de que su madre estaría encantada con la nueva casa, y ya imaginaba las tardes de conversaciones y té que compartirían allí. Sin duda, era el hogar perfecto para María Roca Yupanqui.

—Es magnífica —dijo la madre de Gabriela, que era incapaz de ocultar las lágrimas y su admiración.

—Lo sé, me encanta.

Exploraron cada habitación. Encontraron una amplia sala de estar con una chimenea en la que ambas podrían pasar las noches frías de invierno. Al final de la vivienda también había una sala de comedor con grandes ventanales y una vista al jardín.

—Esta será nuestra sala de estar principal —dijo Gabriela, señalando la sala de estar—. Y aquí tendremos nuestra mesa de comedor.

—¡Es perfecta! —María tenía lágrimas de felicidad en los ojos.

—Y esta será mi habitación —dijo Gabriela, señalando otra habitación con vistas a la calle—. Tiene su propio balcón.

Por fin, la joven sentía que una nueva vida daba comienzo para ella. Una vida llena de ilusión.

Pero lo peor estaba por llegar.

39

Nasca, virreinato del Perú.
14 de Octubre de 1820.

La noche anterior a la batalla, los independentistas se reunieron en una casa abandonada a las afueras de Lima, una de las tantas guaridas que tenían repartidas por la ciudad. El lugar era una finca abandonada, cerca de la ruta que marcaba el camino a Lima.

Conforme iban llegando, todos los feligreses de la causa que habían sido convocados se tumbaron sobre el pajar que había en el granero. Cientos de hombres a la espera del momento más importante de sus vidas.

Era medianoche cuando el General Cruzado, segundo al mando de las fuerzas militares independentistas, se dirigió a todos ellos con firmeza. Junto a él se encontraba el líder de la contienda, el teniente coronel Manuel Patricio Rojas.

—¡Hermanos, llegó la hora de la libertad! Esta noche, nuestro enemigo duerme en la seguridad del poder y de la opresión. Mañana, cuando el sol asome en el horizonte, les daremos una lección que nunca olvidarán, los interceptaremos a mitad de su marcha al final de este camino.

Los soldados, en su mayoría indígenas y mestizos, se prepararon para la batalla. Algunos afilaban sus lanzas y machetes. Otros, los más afortunados, tenían rifles y pistolas. Todos llevaban consigo el fuego sagrado de la lucha por la libertad. No pegaron ojo en toda la noche. Los nervios aguardaban junto a ellos pacientemente.

Al amanecer, todos estos soldados independentistas se posicionaron en un lugar estratégico cerca de la ruta que el ejército español tomaría para llegar a Lima. La espera se les hizo eterna, pero finalmente escucharon el sonido de los caballos acercándose.

Sin mediar saludo, los revolucionarios cargaron contra los soldados españoles con valentía y determinación. Los independentistas habían tendido una trampa maestra, ocultándose detrás de las dunas del desierto, haciendo uso de las sombras y la tierra rojiza para camuflarse. Cuando los primeros soldados españoles comenzaron a caer, acribillados por el fuego enemigo, fue evidente que algo había salido terriblemente mal.

Gritos, carreras, tañido de espadas y el olor de la pólvora. La

batalla fue feroz. Se escuchaban los alaridos de los soldados, los disparos de los rifles, el llanto de los heridos. El silencio de los muertos.

Las armas españolas superaban en número a las de los independentistas, pero la ferocidad y la determinación de los revolucionarios los volvía igual de peligrosos. A diferencia de los españoles, que aún seguían bajo el shock de la emboscada, los independentistas se movían en grupo, atacando a los españoles de manera coordinada para luego rodearlos.

El estruendo de las balas y el clamor de la guerra resonaban en las montañas de Nasca.

El sol estaba en su punto más alto cuando la batalla llegó a su fin. Los revolucionarios habían logrado una victoria impresionante. El campo de batalla estaba lleno de soldados españoles heridos y muertos, y los sublevados daban la última estocada a los cuerpos tirados por todo el campo para no dejar un solo cuerpo con vida.

Había sido una victoria psicológica, pues mermaría aún más el poder del ejército del virrey y de la Corona. Cuando todo acabó, los independentistas se abrazaron entre sí, felices por su triunfo, y tan pronto como recuperaron a todos sus muertos les dieron cristiana sepultura. Esa noche se sentaron a celebrar alrededor de una gran llama de fuego. La lucha por la libertad no era fácil, pero sabían que estaban en el camino correcto. Esa batalla había sido una lección para los soldados españoles, por la fuerza y el coraje del pueblo de una tierra que gritaba libertad.

Las llamas de la independencia ardían más fuerte que nunca.

40

Gabriela recibió la visita de Marcos en la imprenta. El joven actor tenía una nueva entrega para ella de parte de los independentistas, los artículos que iba a publicar elogiando la victoria en la batalla de Nasca y cómo la derrota había supuesto un duro golpe para el ejército de la Corona española. El ánimo para los miembros de la causa no podía ser mayor. Dentro de poco, el virrey De La Serna no tendría otra opción que subirse a un caballo y huir hacia España.

Aunque también se rumoreaba que para la Corona la historia era muy diferente.

Según había conocido Gabriela, el virrey ya había solicitado refuerzos a España y era cuestión de tiempo que pudiesen aplastar los escondites que los rebeldes tenían por toda la ciudad de Lima.

Para la Corona, recuperar el control total de la ciudad solo era cuestión de tiempo.

Sentado sobre una pila de periódicos, Marcos Camacho esperaba ansioso a que Gabriela leyera los artículos que este le había traído por encargo del consejo independentista. Él sabía que estos textos tendrían mucho impacto en la comunidad que empezaba a simpatizar con la causa, por la que necesitaba que cada punto representara a las personas que ellos defendían.

Después de leerlos, Gabriela le sonrió de forma eufórica desde el pedestal que le confería estar en la mesa de su despacho. Le había encantado especialmente uno de ellos, titulado «Herencia y Resistencia: La Lucha de la Raza Negra por la Libertad». En él, a través de un relato conmovedor y de testimonios valientes, se exploraban las raíces profundas de la herencia africana y las adversidades que las personas de raza negra habían enfrentado a lo largo de los siglos en la colonia. Desde el auge de la esclavitud hasta la resistencia abolicionista y la lucha por los derechos civiles, el lector de Anónimos podía sumergirse en la resiliencia de aquellos que habían desafiado a la opresión y se alzaron en busca de la justicia. El artículo era un llamado a la reflexión y a la acción, recordándonos que la lucha por la libertad y la igualdad abarca a todas las minorías.

—No puedo esperar a que lo publiquemos.

—Te lo dije —le indicó Marcos.

—Necesitamos que la gente sepa más sobre el compromiso que tenemos con la comunidad negra en esta lucha por la independencia.

Estamos todos en el mismo barco.

Marcos estaba muy contento al ver que le había gustado, pero conforme la observaba, descubrió que había algo más que turbaba su mente.

—¿Qué sucede, Gabriela? Siento que siempre hay algo que te perturba —preguntó Marcos con preocupación.

—Nada, solo estoy emocionada por estos artículos.

—Por favor, puedes confiar en mí.

Ella dudó un instante. En el fondo, aquel carismático actor le resultaba una gran persona.

—¿Sabes qué? ¡Qué más da, te lo voy a decir!

—Me alegro de que por fin confíes —dijo él con cierta broma.

—Hay algo más que necesito contarte.

Marcos se incorporó de la pila de periódicos y se sentó frente a ella en la mesa del despacho. La miró con atención, pues sabía que Gabriela no era del tipo de persona que no hablaba sin pensar. Sabía que, si tenía algo que decir, seguro que se trataba de algo importante.

—Resulta que mi madre no es mi madre.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Mi madre, la que ahora está en España, no es mi verdadera madre. La mujer que me trajo a este mundo es una mujer indígena que tuvo una relación con mi padre. Por cuestiones de clase, que tú comprenderás muy bien, mi padre y ella no pudieron estar juntos, aunque creo que se amaban con locura.

—No entiendo, ¿de verdad quieres hablar sobre esto?

—Sí. Ahora entiendo por qué mi madre… Manuela —se desdijo—, nunca me ha querido como yo hubiese deseado. Espero que esto no cambie la manera en la que me ves.

—¿Por qué iba a verte de otra forma? —Preguntó él, totalmente desconcertado.

—Sé que para los hombres de nuestro círculo es muy importante que la mujer a la que pretendan o desposen sea criolla y no una mestiza. Quería que lo supieses ahora.

Marcos se acercó a ella cada vez más. Acarició su rostro con suavidad y ella escondió la mirada con nerviosismo. El gesto magnético del actor la derretía por completo, y más aún ahora que estaba siendo tan considerado con ella. Se besaron. Primero con suavidad, y luego dejaron que sus labios se fundieran en uno solo al calor del despacho. Por suerte, ninguno de los trabajadores se hallaba cerca, todos continuaban trabajando.

Gabriela detuvo el beso con suavidad para regalarle una sonrisa enamorada, y él se la devolvió como si fuese el hombre más afortunado del mundo.

—Agradezco que me cuentes todo esto, Gabriela. Sin embargo,

debes saber que esto no cambia nada. Tú sigues siendo una mujer extraordinaria con tus propias convicciones, independientemente de quién sea tu padre, tu madre o tu familia.

Gabriela sintió que las palabras de Marcos eran sinceras, supo que no necesitaba cuestionar su postura.

—Hay algo más que me preocupa.

—Claro, cuéntame —le susurró él.

—Hace tiempo le envié una carta a… Manuela. Y ella acaba de responderme. Me pidió que me limite a enviarle el jornal que le corresponde de este negocio y de las propiedades que tenemos en alquiler. Quiere que la mantenga alejada de mis problemas con el negocio. Dice que ya ha empezado una nueva vida y no quiere mancharla con todo el alboroto que se ha desatado aquí desde que yo asumí el liderazgo.

Marcos frunció el ceño. Sabía lo importante que era el negocio familiar para Gabriela y cómo la imprenta la había ayudado a mantenerse a flote después de la muerte de su padre. Pero también sabía que la lucha por la independencia era más importante que cualquier otra cosa. No pudo evitar ponerse en su lugar y sentir empatía, la soledad y el vacío que debía sentir Gabriela no era nada fácil de llenar.

—Gabriela, perdóname que te lo diga, pero no puedes abandonarte en esos pensamientos. Lo que estás haciendo aquí, lo que ya has hecho en esta ciudad de la que perfectamente podrías prescindir, es por el bien de nuestro país —dijo Marcos con determinación.

—Lo sé, pero no sé qué hacer. Necesitaba el apoyo de las personas que amo, sentía que necesitaba su apoyo. Sé que no es mi madre, pero… No sé, nunca pensé que me trataría de esa forma una vez que yo supiese la verdad. Lo peor es que jamás se me ocurriría recriminarle ese secreto. —Gabriela vestía una tristeza incapaz de controlar. Sentía que una parte de su vida había sido todo un engaño.

Pero Marcos la miró fijamente a los ojos y le tomó la mano con suavidad.

—Sé que es complicado para ti entenderlo, pero estoy seguro de que tu madre te quiere, siempre te ha querido. Una madre no puede renunciar a eso de la noche a la mañana, no creo que ella quiera estar lejos de ti.

—¿Y por qué se ha marchado a España? Ni siquiera le importo…

Marcos la cortó con suavidad.

—Todo lo que tienes que hacer es continuar llevando esta imprenta con la misma responsabilidad con que lo estás haciendo. Si te mantienes fiel a tus principios, no importa si no recibes los aplausos de la gente. Créeme, estás en el camino correcto.

En ese momento, Gabriela no pudo evitar pensar en María, su

verdadera madre, y en todo el tiempo que ella la había esperado. Todo ese cariño que la señora Roca le estaba regalando de forma natural, era exactamente lo que ella siempre había necesitado.

Se incorporó de su asiento para situarse de pie frente a Marcos. Se abrazó a él con fuerza y con gesto de felicidad. Se sentía sumamente agradecida por tenerlo a su lado para escucharla en momentos como ese. Apenas se conocían, pero tenía la impresión de que aquel podría ser el inicio de algo mágico.

—Gracias, Marcos.

—Siempre estaré aquí, Gabriela. Pase lo que pase —dijo él con una sonrisa reconfortante.

Se sonrieron en silencio. Tras unos segundos, ella volvió a echarle un ojo a los artículos que él le había entregado y que ahora descansaban sobre la mesa. Le ilusionaba el futuro, y pensar que Marcos podía formar parte del mismo la hacía sentir aún más viva que nunca.

Fue entonces cuando escuchó un ligero golpe en la puerta del despacho. Se trataba de Diego Silva, que acababa de aparecer en la imprenta con un ramo de flores y llevaba un rato saludando a los empleados como si se conocieran de toda la vida. Al fin y al cabo, él también había sido su jefe.

—Hola, Gabriela —dijo él con una sonrisa radiante, al tiempo que se adentraba dentro en el despacho.

Ella no supo qué responder, y de inmediato la tranquilidad que había en el despacho se convirtió en una situación incómoda.

Por su parte, Marcos también se tensó al ver a Diego. No le gustaba la forma en que Diego la miraba, en su risa burlona y en su actitud de niño rico, de españolito venido a menos. Su porte le hacía sentir incómodo, como si estuviera tratando de impresionarla de forma burda.

Además del ramo, Diego llevaba una caja bajo el brazo. Se acercó a Gabriela con paso altanero y le entregó el pequeño paquete.

—Es solo un pequeño regalo para ti, Gabriela. Espero que te guste —dijo, mientras esbozaba una nueva sonrisa.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No te das cuenta de que nos estás interrumpiendo? —le espetó Marcos con un tono desafiante.

Diego frunció el ceño al escucharlo.

—No tienes derecho a decirme lo que debo hacer, niñato. Estoy aquí para ver a Gabriela, no para hablar contigo. Así que vuélvete a tu teatro con los independentistas. —Diego se volvió de nuevo a ella para burlarse de Marcos Camacho—. Dime una cosa, Gabriela ¿Ahora contratas a actores para la imprenta?

—Diego, cuidado por dónde vas. Atrévete y vas a saber de lo que soy capaz.

—Eso —intervino Marcos de nuevo—, márchate de una vez.

—Tú no eres nadie aquí —respondió Diego con sorna—. Te acabas de ganar un buen abucheo en tu próxima función.

Gabriela interrumpió la discusión.

—Por favor, no quiero peleas aquí —dijo ella con voz firme—. Esto es un lugar de trabajo. Diego, por favor, te agradezco el regalo y las flores, pero haz el favor de marcharte.

Diego soltó una nueva risa burlona hacia Marcos, y este no aguantó más. Se abalanzó sobre él y comenzó a golpearle en la cara. Sus puños se cerraron con fuerza mientras se abalanzaba hacia su oponente, golpeándolo con una furia inigualable. Diego intentó defenderse, pero era evidente que no tenía la misma destreza que Marcos. En el caos de la imprenta, tan solo se escuchaban los jadeos de ambos mientras se agarraban y gritaban. El ruido de sus cuerpos chocando resonó en las paredes cercanas. Los golpes seguían llegando, cada uno más fuerte que el anterior. La pelea parecía no tener fin, hasta que finalmente apareció el capataz, Juan, para poner fin a la confrontación.

Y en ese momento, Gabriela también se metió entre ellos para separarlos.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi imprenta!

Sus gritos los dejaron de piedra. Era tal el cabreo de la joven que ambos se frenaron de inmediato, con sus respiraciones entrecortadas.

—¡Fuera!

Ambos se marcharon sin rechistar ante el desconcierto de Gabriela. Los empleados habían detenido sus tareas, y Juan se acercó a la joven para comprobar que todo estuviese en orden.

—Está todo bien —dijo a los capataces.

—¿Seguro, mi señora?

—Sí, sí. ¡Volved al trabajo!

La imprenta volvió a retomar el ritmo poco a poco, aunque los trabajadores no dejaban de cotillear sobre los motivos de la pelea.

Gabriela se encerró en su despacho, su interior ardía de rabia e impotencia al ver a esos dos hombres peleando por ella, o por mostrar su hombría el uno frente al otro.

41

Por fin había llegado la noche del Baile en el Palacio del Virrey.

Después de su enfado con Marcos Camacho, Gabriela decidió que acudiría sin pareja al encuentro organizado por la Corona. En un rincón de su cuarto, la joven se miraba al espejo mientras Marcela, su fiel criada, ayudaba a ajustar su vestido y peinar su cabello oscuro. A pesar del entusiasmo, la ansiedad se apoderaba de ella, sabiendo que estaría rodeada de la élite social de la ciudad.

Pero además, estaba sumamente nerviosa porque sabía que tenía una misión importante para ayudar a los independentistas. Estos le habían pedido que tomara nota de los políticos y jefes militares que asistirían al evento, y que tratara de obtener todo tipo de información que pudiera ser útil para la causa.

Y ella estaba dispuesta a tomárselo muy en serio.

Con la mente llena de dudas, la joven se preguntaba si estaría a la altura de la ocasión, y si podría impresionar a los invitados con su elegancia para conseguir su verdadero propósito. Sabía que este sería un evento crucial en su vida, que determinaría su futuro y podría abrirle las puertas hacia un mundo de posibilidades. Al igual que al resto del Perú.

A pesar de su preocupación, Gabriela se sentía una princesa con su vestido azul de seda, largo y elegante, con su cabello recogido en un moño adornado con pequeñas flores. La emoción y la ansiedad se mezclaban en su mente mientras se arreglaba meticulosamente el cabello. Con una última mirada en el espejo, se armó de valor y salió hacia el Palacio, sabiendo que el destino estaba en sus propias manos.

Al llegar fue recibida por los guardias del Virrey, quienes y la condujeron al Gran Salón de Baile, en el que ya se encontraban los invitados. Mientras bailaba, Gabriela comenzó a tomar nota mental de los nombres y las posiciones de los políticos y jefes militares que veía. Todo ello mientras trataba de no llamar demasiado la atención, haciendo gala de su elegancia.

Pronto se encontró en una conversación con el general Juan José Machado, un hombre reconocido en el campo militar, quien estaba al mando del Ejército del Sur y había luchado junto a su hermano en la batalla de Chacabuco en 1818. Gabriela se puso un poco nerviosa al hablar con el general, pero logró mantener la compostura mientras este le hablaba sobre sus planes para la liberación del Perú y de cómo

su hermano Antonio había luchado con una valentía inigualable.

—Si su hermano siguiera vivo, nada de esto estaría pasando ahora —sentenció el hombre.

Gabriela agradeció el gesto al general, pero no pudo evitar sentirse triste por estar apoyando al bando contrario. Cada vez que lo pensaba, le avergonzaba saber qué estaría pensando su hermano Antonio desde el cielo.

Mientras tanto, al otro lado del salón su tío Manuel disfrutaba de la música y el baile con algunas damas de la alta sociedad limeña. Gabriela estaba concentrada en su misión, así que hizo un esfuerzo por no dejar que la presencia de su familia la turbase, se deshizo de su sentimientos de culpa y continuó examinando al resto de invitados.

De repente, se dio cuenta de que Diego Silva estaba en el mismo salón. Toda la maldita alta sociedad había acudido al evento, y eso que muchos habían repudiado al abogado por sus problemas de alcoholismo.

Gabriela se incomodó al verlo, no solo por el último desencuentro que habían tenido en la imprenta, sino porque temía que este pudiera descubrir sus verdaderas intenciones en el evento. Por suerte logró evitarlo y mantener cierta distancia hacia él. Le bastaba con que él no se percatase de su presencia en el baile.

Después de unas horas, Gabriela ya había bailado, bebido y paseado por el salón iniciando todo tipo de conversaciones con quien se lo permita. Trataba de memorizar el nombre de cada persona a su alrededor. Nunca se había sentido tan sociable como aquella noche, y se preguntaba si todos los que allí se encontraban eran verdaderos partidarios de la causa, o si quizás había algún otro espía como ella. Tal vez había otros independentistas que estaban allí por las mismas razones que ella, o a lo mejor comulgaban en silencio contra la Corona.

Muchos eran los que temían las represalias del virrey.

De madrugada, Gabriela salió del palacio con una sensación de alivio. Había logrado obtener información que creía valiosa sobre la presencia de diferentes políticos y jefes militares presentes en el baile, y estaba ansiosa por entregársela a su contacto que ya debería estar esperándola cerca del Palacio Nacional, en un callejón anexo a la plaza del Río.

Mientras caminaba por las calles desiertas de Lima en plena noche, Gabriela buscó con la mirada a su contacto. Se suponía que debía tratarse de un hombre de aspecto humilde con el que ella había acordado encontrarse para hacerle entrega de la información. Finalmente lo vio a lo lejos, apoyado en una esquina de la plaza y mirando hacia ambos lados de la calle mientras se frotaba la manos por el frío de la noche.

Se acercó a él con precaución, asegurándose de que nadie los estuviera observando en los alrededores. No había un alma en el horizonte. El hombre la saludó desde la distancia con un gesto de su cabeza. Ella se acercó más a él y le entregó un pequeño papel doblado.

—Estos son los nombres de los políticos y jefes militares que estaban presentes en el baile —dijo en voz baja—. Estoy segura de que es una información muy valiosa para la causa.

El hombre tomó el papel y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Ya lo creo.

—¿Y ahora? —Preguntó ella.

—A esperar, Gabriela —dijo el hombre con una sonrisa—. Esta información será de gran ayuda para nuestros planes. Corre, no pueden vernos juntos. —Acto seguido miró alrededor y salió de allí corriendo, perdiéndose entre las callejuelas bajo la oscuridad de la noche.

Gabriela asintió a su señal y también se alejó rápidamente, consciente de que debía regresar al baile antes de que alguien se diera cuenta de su ausencia. Le había dicho a los guardias que quería tomar el aire. Si tardaba más de lo esperado, probablemente darían la señal de alarma, pues no era nada habitual que una mujer estuviese sola por las calles de Lima en plena madrugada. Y mucho menos alguien de su clase social.

Tras entregar el mensaje a su compañero del grupo de los independentistas, Gabriela regresó al baile en el palacio. Mientras caminaba por los pasillos del edificio sintió una extraña sensación de temor por haberse metido de lleno en unos asuntos políticos tan peligrosos delante de los principales defensores de la Corona. Por alguna razón tenía la impresión de que lo que acababa de hacer no estaba bien del todo, como si hubiera traicionado a una de las partes. Estaba convencida de la causa por la que luchaba a diario en su imprenta, pero le incomodaba verse en la primera línea del peligro.

Al entrar de nuevo la sala de baile observó al virrey en todo su esplendor. El señor De La Serna vestía un elegante traje de seda negra, con un chaleco blanco adornado con botones dorados. Su cabello estaba perfectamente peinado hacia atrás y su bigote bien recortado. Se movía al ritmo de la música con pasos ligeros, al tiempo que bromeaba con sus acompañantes. Gabriela tuvo que admitir que, a pesar de la repulsión que sentía hacia el virrey, el caballero lucía un porte impresionante en esa fiesta de la que era anfitrión.

El hombre transmitía seguridad y calma, la tranquilidad del que sabe que las cosas siempre van a seguir igual. En cada gesto del virrey con un invitado o con una mujer con la que estuviese bailando, Gabriela detectaba la pureza del poder en su mirada, en su sonrisa. Había nacido para liderar a ese pueblo, para dominar esa tierra.

De repente, el virrey se acercó a Gabriela al ver que ella le estaba observando. Sin mediar palabra, le ofreció su mano para bailar. Gabriela, presionada por las miradas de la gente, aceptó, pero pronto se dio cuenta de que aquel baile no era de su interés.

—Te mueves muy bien, joven Cervantes.

—Gracias —respondió ella con notable incomodidad.

Él siguió hipnotizándola con sus movimientos, al tiempo que su sonrisa se la comía por completo. Pero Gabriela se sentía cada vez más pequeña, como si algo la estuviera presionando hacia el suelo. Mientras él la seducía con la mirada, ella hizo por alejarse.

Pero De La Serna se aferró a ella con fuerza, intentando pegar su rostro con el de ella.

—Vamos, Gabriela, ¿vas a rechazar al virrey, en su propia casa, y delante de de todos estos invitados?

—¿Eh? No… —balbuceó.

—¿Te atreverías? ¿Acaso no te he tratado bien?

Al mirarlo a los ojos, Gabriela sintió el verdadero pavor del poder y la impunidad. Era un hombre al que nadie le había dicho nunca la palabra «no».

—Disculpe, señor virrey. Usted es la figura más importante del Perú, no debería involucrarse en estas cosas.

—¿Lo dice por mi esposa?

—Sí —mintió Gabriela, pues aunque él estuviese soltero, ella se veía incapaz de tener nada con ese hombre.

—No me importa.

—Lo digo por usted. El alcohol, la celebración… Creo que necesita descansar un poco. —Las excusas se le acababan. Seguían bailando en el centro del salón mientras un centenar de ojos les sonreían y aplaudían.

Pero al virrey estaba empezando a ensombrecérsele el rostro. Se acercó aún más hacia ella y la agarró por el brazo para obligarla a que se dejase domar por él en medio de la pista. Gabriela estaba pálida, tragó saliva para soportar el mal trago al tiempo que el interior de su cuerpo no dejaba de gritar en silencio.

Fue entonces cuando apareció Manuel, el tío de Gabriela, quien en un impulso, intervino para protegerla de las insinuaciones. La sostuvo por el brazo y la apartó.

—Sobrina, ven aquí.

Su gesto desencadenó un momento de tensión en el baile, especialmente en el rostro del virrey. La gente comenzó a murmurar con discreción y a observar la escena. Gabriela sentía la mirada de todos sobre ella. Sin embargo, mientras se dirigía a su tío intentó disimular el baile para fingir que estaba disfrutando de la fiesta.

—¿Qué haces? —Preguntó el virrey al tío de Gabriela con un

desdén imposible de ocultar.

—Yo, yo…

Por suerte, la esposa del virrey entró en escena y se llevó a su esposo, disculpándose con los invitados. Gabriela aprovechó la ocasión para disculparse con ella lanzándole una sutil mirada, para posteriormente apartarse del centro del salón junto a su tío Manuel.

Gabriela y su tío salieron a la calle en silencio. Permanecieron en la puerta del Palacio Virreinal durante unos segundos bajo la atenta mirada de los guardias, que se habían percatado de lo ocurrido en el interior del edificio.

—Gracias, tío.

—Ese hombre… Maldigo a ese maldito…

Gabriela lo cortó con un gesto.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a esto.

Manuel tomó aire. A pesar de los desencuentros que habían tenido, agradecía que su tío hubiese salido en su ayuda.

—Vámonos, te llevaré a tu nueva casa —dijo su tío con el semblante aún descorazonado por la rabia que sentía.

Se alejaron del palacio en un carruaje que se alejaba a toda velocidad por los adoquines. Gabriela seguía preocupada por lo que acababa de pasar, algo que tomaba cada vez más fuerza en su cabeza conforme se alejaba. Se arrepentía de no haber sabido reaccionar en ese momento, porque deseaba con todas sus fuerzas haber golpeado al virrey en la cara. El viento agitaba sus cabellos mientras miraba las calles en silencio a través de la ventana y, poco a poco, la brisa nocturna se llevaba sus preocupaciones.

Cuando llegó a casa, Gabriela se despidió de su tío y subió directamente a su habitación. Se tumbó en la cama y se pasó un largo rato dándole vueltas a lo que acababa de pasarle. La noche había sido agotadora para ella. Cerró los ojos pero su mente no hacía sino repasar todos los detalles de la fiesta, así como los rostros de los políticos y militares que había visto en el Palacio. Esperaba que aquella información hubiese sido de ayuda para su bando y para la lucha por la libertad. Cuánto se alegraba de haberle dado esa información a los independentistas.

Solo esperaba que el virreinato acabase pronto.

Antes de que tal humillación le costase la vida.

42

Las calles lucían un aire primaveral.

La mañana estaba fresca y limpia, dejando entrever un sol brillante que ya empezaba a elevarse sobre la ciudad. Gabriela salió temprano para dirigirse a la imprenta, aún recopilando sus pensamientos después del altercado con el virrey en la noche anterior. Las calles estaban llenas de vida, con el ajetreo de los comerciantes que cacareaban sus mercancías y vendían sus productos a los transeúntes desprevenidos. Los carruajes y las caballerías se entremezclaban con la multitud, mientras los peatones se apresuraban por llegar a sus destinos, evitando cuidadosamente los charcos de lodo y las piedras sueltas.

Algunos niños jugaban a la pelota en una esquina, ignorando la prisa del mundo que los rodeaba. En la distancia, el sonido de las campanas de las iglesias marcaba las horas del día. Se podía oler el aroma de los panaderos que empezaban a preparar las hogazas, a la vez que los puestos de frutas y verduras traían a su memoria los olores de su infancia. El sonido de los caballos que pasaban por las calles y de las campanas de las iglesias hacían que el ambiente en las calles fuera vibrante y lleno de vida. Gabriela caminaba con calma, sintiendo cómo la suave brisa de la mañana acariciaba su piel y cómo sus preocupaciones parecían desvanecerse en el ambiente mágico de la ciudad. Sonrió, se sintió en paz por unos momentos mientras se perdía en el bullicio del mundo antiguo.

Su mente aún estaba turbada por el desencuentro, pero el ambiente la animaba.

Sin embargo, justo antes de llegar a la imprenta vio una gran aglomeración de vecinos. Se acercó al soportal del edificio y descubrió con horror que dos importantes políticos locales con los que ella había estado en la fiesta la noche anterior, estaban decapitados y colgados en la plaza pública. Tenían un cartel en el pecho que decía: “Perros. Patria o muerte”.

La escena era dantesca. Sus cuerpos retorcidos y sin vida colgaban de una cuerda, mientras la multitud se amontonaba para verlos entre gritos y burlas. Gabriela se sintió aterrada al recordar su propia imagen anotando los nombres de aquellos hombres en la lista que había entregado al informante de los independentistas, hacía solo unas horas. Se le empezó a formar un nudo en el estómago que le generaba

náuseas en medio del gentío. ¿Acaso su acción había llevado a la ejecución a estos hombres?

La gente alrededor seguía en estado de desconcierto. Algunas mujeres lloraban. Otras, sin embargo, no paraban de reírse de ellos. Decenas de lavanderas contemplaban aquellos rostros. Pero la expresión de Gabriela era de horror y tristeza, no podía creer lo que estaba viendo. Los cuerpos de aquellos políticos eran un recordatorio escalofriante de la violencia y la brutalidad que acechaba a la ciudad. Gabriela continuó su camino a la imprenta, pero no pudo sacudirse la sensación de miedo y culpa que la había invadido. Y vomitó todo su desayuno en medio de un callejón.

No podía evitar sentirse utilizada, con las manos llenas de sangre por sus acciones.

Necesitaba respuestas.

Así que decidió cambiar de rumbo y se dirigió al teatro.

Gabriela llegó al teatro con la impaciencia de quien espera ansiosamente a su amado. Pero el ambiente era muy distinto. Los adoquines de la plaza todavía retumbaban en sus oídos cuando por fin dio con una puerta que estaba entreabierta. Su mente no podía dejar de visualizar las grotescas escenas que minutos antes había presenciado. Al entrar en la solemnidad del teatro, Gabriela sintió cómo sus piernas flaqueaban y su estómago se revolvía, de repente, como si quisiera vomitar todo el asco que había acumulado en su interior.

Al llegar, buscó desesperadamente a Marcos Camacho entre los actores hasta que finalmente lo encontró en el escenario. Un escalofrío aún recorría su cuerpo al rememorar aquella escena que acababa de ver.

—Marcos, necesito hablar con el líder de los independentistas —le dijo con voz entrecortada.

Él se sorprendió por la urgencia en su voz.

—¿Qué pasa?

—No puedo explicártelo ahora, pero es muy importante. ¿Puedes concertarme una reunión con él? —respondió ella, tratando de controlar su nerviosismo. Hacía esfuerzos por calmarse y respirar profundamente, pero la imagen de aquellos cuerpos sin vida no se borraba de su mente.

—Está bien, haré lo que pueda.

Marcos se alejó del escenario para y ponerse en contacto con el líder de los independentistas. Gabriela tomó asiento entre las butacas para asistir al ensayo, necesitaba un lugar en el que tomar el aire fresco en lo que aceptaban su reunión.

Horas después recibió la confirmación de que podrían reunirse con

ella esa misma noche en un lugar seguro concertado previamente.

—Gracias —le dijo a Marcos al tiempo que lo abrazaba con fuerza.

—¿Todo bien?

Pero Gabriela no respondió. Salió del teatro con paso apresurado y corrió a su casa para cambiarse de ropa. Estaba ansiosa por tener una respuesta a sus preguntas, también temía lo que pudiera descubrir. No quería tener que aceptar su culpa por lo ocurrido.

El lugar de encuentro fue un pequeño mausoleo del cementerio de La Paloma, situado al sur de la ciudad. Había varias tumbas a su alrededor bajo una pequeña capilla de piedra, al final de la cual había una pequeña habitación, iluminada por una única vela. En el centro se hallaba una mesa de madera y en una silla, al otro lado de la mesa, estaba sentado el líder de los independentistas.

Gabriela no podía concentrarse en su entorno. Estaba nerviosa y angustiada. Necesitaba respuesta a sus remordimientos.

—¿Por qué lo hicieron? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Por qué los colgaron?

El líder de los independentistas la miró fijamente a los ojos y suspiró con sopor. Después de unos segundos de silencio, habló con una voz tranquila, pero decidida.

—No tuvimos nada que ver con eso, Gabriela. No somos asesinos, no somos unos bandidos. A diferencia de ellos, nosotros creemos en la libertad y en la justicia, y estamos dispuestos a luchar por ello. Pero de ahí a usarte para eliminar a nuestros enemigos políticos… Me parece que hay un abismo de diferencia.

—No te creo.

—Pues te va a tocar confiar en nosotros —zanjó el hombre—. No tienes otra opción.

Gabriela frunció el ceño, escéptica. Miró al líder de los independentistas tratando de leer su rostro en la luz parpadeante de la vela. No podía saber si él estaba diciéndole la verdad o no, pero algo en su mirada le hizo creer que tal vez estaba siendo sincero. O quizás, en el fondo, Gabriela le tenía el mismo miedo a ese revolucionario que al virrey.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Gabriela—. ¿Qué papel juego yo en todo esto? Necesito que sea claro, porque no quiero sorpresas.

—Tú eres nuestra aliada, Gabriela. Nos has ayudado mucho con tu información, y estamos agradecidos por ello. Pero tú no eres una asesina. No te hemos pedido que hagas nada ilegal o inmoral. La razón de haberte solicitado esos nombres es porque necesitamos saber a quién nos enfrentamos.

Gabriela quiso creerlo, tenía razón el hombre al decirle que no le quedaba más remedio. Suspiró aliviada y se dejó caer en la silla. Se sentía un poco más tranquila, pero todavía no estaba segura de qué

pensar. No sabía si podía confiar en ellos, y eso la asustaba más a cada segundo que pasaba.

—No quiero que esto se vuelva más violento. No quiero ser parte de algo así.

El líder de los independentistas asintió con la cabeza.

—Lo entiendo, Gabriela. Pero tenemos que luchar por lo que creemos, por nuestra libertad y nuestra independencia. No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras el Virreinato nos oprime y nos somete. Y a veces esto implica tener que ir a una de esas fiestas para obtener información. Si no estás preparada, puedes quedarte en tu imprenta.

—Tienes razón. —Gabriela asintió, pero no estaba segura de estar de acuerdo con él.

Todavía tenía muchas dudas y temores, pero sabía que no podía detener lo que ya estaba en marcha. Lo único que podía hacer era tratar de mantenerse a salvo y no meterse en problemas.

—Gracias por aclararme las cosas —dijo ella mientras se levantaba de la silla—. Voy a volver a casa. Necesito pensar en todo esto.

El líder de los independentistas se puso de pie y la acompañó hasta la puerta del mausoleo.

—Por supuesto, Gabriela. Te comprendo. Si necesitas algo, no dudes en contactarme.

De pronto, el hombre se detuvo y su expresión cambió.

—Espera, antes de que te vayas... —dijo, acercándose a ella—. Hay algo que necesito decirte. Los nombres de esos dos políticos que viste colgados...

—Qué les pasa.

—Ellos trabajaban en secreto para nuestra causa. No puedo decirte más, pero lo que te puedo asegurar es que no teníamos intención de matarlos. La familia no se toca, Gabriela.

—¿Qué estás diciendo?

Ella se quedó atónita. ¿Cómo podía ser posible que esos hombres que ella había visto colgados fueran aliados de los independentistas? ¿O acaso se trataba de una mentira para calmar sus remordimientos?

El líder de los independentistas suspiró y miró hacia otro lado.

—Lo siento, Gabriela. No puedo decirte más por respeto a su intimidad. Solo sé que esa ejecución fue una maniobra del Gobierno para desprestigiarnos y culparnos de algo que no hemos hecho. Estamos convencidos.

Gabriela se quedó en silencio, tratando de asimilar la información.

—Necesito verlo por mí misma, quiero estar presente en el consejo en el que planean sus movimientos.

—Lo siento, no…

—Me lo he ganado —dijo ella—. He puesto mi imprenta al servicio

de la causa. Y si voy a asumir situaciones de riesgo, lo mínimo que espero es que me tengan en cuenta para esto.

—Lo entiendo. —El líder dudó un instante mientras pensaba una respuesta—. Si eso es lo que necesitas, te invitaré a nuestra próxima reunión para que puedas conocer todos nuestros avances de primera mano.

Ella le regaló una sonrisa de gratitud. Se sentía un poco más calmada, empezaba a creerse las palabras de ese hombre cuyo nombre aún no conocía.

—Gracias, señor.

—No, gracias a ti por tu confianza y tu apoyo, significa mucho para nosotros. Lamento en nombre de todos lo sucedido, pero esto es una guerra y en las guerras mueren los malvados, pero también los inocentes. Como tu hermano.

Ella no supo qué responder. El eco de aquellas palabras resonó en su pecho como si le hubieran rajado con un cuchillo.

43

Una taza de café humeante descansaba sobre la mesa de la cocina. Gabriela aún tenía los ojos entreabiertos y terminaba de despertar después de una larga noche en la que apenas había podido pegar ojo. Fue en ese momento cuando Shumay, la criada, apareció frente a ella con el rostro compungido.

—Mi señora, son los Guardias.

—¿Qué?

Pero antes de que ella pudiese responder, dos hombres del virrey se encontraban frente a su café.

—Acompáñenos —dijeron al unísono.

—¿Está todo bien?

—Sí.

Los soldados insistieron con un gesto en que debía acompañarlos pronto. Sin embargo, sus palabras no resultaban nada alentadoras. Gabriela se levantó y se marchó con ellos, dejando la taza sin terminar.

Al llegar al Palacio Virreinal fue escoltada por los guardias hasta llegar al despacho de trabajo del virrey De La Serna, quien la recibió con una expresión lapidaria. El hombre ni siquiera se inmutó ante su presencia, parecía como si estuviese congelado en el tiempo.

—Su excelencia, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó ella, tratando de ocultar su nerviosismo.

—Hola —respondió él con firmeza—. Gracias por venir.

Hizo una breve pausa que Gabriela no supo cómo interpretar. Tenía miedo de que, de algún modo, él tuviese ganas de cobrarse lo ocurrido la noche anterior. Por suerte, no tardó en descubrir de qué se trataba.

—Como bien sabes, recientemente se han producido ciertos acontecimientos en la ciudad que han puesto en peligro la estabilidad del virreinato —comenzó el virrey—. Dos importantes políticos han sido asesinados, y todo apunta a que los responsables son los independentistas.

—¿Está seguro de que fueron ellos?

—¿Cómo te atreves a cuestionar la palabra del virrey? —Sin darse cuenta, el hombre había elevado su voz y estaba a punto de levantarse en armas contra ella—. Te he convocado aquí para que hagas lo que digo. Quiero que escribas varios artículos condenando estos actos de

violencia y, quiero que denuncies públicamente a esos rebeldes.

Gabriela se sintió acorralada, pero no quería ceder tan fácilmente.

—Pero, su excelencia, no podemos condenar a un grupo de personas sin tener pruebas contundentes —argumentó ella con un gesto valentía—. Lo que menos queremos es que se nos acuse de difamación, recuerde que son dos grandes políticos.

—¡Yo no necesito pruebas! —gritó el virrey, golpeando la mesa con el puño—. ¡Soy el virrey de este territorio y exijo que hagas lo que te digo!

Gabriela se sobresaltó ante su tono. Sintió una sensación de temor que se apoderaba de ella. El hombre parecía un verdadero tirano, dispuesto a hacer cualquier cosa para mantener el control sobre la ciudad.

—Como ordene, su excelencia —dijo ella, tratando de disimular su incomodidad.

—Muy bien.

El virrey volvió a sentarse, como si de un plumazo hubiese recuperado la calma.

—Y para que te asegures de que no vas a decir nada fuera de lugar, enviaré a mi Guardia Real para que te escolte hasta la salida. Quiero que ellos supervisen el texto.

—¿Perdone?

—Es una orden.

Gabriela se sintió humillada por la actitud del virrey, pero no tuvo más opción que aceptar la escolta. Mientras caminaba hacia la salida, sintió la mirada fría y calculadora del virrey sobre ella, como si el hombre estuviera evaluando cada uno de sus movimientos. Sabía que a partir de ese momento tendría que ser muy cuidadosa con lo que hacía y decía si quería evitar las represalias del Gobierno.

Llegó a la sede de la imprenta de Urpi con la mirada apresurada y una expresión preocupada en su rostro. Cuando entró en el edificio, los obreros se quedaron de piedra al ver que la acompañaban dos jóvenes soldados de la Guardia Real.

Pero ella no dijo nada a sus empleados, como si aquello fuese lo más normal del mundo. Se quitó el abrigo que la cubría y lo dejó sobre el colgador, mientras observaba cómo el ritmo de trabajo seguía su curso. Los trabajadores imprimían los artículos para el día siguiente sin saber aún que ella tendría que detener todo el proceso de trabajo para obligarles a rehacer el diario Urpi. Tenían que publicar lo que el virrey le había ordenado.

—Por favor, caballeros —dijo a los soldados—, necesito un momento a solas.

Ellos asintieron y aguardaron en la sala principal del taller.

Gabriela se adentró en el despacho con los ojos a punto de romper en lágrimas. Y en ese momento se encontró con Marcos Camacho, que la estaba esperando sentado en un sofá. Vestía una camisa blanca y pantalones oscuros, y su cabello castaño estaba peinado hacia atrás, como si hubiese acudido a un evento importante. Pero lo más importante, llevaba una carpeta en la mano.

—Gabriela, necesito que le eches un vistazo a esto —dijo Marcos entregándole la carpeta—. Son los artículos que los independentistas quieren que se publiquen. Es importante que se haga pronto, así que te confiamos nuestra vida.

Ella tomó la carpeta y la abrió, pero de repente sintió un fuerte mareo y se tambaleó. No podía más con la presión a la que estaba siendo sometida. Por suerte, Marcos la sostuvo y la llevó hacia una silla cercana.

—Tranquila, Gabriela. ¿Estás bien?

—No sé, no sé qué me pasa —dijo ella con voz temblorosa—. Todo esto es demasiado para mí. No puedo lidiar con las exigencias de ambas partes: el virrey, ustedes…

—Te entiendo.

—Y además tengo el peso de esas dos muertes en mi conciencia. ¿Cómo puedo seguir después de todo lo que he hecho?

—Esas muertes no son tu culpa.

—Eso no lo sabemos.

Y entonces, Gabriela rompió a llorar.

Marcos le puso una mano en el hombro, tratando de consolarla. Sabía que iba a resultar complicado hacerla entrar en razón, pues todo aquello que estaba viviendo era consecuencia natural de la guerra en la que se hallaban enfrascados.

—Lo sé, Gabriela y te pido perdón por no pensar en ti, debí haber intervenido para ayudarte. Es difícil, lo sé, pero tienes que mantener la cabeza en alto. Tu labor es importante para la revolución. Tienes la habilidad para hacer las cosas bien, tienes la responsabilidad, el poder del virreinato está en tus manos. A mí jamás me encargarían algo así. Te ayudaré en todo lo que necesites.

Gabriela asintió con la cabeza y se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Gracias, Marcos. Pero no tienes que rebajarte para hacerme sentir mejor.

—No me estoy rebajando. Es la pura verdad.

Marcos le sonrió con ternura y se levantó para marcharse al teatro y reanudar su trabajo.

Mientras tanto, Gabriela se quedó en la silla de su despacho, tratando de recomponerse. Todo le parecía cada vez más complicado, pero sabía que tenía que seguir adelante. Guardó la carpeta en la mesa

de su despacho y se dispuso a dar las órdenes a sus empleados.

La justicia de su tierra estaba en juego, y ella no podía dejar que el miedo la detuviera.

44

Se trataba de una modesta casa situada a las afueras de la ciudad, una parcela rodeada por vallas y en la que el ganado campaba a sus anchas. La enésima guarida de los independentistas se alzaba en la penumbra de la noche como un guardián silencioso de secretos y esperanzas para aquel grupo.

Al cruzar el umbral, Gabriela se dejó invadir por el susurro de las maderas añejas y la fragancia del adobe, elementos que la transportaron de inmediato a un lugar de sus recuerdos en el que los sueños de libertad se entrelazaban con el aire viciado por el misterio.

El interior estaba iluminado por la tenue luz de velas parpadeantes. Hombres de miradas aguerridas ocupaban las sillas alrededor de una mesa antigua en la que los mapas y documentos desplegados trazaban rutas de insurrección. Todos los hombres parecían dispuestos a luchar, pero al mismo tiempo esbozaban rostros de miedo, pues sabían que destinos se entrelazaban en un baile de lucha y sacrificio, mientras los susurros de la conspiración se entremezclaban entre ellos con el eco de unos ideales que temían estuviesen a punto de perderse. Gabriela era una más de entre todos ellos, sabía que su vida estaba al servicio de esa causa.

Marcos también aguardaba el inicio de la reunión. Estaba sentado en una butaca y lo asaltaba una extraña mirada de preocupación. Lo acompañaba su habitual ropa de trabajo, una camisa blanca con el primer botón abierto y un pantalón azul oscuro, el uniforme con el que solía ensayar su obra teatral cada día en el teatro de Lima.

Cuando la vieron llegar, los líderes independentistas la recibieron cordialmente, aunque se notaba cierto recelo en sus miradas. Uno de ellos, un hombre de mediana edad con barba y bigote, le explicó de inmediato la situación.

—Gabriela, sabemos que es difícil, pero necesitamos que te acerques aún más al virrey. Estos días son clave para nuestro objetivo, tienes que obtener información que nos permita hacer nuestro gran movimiento.

Ella creía haber asistido al encuentro por motivos bien distintos, pues el líder la había invitado para que pudiese formar parte de la toma de decisiones. Ahora se daba cuenta de que ese hombrecito la había engañado. Por suerte, Marcos intervino rápidamente para salir en su defensa.

—¡No! Es… es demasiado peligroso, Gabriela no puede exponerse así nuevamente. Acabarán descubriendo sus intenciones.

—Hay que hacerlo —insistió otro hombre—. ¿Qué me dices? ¿Crees que puedes?

—No lo sé. —Por un lado, Gabriela se sentía aliviada por la defensa de Marcos, pero le agobiaba el peso que estaban poniendo sobre ella los líderes independentistas, tratando de convencerla por todos los medios.

—Gabriela, entendemos tus preocupaciones, pero necesitamos algo más para seguir adelante. Si no atacamos pronto, el virrey recibirá los refuerzos que están a punto de llegar desde España. Y entonces habremos perdido la ventaja que habíamos logrado.

Marcos estaba a punto de intervenir, pero ella le detuvo una vez más.

—Está bien, hablaré con el virrey si se me presenta la oportunidad —dijo con voz firme.

—Gracias —dijo el líder—. Créeme, las cosas están a punto de terminar. Al virrey no le queda mucho tiempo en el poder.

Ella dudó unos instantes, pero decidió confiar en sus palabras.

Acto seguido, los líderes independentistas la invitaron a inclinarse aún más sobre la mesa para debatir con ella los detalles de la misión que se traían entre manos. Gabriela sentía náuseas mientras los escuchaba, pero trató de mantener la compostura.

Marcos la observaba con preocupación desde el otro lado de la mesa. Se miraron en silencio, y ella le agradeció su apoyo silenciosamente. Al menos sabía que no estaba sola en esto. Solo deseaba que todo pasara de una vez y que los problemas en el Perú acabasen para siempre.

45

Tal y como habían planeado, días más tarde Gabriela llegó al teatro para encontrarse con Marcos a primera hora de la mañana. Sin embargo, se sorprendió al ver que no había nadie haciendo fila en la entrada, por fuera de aquel majestuoso edificio.

Desde la puerta de acceso, la recepcionista, una joven indígena, la saludó con una sonrisa y la invitó a pasar.

—Gabriela, ¿verdad?

—Sí —respondió ella.

—Ah, sí. Aquí está su invitación —dijo la recepcionista con una sonrisa—. Por favor, siga hacia la izquierda y camine hasta el escenario. Ahí la estarán esperando.

Gabriela obedeció a la mujer. Caminó por el teatro vacío mientras el suelo crujía bajo sus pasos. Al llegar, sin embargo, se sorprendió al ver que el escenario estaba completamente iluminado. Se acercó aún más y vio una mesa para dos personas elegantemente decorada, con comida y vino. Empezó a ponerse nerviosa, y más aún al ver que Marcos era el único que se hallaba sobre el teatro.

De repente, la recepcionista apareció de nuevo detrás de ella y la animó a caminar hacia el escenario.

—Acérquese, Marcos lo ha planeado para usted.

Gabriela caminó hacia el escenario con los pies temblándole por culpa de los nervios. ¿Era esa la misión que debía llevar a cabo? No entendía nada. Conforme se acercaba a él, descubrió que vestía un traje elegante y estaba de pie junto a la mesa, sonriendo con una amplitud nunca antes vista en su rostro.

—¡Sorpresa! ¿Qué te parece el lugar? —dijo Marcos mientras le daba un abrazo—. Te dije que te llevaría de nuevo al teatro.

—Pero no pensé que sería así —respondió ella, totalmente paralizada por los nervios.

—Incluso en la más dura de las revoluciones, siempre hay tiempo para el amor.

Él se mostraba como un verdadero galán, parecía haber sacado toda su artillería para la ocasión.

—Marcos, esto es impresionante. No puedo creer que hayas organizado todo esto para mí.

Gabriela observó a su alrededor. El teatro estaba vacío, dispuesto para ellos dos.

—Quería hacerte sentir especial. Sé que has pasado por mucho estrés últimamente. ¿Qué te parece?

—Estoy… un poco abrumada, pero me hace muy feliz estar aquí contigo —respondió Gabriela.

Se sentaron juntos a la mesa y comenzaron a conversar bajo la luz de la vela. El joven actor había preparado un exquisito almuerzo tradicional peruano para ambos. Mientras comían, él le habló sobre todo lo que había tenido que organizar para traerla hasta allí. Ella se dejó llevar poco a poco, y mientras lo escuchaba se sintió relajada por primera vez en mucho tiempo.

—¿Y cómo te ha ido con ese Diego Silva? ¿Te ha vuelto a molestar? —preguntó Marcos, notando la tristeza en los ojos de Gabriela.

—No muy bien, ha perdido un poco la cabeza, pero creo que es buena persona. De todas maneras, ya no hablamos casi nunca, además de las pocas veces que nos hemos encontrado. ¿Sabes? Siento que ha estado resentido por nuestra ruptura, y esa es la razón principal de su comportamiento.

—A veces el dolor es quien habla por nosotros —respondió él.

—Puede ser.

—Lo siento mucho, pero tú no mereces que nadie te trate como he visto que lo ha hecho él —dijo Marcos mientras le tomaba la mano—. Si hay alguien que te merece, esa eres tú misma. Eres fuerte y valiente, y tienes mucho que ofrecer al mundo.

—Gracias, Marcos —respondió Gabriela con una tímida sonrisa—. Y gracias por este precioso detalle del almuerzo.

—Para servirla, señorita Cervantes.

Las risas se alargaron entre ambos durante horas, acompañados por la comida y varias copas de vino.

Después de una eterna sobremesa, Marcos se levantó y la llevó al centro del escenario, donde sostuvo sus manos con nerviosismo.

—Gabriela, quiero que sepas que siempre estaré aquí para apoyarte, no importa lo que pase.

Y con esas palabras se acercó tímidamente hasta tocar sus labios, mientras Gabriela cerraba los ojos abandonándose totalmente en esa nueva ilusión que le estaba regalando ese joven actor local que poco a poco había ido ocupando un lugar en su corazón.

Después del beso, Gabriela se sintió segura y feliz de que él hubiese aparecido justo en el momento indicado. Lo miró a los ojos con gratitud y afecto.

—No sé qué haría sin ti —dijo ella con voz suave.

Marcos le sonrió.

—Sin mi lo harías todo igual de bien, Gabriela. No tienes idea de lo mucho que te admiro.

Ella sintió un cálido hormigueo en su interior al oír esas palabras y se acercó a Marcos para darle un beso. Sus labios se acariciaron suavemente, y después Marcos la abrazó con fuerza. Ella sintió su corazón latiendo a un ritmo acelerado contra el suyo.

—Ven —dijo él después de un momento de silencio.

Bajaron del escenario y subieron a la azotea del teatro. Gabriela lo siguió sin dudar, y la imagen que se abrió ante ellos resultó ser la más hermosa que ella jamás había visto. Desde lo más alto del edificio, la ciudad de Lima se abría ante ellos como un abanico de casas de colores. Al fondo, el color del océano, y al otro lado las montañas imponentes que observaban los movimientos del bando al que estaban ayudando a hacer la Revolución.

—Es hermoso. —Estaba totalmente obnubilada.

Marcos asintió con una sonrisa.

—Este teatro tiene un lugar especial en mi corazón, y pensé que sería el lugar ideal para este encuentro.

—Esto es increíble, nunca antes había visto mi ciudad de esta forma. Tan, tan… a nuestros pies.

Un nuevo beso interrumpió el silencio entre ambos. Gabriela se había olvidado por completo de todas sus preocupaciones, así como del miedo que sentía por estar jugándose la vida. Pero Marcos tenía algo más que decirle, y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Estoy pensando en dejar a los independentistas. Una vez que el virrey sea derrotado, no quiero ningún puesto político, ni nada que ver en este nuevo inicio.

—¿De verdad? Creí que amabas la política.

—Quiero dejar esa tarea a las nuevas generaciones, nosotros no haríamos sino arruinarla con nuestros traumas de la guerra.

—No sabía que estabas considerando eso —dijo ella con asombro.

Marcos asintió.

—He estado reflexionando sobre ello durante mucho tiempo, creo que es la mejor manera de luchar por un futuro mejor para todos.

Gabriela lo miró a los ojos con verdadera admiración.

—Eres un hombre valiente. Y honesto.

—Solo estoy haciendo lo que creo que es correcto. Necesitaba que lo supieras, no quiero ocultarte nada.

—Estoy contigo, Marcos —dijo ella con firmeza—. Apoyaré lo que sea que decidas hacer, y quiero que sepas que has plantado una semilla en mis ideas.

—Ah, ¿sí?

—Sí, pero aún no puedo decirte de qué se trata.

El atardecer se cernía sobre sus rostros, ocultándose en el horizonte. La pareja permaneció abrazada durante una eternidad, sintiendo sus cuerpos al calor del último soplo del día. Gabriela se

sentía agradecida por tener a Marcos a su lado en un momento tan difícil como ese. Sabía que aún le quedaban muchos desafíos por delante, pero se sentía más segura y decidida con él a su lado. La idea de que todo esto terminase pronto, la propuesta de dejar todo a las futuras generaciones… Le ilusionaba el futuro.

Deseaba con todas sus fuerzas que todo cambiase pronto.

Y para ello, sabía que tenía que volver a ver al virrey.

46

Se presentó en el palacio a la mañana siguiente. El frío aire de la mañana invadió los pulmones de Gabriela mientras caminaba hacia el edificio. Se sentía sumamente nerviosa por su próxima reunión con el virrey. Con su vestido de seda negro y sus zapatos de tacón alto, subió las escaleras de mármol y avanzó por el extenso pasillo decorado con lámparas de cristal y retratos de ilustres personajes de la realeza.

Su cuerpo seguía invadido por el miedo, pero la acompañaba la tranquilidad de que si cumplía con su misión, todo acabaría pronto. «Dejarlo todo», se repetía a sí misma una y otra vez. Esas palabras que habían salido de la boca de Marcos continuaban resonando en ella. Gabriela necesitaba información sobre los planes de la Corona para ayudar a los independentistas a cumplir su cometido.

Y estaba dispuesta a hacer lo que hiciese falta para lograrlo.

Finalmente, llegó a la puerta del salón, donde un sirviente la recibió y la hizo entrar. La imponente sala tenía una larga mesa en el centro y grandes ventanales que iluminaban las paredes pintadas de un azul intenso. En el techo, las molduras doradas contrastaban con el terciopelo verde oscuro del papel tapiz. Grande y majestuoso, su decoración invitaba a la intimidad y a la confidencia. Las paredes estaban cubiertas por tapices que simulaban escenas épicas, mientras que el suelo de mármol relucía en la luz natural que se filtraba por las ventanas.

Gabriela se acercó temerosa al lugar donde se sentaría frente al virrey, quien la esperaba detrás de un escritorio adornado con dijes y una decoración sofisticada. El rugir de su traje y el peso de sus joyas complementaban su poderosa presencia.

—Señorita Gabriela, es un placer recibirte de nuevo. ¿A qué debo tu insistencia?

—Quería verle.

—Vaya —sonrió De La Serna—. Entonces creo que será mejor que te busque una habitación en el palacio, o por lo menos un despacho.

La risa del virrey incomodaba a Gabriela, pero debía canalizar la rabia que le producía ese hombre para no perder los papeles.

—¿A qué debo el honor de tu presencia? —preguntó el virrey mientras se acercaba más y más a ella.

—Mi señor, disculpe la molestia. He venido para solicitarte información sobre los planes de la Corona para con los

independentistas. —Gabriela soltó el mensaje de golpe, en voz baja, mientras trataba de mantener la compostura por sus palabras.

—¿Cómo dices?

—Lo que oye, señor.

—Tienes agallas, me gusta eso. ¿Algún interés político, o quizás se trata de algo más personal, señorita? —preguntó el virrey mientras la tomaba del brazo y la acercaba hacia su cuerpo.

Ella intentó zafarse de su agarre y retrocedió unos pasos, pero el virrey continuó avanzando hacia ella.

—Mi interés es solo político, mi señor. Me preocupa la situación de los independentistas y quiero ayudarlo en lo que pueda para vencerlos cuanto antes —respondió Gabriela intentando no mostrar su miedo.

—¿Crees que soy tonto, Gabriela?

—De ninguna manera, mi señor —dijo Gabriela mientras una gota de sudor resbalaba desde su frente—. Quería saber, por ejemplo, cuándo llegarán los refuerzos desde España.

—¿Por qué no hablamos de esto en un lugar más privado? —dijo él mientras se acercaba a ella de nuevo, esta vez dejando claras sus intenciones sexuales—. Podemos ir a mi despacho y discutir el asunto con más detalle —sugirió con una sonrisa seductora.

Gabriela sintió un escalofrío al escuchar sus palabras. Sin embargo, no podía permitirse perder la compostura.

—Mi señor, le agradezco su ofrecimiento, pero prefiero hablar aquí, en el salón de audiencias. Me sentiría más cómoda

El virrey pareció sorprendido por la respuesta de Gabriela, pero no insistió más.

—Muy bien. ¿Qué quieres saber exactamente? ¿En qué puedes ayudarme tú esta vez? —Preguntó él mientras volvía a tomar asiento en su sofá del salón de audiencias.

—He oído rumores de que podría haber medidas drásticas para acabar con ellos en los próximos días —dijo Gabriela mientras se mantenía de pie frente al trono del virrey.

—Es cierto que los independentistas son un problema urgente para la Corona. Pero no se preocupe, señorita. Estamos tomando medidas para controlar la situación.

Acto seguido el virrey le ofreció una copa de vino, pero ella se negó educadamente y continuó con sus preguntas.

—¿Podría ser más específico, mi señor? ¿Qué tipo de medidas se están tomando?

El virrey empezaba a estar incómodo ante la insistencia de Gabriela, pero finalmente optó por responder. No veía que esa mujer pudiese ser peligrosa.

—Hay planes para detener a dos de los más importantes miembros de los independentistas, o al menos a dos de sus pilares. Saben

ocultarse muy bien, clásico de las ratas. Pero no se preocupe, tenemos varios informantes y estamos a punto de dar con ellos. Los ajusticiaremos en la plaza para liquidar el movimiento insurrecto, es cuestión de días.

Gabriela se quedó muda.

—Ahora bien, ¿en qué quiere ayudarme con respecto a eso?

—¿Cuáles son esos nombres? Me gustaría como desprestigiarlos desde mi posición en Urpi. Así podríamos hacer que salgan de su escondite.

El virrey soltó una carcajada maliciosa.

—Ay, querida. Eso no pienso decírtelo. ¿Acaso eres una espía?

—¿Yo? ¿Cómo se le ocurre, excelencia?

Él la examinó en silencio durante unos segundos que a ella se le hicieron eternos. De La Serna analizaba cada gesto, cada mirada y cada sonrisa nerviosa de la joven.

—Si no fuera porque me está mirando a los ojos mientras habla, ya la habría mandado a la cárcel.

—¿Por qué?

—Nunca confíe en alguien que no la mire a los ojos.

—Gracias, señor —dijo, al tiempo que trataba de apurar el fin de aquel encuentro—. Tengo algo de prisa.

Se apresuró a salir del palacio con su corazón latiendo a mil por hora. Una vez que llego a la calle y pudo perderse entre la gente, respiró hondo tratando de recomponerse de la experiencia que acababa de vivir. Maldecía cada segundo que tenía que compartir respirando el mismo aire que ese hombre. El virrey se resistía a darle lo que necesitaba.

Una vez que se recompuso de su desencuentro, se dirigió a la plaza más cercana, situada en el centro de la ciudad. Allí tomó una oblea en uno de los puestos ambulantes, pues el vendedor era un compañero de los independentistas. Mientras el hombre le preparaba el dulce, ella le relató la charla que había tenido en el Palacio Virreinal.

Para sorpresa de ella, el vendedor la invitó a la oblea, una manera de recompensarla por su coraje.

47

La sede secreta en la que se imprimía el diario Anónimos brillaba por la luz que se filtraba a través de los ventanales. En el exterior, el canto de los pájaros y el murmullo de la gente se mezclaban creando una atmósfera armoniosa. El viento suave acariciaba su cabello y el aroma de las flores inundaba los sentidos de Gabriela mientras ella caminaba hacia aquella nave industrial semi abandonada.

Todo parecía en calma.

Gabriela sabía que no tenía tiempo que perder. Necesitaba contrarrestar cuanto antes la campaña que ella misma había orquestado en Urpi para seguir las órdenes del virrey, así que desde Anónimos tenía que encender aún más la mecha de la Revolución. Por suerte, aquel diario secreto ya tenía una popularidad que iba de Lima hasta Arequipa, y los efectos se estaban haciendo notar en la ciudad más subversiva del Perú. En esa provincia el poder del virrey De La Serna ya era casi historia, pues los sublevados habían conseguido formar la República independiente de Arequipa y dominaban gran parte de su región. Tal era su poder que incluso tenían ya un escudo e himno propio.

Sin embargo, aunque estos insurgentes no apoyaban todos los postulados del movimiento formado en Lima, respetaban el trabajo que el diario opositor Anónimos estaba haciendo por toda la colonia y estaban dispuestos a apoyar a la capital.

Gabriela abrió la antigua puerta del edificio, cuya madera estaba desgajada y a punto de pudrirse por completo. De pronto, el aire a su alrededor se volvió denso y cargado de una quietud un tanto preocupante. Gabriela intuyó de inmediato que algo siniestro se ocultaba detrás de aquel umbral entreabierto, mientras sus ojos se posaban sobre la cristalera fracturada que desfiguraba las ventanas de la entrada.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y su corazón. Presa del pánico, la joven se desbocó en un galope desesperado hacia el interior. Atravesó el umbral que la convertiría en testigo de la terrible escena que ensombrecería sus sueños durante años venideros. El panorama que se desplegó ante sus ojos era un macabro lienzo pintado con sangre. Las paredes, los intrincados mecanismos de las máquinas de impresión y el propio suelo se hallaban llenos de rojo carmesí. Un olor penetrante a hierro y a desolación se mezclaba con la calidez

sofocante de aquella jornada soleada, creando una mezcla infernal que invadía los sentidos.

Avanzó cautelosa, sorteando los cuerpos inertes y ensangrentados de sus empleados, cuyas vidas se habían apagado en un estallido de violencia. El eco de su propia respiración agitada resonaba en la oscuridad sepulcral del lugar, acentuando aún más la sensación de angustia que se aferraba a su ser. Con cada paso que daba, el miedo se enroscaba en su interior como una serpiente venenosa, y su mente luchaba por encontrar una explicación racional que aliviara la incomprensible carnicería que se desplegaba ante ella.

Finalmente, tras su escritorio encontró a una de sus empleadas agonizando en el suelo. Su voz era apenas un susurro. Gabriela corrió hacia ella y la acogió entre sus brazos, mientras la niña se esforzaba por decirle algo. Pegó su rostro al suyo, y fue entonces cuando ahí cuando su empleada, en su último suspiro, abrió por fin los labios.

—Querían su nombre, señora, pero nos quedamos callados —balbuceó la pequeña mientras cerraba los ojos para siempre.

Gabriela sintió el peso de la tristeza y la impotencia en su corazón al escuchar esas palabras últimas palabras. La culpa poco a poco infectaba su mente. Y entonces, Gabriela descubrió que había un mensaje escrito en sangre en la pared: “Te vamos a atrapar, rata”.

Sintió un escalofrío recorrer su espalda.

Se vio sola en medio de la escena más terrorífica que jamás había vivido, y se dio cuenta de inmediato de que ella no debía estar allí si no quería que la atrapasen. Así que salió corriendo, tratando de alejarse del lugar lo antes posible. Pero las energías solo le alcanzaron para acabar tirada en la acera, llena de miedo y con las lágrimas desbordando sus ojos.

De pronto, escuchó unos pasos que se acercaban a ella desde la distancia. Al levantar la mirada, se dio cuenta de que se trataba de Marcos, quien, al verla en ese estado, corrió a auxiliarla.

—Gabriela, ¿estás bien? ¡Gabriela! ¿Qué pasa? —preguntó él con preocupación mientras la levantaba del suelo.

—No sé qué hacer, no sé qué está pasando —Respondió, con las lágrimas que no dejaban de llover por su rostro.

—¿Qué está pasando, Gabriela?

Marcos asomó la vista hacia el interior y vio varios cuerpos tirados, llenos de sangre.

No necesitó más que eso para entenderlo todo.

Sin pensarlo dos veces, Marcos levantó a Gabriela entre sus brazos y se aseguró de que nadie estuviera cerca. Por suerte, la imprenta secreta se hallaba en un callejón alejado del meollo de la ciudad. Caminó unos metros con Gabriela apoyada en sus brazos hasta llegar al carruaje que lo había traído hasta ahí. Al subir le pidió al chofer

que los sacara cuanto antes de ese lugar, y cuando se aseguró de que nadie los estuviera siguiendo, continuaron su camino a la casa de Gabriela.

Con el rostro devastado, ella se aferró con fuerza al brazo de Marcos Camacho mientras el carruaje se desplazaba por las calles. Gabriela se encontraba en un estado de devastación total. Podía sentir la opresión en su pecho mientras se alejaba de la escena como si estuviera huyendo de su responsabilidad. Sus fieles empleados, a quienes había considerado como una verdadera familia, yacían sin vida después de haber sido brutalmente asesinados. Era una escena macabra que nunca había imaginado que sería testigo. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se aferraba al vestido, tratando de encontrar la fuerza para seguir adelante. El aliento le faltaba y el corazón se le oprimía.

La ira ardía en su interior.

Al llegar a su casa, Marcos la introdujo adentro y cerró con llave todas las puertas y ventanas, asegurándose de que nadie pudiera entrar y cerciorándose de que no hubiese alguien merodeando por los alrededores.

Ella seguía temblando, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta.

Marcos se acercó a ella y le preguntó con voz suave y preocupada.

—Tranquila, nadie nos ha visto.

Ella empezó a jadear, y le explicó entre sollozos lo que había visto en la imprenta. Marcos la escuchaba con atención, tratando de calmarla mientras hacía por contener su propio miedo y su angustia. Cuando ella terminó de hablar, Marcos se puso de pie.

—Tenemos que llamar a la Guardia, esto es muy peligroso. Tienes que huir de Lima.

—¿Estás loco, Marcos? ¡Han muerto por mi culpa!

—No es tu culpa, Gabriela.

—¡Yo les ordené que imprimieran ese maldito diario! ¿Ahora me entiendes? ¿Entiendes por qué están muertos?

—Por favor, calma…

Pero ella le cortó de nuevo.

—¡No me lo estoy imaginando! ¡Una de las chicas agonizó en mis brazos! ¡Los mataron porque no me quisieron delatar!

Marcos agachó la cabeza, consciente de que ella tenía razón. No podía más que apoyarla en un momento tan duro como este.

—Lo siento mucho. Todos los que trabajaban contigo en esta misión estaban tan comprometidos que incluso han dado su vida por la lealtad que te tenían a ti y a Anónimos.

Aunque la intención del actor era hacerla sentir mejor, solo consiguió que Gabriela estallase aún más en su llanto.

Tenemos que encontrar al responsable de esto. No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras tu gente, nuestra gente, sigue muriendo.

—Ya sabemos quién lo ha hecho —dijo Gabriela—. Esto es cosa del virrey.

—Ya… —Marcos no pudo evitar sentirse estúpido por no haber reparado en lo evidente—. En ese caso necesito que me ayudes a entender todo lo que sabes sobre el virrey. Sus planes…

—Todo lo que sé es lo que he puesto al servicio del grupo.

—De acuerdo. En ese caso, tendremos que hablar con ellos.

Se abrazaron con ternura, como si fuesen dos almas heridas. En ese momento, una voz se oyó a lo lejos, procedente del otro lado de la casa.

—Es mi madre —dijo Gabriela—. Voy a ver qué ocurre, será mejor que te marches.

—Está bien.

Ella lo acompañó a la salida.

—Gracias, Marcos. Por estar conmigo, nunca voy a olvidar todo lo que estás haciendo por mí.

—Yo siempre estaré para ti. Cuando todo acabe…

—Será pronto.

—Lo sé. Y entonces nada podrá separarnos.

Marcos salió de la casa y Gabriela permaneció observando su cuerpo de espaldas mientras se alejaba hacia el gentío de las calles más concurridas. Era incapaz de dejar de llorar, pero le animaba saber que tenía a un chico tan maravilloso como él, y que su verdadera madre descansaba en una cama de esa misma casa.

Al menos tenía a alguien con quien compartir su desolación.

48

Días más tarde, los soldados del virrey se presentaron en la casa familiar de Gabriela. Era una mañana calurosa y soleada, en la que los pies de los soldados levantaban una gran cantidad de polvo al acercarse a la vivienda por la parcela de tierra anexa a la misma.

El tío Manuel les abrió la puerta con una barba blanca y cansada.

—¿Dónde está Gabriela? —preguntó el líder de los soldados de muy malos modos.

—¿No sabes qué casa es esta?

—La vivienda de los Cervantes.

—Sí, pero ella ya no vive aquí —respondió el tío Manuel con voz firme—. ¿Puedo ayudarlos en algo más?

—El Virrey la necesita en el Palacio de Gobierno. Es urgente.

—Lo siento, pero no puedo ayudarles. No sé dónde está Gabriela.

Los soldados no parecían creerle. Se miraron entre ellos durante un momento buscando la aprobación en el líder de la Guardia. Entre todos rodeaban a Manuel junto a la puerta de su casa y, siguiendo las instrucciones del jefe, lo empujaron con fuerza para tumbarlo al suelo. Se adentraron en la casa a gritos y no descansaron hasta buscar en todas las habitaciones de la vivienda. Pusieron la mansión patas arriba, destrozando los muebles a su paso y rompiendo los baúles y armarios por si acaso la joven se hallaba escondida en su interior.

—¡Gabriela Cervantes! ¡Sal de inmediato! —Gritaban mientras recorrían la casa dando golpes.

Las tías y los primos de la joven no pudieron sino agazaparse en las esquinas de las habitaciones mientras veían cómo los soldados destrozaban toda la vivienda.

Después de una inspección a fondo sin éxito, los soldados se marcharon y dejaron a Manuel en el suelo, asimilando una humillación que el caballero nunca antes había vivido. Y mucho menos por alguien de su propio bando.

Mientras tanto, Gabriela se encontraba en la casa que ahora compartía con su madre, María Roca Yupanqui, tratando de decidir qué hacer con su vida. Se había la noche allí encerrada, dejando que su madre la consolase y apoyase por la culpa que sentía tras la violenta muerte de los empleados del diario Anónimos. Al fin y al cabo, María también había sido guerrillera en el bando

independentista y sabía de sobra cómo tenía que sentirse su hija.

Fue Manuel quien interrumpió una mañana tranquila entre ambos, mientras las dos mujeres desayunaban. Después de la inquietante visita de los soldados, el tío Manuel se acercó a verlas con paso apresurado, pues sí sabía dónde se hallaba la casa en la que ella y su madre compartían su vida desde hacía un tiempo.

Al llegar, Manuel se encontró con una escena desoladora. Gabriela seguía aún con el semblante pálido y los ojos inundados de angustia. Temblaba de miedo, con un desayuno frente a ella que ni siquiera se atrevía a tocar.

—Han venido a por ti —fue lo único que acertó a decir su tío—. No sé qué has hecho esta vez, pero no van a tener piedad, han destrozado nuestra casa.

Gabriela rompió a llorar en brazos de su madre. Estaba desesperada.

El tío Manuel, con su voz entrecortada por la preocupación, intentó convencerla entonces de que ella debía abandonar Lima y buscar refugio en la clandestinidad. Pero ella se resistió con vehemencia.

—No puedo, no puedo dejar sola a esta gente.

—¿Qué gente? —Preguntó su tío.

—Da igual, tío. Siento lo que estoy haciendo pasar a toda la familia.

A pesar de la valentía que mostraba Gabriela al enfrentarse a lo desconocido, su corazón estaba sumido en la tristeza, una desesperación latente que le susurraba al oído a cada momento. Cada fibra de su ser permanecía en estado de alerta, como si el peligro acechara tras su sombra.

Y más ahora que toda su familia estaba a punto de caer con ella.

—No huiré, no importa cuánto me persiga el virrey. Estoy dispuesta a luchar contra ese asesino sin escrúpulos. Si quiere mi vida, se la daré.

—Gabriela, ¿qué estás diciendo? —Preguntó Manuel, desconcertado—. No puedes entregarte de esa forma.

—Quiero hablar con él. Acompáñame —le dijo a su tío.

Pero María intervino para impedírselo.

—No, no voy a perderte una vez más.

—Madre… Es mi deber, yo soy la persona a la que está buscando.

Abrazó a su madre antes de marcharse, consciente de que tal vez no volvería a verla nunca más. Acto seguido, Gabriela subió al carruaje familiar y se dirigió al Palacio Virreinal junto a su tío. El viaje quedó dominado por el silencio. El cielo estaba nublado y amenazaba con una lluvia inminente.

Al llegar al palacio, el portero la miró con desconfianza, pero la

dejó entrar sin hacerle una sola pregunta. Gabriela se encontró en una habitación lujosa, con cortinas de seda y muebles de madera tallada. El virrey estaba sentado en un trono de oro, rodeado de cortesanos y decenas de militares. El hombre se puso de pie y se acercó a ella con un paso tan melódico como amenazante. Comenzó a rodearla en silencio mientras ella permanecía muda y con la mirada clavada en el suelo.

—¿Has pasado mala noche, Gabriela?

—No.

—Pues yo diría que has estado llorando, lo dicen tus ojos. ¿Se puede saber por qué?

—¿Llorando, yo? No lo creo, mi señor. Será el cansancio por el trabajo en la imprenta.

—Sin rodeos —sentenció el virrey—. ¿Estás al tanto de que hemos acabado con ese diario de patanes independentistas? Era cuestión de tiempo que cayesen. Y este es solo el principio.

Gabriela se sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago, pero trató de recomponerse.

—¿Qué te parece? Hemos acabado con ese diario de oposición, deberías alegrarte. Ya no tendrás que competir contra ellos desde Urpi.

—No podría estar más contenta, mi señor —mintió—. ¿Y hubo algún percance?

—Algunas bajas irrelevantes, nada que destacar.

—Gracias por la información.

—La Guardia te pondrá al tanto de los detalles de los hechos, aunque conociéndote, sé que lo harás muy bien. Quiero que ocupe toda la portada, vamos a hundir la moral de esa gente.

Gabriela no respondió, permanecía con la mirada perdida en el vacío del salón del palacio.

—¿O tienes algún problema? —Insistió él.

—No, cumpliré su voluntad. —Dicho esto, Gabriela asintió en silencio, y se retiró de la habitación con una sensación de alivio y rabia.

Si el virrey no caía pronto, estaba dispuesta a matarlo con sus propias manos.

49

26 de mayo de 1821.

Las jornada siguientes, una calma inusitada se apropió de la capital del virreinato. Para la Corona daba la impresión de que el asalto a la imprenta de Anónimos había acabado por completo con las ilusiones de los independentistas, pero el miedo a una nueva revuelta o atentado se cernía sobre las clases más altas de la ciudad.

La sirvienta de Gabriela, Shumay, la ayudaba a doblar las prendas y a colocarlas en una valija mientras ella le escribía una carta al virrey en la que le indicaba que debía excusarse de Lima por un tiempo. No era del todo cierto, pero necesitaba ausentarse de su presencia para que él no pudiese solicitarla.

La habitación estaba iluminada por los rayos del sol que entraban por la ventana y el ambiente estaba fresco, la brisa que soplaba en el exterior. Después de varios días de melancolía, por fin Gabriela volvía a sonreír y a mirar el futuro con optimismo. Esa mañana llevaba un vestido de algodón blanco con detalles en encaje y un sombrero de paja adornado con flores silvestres, síntoma de que podía empezar a pasar página. No sabía cuáles eran los planes de los independentistas, pero en cierto modo prefería no saberlos, necesitaba alejarse de la primera línea de acción.

En ese momento, la empleada anunció la llegada de Marcos Camacho, y Gabriela lo recibió en la sala de estar con una sonrisa. Cuando descendió los escalones del piso superior, descubrió que él la esperaba en el salón vestido con un traje negro y una corbata roja, haciendo gala de su porte y elegancia. Se veía aún más apuesto que de costumbre.

—Marcos, qué sorpresa. ¿Qué te trae por aquí?

—Vine a ver cómo estabas. Qué bueno ver tu sonrisa de nuevo.

—Gracias por preocuparte, Marcos. Pero necesito alejarme un poco de este caos. Quiero viajar a la hacienda Tambo, una de las fincas de mi familia.

—No creo que sea una buena idea, Gabriela. Esas propiedades son conocidas por el virrey, no vas a poder estar mucho tiempo antes de que él quiera verte otra vez. Quédate en la finca de mi familia, es más modesta, pero al menos vas a estar tranquila, y el servicio te atenderá como mereces. Y nadie sabrá de tu paradero.

—Gracias, pero ya me has ayudado mucho.

—No te preocupes. Por favor, me sentiré más tranquilo si te quedas en mi finca. Es más, yo mismo cuidaré tu estancia. Es por tu seguridad.

Gabriela dudó un instante antes de aceptar la propuesta.

—¿Crees que mi familia correrá peligro? —Preguntó.

—No lo creo. Por lo que me dicen mis informantes, el virrey está bastante más tranquilo ahora que no existe un diario opositor. Has cumplido con creces con tu labor, tus empleados pueden seguir publicando en Urpi sin que tú estés presente. Refúgiate, es lo mejor que puedes hacer.

—Tienes razón, Marcos. Tal vez me venga bien aislarme. Pero antes necesito hacer una parada.

—¿A dónde tienes que ir? —preguntó Marcos.

—A la imprenta.

—No deberías ir sola —dijo Marcos, visiblemente preocupado—. Aunque la ciudad lleve varios días sin incidentes, la lucha armada podría surgir en cualquier momento. Estamos reuniendo batallones de las ciudades de Cuzco y Arequipa.

—No te preocupes, sé cuidarme sola.

—Pero, Gabriela...

Ella lo interrumpió. Marcos le había hecho entrar en razón.

—Tienes razón, tienes razón. Acompáñame si quieres.

Él agarró la maleta de Gabriela y salieron juntos de la casa, después de despedirse de María Roca.

—Estaré bien, madre. No voy a salir de la finca de Marcos.

—Ay, mi niña. Por favor, cuídate mucho.

Desde el carruaje, el sol brillaba intensamente en el cielo y el viento soplaba con fuerza mientras Gabriela contemplaba el paisaje, preguntándose qué le depararía el futuro. Tras hacer una breve parada en Urpi, ambos continuaron el camino hacia la finca de Marcos.

El trayecto era largo, pero muy pintoresco, con unas hermosas vistas de los campos de trigo y los viñedos a lo largo del camino. Se notaba que estaban alejándose de la urbe limeña. La mansión de su familia era una enorme vivienda rodeada de exuberantes jardines, todos ellos repletos de flores. La casa era de color blanco, con un techo de tejas de terracota. Los grandes ventanales con cortinas de seda permitían la entrada de la luz natural y una vista panorámica del jardín.

Gabriela sentía que podía encontrar allí un refugio para su alma atormentada. La paz y la tranquilidad de este ambiente rural a las afueras de Lima eran la bocanada de aire fresco que necesitaba. El canto de los pájaros, el sonido del viento acariciando las hojas de los árboles y el suave murmullo del río que cruzaba la finca, creaban una

atmósfera mágica que la envolvía en un abrazo cálido. Gabriela se sentía protegida en este oasis de tranquilidad, donde podía caminar por los jardines y los viñedos sin ser molestada por nadie. Era el lugar perfecto para recuperar el equilibrio perdido y encontrar la paz interior que tanto anhelaba.

Supo entonces que la vida bohemia y progresista del joven actor estaba rodeada de una falsa modestia, pues él era casi tan adinerado como ella.

Al entrar en la vivienda, ambos fueron recibidos por la cuidadora de Marcos, doña Martina, quien les dio la bienvenida con abrazos y besos. La señora les mostró la casa, cuyo interior estaba decorado con muebles antiguos y objetos de arte. Las paredes estaban adornadas con cuadros de la familia y de paisajes de la región.

—Es una casa hermosa —dijo Gabriela— admirando una vez más el hermoso jardín desde el interior.

—Sí, es un lugar especial para mí —respondió Marcos—. Ven, déjame mostrarte el resto de la casa.

Gabriela lo siguió mientras él la guiaba a través de los amplios pasillos y habitaciones. Marcos le hablaba sobre los diferentes objetos de arte y muebles que había heredado de sus antepasados, y ella le escuchaba con admiración. Y con unas ganas irrefrenables de quedarse a vivir allí con él para siempre.

En la terraza había una mesa de hierro forjado y sillas de mimbre. El aroma de las flores llenaba el aire de una magia indescriptible.

—Este es mi lugar favorito de la casa —dijo Marcos mientras se sentaba en una silla—. Podemos tomar el té y disfrutar de las vistas. No creo que el virrey vaya a encontrarte aquí.

Gabriela se sentó frente a él y observó el jardín.

—Me encanta este lugar. Es exactamente lo que necesitaba.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Marcos mientras le ofrecía una taza de té.

—Estoy mucho mejor, gracias por preguntar. Este lugar será como un bálsamo para mi alma. Sé que el virrey está a punto de descubrir mis intenciones. Cuando vuelva a Lima, me encantaría que él no estuviese, que se hubiese marchado a España de nuevo.

—Así será —le prometió Marcos con una sonrisa—. Me alegra que te sientas mejor.

La tarde se desvaneció entre ellos bajo una tranquila conversación y las risas de la calma mientras ambos disfrutaban de la hermosa vista y un té delicioso. Para Gabriela, aquel era un respiro muy necesario después de todo el estrés de la ciudad.

Esa noche durmieron en habitaciones separadas, pues su relación aún no estaba formalizada y no querían incomodar a la familia de Marcos. Aunque se alojaría en otra recámara, su mente no podía dejar

de pensar en él. No podía evitar sentir una fuerte atracción hacia ese hombre tan amable y apuesto. Mientras se envolvía en las sábanas limpias, Gabriela se imaginaba deslizando su mano por la musculosa espalda de Marcos. Él era valeroso y astuto, y su mera presencia llenaba a Gabriela de expectativas. Todo en la hacienda parecía mágico, desde la decoración antigua hasta los jardines frondosos que rodeaban la propiedad.

Gabriela sentía por fin que aquel podía ser su hogar.

Al día siguiente, Gabriela se despertó temprano para encontrarse con Marcos en la sala de estar de la hacienda. Él estaba leyendo un libro y levantó la vista con una mirada enamoradiza, al verla con su camisón de tiro largo.

—Buenos días, preciosa.

—Hola —dijo ella.

Compartieron un desayuno mientras hablaban sobre los planes para el día, que se resumían en disfrutar de aquel maravilloso paisaje. Gabriela seguía impresionada por la belleza de la casa y la cantidad de espacio que tenía, la libertad que les ofrecía tan magnífico entorno.

—¿Te apetece montar a caballo? —Preguntó él.

Ella aceptó, y pronto se reunieron en los establos.

Marcos le presentó a su caballo, un hermoso ejemplar negro llamado “Rubik”. Gabriela, quien ya tenía algo de experiencia como jinete, se emocionó al ver el animal y aceptó subirse al mismo caballo con él. Quería dejarse llevar por la experiencia.

Recorrieron los campos de la hacienda, galopando por los senderos y disfrutando del aire fresco de la mañana. Durante el recorrido, compartieron historias de sus vidas mientras se conocían mejor, intercambiando impresiones sobre sus pasatiempos y sus intereses. Gabriela descubrió que Marcos era un apasionado de la música y que tocaba varios instrumentos, y él supo que ella era una amante de la literatura clásica. Cada hallazgo que hacían el uno del otro los animaba más y más a unirse para siempre en ese lugar.

Después del largo paseo a caballo, volvieron a la casa para almorzar. Marcos preparó un delicioso plato de arroz con mariscos y una ensalada fresca, que disfrutaron mientras seguían hablando. Gabriela se sentía feliz y agradecida por haberle conocido. Se dio cuenta de que era un hombre más sensible y amable de lo que había pensado en su primera impresión. Por fin sentía que estaba empezando a conocerlo de verdad.

Sin embargo, los problemas no tardaron en llamar a su puerta.

Era imposible escapar a tan maravilloso destino.

—Señorita Gabriela, la imprenta Urpi ha sido clausurada por orden del virrey —dijo un empleado de la finca que apareció corriendo para

interrumpir el almuerzo entre ambos.

Ella se derrumbó al instante, como si todo el descanso se hubiese desvanecido de inmediato.

—¿Cómo es posible? —Y entonces cayó en la cuenta—. Un momento, Marcos, ¿cómo sabía él que yo iba a estar aquí?

Marcos la tomó del brazo para tranquilizarla.

—Tranquila, Gabriela. Todo estará bien. Él es un hombre de confianza. Encontraremos una solución, lo que importa es que han podido alertarte.

El empleado se disculpó por la mala noticia, pero ella no quiso darle importancia a pesar de que su mente volvía a bullir de nuevo sin cesar.

Gabriela se tomó un instante para respirar hondo y asimilar la noticia. Después de un momento de silencio, decidió que era hora de regresar a la ciudad y afrontar la situación.

—Prepararé mis cosas. Necesito averiguar por qué han clausurado la imprenta.

—No. Tal vez hayan descubierto tu verdadera tapadera. Creo que no deberías ir.

Pero ella estaba totalmente convencida de que aquel era su deber.

—Tengo que ir, no puedo dejar que le hagan lo mismo a los empleados de Urpi. Creí que estarían a salvo, pero tal vez me equivoqué.

Marcos asintió en silencio.

—Está bien, te acompañaré. No voy a dejarte sola en esto.

Juntos, comenzaron a preparar sus cosas para el viaje de regreso a la ciudad.

Gabriela y Marcos iban al encuentro del virrey. Durante el viaje en el carruaje, ella sentía un nudo en el estómago que no podía explicar. Había pasado unos días increíbles en la hacienda de Marcos, tratando de despejar su mente, pero la noticia de la clausura de su imprenta la había sacudido por completo. Decidió que entraría en solitario al palacio, pues no quería delatar a nadie más de su entorno, pero los soldados que se hallaban en el exterior les hicieron pasar juntos.

El virrey los recibió con frialdad e hizo que se sentaran juntos. Marcos y Gabriela obedecieron y permanecieron en silencio, al tiempo que De La Serna los observaba.

—Así que este es el hombre con el que te has escapado —dijo por fin—. Mis hombres han visto el carruaje entrando en la ciudad de Lima. ¿A dónde has ido?

Gabriela buscó la complicidad en el gesto de Marcos. No quería delatar su residencia, pero sentía que ya era demasiado tarde. El virrey tenía ojos en todo el territorio.

—Señor Virrey, me disculpo por Gabriela —intervino Marcos—. Yo la invité a disfrutar de nuestra casa familiar a las afueras de Lima.

—Tú eres actor, ¿verdad?

—Así es.

—Bien. —De La Serna se tomó un instante para disfrutar del descubrimiento—. Espero que te vaya bien en el futuro.

Ninguno de los dos entendió a qué se refería, pero parecía claramente una amenaza. El hombre volvió a dirigir su atención en Gabriela.

—Bueno, levantaré la clausura de la imprenta, pero a partir de este momento tendrás que rendirme cuentas a mí de absolutamente todo lo que hagas.

Gabriela se sentía indignada por la forma en que el virrey la estaba amenazando, pero sabía que no podía hacer nada al respecto.

—Si quieres hacer un viaje a la vuelta de la esquina de la plaza, lo voy a saber, así que más vale que me lo digas. Si mueves un pie, lo quiero saber. No vas a hacer nada sin mi permiso.

Marcos no pudo soportarlo y estaba a punto de intervenir, levantando la voz. Pero ella le retuvo justo a tiempo.

—A la orden, excelencia.

—Me alegro, porque no estamos para descansos —le dijo el virrey con actitud diplomática—. La situación del gobierno empeora.

—Pensé que las cosas iban de maravilla.

—Te necesito aquí. Ah, y te aconsejo que pienses en el matrimonio. No es de bien avenida viajar a solas con un hombre como este. Un actor… No quiero que una mujer de bien como tú esté en boca de todo el mundo.

Acto seguido, el virrey puso fin a la audiencia y los invitó a abandonar el palacio.

Una vez en la calle, Gabriela volvió a sentir que su mundo se derrumbaba. Se sentía totalmente agotada por la presión. No sabía cómo demonios podría seguir adelante con su negocio bajo el control absoluto del virrey.

Sentía que se había convertido en su prisionera.

Esa noche, Gabriela fue incapaz de dormir. Al verla llegar a casa, su madre la abrazó con fuerza y quiso saber todo lo que le había ocurrido. Su hija tenía lágrimas en los ojos y estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—¡No puedo más! ¡No puedo más!

María Roca Yupanqui apoyó la cabeza de la joven en su hombro y permanecieron en silencio durante una eternidad. Madre e hija, dos apoyos incondicionales. Gabriela la necesitaba más que nunca. Y ella estaba dispuesta a ayudarla.

—Tengo un viejo conocido, un general de la Corona que está de nuestro lado.

—¿Eh? —Gabriela no entendía muy bien a dónde quería llegar su madre.

—Te ayudaré a que te reúnas con él, hijita. Ese hombre podría ayudar al grupo a entrar en el Palacio.

La joven asintió, al tiempo que se secaba las lágrimas. Estaba completamente devastada y sin ánimos para nada más. Pero algo le decía que tan solo necesitaba hacer un último esfuerzo.

A la mañana siguiente, María Roca se dirigió al mercado. Tras varias conversaciones y preguntas en los mercadillos, la mujer logró pactar un encuentro en las sombras. Se trataba de y una reunión con el General en un rincón apartado, un café de aspecto modesto donde la confianza y el secreto se respiraban en cada rincón.

Entre susurros y miradas cautelosas, Gabriela y aquel general retirado se reunieron en medio del ir y venir de las tazas y los dulces. Allí, planteó las preguntas precisas que desentrañarían la información que necesitaba conocer. La conversación se prolongó hasta bien entrado el mediodía. Y, con los datos que consideraba cruciales en su poder, Gabriela se preparó para partir.

50

La noche caía sobre Lima. Gabriela se adentraba en los callejones más oscuros y peligrosos de la ciudad en busca del líder de los independentistas tomando todo tipo de precauciones. Algo le decía que el virrey estaría vigilando sus movimientos, así que debía ser cuidadosa si no quería que la detectasen. Después de mucho caminar y de sortear a los grupos de soldados que patrullaban las calles, finalmente llegó a una casa en la que se reunían los insurgentes.

Se trataba de una vivienda austera, situada en un edificio con soportales en el que abundaban los puestos de fruta durante el día. Miró a ambos lados de la calle antes de entrar para asegurarse de que nadie la seguía. Por suerte, por la noche no había nadie en los alrededores, así que pudo avanzar sin ser vista.

La puerta estaba entreabierta. Al entrar, Gabriela se encontró con varios hombres de aspecto fiero, algunos armados con cuchillos y otros con pistolas. A pesar de la tensión que sentía, mantuvo la cabeza fría y les explicó que necesitaba su ayuda.

—He llegado a mi limite, estoy entre la horca o la cárcel si esto continua así. Esto tiene que acabar ya.

Los independentistas la escucharon en silencio antes de que el líder se acercara a ella desde el fondo de la vivienda.

—Está bien. ¿Sabes, Gabriela? Es justo lo que llevamos meses planeando, ojalá tuviésemos la certeza de que saldrá bien.

—He hablado con un general retirado. No puedo dar su nombre, pero es un hombre de fiar.

La sala centró de inmediato toda su atención en la joven. La habitación estaba cargada de expectación, los rostros de aquellos valientes rebeldes reflejaban una mezcla de esperanza y determinación. Con voz segura, la joven les relató el encuentro con ese hombre cuyo pasado estaba entrelazado con los hilos del poder del virreinato.

Gabriela había planteado las preguntas precisas, con sutileza y astucia, y el general, consciente del momento histórico que se vivía, no escatimó en respuestas. Sabía tan bien como ella que había llegado el momento de la Revolución. El hombre le reveló los puntos débiles del palacio, las estrategias clave de la Guardia Real y los secretos bien guardados que podrían inclinar la balanza hacia la victoria ansiada.

Las palabras de Gabriela resonaron como un eco en la mente de

cada uno de los independentistas allí presentes, encendiendo la llama de la esperanza y la audacia en sus corazones.

—Está muy bien, pero aún tenemos que conseguir detalles específicos sobre el número de soldados que custodian el fuerte Real Felipe y el Palacio del Virrey. Se acerca el final.

Ella trató de asimilar la información, totalmente cabreada.

—Os lo puedo decir. Son muchos —dijo ella en tono claramente irónico.

El líder estalló en una carcajada.

—Gracias por el consejo, querida Cervantes.

—¿De qué demonios va esto? —Gritó Gabriela—. Le estoy dando toda la información que tengo, ¿y aún así no es suficiente? Por favor, el momento es ahora, tiene que creerme. Estamos seguros de que son más de una treintena de hombres los que custodian el Palacio Virreinal, me lo ha dicho el General que tengo como contacto. Y el Real Felipe… No lo sé, pero seguro que son muchos más. Lo importante aquí es que los refuerzos de España están a punto de llegar. Si no acabamos ahora con esto, será mucho más complicado con todos los soldados que están a pocos días de aparecer en la ciudad.

El líder respiró hondo mientras la escuchaba. No estaba sorprendido por sus palabras, pero sí sentía el pesar en su discurso. Los independentistas llevaban mucho tiempo tratando de alargar la contienda. Gabriela tenía razón.

Era ahora o nunca.

—Está bien —dijo el hombrecito—. Vamos a por ellos.

51

5 de junio de 1821.

El sol vertía su cálido resplandor sobre los cielos azules de la ciudad como testigo de un día que sería grabado en las páginas doradas de la historia. El aire, impregnado de un aroma salado, llegaba desde el vasto océano Pacífico, llevando consigo sus susurros. En lo alto, majestuosas aves trazaban elegantes arcos en el firmamento, sus alas extendidas como guardianas celestiales que observaban atentas el dramático encuentro que se avecinaba. El destino de una nación estaba suspendido en el aire, como si la tierra misma contuviera el aliento en anticipación del enfrentamiento final entre los valientes independentistas y la Guardia Real española. En ese día, cada suspiro, cada latido del corazón y cada paso resonarían con la fuerza de una lucha trascendental, dejando una huella imborrable en las páginas del tiempo.

El campo de batalla se extendía ante los ojos de los combatientes, lleno de hombres valientes y decididos. Los independentistas, ansiosos por liberar a su amada patria del yugo opresor del virrey, se preparaban en sus cuarteles clandestinos para el asalto final al Real Felipe. La estrategia había sido trazada con meticulosidad, aprovechando la información proporcionada por Gabriela.

Las naves independentistas, formidables embarcaciones construidas con madera robusta y traídas por mar desde las ciudades del norte, se alineaban cerca de la costa, esperando la señal para avanzar. Aquellos barcos, ondeando sus banderas con el símbolo de la libertad, eran testigos mudos de la determinación de esos hombres y mujeres dispuestos a luchar por su país.

El cielo se oscureció ligeramente cuando las nubes se acumularon, presagiando la intensidad de la batalla que estaba por venir. Un aroma acre impregnaba el aire: el olor inconfundible de la pólvora, mezclado con el sudor y la adrenalina de los soldados. El corazón latía con fuerza mientras el rugido de los tambores y las cornetas llenaba el ambiente, impulsando a los combatientes hacia la gloria.

Las filas de los independentistas avanzaban con paso decidido, protegidos por sus uniformes y armaduras improvisadas. Las balas silbaban en el aire, apagando vidas en su trayectoria. El estruendo de los fusiles y el estrépito de los cañones resonaban en el campo de

batalla, creando una sinfonía macabra que inundaba los oídos de los combatientes.

Pronto, el terreno se cubrió de humo y polvo, dificultando la visibilidad. El eco de los gritos de guerra se mezclaba con los gemidos de los heridos y el estruendo de los cañones. Cada bando luchaba con ferocidad, desplegando su valentía y astucia en un duelo de estrategias y coraje.

La toma del Real Felipe fue un momento de inflexión en la batalla. Los independentistas, en un asalto coordinado y audaz, lograron infiltrarse en las defensas enemigas. La lucha cuerpo a cuerpo se intensificó, los aceros chocando con furia mientras las bayonetas encontraban sus blancos. El suelo se teñía de rojo con la sangre derramada por ambos bandos, testigo de la feroz lucha por la libertad.

Finalmente, el grito de victoria resonó en el aire. Los independentistas habían triunfado. El Real Felipe, símbolo del poderío del virrey, había caído en manos de aquellos que anhelaban la independencia. Los combatientes, agotados pero llenos de júbilo, celebraron su conquista en medio del mar de sangre y cuerpo regados, sabiendo que su sacrificio había valido la pena.

El sol, que se había ocultado tras las nubes en señal de respeto hacia aquellos valientes que habían luchado por la libertad, volvió a emerger, iluminando el paisaje y revelando la escena que se desarrollaba en el Real Felipe. Lo hombres de pie apilaban los cuerpos formando un solo muro tan gran de y largo como cualquier otro que rodeaban el fuerte.

Dentro de los muros del imponente fuerte, los independentistas avanzaban victoriosos, mientras los soldados del virrey retrocedían en desorden. Los pasillos resonaban con el sonido de las pisadas apresuradas y los gritos de rendición. Las puertas se abrieron de par en par, dando paso al triunfo y a la esperanza de una nueva era.

Y ahí estaba ella.

Gabriela, en medio del caos y la efervescencia de la batalla, se encontraba rodeada por aquellos que habían luchado junto a ella. Su rostro, marcado por el cansancio y la determinación, reflejaba la valentía de una mujer dispuesta a todo por su país. La escena se desvaneció en un momento de respiro, donde los independientes se agruparon para atender a los heridos y rendir homenaje a aquellos que habían perdido la vida en la batalla.

El aroma del humo de la pólvora impregnaba el aire, mezclándose con la sensación de victoria y esperanza. A lo lejos, el mar seguía su vaivén eterno, una muestra de la grandeza y la fuerza indomable de la tierra que tanto amaban. Todos estaban ansiosos pero, lejos de celebrarlo, Gabriela comprendió que la lucha no había terminado. A pesar de la victoria en el Real Felipe, aún quedaba un largo camino

por recorrer.

Horas más tarde, la ciudad resonaba con los ecos de la victoria y la libertad. Las voces de independencia se desataban como un torrente imparable, llenando el aire con cánticos y consignas de triunfo. El pueblo, liberado del yugo del virreinato, se unía en una sola voz para celebrar su anhelada emancipación.

Mientras tanto, en el imponente Palacio Nacional, De La Serna se encontraba atrincherado junto a su leal Guardia. El lugar, antes símbolo de poder y opresión, ahora parecía un último bastión de resistencia, rodeado por las llamas de la revolución. El eco de los cañonazos y el fragor de la batalla resonaban en los muros del palacio, recordándoles a sus ocupantes la futilidad de su lucha.

De La Serna, en su desesperación, buscaba cualquier atisbo de esperanza en medio del caos que se desataba afuera. En medio del caos, pudo verlo todo con claridad, era Gabriela. El virrey se puso de pie y caminó con dificultad, la rabia lo gobernaba. No paró hasta dar con el mejor de sus soldados, y le susurró al oído.

—Gabriela Cervantes de Alarcón, mátala.

El soldado escuchó la orden y salió de la sala.

En el interior del palacio, el ambiente era tenso y cargado de incertidumbre. La Guardia del virrey, leal hasta el final, permanecía firme en su deber de protegerlo. El sonido de sus armas, listas para el combate, resonaba en cada rincón del lugar.

Rodeado por su círculo íntimo de consejeros, De La Serna observaba la escena con un rostro que mostraba resignación y desesperación. Sabía que su tiempo como gobernante estaba llegando a su fin y que la independencia se alzaba como una realidad inminente.

En medio de ese ambiente sombrío y cargado de tensión, la voz del líder independentista resonó en la sala. Con paso firme y decidido, entró en el salón principal, seguida por un grupo de independentistas. Su presencia irradiaba fuerza y determinación, pero su pequeña imagen no, lo que desató una pequeña risa nerviosa del virrey, no se podía creer quién lo había acorralado.

—La hora del cambio ha llegado, señor De La Serna —dijo con voz firme—. El pueblo ha hablado y su deseo de libertad es inquebrantable. Ha llegado el momento de rendir cuentas por tus actos y permitir que nuestra nación se encamine hacia un futuro de autodeterminación.

La Serna lo miró fijamente, sus ojos reflejaban un atisbo de reconocimiento y dijo:

—Tú, enano asqueroso, siempre fuiste una fuerza incansable en esta lucha —respondió con un tono de resignación—. Pero recuerda,

aunque mi poder se desvanezca, la corona no abandonará sus intereses sin luchar y este virreinato es de España.

El hombrecito, sin temblar ante las palabras desafiantes de la Serna, se acercó a él y le miró directamente a los ojos.

—La corona ya no tiene poder aquí —afirmó con determinación—. No hay fuerza que pueda detener el ímpetu de su anhelo de libertad. Entrégate voluntariamente o haré caer el palacio sobre tu cadáver.

Con esas palabras, el destino del virreinato quedó sellado. De La Serna, rodeado por la inminente derrota y el clamor del pueblo, se rindió finalmente ante la voluntad de la independencia ante el júbilo del pueblo que vio su rostro por los ventanales.

Las puertas del palacio se abrieron de par en par, dejando entrar la luz del nuevo amanecer. El pueblo de Lima, ansioso por presenciar el final de una era de opresión, se agolpaba alrededor del palacio. Las voces de júbilo y esperanza resonaban en cada rincón de la ciudad, mientras la noticia de la rendición del virrey se propagaba como un reguero de pólvora.

Los independentistas, liderados por el hombrecito, avanzaron con cautela hacia el interior del palacio. Los pasillos, antes transitados por la guardia del virrey, ahora estaban vacíos y silenciosos. Los ecos de los combates pasados parecían habitar las paredes, recordándoles la dura batalla que había tenido lugar.

Al llegar al salón principal fueron recibidos por un mar de miradas expectantes. Los rostros del pueblo, cansados pero llenos de esperanza, reflejaban la emoción del momento histórico que estaban presenciando.

Al enterarse de la rendición definitiva Gabriela corrió hacia el Palacio, y una vez en el interior se dirigió hacia el balcón, desde donde podía contemplar la multitud congregada. Las calles rezumaban aire de victoria, enarbolando las banderas y estandartes que simbolizaban la libertad. El viento, fresco y puro, parecía llevar consigo un nuevo aire de cambio y progreso.

—¡Ciudadanos de Lima! —exclamó el hombrecito con voz clara y resonante—. Hoy es un día de victoria, un día en el que hemos quebrado las cadenas de la opresión y hemos afirmado nuestro derecho a la autodeterminación.

El pueblo estalló en vítores y aplausos, coreando el nombre del Perú y de aquellos valientes que habían luchado por la independencia. Los corazones latían con un nuevo sentido de orgullo y pertenencia a una nación libre.

—Pero esta victoria no marca el final de nuestro camino—. Aún hay mucho por hacer para reconstruir nuestra nación y forjar un futuro próspero y equitativo.

El pueblo escuchaba atentamente cada palabra, consciente de los

desafíos que les esperaban. Pero también sentían la fuerza y el espíritu de unidad que emanaba y de aquellos que habían luchado codo a codo por la libertad.

52

En los días y semanas siguientes, Lima comenzó a transformarse. La antigua estructura del virreinato dio paso a un nuevo orden, con instituciones y líderes elegidos por el pueblo. Los cimientos de una nación independiente se afianzaban con cada paso dado hacia adelante.

La voz de la independencia resonaba como un faro de esperanza y guía en medio de la transición. Su liderazgo y visión inspiraban a las nuevas generaciones, recordándoles que el sacrificio y la determinación eran las herramientas para construir un futuro mejor.

El sol teñía el cielo con tonos dorados y anaranjados. En el acogedor salón de la casa de Gabriela, el aroma del té recién servido llenaba el aire, creando un ambiente tranquilo y apacible. Acompañada por Marcos, ambos estaban juntos, compartiendo risas y confidencias.

Por fin todo había terminado.

De repente, el sonido inesperado de un golpe contra la puerta interrumpió la calma de ambos.

Los latidos del corazón de Gabriela se aceleraron al reconocer el ominoso ruido en la puerta. Un escalofrío recorrió su espalda mientras el té se enfriaba en la taza que sostenía temblorosa. Tenía un mal presentimiento.

Marcos se levantó rápidamente y, en una acción involuntaria, se colocó frente a Gabriela con la intención de protegerla de cualquier peligro que pudiera acechar. Acto seguido abrió la puerta lentamente, revelando la figura sombría de un hombre vestido con un traje elegante. Marcos apenas pudo reaccionar cuando el hombre portado de una descomunal fuerza empujó la puerta y cayó al piso de inmediato. El hombre rápidamente desenfundó un arma y apuntó directamente hacia Gabriela.

Para Marcos, el tiempo pareció detenerse en ese momento.

Antes de que el soldado pudiera llevar a cabo su cometido apretando el gatillo, un estruendo ensordecedor resonó desde la calle.

Marcos sentía que acababa de perder al amor de su vida.

Un disparo se hizo eco en el espacio, pero no provenía del arma del soldado. El cuerpo del agresor cayó pesadamente al suelo, revelando a Diego Silva, con una expresión vacía en su rostro y un arma humeante en sus manos. Había venido detrás del agresor,

siguiéndolo por la calle para evitar su ejecución.

Los tres se miraron en silencio, y la tensión del momento quedó reemplazada poco a poco por un alivio palpable. Gabriela, aún temblorosa, se aferró a Diego Silva, agradecida por su valiente acto de protección. Las lágrimas de gratitud y alivio brillaban en sus ojos.

Marcos miró a Diego, reconociendo su valentía a la hora de proteger a Gabriela.

—Gracias, Diego —dijo con voz entrecortada.

—Sabía que el virrey quería ir a por ti. Ha enviado a su hombre más fiel para acabar contigo. Y no podía permitirlo. —A Diego se le notaba emocionado y su voz estaba ligeramente quebrada por las circunstancias—. Siempre estuve aquí, vigilando en las sombras. No podía permitir que nada malo te sucediera, Gabriela. Eres lo más valioso que jamás he tenido. Llevo semanas vigilándote para que el virrey no te hiciese nada.

—¿Cómo?

—Así es. Ibas a convertirte en una víctima del virrey tarde o temprano.

Tras agradecérselo infinitamente, Gabriela y Marcos decidieron tomar el control de la situación. Le pidieron a Diego que se marchara, ellos se encargarían de lidiar con las consecuencias con las autoridades correspondientes. Si Diego se quedaba, su futuro como abogado podría complicarse por conocerse su ayuda a De La Serna. Ellos se encargarían de explicar la situación al nuevo Gobierno de Transición.

Con una profunda tristeza en sus ojos, Diego comprendió su lugar y asintió. Sabía que ya se estaba formando una cacería contra los informantes, soldados prófugos y personas cercanas al virrey. Todos ellos eran enemigos de este nuevo Perú que acababa de nacer.

—Vuelve a España, Diego —le pidió ella—. Nosotros guardaremos silencio, pero no sé si el resto de Lima callará las sospechas que hay hacia ti.

—Lo sé. Hasta siempre, Gabriela. Gracias por haberme enseñado tanto.

Acto seguido, Diego la abrazó con todo el dolor del mundo y les deseó a ambos lo mejor en su futuro.

Las lágrimas se deslizaban por el rostro de Diego mientras salía de la casa de Gabriela, dejando atrás a esa increíble pareja que ahora estaba unida por el amor más puro. Aunque el dolor de su partida era evidente, Diego sabía que había cumplido su deber y que Gabriela estaría segura en manos de Diego.

Con paso firme, se alejó de la casa, desvaneciéndose entre el tumulto.

Era su último adiós a la ciudad de Lima, a la única mujer a la que

jamás había amado.

Gabriela y Marcos se tomaron unos momentos para recuperarse del susto, abrazados el uno al otro, sintiendo la calidez de su amor y la fortaleza que los unía. Mientras la adrenalina aún palpitaba en sus venas, ambos se dirigieron a la ventana y observaron cómo el caos y la euforia de los vecinos envolvía la ciudad de Lima. La ciudad seguía de fiesta, celebrando esa libertad que nunca antes habían vivido.

Tras un instante en silencio, Gabriela se acercó a sus labios para susurrarle.

—Dejemos que las nuevas generaciones puedan reconstruir esto. Vayámonos a un lugar tranquilo, lejos del ruido de Lima.

—Nada me gustaría más.

—Ya hemos hecho nuestra parte —dijeron al unísono.

Así, bajo la luz de la luna y con la promesa de un nuevo amanecer, Gabriela y Marcos se adentraron en la noche, dispuestos a forjar su propio camino hacia la conquista de su propia libertad.

53

El día de la boda había llegado. La iglesia colonial estaba decorada con bellas flores frescas y las campanas sonaban anunciando el inicio de la ceremonia.

Los invitados se congregaron en la entrada de la iglesia, luciendo elegantes trajes y vestidos que reflejaban la moda de la época. Los hombres portaban chaquetas y chalecos con botones dorados, pantalones negros y sombreros finamente decorados. Las mujeres, por su parte, deslumbraban con sus vestidos largos de seda en tonos pastel, adornados con encajes y cintas. María Roca, la madre de Gabriela, llevaba un bonito vestido de color azul zafiro, que hacía resaltar su belleza madura. Se mostraba alegre mientras saludaba a los invitados y se aseguraba de que todo estuviera en orden para la celebración.

La ceremonia de la boda inició con una marcha nupcial que sonaba en los muros de la iglesia. Gabriela, vestida de blanco impecable como novia, caminó hacia el altar del brazo de su padre, quien estaba muy orgulloso. Marcos Camacho observó con emoción a Gabriela mientras ella se acercaba. Tras el discurso del párroco, ambos intercambiaron sus votos, unas palabras llenas de amor y promesas eternas.

El aroma de las velas perfumadas y el incienso creaban una atmósfera mágica y solemne. Los rayos de sol que se filtraban por los vitrales generaban un mosaico de colores en el suelo, haciendo que pareciera que la naturaleza celebraba el amor de Gabriela y Marcos. Tras el «sí, quiero», la pareja salió de la iglesia entre aplausos y vítores de sus invitados para abordar un carruaje tirado por caballos blancos que los llevaría a la celebración.

La celebración se desarrolló en la finca de la familia Camacho, que contaba con aquellos hermosos jardines y árboles antiguos. Las mesas estaban decoradas con manteles de encaje y arreglos florales que aromatizaban el ambiente con una fragancia dulce. La madre de Gabriela había preparado un banquete exquisito con los platos típicos de su pueblo, un manjar que deleitó a todos los invitados. Fue un banquete discreto, con pocos invitados, pero lleno de alegría por celebrar que una nueva vida empezaba para ambos.

Las personas brindaban y bailaban al son de la música, mientras las risas y las conversaciones llenaban el ambiente festivo. La felicidad y el amor llenaban cada rincón de la celebración, creando recuerdos

imborrables para todos los presentes.

Con el atardecer pintando el horizonte, llegó el momento de que los novios partieran hacia su nueva residencia en el campo. Los invitados los despidieron con abrazos y buenos deseos, mientras Gabriela y Marcos se preparaban para subir al carruaje, listos para comenzar su vida juntos.

Antes de partir, Marcos le tendió la mano a Gabriela, y ella subió mientras saludaba a todos los invitados.

Ambos intercambiaron una mirada tras la partida de los caballos, sentían que la felicidad fluía en sus corazones, dejando atrás las tragedias del pasado que se desvanecían con la música y los vítores que quedaban cada vez más lejos en la distancia.

Una ilusionante vida se abría ante ellos.

Y en una tierra completamente nueva.

FIN

Agradecimientos

Muchísimas gracias por haber leído esta novela,
espero que la hayas disfrutado.

Si te ha gustado, te agradecería si pudieses añadir tu valoración en la página de compra de Amazon. Para mí es muy importante, me anima a seguir haciendo lo que tanto me apasiona.

Espero que volvamos a vernos en próximas lecturas.

Linda Star